CARMEN NAVARRETE

LO QUE ESCONDEN LAS FLORES

Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. En el monasterio de El Escorial

2. Moreno

3. Oscuridad

4. Berta

5. Estado Mayor de la Defensa

6. Lealtad

7. Costa da Morte

8. Patrimonio

9. La chica

10. Ray

11. Sevilla, Casa Sanlúcar

12. Madrugada

13. La sospecha

14. Anatómico

15. Teresa

16. Ortega

17. Sevilla

18.1. Reunidos

18.2. Munaín, tiempo atrás

18.3. María, tiempo atrás

19. Una poesía

20. La casa de Osuna

21. Kabul, años antes

22. Sí, pero no

23. Un móvil

24. Regreso a Madrid

25.1. Sobrevivir

25.2. Mentiras piadosas

26. Un apodo

27. Jose

28. Sospecha

29. El ordenador

30. El general

31. Los diarios

32. Un favor

33. La señora de Osuna

34.1. El viaje

34.2. La cruz

34.3. Un amigo

35. Universidad de Alcalá de Henares

36. Caballero de Arévalo

37. Embrollo

38. Anaya

39. CSIC

40. El deán

41. El portugués

42. Un teléfono

43. Guimarães

44.1. Te pillé

44.2. 1499

45. El general

46. Los tres mosqueteros

47. Antepasados

48. El paciente

49. El registro

50. Una detención

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click Ediciones

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Lo que esconden las flores

Carmen Navarrete

A mis hijos Alberto y Jorge y a Luis, mi marido.
Me sobran las razones.

1. En el monasterio de El Escorial

Tengo delante de mí a la persona que va a matarme. Puede que lo haya hecho ya, porque he leído en alguna parte que el cerebro sigue emitiendo señales de energía después de la muerte. El disparo ha impactado en mi cabeza y siento una mezcla entre dolor y escozor.

Mi compañero Ramón yace inmóvil a mi lado. Intento llamarle; necesito tener la certeza de que está muerto. «Ramón», me oigo decir; pero mis palabras son un imperceptible murmullo que rebota en mi interior devolviéndome el sonido de la muerte como si se tratara de un bumerán.

Examino el espacio que me rodea después de caer al suelo delante del altar mayor de la iglesia antigua del monasterio de El Escorial, donde me encontraba observando el cuadro de Tiziano Vecellio di Gregorio, pintor oficial de Carlos V y Felipe II, *El martirio de san Lorenzo*.

Un lienzo que me ha traído aquí en múltiples ocasiones.

La primera vez, como estudiante de Historia del Arte; mi profesor insistió en que debíamos fijarnos especialmente en los puntos de luz que Tiziano había plasmado para potenciar la escena nocturna.

El delicado resplandor de la luna rasgada por las nubes. Las antorchas en la parte central izquierda, que manchan el cuadro de luz. Y la mejor de las tres, la que emana de las llamas que queman al santo.

Esa leve y crepitante luz multiplica el dramatismo y la grandiosidad del cuadro, en el que los diferentes personajes agitan la tragedia mientras el santo gesticula indicando que todo le da igual, porque todo está ya en manos de Dios.

A partir de ese momento, las visitas se convirtieron en un hábito, como pasear por el Retiro junto a Moreno, las mañanas de domingo, para acabar en La Castela tomando un aperitivo. Cuando le conocí, sentí como si, por fin, hubiera encontrado la piedra angular en la que sujetar los delgados muros de mi existencia. Éramos como dos

conjuntos iguales. Nos conteníamos el uno en el otro. Pero esa especie de equilibrio que algunos llaman felicidad se fue al traste y nos convertimos en dos personas que cuelgan su vida en la parte más profunda de un armario, como si fuera un abrigo que ya no quieres ponerte, pero que, con cautela, dejas ahí a la espera de volver a usarlo llegado cualquier invierno, como si el tiempo pudiera recuperarse.

Puede que encontrar una amistad así no parezca nada extraordinario, pero lo es para una persona como yo. Peculiar, según Moreno. Bicho raro, según el resto del mundo. Ambos lo somos.

Ocurrieron algunas cosas entre esas soleadas mañanas de vermú y el hecho de que la tristeza demoliera la puerta acorazada que había instalado en mi corazón como si fuera mantequilla. Primero fui yo, luego él. Arrasados por el mismo motivo, aunque Moreno se llevó la peor parte. Al menos la persona a la que amo, a la que amaré en todos los mundos, sigue viva.

No sé de cuánto tiempo dispongo y tengo que concentrarme y enviar al inspector toda la información que mi cuerpo me permita. Pienso en nuestras graciosas charlas sobre el código Da Vinci, esperando que las recuerde, y sonrío, aunque en este momento no estoy segura de que sea capaz de percibir algo tan sutil como una sonrisa. Está cogido con pinzas, pero es lo único que se me ocurre en estas circunstancias. Moreno es un maestro en el campo de las deducciones y tengo la certeza de que será capaz de suponer lo sucedido, aunque ahora no esté pasando por un buen momento.

No después de la muerte de Emma.

Que dos personas tan dispares hayan coincidido en el mismo estamento (ambos somos miembros del Ejército español) ya es bastante raro. En mi caso, porque estando en posesión de un doctorado en Historia del Arte había múltiples lugares donde podía haber ejercido antes que aquí, pero tengo tendencia a saltarme las normas y eso me ha ocasionado más de un disgusto, así que, en el momento de mi elección, pensé que necesitaba un sitio en el que no se me permitiera saltármelas. Que no se me permitiera de verdad. Y aquí estoy, vinculada ahora, eso sí, a mi pasión por el arte.

En el suyo…, venía recomendado por las altas esferas, directo desde Estados Unidos. Nunca supe exactamente qué hacía allí. Tampoco pregunté. No se hacen preguntas en este trabajo. Al poco tiempo de conocerle en el departamento en el que trabajaba, los dos

formamos parte de un equipo de inteligencia antiterrorista en Afganistán. Después coincidimos en varias ocasiones y hemos forjado una extraña y sólida amistad basada en el respeto y la distancia. Demasiado respeto, creo.

Tendida en este frío suelo, se me arremolinan los recuerdos de Afganistán. Los horrores vividos y la felicidad más plena. Porque allí, en medio del infierno, el amor más pasional y el odio se unieron para convertir esos meses en los más apocalípticos y fascinantes de mi vida.

Y ahora me arrepiento de no haberle llamado. No por mí, he venido aquí sabiendo lo que me esperaba; ya no quiero volver a ponerme el abrigo. Respirar cada día es más difícil sin él. Pero Ramón no se merece esto. Sí, debí haberle llamado, pero mi orgullo se ha derramado, como en tantas otras ocasiones, afianzando mi creencia de que no estoy completa si no llevo a cabo sola cualquier contratiempo.

Para eso soy soldado. Mujer y militar, sinónimos de fuerza y coraje, al menos así lo he querido experimentar siempre.

Mientras me apuntaban, mi cerebro ha tenido la destreza de reparar el error. Ojalá ese órgano de mi cuerpo hubiera sido tan hábil para componerme como si fuera un lego cuando el único hombre al que he amado se fue; que mi cabeza fuera una de esas piezas fácilmente sustituibles y que hubiera podido pasar a su lado sin reconocerle; y luego me doy cuenta de que eso sería imposible, que una y mil veces pasaría a su lado y le vería. El caso es que, como he dicho, mi cerebro se ha centrado en la única cosa que puedo hacer: confundir, engañar.

Creo haberlo conseguido.

Quizás sea la única manera de que Moreno salga de su letargo. Sé que él no opinará lo mismo cuando me vea, pero le conozco: esta vez sabrá sobreponerse y querrá encontrar a la persona que me ha matado.

En el caso de Emma fue diferente. Compartían sus vidas desde hacía un año y no me equivoco si digo que es la única mujer a la que ha amado. Ella le correspondía, solo había que estar a su lado unos segundos para saberlo. Creo que por eso Moreno no consigue comprenderlo y le atormenta no haber intuido que algo iba mal. Lo cierto es que unos cuantos días después del suicidio de Emma, el inspector se encerró en su casa y no respondía a mis llamadas. Durante ese tiempo me mantuve alejada, pero alerta, hasta que decidí

entrar en su piso con una llave que él mismo me había dado. Le encontré tirado en el suelo, ahogado en alcohol. A partir de ese momento vaciaba las botellas en el desagüe, preparaba algo de comida y sacaba a Roky, un cocker spaniel color canela que «habla». No es que me gusten especialmente los perros, pero Roky es un ser especial, porque en él habita una persona. Y de las buenas. Moreno no tiene muchos amigos, pero los que hay son buena gente que le ha ayudado y sigue haciéndolo, pero estoy segura de que cada paso que da, aunque se tambalee, es gracias a ese chucho.

Nunca supe cómo, en su estado, lograba reponer la bebida con tanta rapidez, o quizás sí, porque entre la gente que te rodea hay muy pocas personas; sin embargo, Ray y yo nos mantuvimos implacables deshaciéndonos de ella una y otra vez.

Pensé que podría superarlo, porque en los primeros días le veía capaz de afrontarlo. Estaba derrotado, pero nada fuera de lo normal después del duro golpe que había recibido; luego, alguien me explicó las siete fases del duelo y comprendí que estaba sumido en la del dolor y la culpa. Le acompañé siempre que pude. Unos días después, su estado emocional cambió y llegué a pensar que podría superarlo de un modo más o menos aceptable.

Es evidente que me equivoqué. Él me dijo que su aspecto cansado solo era cosa de su insomnio y yo le creí. Lo que sucedió es que cerró la puerta que me había abierto de par en par años atrás. Él es así, no te deja entrar fácilmente en su vida; es un ser extraordinario y no supe calibrar que el dolor que habitaba en él acabaría destrozando su singular cerebro. En mi favor, podríamos decir que Moreno maneja muy bien la inteligencia emocional. La suya y la de otros. Así que, cuando me pidió que le dejara reponerse, que necesitaba tiempo, solo eso, lo hice. Otra vez el maldito respeto, eso, o que me daba miedo cometer el mismo error que en Afganistán.

En aquella ocasión pusimos a prueba nuestro vínculo y pudimos constatar que era sólido. Pero ahora, viéndolo desde otra perspectiva, puede que no lo consiguiéramos del todo y por eso estoy aquí sin que él tenga la más mínima idea.

Crees que eres fuerte. Y puede que lo seas en este mundo, pero hay otros, en los que los niños sufren mutilaciones debido a las bombas; en los que se viola a mujeres y niñas y se ejecuta a cientos de personas con furia y ensañamiento, y el horror se queda aferrado en

unos rostros que te persiguen en sueños.

En esas circunstancias, Moreno y yo tuvimos un momento delicado. Sí, se podría decir así.

Ese día fue uno de los peores de nuestra estancia en el país de los horrores, como lo llamaban algunos compañeros. Viajábamos en un convoy sanitario. No es que eso nos hiciera inmunes ante los talibanes, pero era un poco más seguro. Nos topamos con un soldado estadounidense en la cuneta. Parecía muerto y quise bajar para auxiliarlo. El capitán al mando se opuso, dijo que era peligroso. Moreno estuvo de acuerdo. Entonces salté del convoy alegando que no podíamos dejarle allí, ¿y si estaba vivo? A pesar de las protestas de Moreno, el capitán claudicó, pero puso como condición que nosotros nos quedáramos en el camión: sabía la importancia de la misión que nos había llevado allí. Bajó con dos soldados mientras nosotros esperábamos en el vehículo junto al conductor y otros dos soldados. Moreno nos les quitaba ojo desde el convoy.

Fue la primera vez que le vi hacer algo así, la primera vez que supe que no era como los demás. El capitán y los dos soldados se inclinaban ante el cadáver cuando Moreno le gritó al conductor:

—¡Aparta!

Cogió el volante del camión y salió a toda la velocidad que le permitía el vehículo, sacándolo de la carretera hacia la parte de la izquierda.

Se escucharon tres explosiones casi a la vez. La primera salió del cadáver del soldado americano. Las otras dos, una en la parte derecha de la carretera y la otra al frente, antes de llegar al cadáver y un poco más cerca de donde habíamos detenido el convoy. Ninguna a la izquierda.

Las heridas físicas del conductor y un soldado más fueron de poca consideración, pero yo me quedé en *shock*. Aquella tragedia fue culpa mía; había cometido un error de principiante al no escuchar las recomendaciones del capitán y, como consecuencia de ello, él y otros dos soldados habían muerto. Todos los días de mi vida, desde que sucedió, me he despertado recordando ese momento, todas las noches lo he evocado antes de que el sueño me venciera. Cuando paseo por la ciudad, cuando me siento en una terraza a tomar una cerveza, en la ducha… Jamás lo he superado, aunque hubo un periodo en el que creí que, al menos, podría vivir con ello.

Aún recuerdo las palabras de consuelo de Moreno:

—Estas cosas pasan. Aunque no hubieran bajado, es probable que nos hubieran alcanzado haciendo detonar las bombas antes. Al esperar a que llegaran, hemos salvado la vida.

—No, no. ¡Es culpa mía, es culpa mía! —le gritaba yo mientras los dos soldados nos miraban. A mí con rabia y a Moreno con recelo. Se preguntaban por qué había reaccionado antes de las explosiones hacia el único lado en el que no estalló ninguna bomba. Elevaron sus sospechas a instancias superiores. Y ahí se quedaron. Luego veréis por qué.

Esa noche me agitaba en una pesadilla de cadáveres en cuyo interior explotaban bombas. De cuerpos desmembrados. Moreno se acercó y me despertó con suavidad. Esa fue la única vez, pero no lo olvidé hasta que, dos años después, conocí al amor de mi vida. Por supuesto, el inspector nunca lo supo.

Pero volvamos a El Escorial.

Ya no siento las piernas y noto como mis vísceras trabajan con menor intensidad. La sangre está realizando un trabajo titánico para impedir que mi cerebro se aletargue y borre las imágenes de mi memoria. Pero, a pesar del esfuerzo de mi cuerpo, sano y bien entrenado, sé que estoy perdiendo esta guerra.

Sin embargo, aún puedo pensar con cierta claridad. ¿Cuánto tiempo ha pasado? No lo sé; en cualquier caso, demasiado. Alguien se acerca. Viene a terminar el trabajo.

* * *

María sigue viva, pero su aliento se escabulle por los recovecos de la conciencia. Hasta el último momento permanece atenta a todo, como la buena policía que es.

Y, de repente, absolutamente nada.

2. Moreno

El pálpito le alerta como un disparo.

Recostado bocarriba, con los ojos clavados en el techo, el inspector Alberto Moreno continúa insomne como casi todas las madrugadas, después de que —afortunadamente— la pesadilla le avivara quince minutos después de dormirse.

Su insomnio viene de largo, desde la última misión en Afganistán. No es fácil lidiar con los horrores y el sufrimiento de la guerra: las imágenes se te clavan en el cerebro. Durante el día, toda la luz se posa en su ánimo y el trabajo también ayuda, pero hay multitud de sombras observándole en la noche. Por ese motivo, al ponerse el sol, al inspector le gusta caminar por la ciudad de garito en garito. No es solo por lo de Afganistán, ni siquiera por lo de Emma. Moreno siempre ha sido un poco de garitos oscuros, porque allí encuentra a casi todos sus confidentes.

—Ayudan más que cualquier agente federal del NCIS —le dijo con una amplia sonrisa a Ray Stewart, el hombre que le ha cuidado casi toda su vida.

Sí, definitivamente, al inspector siempre le han gustado los garitos.

Nunca han supuesto un problema para él, porque los entrenamientos a los que le sometía Ray no eran compatibles con el alcohol. Ha enseñado a más de un camarero a preparar cócteles *sin* de los que nunca habían oído hablar. Un tipo raro, decía Tony, el barman de una conocida coctelería de Madrid, al que conoció en una de esas noches. Y no es que Moreno interactúe con demasiada gente, pero algún amigo tiene. Quizás el barman no llegara a esa categoría, entre otras cosas porque el nombre ni siquiera es real. Se lo puso Moreno porque le sonaba a barman americano, pero sí podríamos decir que tenían muy buena relación.

Pero eso fue antes de lo de Emma.

Paradójicamente, después de su muerte deja de frecuentarlos.

Digamos que su estado de embriaguez no le permite llegar hasta ellos caminando.

Y Tony desaparece de su vida, plas, por arte de magia.

Tampoco es que pensara demasiado en él, dado su estado, pero en alguna ocasión, entre una copa y otra, pudo habérselo reprochado en ensoñaciones. Luego, ya restablecido, siguió haciéndolo, hasta que alguien le dijo que Tony había muerto en una especie de cruz de navajas por una mujer.

No le extrañó. Tony se mantenía al filo en este tema. Le gustaban todas y le daba igual si estaban casadas. Moreno se enteró de quién lo había matado. Un personaje peligroso del que ya le había advertido. «A esta gente no le gusta que le toquen "lo suyo", Tony, aléjate de ella», le decía. «¿Qué eres, policía?», reía Tony.

El inspector no podía decirle qué era, ni que sus intuiciones había que tomarlas casi como una certeza.

Casi.

Moreno odia no saber cuál sí, cuál no, pero es que entonces sería, en palabras de Tony, el puto amo.

El inspector permanece borracho meses en los que el alcohol le permite olvidar el dolor que aplasta cualquier intento de franquearlo.

Ahora ha dejado de beber. Mérito de María y Ray. Pero aún está muy lejos de restablecerse, sobre todo por el sentimiento de culpabilidad, que le ronda como una maldita mosca. Porque lo que más le atormenta a Moreno es el hecho de no haber podido ayudar a Emma. No intuir lo que le pasaba, no saber lo que le pasaba.

Diez segundos antes.

Las fuerzas para ir a trabajar se volatilizan. Se siente débil y cansado, inútil y viejo, aunque apenas sobrepasa los treinta y cinco. Y mirando atentamente al inspector, parece justamente eso, sin duda.

Está descuidado, hace siglos que no se afeita y su barba crece descontrolada rellenando partes de su rostro impensables, salvo que seas un mono. La ropa le baila. Debido a la falta de entrenamiento ha perdido músculo. Mucho.

Ahora se ducha, hubo un tiempo en el que no. Corto. «Gracias a Dios», decía María.

Pero no nos llamemos a engaño: a pesar de todo eso, Moreno sigue siendo muy atractivo. En el argot de las chicas y no tan chicas, está como un queso.

Ojos marrones. Grandes. Arqueados por cejas prominentes, sin exagerar. El óvalo de su rostro, alargado, sin exagerar. Mandíbula fuerte, pómulos marcados, labios definidos y gruesos, sin exagerar.

Nada en él es excesivo. «La naturaleza te ha colocado todo bien en su sitio. Estás por encima de ser guapo», le decía su madre. Claro que, qué va a decir una madre.

Pero en esta ocasión es cierto. Guapo, lo que se dice guapo, no es. Así lo cree María, porque para ella es mucho más. Es enormemente atractivo. No en plan Leonardo DiCaprio, más bien como Jason Statham. El inspector sonríe agradecido a su amiga, porque eso es lo que es María para él, a pesar de lo de Afganistán. Y parecerse a Statham es todo un halago.

Moreno sigue absorto en algún pensamiento de esos que no dejan huella, de esos que entretienen la mente en chorradas, y no se da cuenta de que Roky emite ruidos que solo él sabe hacer. Casi nunca ladra, no lo necesita, pero esta vez tiene que hacerlo para llamar su atención.

No lo ha sacado a pasear. Pobre chucho, haber caído en sus manos.

Pero Roky no opina lo mismo; para él es una suerte estar en manos de Moreno y se lo demuestra todos los días de su vida.

Y el inspector ya no puede vivir sin él.

—Ya voy, amigo. Dame un minuto.

Moreno y Roky salen a la noche helada, justo enfrente del piso, a un pequeño parque donde el can hace sus necesidades. A Roky no parece afectarle el frío ni la hora. Va de un lado a otro de los escasos metros del parque. El inspector lo mira como si estuviera en un partido de tenis en el que el campo se hubiera reducido a la mitad.

Y, de repente, Moreno piensa que la ciudad no es un buen sitio para vivir, a pesar de que en otro tiempo jamás hubiera pensado hacerlo en ningún otro lugar. Le gustaba salir a la calle, caminar por lugares históricos y llenos de vida, eso compensaba con creces el viejo y escaso espacio que ocupa su piso. Ya no. Las noches, las interminables juergas y las prestaciones de una gran ciudad le parecen sobrevaloradas. Eso, y que tiene que alejarse de los garitos.

Por si acaso.

—Si no quieres que me quede como una estalactita, será mejor que subamos ya, Roky.

Pero volvamos al pálpito. Moreno ha intentado ignorarlo, sin demasiado éxito. Porque le lleva a la mañana en la que se despertó, solo, en la habitación del hotel de Senegal donde Emma se quitó la vida.

A la una y cincuenta y cinco minutos de la madrugada piensa en la coronel Rodríguez.

Uno, dos, tres…, el zumbido al otro lado del sofá suspende la cuenta. Ahí está la llamada. Tres segundos.

En el centro de entrenamiento del NCIS había conseguido hasta diez. Mantuvo esa marca durante un tiempo. Y después todo se había ido a la mierda.

Sabe que esta llamada no es para nada bueno y decide no atenderla.

Aún no está preparado.

El teléfono agota el número de llamadas y se corta tres veces, pero él tiene la certeza de que volverá a sonar. Pues no es cabezota la coronel. No se equivoca, porque, unos segundos después, el zumbido de nuevo. Levanta el cojín que oculta su teléfono y en la pantalla lee «Coronel Rodríguez».

Definitivamente no es para nada bueno.

Su voluntad se va al traste en solo unos instantes. Eso, o que en realidad desea con todas sus fuerzas cogerlo. Volver a su rutina; ya es hora de intentarlo y ponerse a trabajar. Contesta.

Rodríguez no se entretiene en saludos ni pregunta por qué no lo ha cogido antes. No es necesario, lo sabe perfectamente. Sin embargo, esta vez, la voz de la coronel suena más grave e inquieta que otras veces.

—Moreno.

—Señora…

—Tengo malas noticias. Han encontrado dos cadáveres en El Escorial y quiero que se haga cargo de la investigación. Tendrá problemas cuando se identifique: no entenderán por qué un inspector de la EMAD… Ya sabe cómo es esto, tendrá que apañárselas.

—Sabré lo que tengo que hacer, pero ¿de qué se trata? ¿Por qué somos nosotros…?

—No tengo más datos, Moreno, llámeme en cuanto tenga las primeras impresiones.

Rodríguez corta la comunicación bruscamente. Lo ha hecho cien

veces y a pesar de ello el inspector, teléfono en mano y desconcertado, permanece unos segundos esperando una despedida.

* * *

Conocer a Moreno le da ventaja. Su llamada insistente había terminado por doblegar su decisión de permanecer inactivo. Su responsabilidad militar gana. El inspector no notará la diferencia porque haya terminado la llamada sin despedirse. La coronel lo ha hecho en muchas ocasiones y a pesar de que esté pasando por una situación traumática, si le cuenta algo más corre el riesgo de que no acepte el trabajo. Está en su derecho, porque aún permanece de baja.

Después de ver a la chica, está segura de dos cosas. Una: Moreno querrá averiguar quién la ha matado. Dos: le reprochará que no le haya dicho quién es la víctima. Pero para entonces la investigación estará en curso y a ella le habrá dado tiempo a elaborar alguna excusa coherente.

Se mira en el espejo y este le devuelve una imagen irreconocible. Aún está bien para su edad. La gente dice que cuando envejeces no te reconoces. Pero lo suyo no se debe a eso.

Baja la mirada: el traje está bien planchado y los galones en su sitio. Sonríe, atusa su blanco y cuidado pelo y se dispone a salir del baño al que ha entrado para llamar al inspector.

Fuera, la recepción oficial a los agregados militares de Defensa en el Cuartel General de la Armada sigue su curso. Se mezcla con el resto de los invitados y suspira cansada. No entiende por qué estas cosas se alargan tanto. Solo unos minutos más y se va a casa, pero entonces le ve dirigirse a ella con paso decidido.

Las cosas no van a ser como piensa.

—Buenas noches, coronel Rodríguez.

—Señor…

—Ya me han puesto al corriente. ¿Hay algo que tenga que decirme?

Los galones y las estrellas de la persona que tiene enfrente no dejan lugar a dudas. Tiene que contestar.

—Aún es demasiado pronto, general, acabo de llamar a mis hombres. Se dirigen hacia allí; el resto del operativo tampoco ha llegado. Espero tener alguna noticia en las próximas horas.

—¿A quién ha puesto al mando?

—El inspector Moreno llevará la investigación.

—¿Moreno? No creo que sea la persona más indicada. Lo que le ocurrió a su esposa…

—Emma. No era su esposa, general, solo…

—Me importa un carajo quién era, sabe a lo que me refiero. Es un alcohólico.

—Ha dejado la bebida. Y sé que está pasando un mal momento, pero si no está capacitado mentalmente para este trabajo, me lo dirá.

—Yo no estoy tan seguro. Elija a otra persona, hay muchas en el departamento preparadas para…

—Lo siento, señor, pero ya he tomado una decisión.

—Si esto se le va de las manos, tendrá usted que asumir la responsabilidad.

—Lo sé, y le aseguro que le retiraré del caso si estimo que es necesario.

—De acuerdo —dice el general nada convencido—, pero le mandaré a un par de agentes para que ayuden en la investigación. Y no es negociable.

Rodríguez asiente. No parece que pueda hacer otra cosa. Saluda a su superior y se dirige, ahora sí, a la salida.

Aún le queda bastante para la jubilación, pero el maldito alzhéimer está siendo implacable y sigue el curso que le han pronosticado. De momento solo tiene lagunas, pero pronto no será así y entonces no va a poder seguir ocultándolo.

Y ahora espera poder recordar con quién ha estado hablando segundos antes.

3. Oscuridad

Cuando llega al monasterio, avista las luces de los coches de policía que alteran el paisaje majestuosamente histórico, de cuyo cielo cuelgan miles de pequeños y plateados destellos que le trasladan a un tiempo en el que un niño observa el cielo intentando encontrar, sin éxito, la oscuridad del firmamento.

Un cielo que había vuelto a ver en Senegal.

Aparca y, al salir al patio delantero, un frío intenso se cuela por su espalda causándole un estremecimiento que no sabe determinar. Allí, un policía patea con fuerza el suelo en un intento de entrar en calor. Moreno muestra su placa con la esperanza de que su aspecto, ligeramente diferente, no sea percibido por el agente. El joven policía le saluda con cautela, pero respetuosamente.

—Entre al patio trasero y después busque la primera puerta a la derecha, señor.

Moreno hace un gesto con la cabeza y entra. Hay unos cuantos novatos cuyas voces retumban con el eco del patio. Le miran con curiosidad y dejan que entre en la sala donde un agente cuya edad no sobrepasa los veinticinco años se adelanta hacia él. Parece aliviado al verle. Con la llegada del inspector se sacude toda responsabilidad. Moreno pasea su mirada rápidamente por la estancia para calibrar una primera sensación. Solo se encuentran allí el joven policía y un guarda jurado.

Muestra su placa nuevamente.

El muchacho le mira de arriba abajo con extrañeza y finalmente dice:

—Buenas noches, señor, estábamos esperándole.

—Buenas noches, agente. Por favor, cuénteme lo que ha pasado.

—El guarda jurado del monasterio —contesta, señalándole— llamó a la comisaría de El Escorial hace una hora para informar de que había encontrado a dos personas muertas. Un hombre y una mujer.

»Mi compañero y yo llegamos en cinco minutos. El guarda jurado solo ha dicho que habló con ellos media hora antes de encontrarlos muertos. Le dijeron lo que estaban haciendo aquí y los acompañó a la salida; pensamos que era mejor que no dijera nada más y que fueran ustedes quienes le interroguen. Después de la identificación de la chica, mi compañero y yo hemos dado parte a nuestros superiores y nos han informado de que llegarían expertos desde Madrid, así que, aparte de lo que le he dicho, no hemos hecho nada más.

El joven policía está tan entusiasmado por su brillante actuación que Alberto no quiere contrariarle; decirle que, efectivamente, es muy importante identificar el cadáver, pero que esta identificación se hace una vez que la policía científica ha tomado la necrorreseña y la ha verificado con las bases de datos policiales.

—Ha dicho que ha identificado a la chica…

—¡Claro, señor, perdone! Busqué en el bolsillo de su abrigo y encontramos su placa identificativa —dice, entregándosela—, pero no se preocupe, señor, nos hemos puesto guantes y no hemos tocado nada…

Moreno le aparta bruscamente sin dejar que termine la frase y, ante la sorpresa del muchacho, entra en la sala.

* * *

Los dos cadáveres están tendidos uno frente a otro; apenas se rozan, aunque parece que ella ha intentado asir la mano del hombre antes de morir. No tienen signos de violencia. Un disparo en la frente de cada uno. Precisos, perfectos.

Si es que un disparo puede ser perfecto.

La reconoce enseguida. María Adánez, su compañera, su amiga.

Avanza hacia los cuerpos, fijando sus ojos únicamente en la chica, y le viene a la mente la última vez que la vio sobrio.

Habían cenado en el japonés de moda y bromeado sobre los precios de un pescado crudo, y luego fueron a tomar una copa. Entonces no le dio importancia, pero ahora, recordando la forma en que ella callaba cuando algo ocupaba su mente y le preocupaba, se da cuenta de que María estuvo ausente toda la noche.

El consuelo que ha sentido ante las expectativas de un nuevo caso se ha escondido nuevamente en algún lugar recóndito, dejando paso a

un dolor que le atraviesa la garganta.

Dobla su cuerpo y se sujeta las rodillas con ambas manos, intentando reponerse.

—Señor, ¿se encuentra bien? Señor…

El destino se ceba con las mujeres a las que ama; no puede evitar la sensación de culpabilidad. Otra vez.

Su corazón bombea con fuerza.

Pierde el control.

«*Coward* de mierda», le dice Ray, que mezcla los dos idiomas en la frase, desesperado por hacerle salir de la oscuridad donde se ha metido.

Y es entonces cuando el inspector pone en práctica las enseñanzas de la psicóloga que está visitando a escondidas por internet después de lo de Emma; las aplica para recuperar el control, aspirando con fuerza el aire, que parece no querer entrar en sus pulmones. Eso, o que las pastillas de la loquera funcionan. Tiene gracia, ha dejado el alcohol y ahora es un pastillero. Sin ellas no puede dormir las escasas horas que duerme.

María le susurra algo desde el otro lado, pero él lo achaca a las pastillas. Y qué más da. El caso es que Moreno se yergue, recuperado a duras penas, y se esfuerza para prometerle a María que encontrará a su asesino, porque es lo único que puede hacer ya por ella.

Ahora toca poner toda su atención en lo que tiene delante para no pasar por alto ningún detalle.

El inspector tiene la impresión de que las víctimas conocían a su verdugo. Sabe que Ramón, ahora no recuerda su apellido, no era un agente especializado en asesinatos ni delitos violentos, pero María perteneció a un cuerpo altamente cualificado del Ejército español y había participado activamente en misiones de suma importancia. Lo sabe porque, como hemos contado antes, algunas las ha compartido con él.

En sus mejores tiempos, Moreno hubiera sido capaz de sacar varias conclusiones a la vez. Aunque ya sabemos que no es este el caso, el inspector se esfuerza en buscar un motivo por el que alguien tuviera que matar a dos personas tan dispares. Y no se le ocurre ninguno, salvo que uno de los dos estuviera en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Con sumo cuidado se inclina hacia la muchacha, posa

tiernamente la mirada en sus ojos verdes, que permanecen abiertos, y lamenta no tener la capacidad de transmitirle el calor de su cuerpo para volver a darle vida.

Durante unos segundos reprime el impulso de poner sus manos en las mejillas de su amiga, sujetar su cabeza, levantar su pequeño cuerpo y arrullarla en sus brazos.

A cambio, mira su cuerpo con total atención y le dice: «Cuéntame por qué estabas aquí». Siempre lo hace. Eso de preguntar a un cadáver. Pero Moreno se cuida mucho de que nadie le vea y por eso aún no podemos saber si es capaz de oírlos.

Sin embargo, esta vez no escucha ningún susurro. Puede que se esté volviendo loco y que esas pastillas le ayuden a acelerar el proceso, en lugar de revertirlo.

Céntrate, Moreno.

En el cadáver comprueba el orificio de entrada de la bala, alza la cabeza para mirar la pared que se halla detrás y encuentra un pequeño agujero en el que se ha incrustado.

María está tumbada de lado, su brazo izquierdo permanece rígido por encima de la cabeza. La mano, ligeramente abierta, parece señalar algo y con la derecha roza la de Ramón como si quisiera evitar así la soledad de la muerte.

Se incorpora; esquiva los cuerpos y se inclina para buscar la firma del cuadro. «*El martirio de san Lorenzo*, de Tiziano», murmura.

El gran charco de sangre que rodea a Ramón impide que pueda acercarse demasiado a él. Se da cuenta de que debería haberse puesto calzos al entrar, pero la visión de María le ha contrariado tanto que lo ha olvidado. Los saca del bolsillo de su pantalón, se los pone y busca con cuidado un lugar para acercarse lo suficiente e inspeccionar el cadáver.

Al igual que María, presenta un disparo en la frente. No ve incrustaciones de pólvora en la piel, por lo que el asesino debió de dispararle a cierta distancia. Eso indica que quienquiera que fuese tiene buena puntería; además, a falta de una inspección más exhaustiva, la abertura no varía ni un milímetro de un lado a otro de la frente, lo que corrobora su teoría de que, efectivamente, es un excelente tirador.

Se encamina hacia la puerta. Les han disparado desde allí, está seguro.

Moreno se extraña de la cuadrícula que se forma en su mente sin apenas esfuerzo. Y piensa que, si ha recuperado esa capacidad, puede que con el tiempo recupere los diez segundos que le dan ventaja.

Es lo que habíamos dicho antes, lo que sucedió con Tony, lo que sucedió en Afganistán, cuando desvió el camión antes de la explosión de las bombas. Las intuiciones de Moreno son casi como una predicción.

Casi.

Solo por unos segundos. Diez. Ese es su récord, por ahora.

Pero diez segundos dan para mucho en determinadas situaciones. Anticipación perceptiva, lo llamaron en el NCIS. Aunque, en realidad, el entrenamiento mezclaba este método con otros menos ortodoxos. Métodos que funcionaron hasta que Emma entró en su vida. El inspector no es médium ni nada parecido, solo puede intuir los acontecimientos unos segundos y siempre en situaciones críticas. En el NCIS intentaron alargar ese tiempo, pero cuando le dijeron que el amor interfería en el entrenamiento lo mandó a la mierda. El entrenamiento, claro.

Moreno vuelve a la cuadrícula y se mueve por ella de afuera adentro. Se queda parado. La pletina de separación del cuadro está ligeramente levantada. Se agacha y ve el casquillo; lo fotografía y después hace lo mismo con el resto de la escena. Cuando termina, se dirige al guarda jurado.

—El agente dice que habló usted con las víctimas.

—Sí, señor, como una media hora antes de oír los disparos.

—Así que oyó los disparos.

—Sí.

—¿Dónde se encontraba?

—En la Sala de los Secretos. —Ante la extrañeza del inspector, añade—: Es una sala con una acústica especial.

—Muéstreme dónde está.

—Sí, señor, por aquí.

El guarda le conduce a través de un pasillo de paredes de piedra, sin ningún otro adorno más que unas lámparas de luz tenue y bombillas de led que no combinan en absoluto con el lugar donde se encuentran. Cuando llegan a la Sala de los Secretos, el guarda jurado se vuelve para indicárselo.

—¿Aquí es donde se encontraba? —pregunta Alberto.

—Así es.

—¿Qué hizo cuando oyó los disparos?

—Dudé unos instantes y salí corriendo en esa dirección; no pensé que estuvieran todavía allí, yo mismo los había acompañado hasta la salida.

—¿Podría darme una hora aproximada?

—Pues no sé… Las doce y media, una menos cuarto, quizás un poco más tarde. No sabría decírselo con exactitud.

—¿Cuánto tiempo tardó en llegar?

—Puede que un minuto.

—¿Dice que usted los acompañó a la salida?

—Sí…

—¿Les preguntó qué hacían aquí a esas horas?

—Sí, claro, pero ellos me enseñaron sus placas y dijeron que se trataba de una investigación policial y que no estaban autorizados a decírmelo.

—¿Dio parte a sus superiores?

—No.

—¿Se fijó en cuándo se fueron?

—No. Dijeron que se quedarían un rato más y que después saldrían… Oiga, yo… ¡Eran policías!

—No se preocupe, no estoy juzgándole —miente—. Pero comprenda que tengo que hacerle todas estas preguntas.

—Claro, lo entiendo.

—Bien, ¿había alguien más en el monasterio?

—Que yo sepa, no.

—Eso es todo de momento. Mis compañeros llegarán enseguida. Por favor, espere a que le tomen sus datos. Es probable que tengamos que hablar nuevamente con usted y si recuerda algo más, no dude en llamarme. Deje su aviso aquí —dice, entregándole una tarjeta—. Yo me pondré en contacto con usted.

—Lo haré.

—Otra cosa: necesitaremos sus huellas. Pura rutina, ya sabe.

—Claro, lo que necesiten.

—Gracias.

Moreno vuelve a la sala donde se encuentran los cadáveres. Jorge Rivera, compañero y amigo del inspector, ha llegado junto a un elenco de la Policía Científica capitaneado por Luis Valdés, forense del

ejército.

Rivera y él se conocieron en la unidad donde trabajan actualmente. Fue difícil para Jorge llegar a tener cierta confianza con él, pero no había nada ni nadie que pudiera con su gracia natural gaditana, que ha heredado sobre todo de su madre, gitana de raza. Ella había desafiado a su familia al casarse con un payo rubio de ojos azules.

Su padre.

Pero a pesar de que su madre se había saltado las normas de su comunidad, el hecho de que su hijo ingresara en el ejército era el colmo y algo que no estaba dispuesta a perdonar y aún, después de tanto tiempo, seguía sin dirigirle la palabra.

Jorge ha heredado los rasgos de su madre y el color de ojos de su padre. Larguirucho, su gran mata de pelo moreno tiene una forma incontrolada de crecer, lo que supone un problema en la institución en la que trabaja. Es guapo, sin lugar a dudas, y su atractivo le confiere un éxito con personas de cualquier sexo que, a veces, no sabe manejar. Se acerca a Moreno, mostrándose preocupado por su amigo.

—¿Qué haces aquí? No me parece buena idea que te ocupes de esto. ¿Quién te ha puesto al cargo?

—Rodríguez. Estoy bien, no te preocupes. —Jorge le mira—. Estoy bien —repite.

—Pero se trata de…

—Lo sé.

—Hemos encontrado un casquillo —dice Jorge zanjando el asunto—. Se había metido debajo de una pletina del cordón separador del cuadro. Es probable que el asesino no lo encontrara y no tuvo tiempo de buscarlo.

—O puede que lo dejara deliberadamente. —La mirada del inspector, abstraída, como tantas otras veces.

Jorge le mira. Nunca sabe si el inspector suelta estas cavilaciones como una de sus chaladuras, como él las llama, o simplemente es una reflexión policial sin más. Y como no lo sabe, no dice nada y continúa.

—Hay una bala incrustada en la pared; ahora están intentando sacarla, pero la Científica cree que, teniendo en cuenta cómo son estos muros, no nos va a ser útil: está muy deteriorada. La de Ramón no la encontramos, aunque Valdés dice que presenta orificio de salida. Puede que el asesino se la llevara. También nos ha dicho que en una

semana podrá darnos más datos. No llevan muertos mucho tiempo, aún no presentan *rigor mortis*. En cuanto a las huellas, te puedes imaginar: aquí entran cientos de personas todos los días, será difícil utilizar ese camino. Por lo demás, seguimos buscando cualquier dato. ¿Qué tal con el guarda jurado?

—Parece un pardillo que ha cometido un montón de negligencias. Ya sabes, gente no cualificada custodiando tesoros como los que hay aquí.

—Ya, ¿y?

—Que no me lo creo.

—Ya me lo parecía.

—Dice que le hablaron de una investigación de inteligencia policial.

—¿En el monasterio?

—Eso mismo dije yo. No creo que Ramón y María le engañaran con algo tan infantil como eso y te aseguro que ella nunca bajaba la guardia con nadie. Ocúpate de que alguien compruebe el tiempo que se tarda en llegar desde la Sala de los Secretos hasta aquí corriendo. También necesitamos saber con exactitud la hora de las muertes: el guarda jurado dice que serían entre las doce y media y la una menos cuarto.

—¿Qué crees que podrían estar investigando?

—No lo sé. Lo que me recuerda —dice, cogiendo el teléfono— que tengo que hablar con Rodríguez.

El inspector pide a la coronel una lista de nombres de las personas que trabajan en el entorno de María: superiores, compañeros, todo aquel que tenga alguna relación con el caso que llevaban.

—De acuerdo, Moreno, me encargaré de que la tenga dentro de un par de horas.

—Gracias, señora. Otra cosa…

Silencio. No hay manera de que Moreno se acostumbre a esos mutis, así que espera unos segundos antes de caer en la cuenta de que Rodríguez no va a contestar.

—Necesitamos analizar algunas obras que hay en esta sala, tenemos que estar seguros de que no hay huellas o algún rastro que puedan sernos de utilidad. Hay un cuadro manchado de sangre: es el más afectado y de momento tiene que quedarse así. Pensamos que la sangre es de las víctimas, pero no podemos descartar que haya otras.

No deben restaurarlo. ¿Podrá conseguirlo?

—Pediré esos permisos y pondré a su disposición todo lo necesario para realizar las pruebas. Envíeme una lista. Hágalo sin sacar ninguna pieza del lugar en que se encuentra. Si fuera absolutamente imprescindible, lo haríamos, pero intente que eso no suceda.

Lo de que intente que eso no suceda no es una petición, es una orden. Y Moreno lo sabe.

—Sí, señora. Haremos todo lo necesario para no tener que moverlas de aquí. Consultaré con los expertos del departamento y le enviaré una lista, pero en el remoto caso de que no fuera posible, tendremos que…

Rodríguez ha colgado sin despedirse una vez más.

Moreno no le ha preguntado si sabía que se trataba de María Adánez porque está seguro de que sí. Ya tendrá tiempo de reprochárselo más tarde. Tiene el presentimiento de que algo le pasa a Rodríguez. Habla atropelladamente, con prisa, como cuando un niño aprende una lección de carrerilla y la suelta rápido porque si olvida una sola palabra, todo lo demás se desmorona. Pero la sensación de que está pasando algo por alto corretea por su cerebro, dejando de lado la preocupación por la coronel.

—Se me escapa algo, Jorge, pero ahora mismo no sé qué puede ser. Vamos al despacho, aquí no tenemos nada que hacer.

—Amigo, ¿te has mirado en el espejo? Así ya no vas a ninguna parte. Lo que me pregunto es como te han dejado entrar aquí. Vete a casa, te afeitas todo pelo que no tenga que estar en su sitio y te pones ropa limpia. Limpia y planchada, y si no tienes, utiliza el uniforme, seguro que está en condiciones. Te espero en el despacho.

4. Berta

A Berta no le gusta trabajar.

En realidad, no quiere reconocer que se equivocó al elegir oposición y en lugar de esperar a algo más apetecible se lanzó a por ella. Lleva en la EMAD muchos años, antes que Moreno, antes que Rivera. No puede decir que sus predecesores le cayeran mejor, pero es que a Berta le cae mal todo el mundo.

El caso es que cada vez que Moreno le hace algún encargo por el que debe renunciar al preciado tiempo que emplea en navegar por internet, se siente como Spiderman en un descampado. Y no es porque no sea capaz de hacer un buen trabajo, no. La sensación de desamparo es porque le encantaría decirle a Moreno: «No tengo tiempo, estoy enferma», o alguna excusa coherente para no hacerlo. Y no se atreve. Con él, no. Pero ¿para qué está ella allí? Pues eso.

El inspector no se deja intimidar por su mirada como los otros, incluso Rivera se acojona un poco ante ella cada vez que le pide algo y le consta que utiliza a Teresa para estos fines. Precisamente es con su compañera con quien puede hacer una excepción; no le cae tan mal porque, a pesar de que tiene un cuerpo que quita el hipo, hay algo en ella que la acerca. No sabe qué, quizás sea el hecho de que no la mire con condescendencia. Moreno tampoco, pero con él es diferente.

Berta nunca ha tenido buena relación con los hombres. Ja, ni con las mujeres.

Ya.

El caso es que últimamente ha notado un intento de acercamiento por parte de Teresa y no se lo está poniendo fácil. No lo hace con mala uva, es que le cuesta interactuar con alguien. Pero ya ha decidido que si su compañera se acerca otra vez, responderá positivamente.

Berta pesa ciento treinta kilos. No es pequeña, mide un metro setenta y cinco centímetros. Su médico le dice: «Tienes que perder peso. Nada de cervezas, nada de dulces, nada de pan». Como si fuera tan fácil. Le suelta un papelito con los gramos que puede comer de

cada cosa y, venga, que pase el siguiente. ¿No dicen que los médicos estudian durante toda la vida? Pues este, no. No debe de saber que el estado emocional influye en estas cosas. «Hay que bajar el azúcar», sentencia sin más. Y Berta piensa que hace un par de años con el mismo azúcar no era diabética.

No se fía de los médicos, porque cree que son «recetadores con carrera» y que las farmacéuticas marcan todos sus pasos.

A pesar de esta falta de confianza, Berta sabe que le sobra peso. Pero ¿cómo rellenar sus sábados y sus domingos sin toda esa comida frente al televisor? A ver, listillo.

Pero volvamos al trabajo que le ha encargado Moreno. Recabar la poca información que el inspector le ha mandado desde su móvil y ponerla en unas carpetas para cada uno no es tarea difícil, pero se puede hacer bien o mal y Berta es de las que lo hacen bien. Y por eso, además de toda la información de que dispone, se ha preocupado de introducir en el *dossier* los datos que tienen disponibles de las dos víctimas en cuanto a su vida laboral se refiere. Sobre todo, la de la chica, por aquello de que hubo un tiempo en que trabajó en el departamento y porque su vida es mucho más interesante e intensa que la de su compañero.

5. Estado Mayor de la Defensa

De vuelta en las dependencias del EMAD, afeitado y planchado como le ha pedido con buen criterio su amigo, recoge en su despacho la documentación que le han pedido a Berta y se encamina hacia la sala que utilizan para las reuniones.

Tres personas le esperan cuando entra.

Jorge, sentado a la mesa, habla por teléfono. No reconoce a las otras dos. Extrañado, mira a su compañero y este levanta el dedo índice para indicarle que espere un minuto. Cuando termina la conversación, se dirige a él para hacer las presentaciones.

—Alberto, te presento a Valeria Serrano, criminóloga. Pertenece a un cuerpo especial de la policía. Y Juan Páez, psicólogo de la unidad CAOS del ejército. —La unidad se dedica a los casos más complejos de asesinatos, tanto nacionales como internacionales—. Rodríguez pensó que podrían ser útiles debido a su gran experiencia.

Moreno tuerce el gesto, pero saluda cortésmente a las dos personas. Le pide a Jorge un minuto para hablar con él, le lleva hasta la puerta y, una vez fuera, se coloca muy cerca y le susurra:

—No conozco a esos dos agentes, estoy seguro de que si vienen recomendados por Rodríguez deben de ser muy buenos, pero no los quiero aquí. Haz que se vayan.

—No lo entiendo… Necesitamos toda la ayuda que sean capaces de darnos. Lo sabes. No hemos avanzado apenas y andamos escasos de personal; además, los envía Rodríguez. ¿Qué es lo que no te gusta?

—Creo que este caso nos obliga a desconfiar, es pura intuición. No los conozco, aunque los envíe Rodríguez. Saca a Teresa y a Jose de lo que estén haciendo y ponlos en la investigación. —Antes de que su compañero vuelva a quejarse, prosigue—: No he comido nada desde ayer, bajaré a tomarme un bocadillo. Volveré dentro de media hora y espero que ya no estén aquí.

—Tendré problemas con la coronel.

—Déjame a Rodríguez a mí. Si te llama, dile que hable conmigo.

Volveré dentro de un rato y quiero a Teresa y Jose en el despacho.

Jorge no insiste. Conoce al inspector: nada de lo que diga le hará cambiar de opinión. Ya le ha demostrado en otras ocasiones que tiene un olfato infalible, pero ¿y ahora? Sabe en qué estado se encuentra, aún huele a alcohol rancio. Moreno lleva en ese estado meses, en los que no le ha permitido entrar en su casa. Habría tirado la puerta abajo de no ser porque María y Ray se ocupaban de él. Además, en cierto modo sospecha que tiene razón: a él también le pasa. Esa sensación de que están ante algo gordo no le ha abandonado en ningún momento.

Treinta minutos después, como ha prometido, Moreno vuelve al despacho. Teresa Martínez y Jose Iglesias, ambos de la absoluta confianza del inspector, están ya esperándole. Los saluda con un apretón de manos y se sienta. Antes de que empiece a hablar, Jorge le informa de que los ha puesto en antecedentes, entregándoles la carpeta que ha elaborado Berta.

Después de echar un vistazo a la documentación, Moreno dice en un murmullo:

—Veo que no ha perdido el tiempo.

Los tres agentes le miran, van a preguntar qué ha dicho, pero antes de que puedan hacerlo, el inspector continúa:

—Como ya habréis comprobado, la información de la que disponemos es escasa. Estamos a la espera de la autopsia, entonces tendremos algo más con lo que trabajar. Mientras tanto, empezaremos por interrogar a todas las personas que de una u otra manera tenían relación con las víctimas.

»No esperéis más ayuda, estamos solos, así que me temo que durante un tiempo vais a tener que dejar aparcado todo lo demás, incluida vuestra vida privada.

Hace un gesto a Jorge para que continúe con la lista que tiene en las manos, que, con buen criterio, la secretaria ha anotado.

«Bien hecho, Berta», piensa, pero cómo no, el inspector no se lo dice. Ojalá hubiera sabido cuánto lo necesitaba. Aunque ella debería de tener conocimiento ya de cómo es el inspector. No se le pueden pedir peras al olmo, ¿o sí?

—De acuerdo, ahí tenéis una serie de nombres. El primero es Alfonso Ortega, jefe directo de María y la persona que puede decirnos en qué estaban trabajando. Pensamos que es probable que el trabajo que realizaban esté relacionado con las muertes.

»El segundo de la lista, Ricardo Munaín, director de Patrimonio. En la actualidad no tenía una relación laboral permanente con ella, pero mantenían contacto esporádico por alguna pieza de arte concreta.

—Jorge y yo nos encargaremos de estos dos —interrumpe el inspector.

—El entorno de Ramón —continúa Jorge—, principalmente su mujer. ¿Te encargarías tú, Teresa?

La agente asiente.

—En cuanto a ti, Jose, pide una orden para poder entrar en casa de María y ocúpate de que el juez no se eternice en dárnosla —dice mirando a Teresa, que desvía la mirada.

—¿Qué hay de su entorno personal? —pregunta Jose.

—No creo que encontremos demasiado por ese camino —contesta Alberto—, no tenía muchos amigos.

—Nunca se conoce del todo a las personas y, si no os parece mal, mientras conseguimos el permiso para entrar en su domicilio echaré un vistazo en su vida.

Moreno no está muy seguro de que, en el caso de María, Jose tenga razón. ¿Amigos? Quizás uno o dos, pero ¿qué sabe él?; creía conocerla y a la vista está que no. Porque está seguro de que la muerte de María tiene que ver con algo en lo que trabajaba o que investigaba y no se lo había contado. Así que, sí. Nunca se conoce del todo a las personas.

6. Lealtad

A Ortega le preocupa la visita del inspector. Habría querido impedir que acudiese a verlo, pero no tiene otra opción. Sin embargo, las órdenes son tajantes y, por muy extraño que le parezca, debe acatarlas.

María estaba realizando una operación clasificada como reservada y no está autorizado a revelar ningún detalle a Moreno.

Consulta su reloj. Antes de la visita del inspector, ha quedado a desayunar con su mujer, que trabaja cerca. Disponen de media hora.

Isabel tiene un gran sentido de la justicia y, aunque casi nunca hablan de trabajo, en ocasiones necesita su opinión y la visita de Moreno es una de esas cuestiones que quiere comentarle.

Ortega cree firmemente que ella le aconsejará bien.

Su mujer trabaja en una multinacional americana; su función consiste en optimizar el desempeño y la productividad de los líderes de la empresa mediante la autoconfianza y el equilibrio entre la vida personal y el trabajo. Una *coach* ejecutiva muy valorada y en la que los americanos creen a pies juntillas.

Cuando llega a la cafetería, él ya está esperándola.

—Hola, cariño —dice acercando sus labios a los de ella.

—Hola, mi amor. Has madrugado mucho, no te oí esta mañana.

—No quería despertar a los niños. He tomado mi primer café en la oficina para no hacer ruido.

—¿Qué pasa, Alfonso? He visto tu nota y estoy preocupada.

—Oh, no, cariño, no es nada. Solo quería comentarte algo y…

—Alfonso, mírame —le interrumpe—, soy yo. No puedes engañarme.

Él la mira con gesto grave antes de continuar.

—La EMAD está investigando los asesinatos de María y Ramón.

—¿La EMAD? ¿Por qué?

—No tengo ni idea. Pero eso no es todo. Me han prohibido darle a Moreno información del trabajo que estaban realizando.

—¿Moreno, Alberto Moreno?

Al parecer, todo el mundo conoce las circunstancias del inspector.

—Sí, lo sé. No parece muy inteligente darle el caso en su estado.

—¿Tienes idea de por qué quieren que le niegues ayuda?

—No, pero es muy raro.

—¿Quién formula la orden?

—Mi superior dijo que eran «órdenes de arriba».

—¿Arriba? La EMAD está arriba —dice ella preocupada—. ¿Qué vas a hacer?

—Mi obligación es cumplirlas.

—No te he preguntado eso.

Ortega asiente.

—¿Qué debo hacer? Necesito tu consejo.

—Cariño, eres militar, eres inteligente, eres fiel y la persona más buena que he conocido en mi vida. No luches contra eso. No hay nada en el mundo que merezca que traiciones tu naturaleza.

Ortega la mira con amor. Es lista, sí señor. No ha dicho nada y lo ha dicho todo. La decisión de Ortega cabe en esa frase, tanto si ayuda a Moreno como si no. Y es solo suya. Da un sorbo al café y comienza una charla sobre el colegio de los niños.

* * *

Situado en plena avenida de América, el edificio fue su primer destino cuando regresó a Madrid. A Moreno no le gusta aquel bloque de hormigón que simula una colmena con un millar de celdas ocupadas por personas grises como la propia construcción. En su interior, esas personas pululan de un lado a otro sin parecer tener un propósito, pero allí se concentran las vidas de millones de españoles a los que se investiga, escucha y controla sin que ellos tengan conocimiento alguno de este hecho.

La zona donde está ubicado el edificio guarda consonancia con él, ya que las calles que pueden verse desde sus pequeñas y sucias ventanas destilan el mismo movimiento zumbador de los millares de personas cuyas vidas, de forma incógnita, se husmean en él.

En la época en que trabajó allí, en el piso veintiocho, divisaba cada día la M-30 con las diferentes bifurcaciones hacia Guadalajara,

Barcelona y Zaragoza, y se instalaba en él un deseo casi irrefrenable de escapar, coger cualquiera de aquellas carreteras y conducir sin parar hasta llegar a cualquier parte, fuera de allí. Por eso sintió un gran alivio cuando le concedieron el traslado. A la única persona a la que echó de menos fue a María, a quien precisamente había conocido allí.

Entra en el edificio. De soslayo ve a un hombre de gran volumen a la derecha. Va vestido con un traje negro. A pesar de que sabe que le va a ocasionar problemas, Moreno no le presta atención. Se dirige al mostrador de recepción y mostrando su placa pregunta por Alfonso Ortega, jefe de María y Ramón.

Por toda respuesta, el recepcionista alza la vista por encima de Moreno.

—El teniente Ortega no puede atenderle en este momento —dice una voz a su espalda.

Moreno no se mueve. Su mente está centrada en calcular la altura del hombre.

—Llámele, por favor —le repite al recepcionista, que le mira con angustia.

—¿No me ha oído? —Esta vez la expresión, casi podríamos llamarla gruñido, suena a advertencia.

El inspector cierra los ojos y suspira. Calibra sus opciones. Tiene dos: se vuelve y le agarra por los huevos, o se vuelve y le enseña la placa.

Se decide por las dos.

Mientras le agarra con fuerza sus partes y le enseña la placa con la mano que le queda libre, el inspector dice:

—Llame al teniente y dígale que el inspector Moreno, del EMAD, quiere verle, por favor.

Moreno relaja la presión hasta soltar al hombre, cuyo resuello se oye en la sala con violencia. A pesar de la gravedad de la escena, el recepcionista duda unos segundos. Tiene órdenes precisas, pero es evidente que la placa le da a Moreno la autoridad suficiente. «Qué coño —piensa—: que se apañen como puedan, yo no tengo nada que ver en esto, soy civil.» Coge el teléfono, relata brevemente a la secretaria de Ortega lo que está pasando y dice:

—Puede subir.

—Gracias. Póngase hielo —le dice al hombre, que aún no se ha

repuesto y cuya mirada está marcada por el odio.

Un enemigo más a añadir a su extensa lista.

Entra en el ascensor y sube hasta el piso veintiocho, donde la secretaria le mira con gesto hosco.

—El señor Ortega le está esperando —dice señalándole la puerta.

—Gracias, muy amable —contesta él con ironía.

De espaldas a la puerta, mirando por una de las escasas y minúsculas ventanas del edificio, el jefe de María permanece de pie. La imagen transporta a Moreno a la época en la que él permanecía en la misma posición y se pregunta si Ortega está pensando lo mismo. El hombre se da la vuelta y, como si le conociera de toda la vida, le saluda con gran cortesía.

—Me alegra mucho verle, inspector Moreno, perdone el recibimiento. Le aseguro que no ha sido cosa mía.

Una mala excusa que Moreno pasa por alto.

—Siento haber tenido que insistir en verle, pero el caso lo requiere: no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo. Como sabe, además de haber sido asignado a mi departamento este asunto, era amigo de María. La conocí precisamente en este despacho, en vida de su antecesor.

—Sí, ella me lo dijo. Es usted un hombre conocido aquí: tenía una muy buena opinión de usted, se sentía orgullosa de ser no solo su compañera, sino también su amiga. —Alberto no contesta, pero le consta que Ortega dice la verdad—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Iré al grano: necesito saber en qué trabajaban María y Ramón.

—No tengo autorización para contestar a esa pregunta.

—Teniente, si no responde a mis preguntas me veré obligado a tomar medidas contra usted. Sabe que puedo hacerlo.

—Por supuesto, haga lo que tenga que hacer, pero antes le diré que no es cosa mía y que será en vano, porque en cuanto sus superiores se enteren de mi detención, se apresurarán a ordenarle que me ponga en libertad. Siento todo esto. María y Ramón eran dos de mis mejores agentes. Soy el primero que desea atrapar al asesino, pero tengo las manos atadas. Si pudiera, le aseguro que le daría toda la información de que dispongo.

Moreno intuye que no debe insistir. O quizás haya percibido el leve gesto en el rostro de Ortega. Se dispone a marcharse, pero, antes de salir, se vuelve hacia él al más puro estilo de Colombo, su

investigador de ficción favorito.

—Supongo que sabe que esto solo retrasa un poco las cosas: tarde o temprano averiguaré qué estaban haciendo. Ya conoce este oficio, se tienen ojos en todas partes.

—Seguro, Moreno. Ha sido un placer conocerle.

—Igualmente.

Sale del edificio un poco frustrado, aunque en cierto modo esperaba algo así. Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca el papel que el jefe de María le ha entregado al chocar sus manos. «Café Pop's, mañana a las nueve de la noche.»

7. Costa da Morte

Matarla no ha sido una decisión difícil. A pesar de que tuviera que matar también a su compañero.

Ella no le ha dejado otra opción. Empeñada en seguir adelante. Cabezota. Erre que erre. La familia es lo primero y no va a permitir que se ponga en peligro su estabilidad. María se acercaba demasiado y, aunque no había conseguido llegar hasta ellos, de haberla dejado habría terminado por hacerlo. Ha actuado rápido y con precisión, antes de que ella se sintiera tan en peligro como para pedir ayuda a su amigo, el inspector Moreno.

Pero el asunto aún no está terminado. No puede dejar ningún cabo suelto. A su regreso a Madrid tendrá que encargarse, al menos, de la persona que lo ha presenciado todo. No lo hizo en El Escorial porque aún podía serle útil, pero no puede arriesgarse.

El viento empuja con fuerza la ventana, que se abre bruscamente. Las cortinas golpean la botella de agua vacía y un portalápices de cartulina con dientes picudos y ojos dispares, cuerpo y brazos verdes. Ambos ruedan por la mesa junto a varios papeles que sujeta, a modo de pisapapeles, con una pequeña y cara escultura que compró en un anticuario de Boston.

Se pone en pie, se dirige a la ventana para cerrarla y contempla el asombroso espectáculo que se ofrece ante sus ojos. El mar bravo le arroja un sonido empíreo, sobrenatural, al romper las olas, y el cielo azul celeste se fusiona con el azul cobalto del Atlántico en el horizonte, componiendo algo único, perfecto.

En la lista de sus paraísos particulares, este es su preferido y no va a perderlo. Ninguno de ellos.

Definitivamente ha tomado la decisión correcta.

La mujer le hace gestos acuciantes con la mano desde el borde del acantilado; no puede hacerla esperar más. ¡Dios, cuánto la ama! Desde que la conoció supo que ya no podría vivir sin ella. Tienen una relación única, perfecta. Darán un corto paseo y vuelta para comer,

esa es toda su vida allí, pero se ha convertido en algo necesario.

Baja por la escalera de madera hasta el salón y entra en la cocina, donde un agradable aroma a mar le inunda la nariz; la cocinera acaba de cocer unos percebes que los *percebeiros* le traen directamente de la Costa da Morte.

A pesar de todas las percepciones placenteras que le produce el lugar, este fin de semana está siendo diferente. Aunque no deje de dar vueltas a lo ocurrido en El Escorial apenas unas horas antes. «Todo está bajo control», se dice.

8. Patrimonio

Al salir de su visita a Ortega, Alberto Moreno contesta la llamada perdida de Jorge. Mantiene una breve conversación con él para verse en un pequeño bar justo enfrente de la Dirección General de Patrimonio, a la que acudirán para hablar con Munaín. Apenas han dormido un par de horas y un buen café se antoja necesario antes de seguir. Jorge está ya en la barra cuando llega.

—Las reticencias acerca de quién se hace cargo de la investigación han desaparecido con la mayor rapidez y eficacia —dice Jorge una vez instalados en una mesa—. El departamento nos ha dado preferencia y es muy sospechoso que los permisos para analizar los objetos de la sala aún no hayan llegado.

—Lo sé, las autorizaciones de este calado no suelen demorarse más de unas horas. ¿Qué opinas?

—Disponemos de la suficiente experiencia para saber que todas las cosas tienen un motivo y este retraso lo tiene, sin lugar a dudas.

—¿Cómo se llamaba el sujeto, tienes la lista?

—Sí —dice mirándola—: Munaín, Ricardo; director de Patrimonio.

—Bien, don Ricardo, veamos qué tiene que decirnos —contesta Alberto dando el último sorbo al café.

Entran en el edificio. No hay nadie en el mostrador de recepción. Se acercan al directorio y comprueban que la Dirección General se encuentra en la segunda planta.

Allí, una secretaria con sonrisa bobalicona les franquea el paso al despacho de Munaín. Alberto imagina el porqué de esa sonrisa. Lo de Jorge con las mujeres es casi mágico. Y podríamos decir que también con ellos. Por ese motivo, de manera tácita, han acordado que se encargue él en caso de necesitar un acceso rápido, cualquier acceso.

Entran en el despacho. Munaín, cortésmente, les ofrece asiento y pregunta a qué se debe su visita.

—Tengo entendido que está informado de los dos asesinatos del

monasterio y de que el EMAD lleva la investigación.

»Esa investigación está parada porque no recibimos los permisos necesarios para que un grupo de expertos inspeccione la sala y todo lo que contiene —dice Jorge.

—Me hago cargo, inspector, y sé que soy la persona indicada para dárselo, pero se trata de obras de arte muy valiosas, joyas del patrimonio español. Tenemos que asegurarnos de que no van a ser dañadas y para eso estoy a la espera de que su departamento autorice el trabajo conjunto con nuestro personal.

—No tengo noticias de que se haya pedido esa autorización, lo que sí sé es que usted ha recibido órdenes para dejar que lo hagamos y que únicamente falta su firma. ¿Tiene algún problema para no hacerlo? —pregunta Alberto.

—Como le he dicho, esos objetos son valiosísimos y…

—Oiga —corta Jorge—, nosotros ya hemos proporcionado expertos que trabajarán en colaboración con nuestro personal. Ellos se encargarán de velar por las obras y, en caso de que hubiera que trasladar alguna, se depositaría en un lugar que mantenga las mismas características de humedad, temperatura y luz de las que goza ahora mismo, pero usted eso ya lo sabe, porque el documento que le entregamos lo refleja. Por lo tanto, no tiene ningún motivo para retrasar la firma, ¿no es así? Si no nos autoriza, podríamos pensar que sí lo tiene.

—¿Qué dice?

—Usted está retrasando una investigación —continúa Alberto—. Hay dos agentes de la policía del ejército muertos. Trabajaban en la brigada de arte y resulta que usted es el director de Patrimonio. Saque sus conclusiones.

—¿No estará insinuando que tengo algo que ver con los asesinatos?

—Si no es así, quizás pueda explicarnos por qué retrasa los permisos.

Ricardo sopesa sus opciones. No tiene ninguna.

—Está bien, le firmaré el permiso —dice arrancándoselo de la mano a Moreno—. Pero si les ocurriera algo a esas obras de arte, ustedes responderán por ellas.

Fuera del despacho, a Moreno le recorre una sensación. Es efímera y leve, pero ahí está, avisándole.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Jorge.

—Que sabe más de lo que aparenta. Creo que María y Ramón averiguaron algo importante y, de un modo u otro, Munaín nos lo oculta. ¿Qué opinas tú?

—Lo de siempre: le das a un baranda un pequeño control institucional y te lleva a Botsuana a cazar elefantes.

Moreno sonríe y su amigo piensa que, en otro tiempo, habría reído abiertamente sus ocurrencias, en las que intercala deliberadamente alguna palabra en argot. Pero es una sonrisa, algo es algo.

—Sabe más de lo que nos dice, pero dejémoslo de momento —dice Moreno—. Ya pensaré en eso. Primero tenemos que ocuparnos de las obras: no tengo muchas esperanzas de que encuentren algo, pero no quiero que se demore más.

Una vez solo, Munaín se yergue nervioso en el asiento. No le ha quedado más remedio que firmar el permiso. Está seguro de que tienen ciertas sospechas acerca de él, pero de nada hubiera servido negarse; lo único que habría conseguido sería aumentarlas. Coge su móvil y marca un número para concertar una cita esa misma noche, antes de que sea demasiado tarde.

9. La chica

De vuelta a las dependencias del EMAD, Moreno piensa en dedicar el resto de la mañana a ordenar la documentación que tienen hasta ahora, pero el pósit de Berta, pegado a la pantalla de su ordenador, tiene otros planes para él.

«Ha llamado una mujer. Quiere verte hoy a las doce en el palacio de Godoy, en Villaviciosa de Odón, un pueblo cercano a Madrid, para algo relacionado con los asesinatos. Ha dicho que debes ir solo o de lo contrario el encuentro no tendrá lugar.»

Al final del mensaje, un número de teléfono y una imagen borrosa y fugaz.

Mira el reloj y visiblemente enfadado rezonga en voz alta: «Estupendo, Berta, gracias por llamar para avisarme». Sale corriendo hacia el garaje. Le suena vagamente ese pueblo, pero para no perder tiempo coloca el GPS y apunta la dirección.

A esa hora, la M-40, anillo periférico de circunvalación de Madrid, no suele tener demasiado tráfico, salvo que haya un accidente; pero llegar a ella desde el centro es otro cantar. Baja al paseo de la Castellana, que, como siempre, está atascado. Sigue por el paseo de Recoletos, que transcurre igual al anterior, hasta que llega a la plaza de Cibeles.

Vuelve a mirar el reloj. Si sigue siendo un buen chico, no llegará a la cita. Coloca la luz policial en el techo del coche y enciende la sirena. Algunos se muestran reacios a dejarle pasar, pero la inmensa mayoría se apartan como buenos ciudadanos. En tres minutos ha llegado a Santa María de la Cabeza y desde ahí es coser y cantar alcanzar la M-40, donde, como imagina, se circula sin problemas.

Ya más tranquilo, piensa en la imagen borrosa del pósit. Una mujer, sin duda. Pero no sabe si va a poder reconocerla y tampoco si es cosa de las pastillas, que le están jugando otra mala pasada. De lo que sí podemos estar seguros es de que esto es nuevo para Moreno.

Hasta ahora este tipo de sensaciones —él prefiere llamarlas así—,

que forman parte de la anticipación perceptiva, según le dijeron en el NCIS, han sido muy escasas y ligeramente diferentes a las otras, porque puede verlas. Pero nunca le han mostrado un rostro. Durante un tiempo, en su momento más álgido, llegaron a ser claras e inequívocas, como una realidad paralela, pero en este momento se han convertido en una tangente que apenas le roza. Casi imperceptible.

Nunca lo comentó con Emma. No le dio tiempo. Tenía miedo de que ella le considerara un bicho raro. Iba a decírselo. ¿Cuándo? Pronto. Pero ya sabemos qué pasó. Solo Ray y dos o tres personas del NCIS lo saben. Bueno, y Rivera y Teresa y Jose. Estos dos últimos de manera tácita. Pero lo saben.

Y ahora se tortura pensando que con ella no ha funcionado y el sentimiento de culpabilidad se apodera de él apresando todos sus movimientos, su mente, su vida. No consigue salir de eso. A pesar de la loquera a la que visita por internet, la de las pastillas. Empezó a asistir *on line* a su consulta, cuando respirar se convirtió en algo inabordable cada mañana. Buscó tímidamente y encontró a una mujer de mediana edad experta en pérdidas maritales en Estados Unidos.

Cómo no: allí hay expertos de casi cualquier cosa. Resultó ser buena. Se lo ocultó a María y a Ray. No ser vulnerable, no a ojos de los demás: una premisa grabada a fuego en su cerebro militar, entrenado para ganar siempre.

Menos cuando el amor de tu vida se suicida y solo ella sabe por qué.

Al principio fue María quien se lo aconsejó, sin éxito. Él no va a loqueros. La intención de María era buena, porque no sabía cómo ayudarle. ¿Cómo ayudar a alguien que sufre por la pérdida de un gran amor si estás rota por el mismo motivo? Aunque no fuera exactamente igual. La cuestión es que María no estaba dispuesta a dejarle solo y entraba como Pedro por su casa en la de Moreno. Porque sí. Y allí, entre tinieblas y susurros, el inspector la oía trastear.

Lo de trastear ya sabemos que implicaba tirar todo el alcohol que encontraba, lo que significaba literalmente todo, por más que Moreno quisiera esconder algo.

Como aliado, Roky, que olisqueaba y marcaba cada rastro del odiado líquido, por mínimo que fuera. «Joder, Roky, ¿de dónde has sacado ese entrenamiento?», le preguntaba el inspector todas las mañanas. Roky no lo ha sacado de ningún sitio, pero es muy muy

listo.

Y luego estaba Ray. Este chucho se alía con cualquiera.

Ray, qué injustamente le había tratado.

Moreno llega a Villaviciosa de Odón y se concentra en el GPS, que le lleva por una avenida flanqueada por chalets y al final de ella ve un imponente castillo que se alza frente a un pequeño parque. Ha leído en alguna parte que pertenece al Ejército del Aire. Tendrá que venir a visitarlo algún día.

Aparca en una plaza presidida por la iglesia; a su derecha se encuentra lo que supone es el palacio de Godoy, un caserón castellano de dos alturas rodeado de jardines y árboles centenarios, con dos robustas torres y naves laterales que flanquean la austera fachada, revestida de un enfoscado pintado en blanco. Le impresiona el pórtico de entrada, con escudo de armas, la cubierta de teja árabe y dos chapiteles piramidales en las torres. Echa una ojeada rápida al jardín trasero, un buen lugar para las noches de verano, y entra en la cafetería, que se encuentra a la derecha. Elige una mesa cerca de la ventana; pide un café cargado y espera.

Quienquiera que sea se retrasa y cuando ya empieza a pensar que no vendrá, la ve entrar. ¿La imagen borrosa que ha visto minutos antes? Puede.

La chica lleva unas gafas de sol similares a las de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Oculta su cabello con una pamela parecida a la de Audrey en la película, aunque el resto del vestuario no tiene nada que ver con la actriz; su vestido, de talle ajustado a la cintura, está adornado de alegres flores de color variado.

Se acerca a Moreno y, mientras lo hace, mira a su alrededor para cerciorarse de que no hay nadie más. Cuando está segura, le saluda con un leve movimiento de cabeza, se sienta frente a él y con un gesto demasiado brusco para su aspecto retira la pamela, dejando caer en ondas su melena. Durante unos instantes, ninguno de los dos dice nada, solo se observan inseguros, midiendo lo que van a decir.

La chica se encuentra en esa edad incierta, pero él diría que entre los veintimuchos y los treinta y cinco. A pesar de que las gafas de sol ocultan gran parte de su rostro, puede hacerse una idea: pómulos marcados, labios perfilados y gruesos. Su rubia y larga cabellera brilla con la suave luz que entra por la ventana ubicada a su espalda, lo que le da una luminosidad y pureza que la hacen aún más atractiva. Su

cuerpo, bien torneado, está adornado por un escote que deja lugar a la imaginación, obsequiándolo con unos pechos generosos y lozanos. El resto de la indumentaria, bolso y zapatos caros, vestido y chaqueta adecuados a su cuerpo, y sus modales educados la convierten en una fiel candidata a pertenecer a una familia acomodada, casi se atrevería a decir que de la nobleza.

—Espero que haya venido solo —dice por fin, mirando a su alrededor con recelo.

Hay algo en su forma de hablar que le fascina al instante, como si su voz hubiera cambiado de repente para dar paso a una más grave, más… masculina. Se pregunta cómo puede saberlo si solo la ha visto una vez.

Las cosas de Moreno.

—Me ha dado usted instrucciones de que lo hiciera. —Ella no contesta—. Antes de que me diga por qué me ha llamado, necesito su nombre.

La chica vacila un instante. Después dice:

—Sandra Sanlúcar.

De los Sanlúcar de toda la vida, claro, piensa Alberto con una media sonrisa cargada de arrogancia.

—¿Le hace gracia mi nombre?

«Serás gilipollas, estúpido prepotente —le dice Emma cariñosamente—. Lo has vuelto a hacer.» Moreno ha tardado exactamente treinta segundos en meter la pata.

—No, perdone, es que, de repente, me he acordado de algo gracioso que me dijo María. Soy el inspector Moreno —dice para zanjar el malestar de la chica. Le alarga la mano a modo de saludo. Ella la acepta y él siente alivio.

—¿Conocía a María?

—Sí, bueno, trabajamos juntos durante un tiempo. Dígame, ¿por qué me ha llamado?

—Soy…, era amiga de María.

—¿Qué clase de amiga?

—Fuimos juntas a la universidad y compartíamos casa desde hace algún tiempo.

Algo le contó su compañera acerca de ella. Poco. «Tu amiga, la rica», bromeaba Moreno. De repente dejó de mencionarla, pero él estaba acostumbrado, así era María.

El inspector asiente y ella continúa:

—Me contó algunas cosas, aunque ciertamente no era muy dada a hablar de su trabajo, por eso no estoy muy segura de que lo que voy a decirle sea de mucha ayuda.

Hace una pausa antes de continuar.

—Una noche, después de tomarnos unas copas de vino, me dijo que estaba algo preocupada por la investigación que ella y su compañero estaban llevando a cabo. Le aconsejé que acudiera a sus superiores para que la protegieran si creía que estaba en peligro y dijo que no podía hacerlo, porque sospechaban que un pez gordo estaba metido en el ajo. Cuando le pregunté que de quién se trataba, me contestó que era mejor que no lo supiera. Días más tarde escuché como hablaba con Ramón, su compañero, en la cocina. Le aseguro que fue una casualidad; yo solo bajé para tomar un trozo de tarta, no se dieron cuenta de que los oía. Hablaban de una persona, refiriéndose a ella como Majestad.

—¿El rey? —dice Alberto extrañado.

—En realidad, parecía un apodo, o eso creo. Alguien a quien conocían con ese seudónimo. Ella comentó que había contactado con él para que la ayudara a buscar algo. A Ramón no le gustó la idea: dijo que ese hombre había trabajado para personas de las que no debían fiarse, pero no mencionó ningún nombre.

Duda como si quisiera decir algo, pero finalmente no lo hace.

—¿Recuerda algo más? —dice él, al notar su vacilación.

—No. Es decir, María susurraba, era muy difícil escucharla bien. A Ramón pude oírle mejor. Ella comentó algo acerca de que había ido a ver a una persona a su despacho, pero no puedo asegurarlo.

—¿Sabe qué era lo que buscaban?

—Ya le he dicho que María hablaba muy bajito.

—¿Dijeron algo relacionado con que hubieran grabado la conversación en ese despacho?

—No.

—Si no le importa, me gustaría echar un vistazo a su casa. Es probable que si María dejó algo para que lo encontráramos, lo hiciera allí.

—¿Algo como qué?

—Cualquier cosa. —Evita decirle que no han encontrado el móvil de María. Aún no sabe si puede confiar en ella.

—No quiero meterme en líos —contesta Sandra, visiblemente inquieta.

—Le aseguro que es mejor que me deje hacerlo; no tardarán en traer una orden para registrar su casa. Es crucial para la investigación. Además, es cuestión de tiempo que le hagan una visita. Conozco muy bien a María, sé que es…, era una muy buena policía. Nos ha dejado información en algún sitio, no le quepa la menor duda, y su casa es lo primero que van a mirar. —Deliberadamente, Moreno utiliza ese «van» para desvincularse y conseguir mayor confianza con la chica—. No quiero asustarla, pero si yo fuera usted, me mudaría a algún sitio durante un tiempo, con su familia o con alguna amiga.

—¿Crees que estoy en peligro?

Le tutea de manera inconsciente, sin permiso.

Él lo acepta del mismo modo.

—No lo creo, pero me sentiría más seguro si te mudas por una temporada. Además, como te he dicho, es cuestión de tiempo que tu casa se llene de policías y hasta que la Científica no termine su trabajo, será dificultoso vivir allí. No puedo obligarte, pero, si me lo permites, puedo quedarme hasta que termines de recoger tus cosas, así no estarás sola.

Salvo la policía destinada a custodiar a personas consideradas en peligro por uno y otro motivo, no es habitual quedarse en las casas de nadie implicado en una investigación, pero el inspector se ofrece a título personal, no como policía.

Sandra era amiga de María y no hay nada que no hubiera hecho por ella. Si acepta, además, le viene bien para echar un vistazo en el domicilio donde vivía su amiga. A pesar de todo, no puede evitar sorprenderse cuando ella dice sí al ofrecimiento. La chica le pide un tiempo para dejar solucionados algunos asuntos de trabajo. A Moreno esta idea no le gusta demasiado: prefiere que se marche inmediatamente, pero ella no quiere claudicar.

Mientras van hacia la casa, Moreno recibe una llamada y se separa un par de metros para atenderla. Camina delante de ella y Sandra aprovecha para observarle. Su espalda ancha y sus piernas fuertes denotan la práctica de algún tipo de deporte de intensidad. «Boxeo o natación», piensa.

Moreno gesticula exageradamente, parece enfadado con su interlocutor; a veces vuelve levemente la cabeza y ella aparta

rápidamente la mirada para volverla a depositar en él cuando se gira de nuevo. El interior de su cuerpo es sacudido por un ciclón mientras le mira y esa sensación la agita como si los muros del castillo que ha construido en su interior se hubieran transformado en frágil cristal. Jamás ha sentido algo así. Intenta reponerse antes de que el inspector termine la conversación, pero no le es posible. Moreno se vuelve y durante unos instantes sus miradas se cruzan. Sandra, aturdida, incapaz de retirarla; Moreno guiando su mirada, lenta, primero a sus ojos, después a sus labios y su cuerpo. De pronto, el inspector hace un gesto con la cabeza, como de «en qué diablos estoy pensando», y retira la mirada, intentando disimular para que ella no se sienta mal.

Puede que lo consiga al hacerle esta pregunta:

—¿Te gustan los perros?

Sandra se repone a duras penas y le contesta extrañada.

—Me gustan los animales en general y los perros en particular. —Sonríe—. ¿Por qué lo preguntas?

—Acabo de hablar con la mujer que me ayuda en casa. No puede hacerse cargo de Roky, mi perro. No puedo dejarlo solo toda la noche y me preguntaba si te importaría que me lo trajera más tarde. Ya sé que es mucha molestia, pero es muy educado y…

—No te preocupes, claro que puedes traerlo, será un placer conocerlo. —Vuelve su sonrisa.

Siguen caminando y charlando animadamente hasta que llegan a la casa.

—Vaya, es majestuosa.

—Pertenece a mi familia —contesta Sandra—, es muy antigua. De la época de Fernando Séptimo y de las pocas que quedan por aquí. El rey vivió en este pueblo un tiempo y, por supuesto, su corte también. Mis antepasados estuvieron aquí acompañándole y desde entonces la conservamos. Mi familia tiene esa costumbre. —Alberto la mira sin entender—. Conservar cosas —dice riendo—, como muchas familias… —Obvia poner un calificativo, pero Moreno pone en su mente las palabras que ella no quiere pronunciar: «de mi clase»—. Tenemos un gran patrimonio y cero liquidez. —Vuelve a reír.

—Bueno —dice Alberto—, de alguna manera hay que conservarlo.

—Sí, claro. Recibimos subvenciones, creo, pero no me hagas mucho caso, no estoy muy segura de eso. Es mi madre quien se

encarga —manifiesta intentando zanjar un asunto que casi siempre le trae disgustos cuando lo comenta con alguien.

El inspector no insiste, lo último que haría en estos momentos sería molestarla. La necesita para la investigación y es mejor que esté de su parte.

Se pregunta si solo la necesita para la investigación.

La chica, cortésmente, le indica que está en su casa, le muestra la habitación de María y entra en su despacho para solucionar unos asuntos relacionados con la bodega donde trabaja antes de viajar a Sevilla. Moreno le agradece que le deje inspeccionar y entra en primer lugar en la habitación que le ha indicado Sandra.

La amplia estancia, de estilo clásico, irradia luz proveniente de un ventanal con vistas al jardín trasero que puede verse desde la cama, ya que rodea toda la parte frontal de la habitación. En la otra mitad se encuentran unas enormes estanterías de madera vieja repletas de libros, en las que se diría que no cabe ni uno más. Otra cama, más pequeña, y una mesilla colocada en un rincón rematan el mobiliario.

Salvo dos libros encima de esa mesilla no hay nada fuera de su lugar. Moreno supone que esa cama era la que utilizaba María. Saca unos guantes del bolsillo delantero de su pantalón, se los pone y coge uno de los libros. Es de álgebra y por su aspecto debe de tener más de cien años, pero el año de publicación está borroso y no puede corroborarlo. El otro libro, de una belleza inusitada, es una versión del *Decamerón*, editado en Venecia en 1492. Los apoya en la mesilla y toma fotografías con su móvil. Mientras lo hace, oye un ruido a su espalda; los coloca nuevamente y se vuelve. Sandra le mira desde la entrada, sonriente. Sandra y su eterna sonrisa le subyugan.

Pero Moreno aún no está preparado.

—Son un tesoro, ¿verdad? El *Decamerón* es un incunable. Cuando María lo seleccionó, me sorprendió que cogiera ese precisamente, pero ella me explicó que no solo son historias eróticas, sino relatos de ingenio, bromas, que hablan mucho del amor y de la inteligencia humana: «Este libro no tiene precio. —Lo recalcó intercalando espacios entre las tres palabras—. No sabes lo privilegiada que me siento al tener todo esto aquí, al alcance de mi mano; puedo tocarlos, sentirlos e incluso hablar con ellos, pero estos libros deberían ser apreciados por más gente, sin contar con que deben estar mucho más

protegidos, en un lugar donde no entre este manantial de luz. Necesitan unas condiciones muy diferentes a las que hay aquí para no deteriorarse».

»Le prometí que hablaría con mi madre, pero ya ves, ahí siguen. María adoraba el arte y la historia, le interesaba todo lo que pudieran contarle estos libros, los cuadros, los objetos; lo vivía de manera intensa, mucho más que yo —dice con tristeza—, y eso que estudiamos la misma carrera, pero era como si ella se fundiera con todos estos objetos y formara parte de ellos. Puede que yo no los aprecie igual porque los he tenido a mi alrededor toda la vida. —Nuevamente permanece pensativa unos instantes—. ¿Has encontrado algo que pueda ayudarte?

—No, aquí no hay nada, aunque conociendo a María ya me lo imaginaba: si me lo pone fácil a mí, también a su asesino. Sé que hay algo en esta casa y también que ella contaba conmigo. Me lo ha dejado, solo necesito más tiempo para ser capaz de encontrarlo.

—¿Qué te parece si nos tomamos un aperitivo? Ya va siendo hora. Mi padre nos impuso esa costumbre y en la Casa Sanlúcar nos lo tomamos siempre cerca de la una. Eso significa que la franja puede ser desde las doce y media, pero nunca después de la una. —Mira el reloj. La una y media—. Bueno, no tiene por qué ser exacto —otra vez su sonrisa—, no es fácil romper con las costumbres de mi padre.

—Por supuesto, no seré yo quien le contraríe.

Bajan a la cocina y una de las empleadas les prepara un pequeño refrigerio, que toman con avidez. Después pasean por el jardín y, llegada la noche, instalados cerca de la chimenea, comparten charla y vino con la única compañía de la tenue luz del fuego.

—Es muy extraño que María quisiera compartir casa, era muy independiente —reflexiona el inspector.

—Bueno, ya has visto cómo es esto —dice mirando el gran espacio—. No hay ninguna necesidad de encontrarse si no se desea.

—Eso no justifica que María…

—Lo sé —le corta ella. Hace una pausa y continúa—: María y yo nos conocimos en la universidad. Ella era lo que cualquier estudiante normal hubiera calificado de bicho raro. Y a mí me atraen los bichos raros. —Le dedica una mirada intensa. Moreno tiene la sensación de que esas palabras van dedicadas a él—. Congeniamos. Mucho —recalca.

Él no se atreve a preguntar. No hace falta, ella se lo cuenta.

—Tuvimos una relación; la primera y la única vez de las dos. Nunca antes y nunca después. No me preguntes cómo pasó. No lo sé. Solo sé que la quise y que ella me quiso. Ya está. Por lo demás, me gustan los hombres, siempre me han gustado, o eso creo. —Le mira insinuante.

»No me contaba nada de su trabajo, pero no soy tonta, inspector. Cuando volvió de uno de esos sitios de los que no me hablaba, se había roto. Su corazón, hecho pedacitos, lo intentamos ir pegando poco a poco entre las dos. En aquel momento, María no necesitaba una casa, necesitaba un refugio. Puede que ese sea el motivo por el que se quedó aquí.

Sandra se levanta en silencio y se dirige al ventanal para observar el gran jardín iluminado por las decenas de bombillas que ordenó instalar. María y ella ayudaron a Felipe, el jardinero, a hacerlo. «Precioso», dijeron ambas. «Precioso», dice en voz alta, con la añoranza en sus ojos.

Él se acerca. Ella ve su silueta reflejada en el ventanal. Se aproxima tanto a su espalda que casi se puede notar su aliento. Sus ojos se cruzan en el cristal en un interminable momento. Quiere consolarla, quiere tocarla, apartar el pelo de su nuca y besar su cuello. Ella quiere que lo haga.

Pero Moreno no está preparado.

El inspector quiebra el momento apartándose. Sandra emite un callado e involuntario suspiro y continúa resignada.

—Nuestras charlas sobre arte ocupaban casi todo nuestro tiempo; a ambas nos interesaba en una u otra medida. Visitamos cada colección, exposición o muestra interesante que llegaba a la ciudad. En cuanto a lo demás, María era muy discreta y a mí tampoco me gusta hablar demasiado de mi vida, por eso nuestra convivencia era tranquila, sin sobresaltos.

—Has dicho que cuando llegó estaba rota. ¿Te contó por qué?

—No, pero lo sé.

—Un hombre, sí. Me refería a si te contó algo acerca de él.

—Una vez intenté que lo hiciera, pensé que podría venirle bien soltar ese lastre, pero solo me dijo que había trabajado con ella en alguna ocasión. Sospecho que, si no me dijo nada más, fue porque no quería compartir conmigo aspectos de su trabajo. ¿Crees que ese

hombre puede tener algo que ver con su muerte?

—No puedo descartar nada.

—Siento no poder ayudarte más.

—Me has ayudado, aunque no lo creas. Si ese hombre trabajó con ella, sé dónde buscar.

Un silencio confortable se apodera de ellos. Parece que a Moreno le va a ser difícil evitar que la fuerte atracción que siente gane la batalla. Es como si un imán de enormes dimensiones lo arrastrara irremediablemente hacia la chica. Sin embargo, por qué no ocurrió nada entre ellos en aquellos instantes en los que sus rostros se acercaban solo Moreno lo sabe, porque volvió a romper el hechizo nuevamente, levantándose y dejando a Sandra cada vez más confusa.

—¿María y tú erais muy amigos? —pregunta Sandra reponiéndose a duras penas.

—Podría decirse así. Teníamos una relación cercana —dijo evasivo, pensando que no lo entendería—, aunque nuestro vínculo no fuera íntimo, en el más estricto significado de la palabra, ni tampoco diario.

No le debe esta explicación, pero se la da. Y para ella es como retomar la ilusión que le ha arrebatado minutos antes. Moreno es así, una te da, una te quita. Pero no le culpabilices.

Está hecho un lío.

—Es extraño —dice Sandra—, ella nunca me habló de ti. Bueno, a decir verdad, mencionó algo sobre un compañero, pero si, como dices, vuestra relación era bastante cercana, no logro entenderlo.

Moreno se encoge de hombros, no hay nada que pueda decir al respecto; ella se le queda mirando, esperando una respuesta, pero él no tiene ninguna. Podría decirle que los vínculos se estrechan en determinadas circunstancias, sobre todo cuando la vida de uno depende de la protección del otro, y ellos habían estado más de una vez en esa orilla, pero decide no hacerlo, porque eso implica contarle más de lo necesario.

En su departamento están acostumbrados; tienen la mitad de su vida oculta. Se protegen. Protegen a los suyos. Y sabe que ese fue el motivo de que María no le hablara de él.

Después de unos segundos, Sandra dice:

—No sé si te será de utilidad, pero me comentó cosas acerca de un compañero. Me refiero a que creo que en los últimos tiempos

mantenía algún tipo de relación con él, pero, al contrario del otro hombre, este no fue importante para ella. Aun así, puede que te sea de ayuda.

—¿Mencionó su nombre?

—Sí, lo hizo, pero debo decirte que fue un día en el que nuestras facultades no estaban en su mejor momento. Habíamos bebido demasiado y… —En ese punto, Sandra recuerda—. Pero ¡qué estúpida! Espera un momento. —Sale de la habitación y regresa con un manojo de cartas atadas con una cinta de color azul, semejante a un paquete de regalo—. Toma —dice, alargándoselas—. Las tenía guardadas en la mesilla. Nunca la vi leyéndolas, pero el otro día, cuando me enteré de que había muerto…, no sé, quise saber algo más y rebusqué.

—¿Las has leído?

—¿Tú qué crees?

—Vale, ahórrame el trabajo.

—Son de su padre.

—¿Su padre? María nunca me habló de ningún padre.

—Ya, bueno, a mí tampoco, pero acabas de ver que tampoco me habló de ti y vuestra relación era, según tú, estrecha, así que no parece tan extraño. Por lo que he leído —continúa—, las abandonó a ella y a su madre hace mucho tiempo y luego quiso recuperar la relación al enterarse de que estaba enfermo. María debió de contestarle, porque en las cartas se hace referencia a supuestas misivas en las que ella le hacía confidencias. Le habló de su relación con ese hombre, un tal… Sí, ahora lo recuerdo. Ricardo, Ricardo Munaín. Es el mismo nombre que mencionó aquella noche.

—¡Vaya, eso sí que es una sorpresa!

—¿Le conoces?

—Es el director general de Patrimonio. Un inepto que se ha empeñado en retrasar nuestra investigación. Me pareció muy sospechoso que lo hiciera, pero ahora… Lo que no entiendo es por qué Munaín nos lo ocultó.

—Probablemente, el hecho de que esté casado tenga algo que ver en su decisión.

—Continúa.

—Cuando María me habló de él, dijo que lo estaba. No quiso seguir hablando del tema y yo lo respeté; siempre lo hacíamos,

ninguna juzgaba a la otra. Puede que te parezca raro para dos amigas.

—Conociendo a María, no. Cuidaba mucho su intimidad, pero después de lo que me has dicho, tendré que volver a visitar al señor Munaín.

Ha sido un día agotador para ambos. Sandra tiene que madrugar al día siguiente y se disculpa con el inspector. Le indica una de las habitaciones, pero a pesar de la insistencia de la chica, él no quiere aceptarla; dormirá en el sofá.

Total, para lo que duerme.

Una vez solo, la asistente llega con Roky y le pide nuevamente disculpas. Tras los efusivos saludos de su amigo, el inspector deja que inspeccione el enorme jardín mientras él revisa la casa, en especial la habitación de María, tomando fotografías de todo lo que le parece importante.

En su habitación, Sandra se agita. Se levanta y va hacia la puerta, duda y vuelve a meterse en la cama. «Duérmete de una vez, Sandra, él no quiere nada contigo. ¿No lo has visto ya? Puede ser que sea porque es muy profesional, está trabajando y por eso no puede distraerse. María apenas te contó nada de él, podría estar casado o que le gusten los hombres. No, por cómo te ha mirado, eso está descartado. Ha habido dos momentos.» Ella creyó… Cierra los ojos y en ensoñaciones Moreno se acerca y la besa con pasión. Es tan real que, al despertar, Sandra sonríe pensando que ha ocurrido de verdad.

* * *

El sol asoma por entre los árboles del jardín. Sus párpados caen sobre sus ojos cansados, obligándole a dormir. Ahora no puede leer las cartas, primero tiene que reposar un poco. Al menos ha conseguido el permiso de Sandra para que la Científica inspeccione la casa, asegurándole que de todas formas recibiría una orden de registro. «Solo se trata de adelantar el proceso.» Tres horas más tarde, algo húmedo en su cara le despierta. Roky lame su rostro con dedicación, como todas las mañanas.

—Pero ¿de dónde sales? ¡Joder, Roky, estás hecho un asco! —dice al ver las múltiples partículas adheridas a su pelo.

Sandra aparece por el quicio de la puerta y Roky va raudo a saludarla.

—Hola, pequeño —dice acariciándolo.

—¿Ya os conocéis? —pregunta Alberto al notar la confianza.

—¡Oh, sí! Roky ha tenido la deferencia de despertarme esta mañana.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a los lametones. Hay cuatro perros en mi casa de Sevilla.

Alberto asiente.

Después de desayunar, Sandra se dispone a partir hacia Sevilla.

—Te agradezco que me dejes quedarme aquí.

—Bueno, como me has dicho, es importante para la investigación. María era mi amiga. Ojalá cojas pronto a su asesino.

—Pondré todo mi empeño, te lo aseguro.

Caminan hasta su coche y ella le entrega las llaves para que siga buscando lo que quiera que sea, porque Alberto está seguro de que está allí. La casa tiene múltiples escondites, pero eso no le desanima. Solo es cuestión de tiempo que dé con ello.

Sandra sube a su Audi A3 y le dirige una última mirada llena de intenciones a Alberto. Después sale a gran velocidad mientras él observa el automóvil hasta que se desvanece en el horizonte.

Le preocupa Sandra, y le gusta, pero no sería un buen agente si descarta a algún sospechoso, aunque tenga labios carnosos, pechos abundantes y ojos color miel.

A pesar de la revelación de Sandra y de las cartas, Munaín no se perfila para él como sospechoso. Como pareja de María es muy extraño, pero, por otro lado, tampoco la conocía íntimamente. ¿Qué sabía en realidad de su vida sexual? Nada.

Ella nunca le contó con quién salía. Moreno lo intuía por su estado de ánimo. Claro que tenían cierta confianza, pero sus conversaciones eran la mayoría de las veces acerca de su trabajo y de la vida en general, no personalizaban casi nunca, aunque en ellas subyacieran sus temores, anhelos, amor y desamor.

María y él han sufrido más de esto último, sienten una potente atracción por las personas complicadas, difíciles, pero eso es lo que las hace maravillosamente únicas a sus ojos.

«Bichos raros», le había dicho Sandra.

En la vida de ambos hubo muchas personas, pero ninguna como

Emma y ese hombre misterioso del que María no le habló y al que tiene que buscar. Le ha dicho a Sandra que sabe dónde y es verdad, pero la realidad es que, si compartió con ella determinadas misiones, estará protegido y será difícil dar con él. Forma parte de este trabajo. Esconderse, esconderlos.

10. Ray

Desde su cubículo puede verle perfectamente. Le pega con la misma garra de siempre. Podría haber sido un buen boxeador. Pero él tenía otros planes.

Por su gimnasio pasan muchos chicos. Chicos que esperan poder salir del barrio gracias al boxeo. Ninguno como él.

Cuando llegó de Estados Unidos buscando un lugar tranquilo para quedarse, vio la oportunidad de enseñar las técnicas de boxeo que había aprendido. En España no había muchos gimnasios como el suyo. Nada más instalarse, ya tenía bastantes alumnos. El barrio y la pequeña cuota que cobraba ayudaron. Alquiló un piso, si es que a eso se le puede llamar piso, apenas treinta y cinco metros cuadrados, uno de esos trasteros reconvertidos en apartamentos ilegales. Una mujer y un niño de unos nueve años como únicos vecinos.

Ella trabajaba de sol a sol para sacar adelante a su hijo y el pequeño casi siempre estaba solo. Faltaba al colegio. Oía las regañinas de su madre cuando la policía acudía a por él. El chico parecía no querer entender que tendría problemas con la asistente social si seguía comportándose así.

Uno de esos días en los que falta a clase, le encuentra sentado en un banco del parque.

—Eh, chaval, ¿quieres ganar unos euros?

El muchacho le mira de soslayo, sin contestar.

—Estoy buscando a alguien para el gimnasio. Ven a verme y hablamos, ¿okey?

Ray sigue caminando por el parque y se da cuenta de que el niño le sigue. Cuando llega al gimnasio, el muchacho entra detrás de él en su pequeño cubículo y se queda mirándole sin decir nada.

—No eres muy hablador, ¿eh? —Ray no espera una respuesta, así que continúa—. Necesito a alguien que ayude a los boxeadores a prepararse para el combate y mantenga en buen estado el utillaje. No puedo pagarte mucho, pero te lo compensaré entrenándote y te daré

una pequeña cantidad, ¿qué te parece?

El niño asiente. Pero cuando le dice que tendrá que ir a la escuela, el pequeño, tozudo, da media vuelta para marcharse. Mientras se dirige a la puerta, Ray dice:

—Se me puede caer el pelo si estás aquí y no vas. Está prohibido y no puedo tener a la policía en el gimnasio buscándote todos los días. Piénsalo y ya me dirás algo.

—Me aburro en el colegio —es su respuesta.

—Ya, pues tendrás que buscar la forma de divertirte, porque sin eso no hay trato.

Alberto demora unos segundos en contestar.

—¿Qué tengo que hacer?

Enseguida se dio cuenta de la capacidad sensorial y de trabajo del niño. Era extremadamente sensible y su inteligencia sobrepasaba la normal. No era muy bueno en los estudios, algo que no lograba entender, hasta que él mismo fue a hablar con sus profesores. Entonces comprendió las palabras del muchacho y se dio cuenta de que no tenían ni idea de cómo tratar a un niño como él. Y de que, si seguía allí, le convertirían en uno más.

Convenció a su madre y buscaron otro colegio en el que supieran tratarle. Se ofreció a sufragar los gastos, pero finalmente no fue necesario, ya que el colegio asumió la educación del pequeño en cuanto le hicieron las pruebas pertinentes.

Su madre enfermó unos años después, le pidió a Ray que se ocupara del muchacho cuando ella no estuviera y puso en marcha todo el papeleo para darle su custodia. A Ray le fascinó como ella esperó a que todo estuviera listo. Los trámites se demoraron meses y cuando el último papel estuvo firmado, falleció. El chico tenía dieciséis años.

Le hubiera encantado que se quedara en el gimnasio ayudándole, tenía facultades para ello. Pero desde que cumplió los trece quiso ser militar. Policía y militar. No hubo forma humana de que cambiara de opinión y cuando terminó la carrera, Ray habló con algunos de sus colegas en Estados Unidos para que siguiera su preparación allí.

Moreno nunca supo qué clase de amigos eran esos, pero lo cierto es que, desde que llegó, sus pasos fueron dirigidos hacia el NCIS, la principal agencia de investigación criminal de la Marina de los Estados Unidos.

Allí permaneció cinco años y cuando volvió ya tenía una reputación que le avalaba. No tuvo que hacer nada más. Alguien contactó con él y pasó a convertirse en uno de los mejores agentes del EMAD. Luego conoció a una chica de la que se enamoró. Emma.

Y después… Después entró en un periodo de autodestrucción. Ray nota como las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Ha vuelto. Y sabe lo que eso significa.

* * *

Después del reencuentro con Ray, y por primera vez desde hace mucho, tiene la impresión de que puede recuperar su vida. Podríamos pensar que eso es lo normal cuando se pierde a alguien al que se ama. Pero Moreno no lo cree así, aunque todo el mundo se empeñe en decirle una y otra vez que el tiempo tiene la clave.

Esa magnitud física con la que se mide la duración o la separación de acontecimientos puede irse al carajo. ¿Acaso pudo manejarlo o retrasarlo? No. Entró tarde en el baño, como cualquier mortal, que es lo que es él. Y punto. Eso se dice Moreno constantemente, pero sigue atormentándose con los putos diez segundos, aunque ahora sabe que no hubieran sido suficientes.

Las palabras de consuelo tienen un efecto contrario al pretendido y, a pesar de que le hastiaron, entiende que se hacía con la mejor de las intenciones. Ray no pronunció ninguna de ellas. Se limitó a permanecer a su lado, en silencio, y sin embargo su presencia le concede ese consuelo.

Se pregunta cuánto daño es capaz de hacer un corazón herido. Cuánta ingratitud puede albergar. Y cuánto amor deben sentir los que, a pesar de todo, permanecen a tu lado.

Ray no es de esos que esperan que se les pida perdón y él no es de esos que lo piden. Un abrazo, una cerveza y una conversación como las que tienen siempre sentados en el ring.

Solo necesitan eso.

11. Sevilla, Casa Sanlúcar

Mientras Moreno toma una cerveza con Ray, en un reencuentro tan ansiado como necesario, Sandra llega a su casa de Sevilla y contempla la entrada sobria y elegante del palacete donde vive con sus padres.

El tímpano del arco de entrada alberga el escudo ducal de la familia pintado en azulejos planos. Dividido horizontalmente, en la parte izquierda figura la imagen de Lobera, la espada de Fernando III el Santo, de plata guarnecida de oro, y una corona real que había sido modificada a lo largo de los años. En la parte derecha, con tonos en azul, un sol naciente dorado por encima de un bosque de árboles de copas de plata aclaradas en azul y troncos rojiblancos, el bosque acostado de dos columnas de oro, cada una con una cinta de faja. En lo alto, el nombre de la familia, cuyo significado, «El lugar del sol», hace honor al escudo. En la parte inferior, el lema de la familia en latín: *Verbum vincet* («La palabra prevalecerá»).

Traspasando la entrada, un amplio jardín en forma de zeta y después el patio principal rectangular con seis arcadas en cada lado y columnas blancas de mármol liso. Encima de esta galería se levanta otra de arcos ornamentales con decoración de yeserías plateresca, elementos heráldicos y grutescos de origen italiano realizados con técnica morisca. Años atrás, su aya y demás personal le contaban toda clase de chismes sobre las personalidades que vivieron allí, algunas ciertas y otras noveladas. Estas últimas eran las que más gustaban a la niña, que se recorría los rincones de la casa rebuscando pergaminos, cartas, documentos y diarios que le hablaran de lo acontecido entre los muros de una edificación que tiene, en sus diferentes vertientes, más de ochocientos años.

Su madre, la duquesa de Sanlúcar, sale a su encuentro con un gesto de preocupación motivado por la visita de su hija en plena campaña vinícola. Ha visto la promoción de los nuevos vinos de Madrid, concretamente de la bodega donde trabaja Sandra. Fue el conde de Salobral, amigo personal de su madre, quien le ofreció un

empleo cuando terminó la carrera de Bellas Artes. Nada tiene que ver con el trabajo en una bodega, pero él insistió en que necesitaba a una persona culta, abierta y jovial que transmitiera una buena imagen de la marca y se ocupara de tratar con la prensa y los curiosos que visitaban la bodega. Y Sandra reunía todos los requisitos.

Con el tiempo, su implicación en la bodega fue tal que se convirtió en una pieza imprescindible para los viñedos Salobral.

La señora Sanlúcar abraza a su hija, más bien la estruja, mientras Sandra protesta. Casi no puede respirar; su madre afloja el apretón y ambas sonríen.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, mamá. Estoy un poco cansada, pero he llegado antes de lo que esperaba. Esto sigue como siempre, ¡me encanta este olor! No sé cómo puedes conseguirlo.

—Es este patio, tiene algo que embruja a todas estas flores. En las noches de verano siempre imagino que, mientras dormimos, ellas, en pleno aquelarre, realizan hechizos que les permiten estar así de bellas. No puedo imaginarme viviendo en ninguna otra parte. A Cata le ocurre igual, a pesar de todo. Es feliz cuando toma el fresco en este patio —dice con tristeza—. Pero vamos, te prepararé un buen tazón de leche caliente, te sentará bien. Esta primavera está siendo más fría que de costumbre. Inesilla ha hecho esas galletas que tanto te gustan.

Sandra no protesta, porque, aunque le dijera que ha comido de camino y que la costumbre de merendar galletas hace tiempo que quedó en el olvido, no servirá de nada. ¡Y qué narices! Las galletas de Inés son únicas. Nadie en el mundo puede hacerlas como ella.

Se deja llevar por el dulce abrazo de su madre hasta llegar a la cocina. Allí, el aya, sentada en un sillón, la mira sin reconocerla. La muchacha se acerca y la envuelve entre sus brazos sin que ella responda a ese gesto. Sus ojos grises siguen mirando el vacío. Sandra reprime las lágrimas y se sienta a su lado.

—¿La ha visto el médico?

—Sí, viene todos los lunes, pero ya sabes: parece que no tiene arreglo.

—Ya. ¿Ha dicho algo nuevo?

La madre no contesta y ella no quiere insistir. Es evidente que a su madre le produce un dolor ingente, más que a ella; mejor cambiar de tema.

—¿Dónde está papá?

—Tenía unos asuntos muy importantes que resolver. Me ha asegurado que vendrá para la cena.

—Asuntos que tienen que ver con esa mujer, ¿no?

—Sandra, déjalo.

—Vale, mamá, si a ti no te importa, imagínate a mí.

—No sé qué quieres que haga.

—Mandarle a paseo. Todo esto es tuyo, ¿por qué se lo permites? Si quiere reírse de ti, al menos que lo haga con su dinero.

—No quiero que toda la sociedad sevillana murmure. Tenemos una posición que mantener en esta ciudad.

—Eres una antigua, mamá. Los divorcios están a la orden del día. Además, ¿crees que la sociedad sevillana no sabe que tiene una amante desde hace años? ¿Y que ha tenido muchas antes de ella?

—Bueno, dejémoslo —dice tajante—. Cuéntamelo todo. ¿Qué ha pasado, por qué estás aquí? Y no me mientas, Sandra: aunque no hay mucha información, he leído algo y estoy realmente preocupada por ti.

—Han matado a mi compañera y amiga, mamá. El agente que lleva el caso no cree que yo corra ningún peligro, porque no sabía nada de la investigación que María estaba llevando a cabo. Ella no hablaba nunca de su trabajo. Aun así, me ha recomendado que me tome unas vacaciones y me aleje de allí por un tiempo, ¿y qué mejor sitio que este?

—Eso, desde luego —dice su madre sonriendo y zanja el asunto así—: ¿Quieres que hagamos algo esta tarde?

—Tengo que solucionar algunos asuntos con unos clientes muy importantes, mamá, y… todo esto me ha venido muy grande —dice apesadumbrada—. Necesito descansar. ¿Qué te parece si lo dejamos para mañana?

—¡Claro! —contesta su madre—. Venga, tómate la leche y las galletas. Cenaremos a las ocho. Mañana tenemos muchas cosas que hacer. Ahora que te tengo aquí aprovecharé para presumir de mi guapa hija. Iremos de compras y me gustaría que resolviéramos juntas algunos asuntos.

—Bien, mamá, pero si no te importa no creo que baje a cenar. Hablaremos por la mañana.

Su madre asiente preocupada. Sandra disfruta mucho de las cenas

en palacio. Tiene una conversación fluida con su padre, porque, a pesar de que reprueba su conducta para con su madre, hay una gran complicidad entre los dos.

Lo cortés no quita lo valiente.

Su padre se siente orgulloso de su hija, de cómo ha trabajado en la bodega. Desde la búsqueda de nuevas cepas a la plantación, exterminio de plagas, embotellado… Todo. Y aunque en principio él desea que Sandra se dedique a los asuntos de la Casa Sanlúcar, no deja de valorar el enorme trabajo que ha hecho. El conde de Salobral solo tiene elogios para ella.

Sandra sube las escaleras hasta llegar a su habitación, donde el personal del palacete ya ha colgado su ropa en el armario, sacado sus utensilios de aseo y dispuesto todo lo necesario para su estancia. En fin, esa manera de vivir que tienen los ricos. Esa de la que ella intentó desvincularse solo a medias y sin éxito cuando era estudiante y estaba llena de ideas de proletariado. Pero no es fácil rechazar ciertos privilegios. Toda tu vida está marcada por ellos y, o te metes en una cueva, o te persiguen. Y, oye, llegar a casa cansada después de un viaje y no tener que sacar ni el cepillo de dientes mola. Se tumba en la cama y marca un teléfono.

El número que refleja la pantalla de su móvil sorprende gratamente a Moreno y, aunque le ha insistido en que le llamara si necesitaba cualquier cosa, prefiere imaginar que la llamada se produce únicamente por el interés de Sandra por él. Pero el inspector no le manifiesta ese deseo, no sea que la chica perciba algún tipo de afecto, así que se limita a contestar de manera precisa.

—Hola, ¿te ocurre algo?

Sin más. Ni un «qué tal el viaje, qué tal tu familia». Sandra percibe la frialdad en el tono de las palabras del inspector y, como tampoco es que le conozca mucho, no sabe que él lo ha forzado deliberadamente, así que sale de esa situación un poco incómoda de manera atropellada.

—No. Solo quería decirte que he llegado bien y que esto sigue oliendo de maravilla, como te conté.

No está acostumbrada a improvisar. Hasta ahora no le ha hecho falta eso de llamar ella a un hombre. Así que se siente un poco estúpida con esta excusa. Si supiera que Moreno no se ha dado cuenta, quizás no estaría tan avergonzada.

—Eso es una suerte, ¿no estarás pensando en quedarte allí para siempre?

—Es probable —dice riendo—. ¿Vendrás a verme si lo hago?

—Hace tiempo que tengo ganas de ir a Sevilla.

—Pues esta es la mejor época. Si te decides, llámame; estaré encantada de hacer de anfitriona.

—Sandra…

—¿Sí?

Él no contesta enseguida, dejando expectante a Sandra, cuyo deseo es que aquel silencio albergue palabras íntimas y en cierto modo lo son, aunque no las que ella espera.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, inspector —dice un poco decepcionada—. Felices sueños.

Terminada la llamada, se apodera de él una gran inquietud. Acaba de disipar la duda. La chica le interesa más de lo deseado y eso es lo que menos le apetece en este momento. Después de lo de Emma, sabe lo que es capaz de hacer con los sentimientos de una mujer, lo ha hecho otras veces, sin intención, sin conciencia de menoscabo. Sandra no lo merece, ninguna mujer lo merece.

Le ha dicho que no corre peligro, pero no está tan seguro. Si, como cree, María le ha dejado algo en aquella casa, es probable que el asesino la viera como una amenaza, así que decide llamar a su excompañero y pedirle ayuda.

Hace mucho que no tiene contacto con él, pero sabe que sigue en Sevilla. El estado en el que se encontraba cuando dejó de verle no era precisamente el más apropiado, pero confía en que esté mejor y pueda echarle una mano con esto. Marca su número. No está seguro de que conteste su llamada.

Pero lo hace.

—Manuel…

—¡Moreno! ¿Ya no soy Canalla?

Manuel Anaya era conocido en el departamento con una broma facilona que cambiaba su apellido por Canalla. Aunque Moreno nunca utiliza el apodo (no lo hace con ningún compañero), se da cuenta de que su amigo intenta suavizar una llamada que, está seguro, no es fácil para el inspector. Sin embargo, no hay ninguna carga de reproche en sus palabras.

—¿Cómo estás, amigo?

—Podría estar mejor, Moreno, pero no estoy mal. Con terapia, ya sabes. Te llamé cuando…

—Lo sé. Y sé que estuviste aquí. Ray me lo dijo. Lo siento, no estaba en condiciones.

—A mí me lo vas a decir. No te disculpes, Moreno. Y ahora, ¿cómo estás?

—Podría estar mejor, Anaya, pero no estoy mal. Con terapia, ya sabes.

—¡Sigues siendo un gilipollas! —dice riendo a carcajadas.

—Desde luego —contesta Moreno, riendo también.

Y por un momento siente felicidad, o algo que se le parece, y piensa que si se está curando, necesitará a Manuel en su vida. Otra vez.

—Manuel, quiero que me ayudes con algo. Supongo que has oído lo de María.

Manuel contesta que sí y no añade nada más, así que Moreno continúa.

—Compartía casa con una amiga. Le pedí que saliera de Madrid durante un tiempo y ahora está en Sevilla. Su familia es de ahí. Puede que exista algún riesgo de que vayan a por ella. ¿Podrías ocuparte?

—Claro, dame sus datos.

—Sandra Sanlúcar. Vive en…

—Sé dónde vive, Moreno. Yo y toda Sevilla.

—Vale. Cuídala, Anaya. Es importante para la investigación.

—Seré su sombra, no te preocupes.

Se despiden prometiendo unas cañas lo antes posible y a Moreno le envuelve de nuevo esa sensación placentera.

Después de ese momento de reencuentro con su amigo y compañero, tiene que empeñarse a fondo para concentrarse en las cartas. Lo consigue cuando llega a la fechada el veintitrés de enero de ese mismo año:

Querida María:

Me alegra mucho que me des la oportunidad de explicártelo todo. Entiendo que creyeras lo que te contó tu madre, no fue culpa suya; solo intentaba protegerte y creyó que esa era la mejor manera. Solo yo soy el responsable de haberme marchado. Estaré en Madrid a

mediados de febrero. Ya tengo tu dirección y tu teléfono. Te llamaré en cuanto llegue.

Te quiere, tu padre

Le retumban una y otra vez esas dos palabras en la cabeza, no le cuadra en absoluto. Para llevar toda la vida fuera de la de María, aquel hombre se tomaba demasiadas confianzas. Debería haber firmado con un nombre y no utilizar un término tan familiar. «Tu padre», repite.

Mira el reverso: no tiene remitente, pero el matasellos es de Berlín. Busca en las otras cartas para comprobar si el encuentro se produjo y encuentra una fechada el veintiocho de febrero.

Querida hija:

He recibido tu carta. Perdona que no te haya escrito antes, pero he llegado a Berlín hace apenas unas horas. Sé que te dije que vendría directamente desde Madrid, pero asuntos inesperados me han retenido en Suiza. A mí también me han parecido estos días que hemos pasado juntos los más felices de mi vida. Me alegra que hayas confiado en mí y que me contaras tus preocupaciones. En cuanto a lo que me preguntas sobre Ricardo Munaín, no sé qué decirte, puede que yo no sea la persona más adecuada para dar consejos sentimentales, ya sabes cómo me fue a mí, pero creo que deberías decirle que estás embarazada. Es el padre y tiene derecho a saberlo…

El resto de la misiva no tiene ningún interés para el inspector. Pero lo de María embarazada de aquel inepto no puede creerlo. Jamás hubiera imaginado que una mujer como ella se liara con un tipo así.

En palabras de su madre, «un sin ser».

A Ray le encanta esa expresión, se partía de la risa cada vez que su madre la usaba. Y Moreno cree que, desde que Ray entró en sus vidas, ella la utilizaba más de la cuenta. Pero no quiere pensar en eso. No vaya a ser que ese pensamiento le lleve por otros caminos.

Cuando termina de leer las cartas, sigue sin saber si María le mencionó a Ricardo su embarazo, pero a Moreno las cartas le parecen poco creíbles y bastante chapuceras. En este momento no las considera prioritarias. Lo que sí es prioritario es saber por qué intentan incriminar a Munaín. Y, por supuesto, quién.

Y está lo del padre. María siempre fue muy cautelosa en sus confidencias y, aunque la aparición de un padre sigue resultándole increíble, no puede descartar esa posibilidad y su obligación es encontrarle. El departamento ha creído conveniente dar poca información sobre los asesinatos a la prensa y, por tanto, no puede esperar que el hombre, si existe, aparezca por las buenas.

Una de las cosas que más le gustan a Moreno es reflexionar solo sobre cada caso. Y en este hay muchas cosas que no acaban de convencerle. Su equipo es fundamental para la investigación, pero si quiere que esa especie de conductores eléctricos que se montan en su cabeza aparezcan, tiene que ser en solitario. Aunque en su situación, vete a saber si deciden dejarse ver.

Si le llegara a ocurrir otra vez, sería algo así como una expansión de su mente, una especie de catarsis, un estado semejante al de embriaguez producido por algún tipo potente de droga. No ha sido un gran consumidor, pero algo ha probado. En concreto recordaba una vez que un amigo, de esos que en realidad no lo son y desaparecen de tu vida en un plis plas, le ofreció un ácido. Un yin yang, dijo que se llamaba. Él tenía diecisiete años.

La sensación placentera que experimentó le asustó tanto que, por si acaso, no volvió a probarlo. No lo necesitaba. Por aquel entonces era un muchacho con muchas inquietudes y ganas de hacer muchas cosas.

Y estaba Ray. A él no le hubiera engañado nunca. Si algún chico de su gimnasio tomaba drogas, aunque fuera una sola vez, siempre se enteraba. Te ofrecía una oportunidad, pero si reincidías, estabas fuera de su gimnasio. Era implacable con eso.

Pero volvamos a las reflexiones del inspector. ¿Era posible que la muerte de María se hubiera debido al embarazo? Le parecía poco probable, pero convenía no descartarlo. María habría puesto en peligro la vida placentera y social de un alto cargo administrativo que se codea con lo más granado de la sociedad española. No sería la primera vez que alguien cometía un acto tan cruel para proteger su integridad social.

Y el forense, ¿por qué no les ha dicho nada del embarazo? Por desgracia, ambos han visto bastantes cadáveres de embarazadas. Un profesional de la medicina forense casi siempre lo detecta a primera vista. Existen ciertas diferencias en el cuerpo de una mujer que un

experto puede observar con un simple examen. Valdés conoce los lazos entre María y él; le cuesta creer que no se lo haya al menos insinuado. Y de repente siente la necesidad urgente de volver al instituto forense.

Pero la pregunta más importante que a Moreno le ronda en la cabeza es: ¿en qué estaban trabajando los dos agentes? Para saberlo tendría que hablar con Alfonso Ortega, el jefe de María, con el que tiene una cita al día siguiente.

Su mente sigue vagando incontrolada por la estancia de los asesinatos, rebusca por todos los rincones, pero una vez más no encuentra nada. La imagen de Sandra, su voluptuosidad, sus ojos color miel y la necesidad que siente de protegerla se entremezclan en su cabeza y cae en la cuenta de su vulnerabilidad. ¿Será eso lo que le impide ver con claridad?

12. Madrugada

Jorge observa como el día penetra en la noche, otorgando al horizonte esa tonalidad única mientras el viento marcea los chopos hembra y cubre el suelo de blancas semillas.

Toma su séptimo café, en un intento por no quedarse dormido en el último turno de vigilancia en la casa de Sandra. Si, como sospechan, María ha ocultado en algún lugar las conclusiones o pruebas de la investigación que estaba llevando a cabo, es cuestión de tiempo que vengan a buscarlas. Moreno está seguro de que su amiga no ha dado ningún tipo de información al asesino y, por más que Jorge se lo ha hecho replantear, siempre acaban discutiendo. Defiende con tanta vehemencia a María que la personalidad de la chica se le ha metido a Jorge en el cuerpo como una lagartija escurridiza. Y por eso siempre busca la manera de que su amigo le cuente historias sobre ella. Lo hace hasta que Moreno frunce el ceño con extrañeza; entonces, para no parecer un bobo enamorado de un espíritu que no conoce, Jorge deja de preguntar. Lo que no sabe es que, en cierto sentido, Moreno le entiende perfectamente: María es arrolladora incluso después de muerta.

Sandra les ha dado permiso para estar allí mientras llega la orden, pero la casa es enorme y la certeza, lo que se dice la certeza de que María ocultara algo allí, no la tienen. Bueno, Moreno sí. El caso es que Jorge cree que les llevará tiempo encontrarlo.

Sus pensamientos se ven interrumpidos por el sonido de unos pasos en la primera planta.

Jorge se quita los zapatos y sube con mucho sigilo las escaleras. Cuando llega al rellano, se desliza con sumo cuidado, intentando que el suelo de madera no cruja. La puerta de la habitación de María está entreabierta. La empuja muy despacio e intenta ver su interior, pero solo penetra por las ventanas la tenue luz del crepúsculo, que no le permite fijar la vista con nitidez. Le parece ver una sombra. Sin tiempo para evitarlo, esta se abalanza sobre él y ambos caen al suelo;

forcejean hasta que el hombre le golpea fuertemente y, zafándose, corre escaleras abajo. Aturdido, el agente solo acierta a gritar con la esperanza de que sus hombres, que duermen en la planta de abajo, oigan el escándalo y le atrapen.

Ocurre tal y como espera: le interceptan antes de que pueda alcanzar la puerta. No es difícil reducirle, no va armado y sus movimientos denotan que no está demasiado acostumbrado a la pelea. Después de pedir informes a la central, Jorge confirma sus sospechas. Se trata de un jovenzuelo que ha realizado robos de poca monta.

—Vale, dejémonos de tonterías —le dice al muchacho—. Te lo preguntaré una vez más y será la última. Piensa lo que vas a decirme, porque si encuentro una sola huella tuya en la casa, te acusaré de asesinato. Me quito el muerto de encima, me ponen una medalla, tú vas a la trena y asunto resuelto. Te pondrán uno de esos abogados de oficio al que no le importarás un carajo, porque ¿a quién le importa un *fulañí*?

El muchacho le mira con sorpresa, no entiende esas palabras. «Qué raro es este tío.» Pero le van a cargar un muerto y eso sí lo entiende.

—Yo no he matado a nadie, tío.

—Ya, cuéntame el de Caperucita Roja, ese ya me lo sé. ¡García! —grita. Un García imaginario entra en la sala—. Llévatelo, vamos a acusarle de asesinato.

—¡Espera, tío, joder! Yo no he hecho nada —dice casi sollozando.

—¡Desembucha ya, coño!

—Vale, vale. Un tío contactó conmigo.

—¿Qué tío?

—No lo sé, ¡lo juro! Fue a través de un narco de la zona sur. Me dijo que tenía un cliente que estaba buscando alguien como yo para un trabajito sencillo.

»Me encontré con él, me entregó una nota con la dirección de la casa, un croquis con la disposición de las habitaciones y una anotación de quién dormía en cada una de ellas. Me aseguró que los dueños estaban fuera y solo se encontrarían allí la doncella, el jardinero y el chófer, pero descansaban en un ala muy alejada de la habitación a la que debía entrar para coger un paquete de cartas atadas con una cinta azul.

* * *

«Recepción en casa del general Suárez, 16 de marzo de 2014, 20 h.»

La invitación a la recepción de carácter privado le ha sorprendido, pero no es cuestión de declinarla. A pesar de no ser un acto oficial, Moreno no cree que al general Suárez le haga mucha gracia que no acuda.

Aun así, nada más recibirla, llama a Rodríguez con la esperanza de que ella pueda excusarle. Pero no puede. Se siente como un estúpido. ¿Qué esperaba? Es su superior inmediata, pero también está subordinada a Suárez; no lo consigue todo. Recibe la ubicación desde el teléfono de la coronel tres minutos más tarde, junto con la recomendación de etiqueta y el protocolo para el evento. Apenas quedan dos horas. ¿Por qué el general le convoca a una recepción de gala en su casa? Si quiere hablar de la investigación, podría haberlo hecho en su despacho, o en el de Rodríguez. De nada sirve especular. ¿Dónde diablos puede encontrar un esmoquin? Teclea en Google «alquiler de esmoquin». Se da una ducha rápida, pide un taxi y se dirige a la calle Serrano para alquilarlo. Después de tres cuartos de hora, en los que un dependiente le ha mirado con cara de «dóndevaesteconesapinta», consigue enfundarse en uno. Luego de ver a un Moreno semidesnudo, el dependiente, milagrosamente, se torna más amable, le busca unos zapatos y le da una serie de recomendaciones de moda. El inspector, con tal de quitárselo de encima, que sí, que a partir de ahora las llevará a cabo. Sale del establecimiento hecho un pincel. Vamos, que ni el mejor de los James Bond podría hacerle sombra.

Nada más llegar, un hombre con pinganillo le pide que se identifique. Saca su placa y se presta a un chequeo demasiado exhaustivo por parte del individuo. Ignora si el resto de los invitados pasan por el mismo protocolo.

—Acompáñeme, por favor: el general le espera en su despacho.

Pasa de largo la sala en la que se lleva a cabo el evento; apenas tiene tiempo de ver demasiado, pero sí le parece reconocer a algunos de los invitados.

Invitados ilustres, por lo que ve. Personajes de las altas finanzas, algún empresario de renombre, el presidente del Gobierno… Los de

siempre, vamos. Los que cuecen las habas, los que nos llevan por donde les interesa. Esos.

El hombre abre la puerta del despacho y le hace pasar. Rodríguez también se encuentra allí.

—Buenas noches, inspector Moreno —dice el general.

—Buenas noches, general. Coronel… —dice saludando a Rodríguez.

—Moreno… —contesta ella.

—Imagino que le habrá resultado raro que le haya hecho venir aquí, pero no me quedaba otro remedio. Viajo esta misma noche a Honduras y estaré un tiempo fuera. Por cierto, agradezco que haya observado la etiqueta —dice, mirándole.

—No estoy muy acostumbrado, general, pero es lo que se me ha requerido.

—Gracias, no quería que nadie pudiera especular acerca de su presencia; prefiero que sea un invitado más, pero, aunque haya sido molesto para usted, le pediría que no se deje ver mucho por aquí. No es, desde luego, nada personal.

Alberto piensa: «Claro que no, gilipollas» y acto seguido en la cantidad ingente de dinero que se ha gastado en el dichoso esmoquin y en que los zapatos le aprietan. Según el dependiente, todo tiene que ser de una talla menor. «¿Los zapatos también?» «Sí, no puede parecer usted el Pato Donald.» Moreno no suele hacerlo, pero esta vez pasará la nota de gastos. Por listo, general. Un comportamiento infantil, desde luego, porque no será del bolsillo del general de donde salga el dinero.

Todos sabemos de dónde sale.

A pesar de todo, Suárez tiene razón: debe irse cuanto antes.

—Bien, quería decirle personalmente que no estoy de acuerdo con el hecho de que sea usted quien esté al mando de la investigación.

—No entiendo, general…

Sí lo entiende, pero no quiere darle juego al general. A pesar de eso, el general dice:

—Moreno, sé las circunstancias personales por las que ha pasado y no creo que sea la persona más indicada para este caso.

Por ahí no, general, por ahí no.

—Con todos mis respetos, mi vida privada no le compete ni a usted ni a nadie. Estoy perfectamente capacitado para el trabajo. La

coronel sabe que, de lo contrario, sería el primero en comunicarlo.

Lo dice con rabia, casi con violencia. Al general no le pasa desapercibido. A Rodríguez, tampoco.

—No se preocupe, Moreno. Rodríguez ha conseguido convencerme, de momento. Y ahora, póngame al día —dice, mirando a la coronel antes de que Alberto pueda contestar.

—El inspector —interviene la coronel— y su equipo están trabajando intensamente, pero aún no sabemos demasiado. La autopsia no nos ha llegado; esperamos que cuando esté pueda darnos algunas pistas. En cuanto a las personas relacionadas con Adánez y su compañero, creo que será mejor que Moreno le hable de ello.

Alberto asiente.

—Como le ha comentado la coronel, hasta ahora no hemos avanzado mucho. Sin embargo, las bases de la investigación están estructuradas. Hemos entrevistado ya a algunas personas del entorno de María y en las próximas horas tenemos previsto seguir haciéndolo. Espero poder decirle algo más en un par de días, general.

—Imagino que Rodríguez les habrá enviado a los dos agentes que le sugerí. De esta forma podrán avanzar más deprisa.

—Desde luego. Gracias, general.

—No tengo que decirle que este asunto me preocupa especialmente. Espero que le quede claro que atañe exclusivamente a nuestro departamento y que nada debe salir de aquí. Rodríguez se encargará de tenerme informado puntualmente de todo. Procure ser discreto cuando salga.

Moreno hace un gesto con la cabeza, de esos que hacen los militares, pero sin mucha vehemencia, y sale de la habitación seguido por Rodríguez.

Cuando están solos, la coronel se dirige a él.

—Miente usted muy bien, Moreno.

Sabe a qué se refiere, no es necesario disimular.

—Coronel, usted me ha puesto al mando y yo he creído conveniente rechazar la ayuda de los agentes asignados. Le agradezco que no haya informado al general sobre ello.

—Confieso que no me gusta: le envío dos de nuestros mejores agentes y usted los rechaza. Supongo que sabe lo que hace.

—Gracias, coronel.

—No tiene que darlas. Le conozco, Moreno, y no me gusta lo que

he visto ahí dentro. Espero no haberme equivocado con usted. Quiero que me mantenga informada puntualmente, ¿está claro?

—Sí, señora.

—Tengo que volver a la recepción. Buenas noches, Moreno.

—Buenas noches, coronel.

Moreno da media vuelta y ella se le queda mirando. Miente. Sabe que han detenido a un muchacho y se lo está ocultando. Se pregunta si no se habrá equivocado al escogerle y empieza a plantearse seriamente sacarle del caso.

Moreno cruza la sala sintiendo los ojos de la coronel tan clavados en su espalda que tiene la necesidad de hacer lo que un oso en un árbol en medio del bosque.

En la otra estancia, la recepción continúa. A Moreno le va naciendo una idea en la cabeza. ¿Por qué tiene que irse? Que le den al general. Quizás haya caviar del bueno.

Porque todos sabemos de dónde sale el dinero.

No es una costumbre en el inspector, tan honesto y crítico con según qué prácticas, pero está tan enfadado por las insinuaciones del general que decide tocarle las narices, aunque de paso se las toque también un poquito a Rodríguez.

Así que se queda.

Habíamos dicho que allí están los de siempre. «Los que cortan el *bacalado*», que decía su madre cuando quería ser fina. Que no, mamá, que se dice «bacalao». Y Ray, tronchado de la risa, repetía con su acento americano *barcajado, bajcatado, bacalado*.

¡Vaya tres! Los mejores años de su vida fueron esos, cuando conoció a Ray, antes de que su madre enfermara. Bueno, y el breve espacio en el que estuvo con Emma.

Pero volvamos a la recepción. Moreno da una vuelta observando a los invitados. Se fija especialmente en los más ilustres y en sus acompañantes. Rechaza una copa de vino que le ofrece una camarera y en su lugar coge un refresco sin. Sin alcohol, sin azúcar, sin cafeína, «sin gracia», su madre presente otra vez en las palabras que rondan a Moreno. No puede arriesgarse; no es que sea un alcohólico, fue solo un tiempo, pero aún es pronto.

Y por si acaso.

El inspector juega con la ventaja de que las personas que se encuentran allí no le conocen; por eso, mientras el general y la coronel

no se acerquen, puede husmear a sus anchas. Y buscar el caviar.

Mientras lo hace, advierte la presencia de una de las invitadas. Es la embajadora de Francia. Ella sí le conoce. Tuvieron una serie de encuentros íntimos después de lo de Emma, antes de caer por el abismo. No cree que ella lo entienda. Lo de desaparecer de repente sin dejar rastro, sin coger el teléfono, sin responder a los audios en los que le llamaba hijo de su madre en un perfecto español, pero con ese acento francés tan sexi.

No, no cree que lo entienda.

¿Debería acercarse y darle una explicación? Fue un auténtico cabrón. Lo sabe. Y por eso no quiere hacerle lo mismo a Sandra, aunque sienta que con ella es diferente. Mientras piensa si se acerca a ella o no, ve a otro invitado que también le conoce. Joder.

Moreno ha vuelto a meter la pata. No sabe cómo va a salir de esta, porque la persona que se dirige con paso firme hacia él es Enrique Aguado, el mismísimo exdirector del CNI.

—Moreno, ¿qué cojones hace usted aquí?

La frase con exabrupto incluido hace que se sienta más desubicado que nunca, como si los odiosos zapatos que lleva le anclaran al suelo con un rollo de clavos de una de esas clavadoras neumáticas. Pero él está allí voluntariamente. Por torpeza. Y en este trabajo no se pueden cometer errores, porque si lo haces, estás muerto. El inspector ha dejado que su orgullo, o la palabra que acaba de pronunciar Aguado, se anteponga.

Bueno, y el caviar.

Ahora tiene que salir de esta y, teniendo en cuenta quién es su interlocutor, tendrá que hilar muy muy fino, porque este de tonto no tiene un pelo.

—Buenas tardes, señor.

—Déjese de pamplinas, Moreno, y conteste a mi pregunta.

—¿Le debo una explicación? Tengo entendido que usted ya no está al mando.

Joder, Moreno, ¿te has propuesto cabrearle? Bravo.

De pronto, el inspector cambia su actitud altanera, porque así lo único que está haciendo es empeorar las cosas y afortunadamente aún no ha perdido del todo la cordura.

Rectifica.

—Disculpe mis modales, señor. En realidad, estoy aquí como

invitado.

—Ya, y yo soy el lobo feroz.

—Le estoy diciendo la verdad —dice mirando a la embajadora—: ya sabe cómo son las mujeres cuando les dices que no a algo.

—Todo el mundo sabe que esa historia terminó. Está perdiendo facultades, Moreno.

«Ya, como si no lo supiera.»

—Digamos que lo hemos retomado… ocasionalmente.

—Y ella está de acuerdo, claro. Conozco a Camille, no aceptaría ese tipo de relación.

No dice nada, pero hace un gesto lo suficientemente esclarecedor. De autosuficiencia, de macho alfa; en el lenguaje no verbal es como si dijera: «Puede que a usted no, pero a mí sí». El exdirector, que conoce las andanzas del inspector, calla. Ha conseguido cohibirle, pero sabe que tiene que continuar con el engaño.

Le queda lo más difícil: lograr que ella no le rechace cuando se acerque.

Y para eso va a tener que utilizar todo su potencial seductor, porque si no consigue convencerla, está realmente jodido.

Da un rodeo para avanzar hacia ella por la espalda. La mujer aún no le ha visto, o eso cree. Charla animadamente con otras tres personas, haciendo un círculo. Moreno llega hasta ella, la coge por la cintura y le dice algo al oído. Ella da un respingo, pero ha reconocido su olor y el aliento en su cuello la hace tambalearse. No sabemos si será amor, pero desde luego la atracción que siente por el inspector es brutal.

A pesar de eso, intenta soltarse. Él la sujeta con más fuerza y le sigue hablando en su oído. Parece que ella se calma. Se da la vuelta y dice:

—¡Cariño!, ¿dónde te habías metido? Ven, te presentaré a mis acompañantes.

Hechas las presentaciones, ella se excusa y lleva a Moreno al jardín. El exdirector los sigue.

Lejos de la casa, se vuelve hacia él con una sonrisa y sin perderla le dice en un susurro:

—Cabrón, hijo de puta, malnacido…

Se sabe todas las palabrotas. Todas.

—Aún nos miran, Camille. Por favor, necesito que sigas

fingiendo. Te prometo que te lo explicaré todo.

—Esta noche.

—Camille, esta noche no pue…

Ella no le deja terminar.

—Si no vienes esta noche, se acabó, inspector: le diré a todo el mundo que esto es una farsa.

No le queda más remedio que claudicar.

—De acuerdo, iré.

—Vale, y ahora bésame. —Él la mira incrédulo—. Quieres que esto sea creíble, ¿no? Pues bésame.

Tras ese beso apasionado, no vamos a decir que no, pasan dos cosas. Una: que el exdirector parece convencido. Dos: que Moreno sabe que esta noche no tendrá escapatoria. Al parecer, no le disgusta demasiado, lo que le lleva irremediablemente a que tendrá que decidir qué pasa con Sandra.

Y encima, ni rastro de caviar.

13. La sospecha

Un susurro de voces en el jardín despierta a Sandra, que da un gran bostezo y estirándose intenta despejarse. La luz que entra por las ventanas revela que no son más de las ocho.

Desde la muerte de María no duerme muy bien y cualquier ruido la despierta. Se levanta pesadamente para ver de quién se trata. Su madre discute con su padre; al parecer, él acaba de llegar. Oye a su madre decir que, mientras su hija esté allí, deberá moderarse y pasar más tiempo en casa, y él contesta un poco airado que es absurdo seguir fingiendo. Nada fuera de lo normal; lo ha visto muchas veces, aunque ellos intenten disimular. Después, la discusión continúa, pero desde donde se encuentra no puede escuchar bien y se centra en observar a su padre, con esa planta impresionante a pesar de que ronda ya los sesenta. Alto, de complexión fuerte, debido a su gran afición al deporte; el pelo y los ojos oscuros aún muestran lozanía. Bueno, quizás influya que ha trabajado poco en su vida. Estas cualidades y su gracia natural andaluza le convierten en un fiel candidato para el amor fácil y el adulterio.

Así ha sido durante toda su vida. A lo largo de ella ha acumulado un sinfín de amistades, de esas que solo se acercan para las juergas, que paga con el dinero de su esposa. Ha tenido muchas amantes, la mayoría despechadas. Sandra piensa inmediatamente en una, quizás la única mujer a quien su padre ha amado realmente. Todo Sevilla la conoce y creen que, durante muchos años, estuvo tentado de separarse para casarse con ella, aunque finalmente no lo hizo. A la vista está que no estuvo tan enamorado, al menos no como para dejar la vida de lujo que le ofrece su mujer. Su padre, además, ama todo lo que representa la Casa Sanlúcar: su historia, el arte, su legado. Eso hay que valorarlo. La Trianera, recuerda Sandra. Una belleza gitana que entregó a su padre la juventud y le acompañó hasta perder su lozanía. Su padre, en contrapartida, perdió el interés por ella, sustituyéndola por una chica italiana de buena familia, mucho más joven que ella.

A Sandra le consta que la Trianera le maldijo, porque algunos de los amigos que paran mucho por Triana le cuentan que ella no deja pasar ocasión para decir que es un mal bicho y que si pudiera le mandaría al infierno, en donde sin duda le esperaría pacientemente, porque desde que él la dejó no anda en otra cosa.

Algo en el comportamiento de sus padres llama la atención de Sandra, alejándola de sus pensamientos. Su padre se acerca demasiado a su madre y eso no es nada normal. Aguza la vista y el oído hasta llegar a los labios de él; así cree poder descifrar estas palabras:

—¿Crees que su amiga María ha podido contarle algo? —Su madre posa el dedo índice sobre sus labios, haciéndole callar, y ambos entran en la casa.

¿Qué ha sido eso? ¿De qué demonios están hablando? ¿Contarle qué? Sus padres apenas conocían a María. Recuerda que una vez intercambiaron unas palabras en la casa de Madrid; fue algo muy rápido. María tenía turno de trabajo y cuando volvió, ellos ya habían vuelto a Sevilla. Nunca les ha dicho en qué trabajaba su compañera, entre otras cosas porque, aunque lo sospecha, ni siquiera ella lo sabe a ciencia cierta. Sin embargo, está claro que acaban de mantener una conversación acerca de algo que tiene que ver con su amiga.

No entiende lo que está pasando, pero su cabeza trabaja a toda máquina, buscando cualquier cosa que pueda tener algo que ver con lo que sus padres acaban de hablar, pero por más que se la estruja no llega a calibrar qué puede ser. Contar con Alberto no es una opción; al menos, de momento, porque, aunque por un extraño motivo que no entiende, confía en él, antes tiene que averiguar en qué medida estaría perjudicando a sus padres. Tiene que ser cautelosa hasta saber qué significa lo que acaba de ver.

Se levanta y va a la ducha sin poder apartar la imagen de su madre haciendo callar a su padre. No lo hace tampoco una hora después, en el trayecto en coche, mientras la acompaña a uno de esos hipócritas actos benéficos en los que señoras adineradas y enjoyadas claman dándose golpes de pecho por los infortunios de unos niños que ni conocen ni desean conocer, pero que en la distancia les otorgan el placer de la apariencia caritativa y humana, enjugándoles virtualmente los mocos; así vuelven satisfechas a sus casas después de una comida en un restaurante de lujo en el que gastan gran parte del dinero que piden a los demás.

A pesar del largo trecho que las separa, a Sandra le parece que no es muy distinta de esas mujeres y que en realidad no tiene derecho a juzgarlas. Por eso, lejos de contrariar a su madre, acepta con gusto todas las sonrisas, dimes y diretes de sus amigas, deseando, eso sí, que aquello acabe lo antes posible.

Cuando el acto termina, una de ellas se le acerca:

—Hola, Sandra.

Sandra se vuelve al saludo. La señora Mendoza la mira sonriente. Ella sabe que algo malo trama. Es una de las mayores cotillas de toda Sevilla, ¿qué demonios querrá?

—Buenos días, señora Mendoza.

—Me ha sorprendido que estés aquí. Tu madre me dijo hace unos días que estabais en plena campaña.

Así que era eso.

—Cierto, pero he podido coger unos días de vacaciones. En la bodega siempre hay mucho que hacer, en algún momento hay que descansar.

Hay que reconocer que la señora Mendoza tonta no es. Eso, o que sabe algo.

—Vaya, qué raro. Andrés —se refiere al jefe de Sandra— me comentó algo sobre problemas con la policía.

—¿De verdad? Pues debería preguntarle a él, porque yo no tengo ni idea de qué me está hablando. —Dándole la espalda, añade—: Discúlpeme, pero tengo que volver con mi madre.

—Perdona, Sandrita, pero creí que sabías que tu compañera estaba investigando algo relacionado con tu familia.

A Sandra le cuesta mucho trabajo seguir caminando; su reacción es pararse en seco, pero, con total frialdad, no lo hace. Es una Sanlúcar y tiene la gallardía de las mujeres de su familia. Sin volverse ni pestañear, sigue caminando con el gesto torcido.

Así que su jefe lo sabe, aquella cotilla lo sabe. Ya no hay ningún motivo que le impida preguntar a su madre abiertamente. Gira su cabeza de un lado a otro buscándola y se dirige con paso firme hacia ella para pedirle que coman solas, pero su madre tiene otros planes: la causa benéfica tiene un protocolo y comer con las otras señoras es parte de él, así que le dice:

—Hablaremos en casa, ¿te parece bien?

A Sandra le parece bien porque es una pregunta retórica y su

madre no espera respuesta alguna, le da la espalda y vuelve a sumergirse en otra conversación. Aquella pesadilla social se acaba, por fin, cerca de las cinco y, ya instaladas alrededor de la mesa de la cocina, donde tenían las más sinceras e íntimas conversaciones cuando su aya aún participaba de ellas, Sandra pregunta sin tapujos a su madre.

—¿Qué es eso de que María estaba investigando algo de la Casa Sanlúcar?

Su madre advierte el tono de Sandra. No es, desde luego, amigable.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La señora Mendoza.

—¡La señora Mendoza! Menuda cotilla.

—¡Mamá!

Su hija tiene razón, no puede seguir eludiendo esta conversación.

—Bueno, es cierto —contesta con la misma gallardía de la que ella misma hizo gala antes—, pero no me pareció importante decírtelo.

—¡No te pareció importante decírmelo! —dice elevando el tono.

—No. María estaba investigando unos diarios de uno de los antepasados de la Casa Sanlúcar que hablaban de una pieza de arte.

—¿Qué pieza?

—Pues eso es lo raro, porque se trataba de algo que no había visto en mi vida. Una cruz. Si nos pertenecía o no, carece de importancia, simplemente no la teníamos y así se lo hice saber a María.

—No puedo creerlo. ¿Quieres decir que mi compañera y tú tuvisteis conversaciones acerca de un objeto de la Casa Sanlúcar y ninguna creyó conveniente mencionármelo?

—No le di importancia; de hecho, se me olvidó. Además, creí que tú lo sabías.

—¿Por qué iba yo a saberlo?

—Porque fuiste tú quien le facilitaste los diarios de nuestro antepasado en los que se menciona una cruz con una inscripción. ¿Lo recuerdas? Ella me dijo que lo habías hecho y ni siquiera me pediste permiso.

Sandra reflexiona un momento antes de continuar.

—Es cierto, lo había olvidado. Siento no habértelo dicho, pero no

lo creí necesario conociéndola. Estaba entusiasmada con la idea de poder verlos y me aseguró que por nada del mundo dejaría que les pasara nada, incluso utilizó guantes cuando se los entregué, y yo se los había llevado en una bolsa de El Corte Inglés. Me miró como si estuviera loca y me afeó mi comportamiento. Dijo que cómo podía tratar así una joya como esa, que si se tratara de un coche o una tiara de la familia sin tanta antigüedad ni siquiera se lo habría llevado. Me sentí avergonzada, porque tenía razón, por eso sabía que estarían a salvo con ella.

»Los tuvo un par de semanas y me los devolvió manifestando un profundo agradecimiento. Después me comentó algo sobre los diarios, pero no dijo nada de la cruz ni tampoco que había hablado contigo. Quizás a ti te dijera por qué le interesaba.

—No. Imaginé que se trataba simplemente de su antigüedad: según me aseguró, tiene más de quinientos años.

Su madre zanja así la conversación con la firme esperanza de haber convencido a su hija.

Lejos de quedar satisfecha, Sandra disimula su extrañeza detrás de una humeante taza de té y una conversación trivial acerca de la comida. Pero su cabeza ya da vueltas buscando la imagen de la cruz y en qué momento la vio en su casa. La encuentra y la coloca el día en que cumplió doce años. Aquel día, Cata le dijo que ya era una mujercita y debía mirar con otros ojos todos los objetos maravillosos que habían pertenecido a su familia. Le enseñó los diarios y la animó a que los leyera: una parte de la historia de España estaba allí y ella tenía la suerte de leerla de primera mano. En ellos se mencionaba la cruz que Cata tenía entre sus manos. A ella le parecía increíblemente bella y quería que la niña apreciara también el valor sentimental que tenía para la familia. «El valor sentimental que tiene para nuestra familia.» Recuerda muy bien esas palabras.

¿Por qué su madre niega su existencia?

Ni en sus peores sueños habría imaginado que esos diarios pudieran tener relación con la muerte de María. No era la primera vez que su amiga tenía en sus manos objetos y documentos de la Casa Sanlúcar y por eso no se lo había mencionado al inspector. Una inquietud repentina se apodera de ella, justificada por las mentiras y los silencios con respecto a un objeto que perteneció a su casa y cuyas incógnitas acerca de él habían causado, estaba casi segura, la muerte

de su amiga y su compañero.

Ocultárselo al inspector Moreno es inevitable; primero debe saber hasta qué punto su familia está implicada. Por otro lado, su jefe y esa arpía de Mendoza sabían que María estaba investigando un objeto de su familia. ¿Cuánto tardaría Moreno en saberlo? ¿Y por qué ellos lo sabían?

Su padre, seguro. Ahora está con esa italiana veinte o treinta años menor que él. La imagina en un momento muy concreto, mientras su padre le cuenta todo lo relacionado con la Casa Sanlúcar. Aparta esa imagen de su mente porque le causa malestar, más bien asco. Su padre se va a enterar de lo que opina sobre él.

14. Anatómico

El edificio siempre le pone en alerta. Lo conoce como la palma de su mano y su presencia allí no llama la atención de los guardas de la puerta, que le dejan entrar sin pasar por ninguno de los controles establecidos.

Con un simple gesto de cabeza se dan por saludados y Alberto campa a sus anchas por los pasillos del Anatómico Forense de la EMAD. Siempre que va le embarga una sensación de desamparo, como si todas las almas que habitan allí, a la espera de ser resquebrajadas, aguardaran pacientemente a que él les haga justicia.

En esta ocasión, además, el alma es la de una amiga.

De repente, sus ojos se llenan de la ausencia de la chica y sin poder contener las lágrimas busca cobijo; permanece en él cerca de dos minutos en los cuales no obtiene consuelo. Durante ese tiempo, a pesar de la angustia, se concentra en ahogar con sus manos el sollozo: no puede permitir que nadie le escuche. Cuando por fin se repone, va a los baños, se lava las lágrimas y espera a que sus ojos vuelvan a tener el aspecto de siempre. Después busca la sala donde ya le espera Luis Valdés, jefe forense del Anatómico. El doctor le saluda como siempre, con un escueto «inspector», y Alberto le contesta de igual modo, «doctor».

—Supongo que ya sabías que estaba embarazada —dice Valdés mirándole fijamente.

Alberto se percata de que el doctor ha notado algo en su rostro, pero por la imagen que reflejaba el espejo antes de salir del baño es improbable que pueda saber que ha estado llorando, así que no debe preocuparse.

—Me extraña que no me lo dijeras en nuestra primera conversación —contesta en un tono algo ácido—. No creo que algo así te pudiera pasar desapercibido.

—No quise adelantarme. Es verdad que estaba casi seguro, pero antes quería corroborarlo. —Valdés permanece en silencio unos

instantes, mientras observa al inspector—. No creo —continúa— que pueda ayudarte mucho más; como sabes, murió de un disparo en la cabeza. Su muerte se dilató aproximadamente dos minutos. Sí, ya sé que estás pensando que, si esto no ayuda, debería ahorrarme los detalles, pero tengo mis motivos para contártelo. —Mira a Alberto, que permanece mudo—. Ramón murió más tarde que ella, no puedo decirlo con exactitud, quizás unos tres minutos después. —El inspector abre más los ojos. Valdés se percata de que, ahora sí, ha logrado captar su atención—. No hemos encontrado ninguna huella de Ramón en el cuerpo de María. Y sus manos estaban limpias, ni rastro de sangre.

—¿Qué quieres decir? —pregunta por puro formalismo. Ya sabe lo que quiere decir.

—Tú eres el policía, yo solo te retrato con palabras lo que los cuerpos me han contado. Ahora haz con esa información lo que creas conveniente.

—¿Algo más? —dice por respuesta.

—Este es el informe: a María le dispararon a cierta distancia. Desde aquí. —Señala un plano de la sala dispuesto en un caballete—. Con Ramón ocurrió algo parecido: el asesino no se acercó demasiado. Aunque eso imagino que ya lo sabes. Hemos registrado de arriba abajo la sala y no hemos encontrado ni los casquillos ni la bala de Ramón; pensamos que el asesino tuvo tiempo de buscarlos y recogerlos. Sin embargo, estoy intentando conseguir que la bala de la pared nos pueda decir algo. Está bastante deteriorada y pensé que no podría, pero me acordé de un colega que trabajó con cadáveres hallados tras muchos años o en lugares inhóspitos, cuevas, sótanos… Dice que puede ayudarnos, aunque claro tendremos que tomarlo con mucha precaución.

Moreno no sabe por qué ha pedido a Jorge que no le entregue el casquillo a Valdés. Es otra de esas decisiones que pertenecen a ese orden de cosas que él alinea en el montón de sus «anticipaciones perceptivas». Sonríe y Valdés frunce el ceño.

—¿Y la prueba de paternidad?

El forense le mira indeciso.

—Necesitaríamos el permiso del padre o de un juez para eso.

—Si lo consigo, ¿podrías realizarla?

—Claro. ¿Sabes ya quién es?

—Aún no, solo quería saber si podría hacerse.

Sin decir nada más, se dirige a la puerta. Antes de salir, vuelve a imitar a uno de sus inspectores de ficción favoritos, Colombo. Le hace gracia. Le da ventaja.

Se vuelve hacia el médico.

—¿De cuántos meses estaba?

—¿De cuánto estaba? Aproximadamente, doce semanas.

Ahí está. La pregunta coge por sorpresa al forense, que había dado por hecho que Moreno ya se iba. Repite la pregunta para ganar tiempo. Asiente mientras pronuncia la frase con los ojos fijos en los del inspector, sin titubeos, algo nada habitual en Valdés. Es demasiado tímido.

Es demasiado forzado.

Miente.

La mirada de Moreno intimida al doctor, que por fin baja la suya. Necesita salir de allí. Recorre los pasillos del Anatómico con la urgencia que requieren los movimientos violentos de su estómago. Cuando llega a la calle, respira y consigue ahogar la arcada que le ha producido la conversación con Valdés.

La luz del sol lo consuela a medias. Cierra los puños con fuerza, clavándose las uñas en las palmas de las manos, hasta que se percata de que está a punto de sangrar; mientras las mira, ajeno al dolor, sigue ejerciendo presión unos instantes, con rabia, como si esas extremidades no pertenecieran a su cuerpo.

Su mente vuelve al forense.

Ha aplicado las enseñanzas del NCIS para detectar mentiras. Nos sorprendería saber la cantidad de estudios que hay al respecto, pero allí todo el mundo sabe que no es suficiente, hace falta intuición. Y en eso Moreno también es un maestro, así que, acostumbrado a acertar en sus juicios, lo da por cierto.

Pero no hay tutía, no es algo que pueda preguntar a Valdés; o acaso podría decirle: ¿por qué me engañas?, ¿qué me estás ocultando?

La certeza de que alguien miente, sin embargo, ayuda, porque deja de distraerte y te enfoca en el porqué. Qué razones puede tener un forense del ejército para mentir. Y, sobre todo, si no es a él mismo, ¿a quién sirve?

Ese es otro hilo del que debe tirar.

Poner un agente a custodiar a Valdés no es factible, habría que

dar muchas explicaciones; asignar a Teresa o Jose tampoco, los necesita para otros menesteres. ¿Ray? No, no debe implicarle. Joder, ya pensará en eso. Ahora tiene que ir a El Escorial y centrarse en ordenar lo que se agolpa en su mente, incluido lo que está oculto y aún no ha logrado rescatar de las penumbras de su cerebro. Porque, aunque no consigue encontrarlo, Moreno tiene la certeza de que está ahí.

Cuarenta minutos después retira la cinta policial colocada en la puerta de la sala del mártir.

—¿Qué hacías aquí, María? ¿Atrajiste a tu asesino hasta este sitio deliberadamente? ¿Por qué?

Mientras se hace estas preguntas, observa la sala desde la entrada y reflexiona sobre lo que le ha dicho el forense: «Ramón murió aproximadamente tres minutos después que ella». Hay una serie de comportamientos inherentes a los humanos. Cuando se estudia criminología o cualquier ciencia relacionada con esta materia, se tienen muy en cuenta dichos comportamientos. Por poner un ejemplo tonto, si alguien se va de fiesta después de recibir la noticia de la muerte de un ser querido, por lo general, no siempre, porque el ser humano es muy raro, quiere decir que la persona muerta nos importa un bledo. Por eso, un asesino cercano a la víctima nunca se va de fiesta. Podría parecer justamente lo contrario, o sea, que el asesino lo haga para confundirnos, pero para eso se ha de ser muy frío y esto se tendría en cuenta solo después de analizar su perfil.

A Moreno nunca le ha hecho falta llegar a ese punto. Lo del perfil. Es otra de las virtudes de las que hace gala su anticipación perceptiva, pero ya sabemos que no está en su mejor momento.

Pero volvamos a Ramón.

Es difícil pensar que mientras María agonizaba en el suelo no hubiera intentado socorrerla, por más que el asesino le estuviera amenazando. Y Ramón no lo hizo. ¿Por qué? Puede que llegara a la sala después y no tuviera tiempo de socorrerla. Que alguien le retuviera en otra sala. Un cómplice. Sí, esa sería una explicación coherente. Sin embargo, el forense no había mencionado un traslado del cadáver. No podía mentir en eso. Con tantos operarios recabando pruebas en el lugar del crimen, un rastro de sangre no se puede ocultar.

No conocía suficientemente a Ramón, pero María le habló de él

en alguna ocasión. «¿Cuánto confías en él?», le preguntó un día. «¿Sabes esa mierda de juego psicológico que nos obligan a hacer de vez en cuando? —contestó ella—. Pues yo me tiraría hacia atrás si Ramón estuviera a mi espalda para sostenerme.»

Sí, ella confiaba en Ramón y cuando uno confía en un compañero es difícil fallar. Es como si a él le dijeran que Jorge podría traicionarlo, o la propia María; está completamente seguro de que ninguno de los dos lo haría.

Por supuesto, no se prestaría al jueguecito. Moreno es un maestro del escapismo cuando se realizan esas prácticas y el departamento se lo permite. Hay otros entrenamientos de los que el inspector no puede escapar. Pero eso es harina de otro costal.

De repente oye susurros, gira como una peonza sobre sí mismo buscándolos, pero allí no hay nadie. Es la voz de María. Habla con Ramón. Moreno no puede entender lo que dice. Hay dos detonaciones, el inspector da un respingo y después todo queda en silencio. Así que Ramón estaba en la sala cuando dispararon a María, pero ¿y si son las pastillas otra vez? ¡Joder!, ahora no puede dejarlas, sin ellas no puede levantarse cada mañana; sin ellas, Emma, siempre Emma.

Repuesto de esta especie de trance o locura, vaya usted a saber, concluye que Ramón estaba en la sala. Que el guarda jurado no miente cuando dice que escuchó dos disparos seguidos y que, por lo tanto, no existieron esos tres minutos de los que habla el forense.

O que Ramón, efectivamente, no ayudó a María.

Y eso es algo que no le gusta nada.

Moreno abandona El Escorial con una sensación amarga. Cuando llega a la oficina, Jorge se afana en que el ladronzuelo atrapado en la casa de Sandra sea un poco más claro a la hora de marcar las instrucciones al dibujante que intenta, con sus pocos datos, hacer el retrato robot. Según él, estaba oscuro y apenas le había visto. Después de casi dos horas, el muchacho se muestra satisfecho con el boceto.

Munaín.

El inspector indica a Jorge que le siga y ambos entran en la sala de reuniones, cada uno con una carpeta bajo el brazo: las fotografías con los nombres de las personas que de alguna manera están relacionadas con María y Ramón. Las de Ricardo Munaín, Ortega, Sandra y el supuesto padre de María están pegadas en el enorme panel que ocupa el frontal de la sala. Después de su conversación con Valdés

y lo ocurrido en El Escorial tiene que sumar a Ramón como sospechoso, por si no son las pastillas. Y, aunque ya está muerto y por lo tanto no es la persona que buscan, sí habría que tenerlo en cuenta como probable colaborador.

En otra parte del panel, las imágenes del lugar de los hechos, incluyendo la de los cadáveres, y en medio, separando ambos grupos de fotografías, una gran incógnita: ¿cuál era el objeto de su investigación?, ¿por qué estaban en el monasterio a esas horas? Preguntas sin respuesta, de momento. Además, ninguno de los dos sospechosos convence a Moreno.

—Munaín pertenece a una organización religiosa muy estricta y ya sabes cómo son estas cosas en una institución así. Tenía motivos suficientes. Hemos visto muchos crímenes pasionales, gente que hace lo que sea para proteger su estatus y su familia —dice Jorge.

—No te discuto que es una buena hipótesis. Efectivamente, hemos visto muchos casos parecidos, pero el hecho de que pertenezca a esa organización, cosa que no sabemos con certeza, no implica que la matara. Hay muchas incógnitas que me llevan a creer que no fue él y que simplemente quería recuperar las cartas para no verse involucrado. Además, no creo que María le contara nada de su padre ni sobre las conversaciones que mantuvo con él en esas cartas. ¿Cómo sabía que existían?, ¿por qué mandó a un ladronzuelo de poca monta a recuperarlas? Y si la hubiera matado él, ¿crees que contrataría a un chiquillo para recuperarlas? ¿Y por qué en el monasterio? Si tenía una relación con ella, podría haberlo hecho en cualquier otro sitio, sin que la presencia de Ramón le obligara a matarle también.

»No, Jorge, estoy prácticamente seguro de que no fue él. Evidentemente hay que traerle aquí y plantearle todas estas preguntas; una cosa es que no creamos que sea un asesino y otra que no esté implicado de algún modo. Hay muchos interrogantes que tenemos que plantearle y que nos pueden ayudar a despejar todas estas incógnitas. Encárgate de que se le cite lo antes posible. —Y añadió pensativo—: El forense dice que Ramón murió tres minutos después que ella.

Jorge le mira extrañado.

—Insinúa que no la ayudó deliberadamente. ¿Qué opinas? —El inspector no quiere relatar a su amigo el momento de los susurros.

—Pues desde la distancia, y después de lo que me has dicho, Ramón parecería un potencial asesino. No es la primera vez que un

compañero se deshace de otro, pero no podemos olvidar que está muerto. Si quieres mi análisis, yo diría que la llevó allí y colaboró con el asesino sin imaginar que también le mataría. —Mira al inspector—. No te convence.

—No —dice tajante—. Pero eso no impide preguntarse cosas como, por ejemplo, por qué la acompañó a lo que quiera que María estuviera haciendo.

—¿Estás dando por hecho que no estaban juntos en esto? ¿Que Ramón solo la acompañaba?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No conoces a María: no expondría a un compañero, y menos a alguien como Ramón.

—¿Alguien como Ramón? Si ni siquiera le conocías.

—No, pero conozco a María. —Jorge se da cuenta de la utilización del tiempo verbal en las frases del inspector y decide no contradecir a su amigo, aunque no esté convencido. Cierto que era Moreno quien la conocía, pero eso no significa que no pueda equivocarse. Podrían estar trabajando juntos, algo salió mal y Ramón conspiró contra ella por motivos que aún desconocen. Sin embargo, en estos momentos prefiere no exponerlo, porque el inspector parece estar bastante seguro de su teoría y si algo ha aprendido Jorge en los años que lleva trabajando con él es que casi siempre acierta.

Casi.

Si es necesario, ya volverá a planteárselo en otro momento.

—Por otro lado, ¿sabes algo más del supuesto padre de María? —dice Moreno.

—No mucho. Hay un par de testigos que dicen haberla visto con él a finales del verano en alguno de los lugares que frecuentaba. Una camarera nos ha dado una descripción. Afortunadamente, la cafetería dispone de cámaras y hemos logrado una imagen. —Señaló una fotografía de las dispuestas en la mesa—. Es este.

La imagen refleja a un hombre maduro de unos sesenta años, alto, moreno, de ojos claros, pelo largo y barba sin arreglar.

—En palabras de los testigos, increíblemente atractivo. También dicen que el acento era impreciso, pero, desde luego, no español. No sabemos su nombre, porque pagó en efectivo y no hay registro de nada más; sin embargo, estamos siguiendo otra pista y esperamos

tener algún resultado. ¿Te acuerdas del Caimán? —Alberto asiente—. Ahora está de portero en El Faro. La vio allí con su supuesto padre y los oyó hablar sobre una tienda de ropa en Hermosilla; lo recuerda porque es muy cara y le sorprendió que un hombre algo desaliñado quisiera vestirse allí. Hemos mostrado su fotografía a los dependientes. Uno de ellos dice que cree recordarle, porque era muy alto y fuerte y los trajes le venían pequeños, así que hubo que hacerle algunos arreglos. Están buscando la nota con la dirección adonde deberían llevarlos una vez compuestos. —Hace una pausa y añade—: Si no te convencen como sospechosos Munaín ni Ramón, estamos apañados, no se me ocurre por dónde continuar.

—Debemos volver a lo evidente. —Su compañero le lanza una mirada aguda—. Descubrir qué estaban investigando. Creo que esa es la clave: seguir buscando algún indicio que María pudiera haber escondido. En su ordenador, en la casa, en el móvil…, tiene que estar en algún sitio. Conozco a María, Jorge. Estaba cerca de algo importante, no se lo dijo a nadie, eso seguro, pero lo anotó y lo guardó en algún sitio. Si estoy en lo cierto, lo organizó todo para mí y supuso que Rodríguez me asignaría el caso. Sé que ella «sabe» que yo lo sé y confía en que me daré cuenta, pero por alguna razón que se me escapa no consigo averiguar en qué momento me lo ha contado. Está ahí, en alguna parte de todo este galimatías.

—¿Y las cartas? ¿Las has leído?

—Sí, y salvo la revelación del embarazo, solo habla de cuestiones personales, pero dudo mucho que María le contara algo importante. Puede que confiara en él, pero jamás se lo diría mediante una carta.

—Parece inverosímil que alguien como ella se muestre así con una persona que acaba de conocer, pero es un hecho objetivo.

—Puede que tengas razón, pero algo me dice que las cartas son demasiado… ficticias, chapuceras, diría yo. No me las creo. Tengo la impresión de que están ahí para implicar a Munaín. Pero solo son conjeturas, hay que interrogarle, sea él o no. —Moreno mira el reloj —. Ahora tengo que ir a mi cita con el jefe de María, te llamaré después para contártelo.

Moreno sale con una idea rondando en su cabeza. Sonríe. ¿Lo ves, Ray? En los garitos se obtiene mucha información, más que de cualquier agente del NCIS. Así que el hombre de los trajes estaba en esto con María y es prioritario que lo encuentre.

15. Teresa

Teresa sujeta los rizos de su negro pelo con una goma y se ajusta las gafas antes de salir de la oficina. Le espera una gran faena por delante.

Hablar con la mujer de Ramón no va a ser fácil.

La mujer le ha descrito la casa, así que la reconoce en cuanto la ve en lo alto de un pequeño montículo, casi a la entrada de la urbanización situada en una buena zona de las afueras de Madrid, no demasiado alejada del centro. Es pequeña, de una sola planta, y sus ventanas azules están repletas de flores en dos colores, blanco y rojo, lo que le da cierta uniformidad, pero al mismo tiempo le otorga una belleza serena. Ni en cien años podría comprar algo así con su sueldo.

Arruga el ceño y continúa andando por el camino de setos que lleva hasta la entrada.

Cuando llega, divisa a la mujer de Ramón en el mirador que se abre al jardín. Está mirando hacia abajo, como si estuviera leyendo, por ese motivo no la ve acercarse.

Antes de llamar, coloca su chaqueta y limpia las solapas con ambas manos. Igual que aquella vez, hace ya cinco años, cuando Mario y ella trataban de agradar a la asistente social para adoptar un niño. Sacude la cabeza, como si este gesto limpiara sus recuerdos igual que el viento limpia de hojas el árbol en otoño.

Llama.

Una mujer menuda y delgada la recibe con una sonrisa apenada. Reconoce esa sonrisa. La misma que tuvo ella años atrás, la misma que aún la acompaña. La mujer se muestra afable y la invita a pasar.

—Por favor —dice apartándose para dejarla entrar.

La conduce al salón y, una vez hechas las presentaciones, le ofrece café.

—Se lo agradezco, acabo de tomarme uno en la oficina…, pero no me vendría mal —rectifica—. La cafeína me ayuda a tener la mente un poco más lúcida.

La mujer de Ramón sale de la habitación para preparar el café.

Teresa se dirige rápidamente al escritorio que ha visto al entrar, en el que se encontraba la mujer cuando la vio desde el otro lado de la ventana.

Revisa con avidez los papeles que hay encima de la mesa. Abre el cajón superior derecho del escritorio. En él se hallan algunas fotografías de piezas antiguas, de imágenes de santos, de trozos de retablos, de manuscritos y de libros. Mueve con un bolígrafo algunas de ellas para ver las de debajo, pero, teniendo en cuenta el trabajo de Ramón, nada parece raro.

Oye un tintineo. Cierra con cuidado el cajón para no hacer ruido y algo se queda dando vueltas en su cabeza. Vuelve rauda al sofá dos segundos antes de que la mujer de Ramón entre con una bandeja que apoya suavemente en la pequeña mesa de centro. Sirve el café en silencio en unas tazas de exquisita loza. Como en un ritual, ambas toman un pequeño sorbo sin articular palabra. Tras ese instante, Teresa dice:

—Ante todo, siento lo de su marido y quiero pedirle disculpas por tener que hacerle estas preguntas en estos momentos. Espero que lo comprenda.

—No se preocupe. Si puedo ayudarles en algo, lo haré con mucho gusto, pero tengo que decirle que Ramón no hablaba mucho de su trabajo.

—Aunque usted no lo crea, siempre hay algo que puede ayudarnos.

La mujer asiente.

—¿Sabe en qué estaba trabajando Ramón?

—No. Aunque sí puedo decirle que en los últimos meses venía más tarde a casa, por lo que imagino que tenía algo importante entre manos. Ramón y yo teníamos un pacto —continúa—. No hablábamos de nuestros trabajos. Yo soy enfermera, estoy en el área de oncología pediátrica, y a Ramón le ponían muy triste mis comentarios acerca de las enfermedades de los niños, así que convinimos que era mejor no hablar de ninguno de nuestros trabajos. A él le entristecía el mío y a mí me aburría el suyo. —Vuelve su triste sonrisa.

—¿Tuvo en los últimos días alguna conversación o comportamiento que pudiera parecerle extraño, diferente a otras ocasiones?

—¿Con María?

—No solo con ella. Cualquiera que le pareciera inusual.

—La verdad es que no, salvo que, como le he dicho, llegaba más tarde a casa.

—¿Le preguntó el motivo de sus retrasos?

—Sí, en una ocasión se lo dije, pero él me contestó que cierto asunto les estaba llevando más tiempo del habitual.

—¿No le preguntó de qué se trataba?

—No, ya le he dicho por qué, aunque sí tuvimos una discusión a causa de su nuevo horario; él lo achacó a mis celos. Tenía razón —dice cabizbaja—. Sentía celos de su compañera, María. ¿La conocía?

—No, no tuve el gusto de conocerla. Solo he oído hablar de ella.

—A él le hacía gracia que tuviera celos. «Solo tengo ojos para ti», me decía, y era verdad, se lo aseguro, pero a veces estas cosas no pueden explicarse.

—Lo comprendo. ¿Y las llamadas? ¿Hizo alguna llamada a alguien que no fuera habitual? No sé, en el último mes, por ejemplo.

—Que yo sepa, no.

—Y usted, ¿conocía a María?

—Sí, claro. Ramón me la presentó y a partir de ahí venía algunas veces a recogerle. Casi siempre se quedaba fuera —dice con la mirada perdida en el exterior, como si estuviera viéndola—. Era muy agradable. Comprendí que a una mujer como ella no podría interesarle un hombre como Ramón; creo que él lo hizo para que yo dejara de sospechar.

—¿Estuvo aquí últimamente?

—Sí, bueno, no sé a qué se refiere con «últimamente». Hace por lo menos un mes y medio que no la veía.

—¿Dejaría que echáramos un vistazo a la casa?

—¿Por qué? No entiendo.

—Puede que encontremos algo que nos dé una pista sobre lo que estaban trabajando. Pensamos que el motivo de los asesinatos está relacionado con su actividad.

—Si es por eso, no creo que encuentren nada aquí. Ramón no guardaba trabajos en casa, ni siquiera en su ordenador personal; todo lo tenía en la oficina. Lo decidió hace años, porque si no, apenas desconectaba los fines de semana.

—De todas formas, me gustaría echar un vistazo.

—No tengo inconveniente, pero antes tengo que hablar con mi

abogado, si no le importa, solo por asesorarme legalmente.

—Lo comprendo —dice Teresa algo decepcionada.

La mujer de Ramón la acompaña a la salida y le promete que la llamará en cuanto hable con su abogado.

Ya en la calle, siente un gran desconsuelo, pero a la vez un sentimiento indescriptible de rabia mezclado con la ternura de ver a una pareja separada solo por la muerte.

Aún estaban juntos.

En todos sus años de profesión, en los que ha interrogado a cientos de personas que perdieron a un ser querido de forma violenta, jamás ha percibido nada parecido. Pero en lugar de sentir empatía por haber sufrido la misma desgracia, porque a ambas se les había roto el futuro, ¡plaf!, de un plumazo, hay algo que no le deja conectar del todo con esa mujer.

Quizás sea porque la policía siempre sabe cuándo mientes.

16. Ortega

Moreno llega diez minutos antes a su cita en el café Pop's. Alfonso Ortega no se encuentra allí todavía. El lugar es muy agradable: una recreación de las típicas cafeterías americanas de los años cincuenta y sesenta, con asientos de escay paralelos en verde y blanco y una mesa separándolos. El suelo, con azulejos blancos y negros, similares a un tablero de ajedrez, y el resto con decoración austera. Sonríe pensando lo que diría su amigo y colega Jorge, en uno de esos arrebatos cómicos de los que hace gala, de la decoración actual de las cafeterías y demás garitos: «Esto no es minimalista, esto está sin amueblar».

Es un lugar apropiado para aquella conversación, apartado de las oficinas de los dos. Salvo que alguien los hubiera seguido, es improbable que pudieran verlos. Ortega llega puntual, se dirige directamente a la mesa y sin saludarle se sienta enfrente. Ambos piden café cargado y esperan a que el camarero lo sirva sin decir una palabra. Una vez que este se retira, Alberto, impaciente, inicia la conversación sin preámbulos.

—Usted dirá.

—Antes de que empecemos a hablar, debo advertirle que estoy totalmente desautorizado a hacerlo. Si alguien se entera de esta conversación, se me caerá el pelo, y lo peor de todo es que no sé por qué. Si tuviera alguna idea de por qué es tan importante esto que voy a contarle, no dude de que también se lo diría, pero lo ignoro. —Alberto le mira sin decir nada—. Solo sé que llegó a mi despacho una orden tajante para que dejáramos de hacer lo que estábamos haciendo. En concreto se referían a algo en lo que estaba trabajando María, así se lo hice saber a ella, aunque intuyo que no me hizo caso. Pero vayamos por partes. —Alberto hace un gesto de aprobación: se está perdiendo y agradece que el jefe de María empiece por el principio. Ortega respira hondo y continúa—: Bien. Hace algún tiempo, María me pidió permiso para investigar acerca de un objeto de valor histórico. Al principio no me gustó mucho la idea, porque se

trataba solo de una inquietud suya. Como sabe, no era muy dada a explicaciones, pero comprenda que no me quedaba más remedio que pedírselas si íbamos a emplear tiempo y dinero de los contribuyentes.

»Entonces me habló de su amiga de universidad y también compañera de casa, una tal Sandra Sanlúcar. Dijo que pertenecía a una de las familias con más solera de España. Ella le habló de unos diarios de un antepasado con una antigüedad cercana a los seiscientos años y María, entusiasmada, le pidió verlos. Su compañera se los prestó como el que presta una baratija, figúrese. Me contó que, casualmente, se había topado con algo muy interesante…: una cruz. Una cruz con una inscripción.

Moreno ha tenido que disimular su sorpresa ante esta información que involucra a la familia de Sandra. Como Ortega continúa con su relato, no nota el desconcierto del inspector.

—Habló de unas notas a pie de página que indicaban la existencia de unos documentos, dando detalles sobre el objeto y la inscripción. Al parecer, los documentos estaban desaparecidos desde hacía algunos años y me pidió que la dejara encontrarlos. Alegó que en ese momento no teníamos mucho que hacer. Era cierto. Después de la investigación de algún que otro robo de patrimonio en pequeñas iglesias de pueblo, estábamos bastante ociosos, así que le di permiso con la condición de que no hurgara donde no debía. Sé que está pensando que es una tontería que ella quisiera buscar algo *a priori* tan simple, pero no hubo forma humana de que me contara por qué quería ver esos documentos. Algún tiempo después recibí otra llamada ordenándome que dejáramos la investigación. Obviamente, María no acató mi orden, muy típico de ella. —Ortega no lo dice con acritud, sino con cariño—. No puedo decirle desde dónde vino, pero sí que era alguien muy importante, tanto como para pensar que el asunto tenía empaque; sin embargo, la explicación que se me dio fue tan estúpida que sospeché proporcionalmente a la estupidez.

»El interlocutor dijo que María había importunado a la familia Sanlúcar preguntándoles por un objeto que ellos ni tenían ni habían visto jamás y que ella se mostró reticente a creerlos. Cuando le pregunté por qué había hecho eso, me dijo que sabía que la cruz estaba o había estado en la casa, que solo quería verla y que sus sospechas se produjeron por la negativa de la madre, que se mostró muy nerviosa e incluso, ante su insistencia, algo descortés.

»Ya sabe: la policía siempre sabe cuándo mientes.

—¿Qué pasó con los diarios?

—María me comentó que se los devolvió a su amiga.

—Cuando dice que no está autorizado a hablar conmigo de todo esto, ¿a quién se refiere exactamente?

—No entiendo esa pregunta.

—Yo creo que sí la entiende. Rodríguez no me ha mencionado nada de unos diarios, tampoco de unos documentos y por supuesto nada de una cruz con inscripción incluida. Y ahora usted me dice que no le autorizan a contármelo. Me preguntaba si esa persona que le ha desautorizado es Rodríguez, porque si es así yo…

—No me refiero a Rodríguez; de hecho, no creo que sepa nada de esto. Se trataba de algo que María me pidió a mí expresamente. Ni siquiera me pareció importante informar sobre ello a nuestros superiores. Ya le he dicho que estábamos ociosos y simplemente le di permiso, no creía que…

—¡Y una mierda! ¿Cree que voy a creerme que María ha muerto por una investigación rutinaria y estúpida? ¿Que usted no informó y que ahora le llaman para ordenarle que no hable conmigo o con cualquier otro miembro de la investigación, y que además no está autorizado a decirme de dónde viene esa llamada?

El jefe de María le mira sorprendido y el inspector se da cuenta de que es tan inocente como estúpido. Parece una buena persona, quizás sea por eso; a veces le parece que algunas buenas personas son absolutamente imbéciles. «Vuelve tu prepotencia», le dice Emma. Tiene razón. Rectifica su tono e intenta sacarle a Ortega el nombre de la persona que le ordenó callar.

—Oiga —comenta ahora en plan conciliador—, perdone mis modales, no tengo ningún derecho a hablarle así. —Intenta implicar a Ortega emocionalmente—. Usted conocía a María, seguro que alguna vez se tomaron una cerveza. Se lo debe. Era su superior y no pudo salvarle la vida. Tengo que saber quién hizo esa llamada.

Ortega entrelaza sus manos nervioso, cierra la izquierda y con la derecha aprieta con fuerza los nudillos hasta que uno tras otro hacen ese ruidito tan inquietante. Después vuelve a frotar una mano con la otra y abre un poco la boca, como si quisiera hablar pero las palabras no encontraran el camino. Alberto cree ver en sus ojos un atisbo de miedo, pero en realidad Ortega duda por lealtad. Para un militar debe

prevalecer el deber sobre los sentimientos, pero en aquel momento el jefe de María recuerda las palabras de su mujer: «No dejes que nada traicione tu naturaleza».

Dos de sus mejores agentes han sido asesinados, la coronel Rodríguez ha puesto al frente de la investigación a uno de los más afamados investigadores del Ejército español; con fama, eso sí, de huraño y alcohólico (aunque siempre hayas sido un tío sano, eso ya se queda para siempre, Moreno) y unas cuantas virtudes más que ahora le parecen absolutamente secundarias. Y, por otro lado, le niegan la posibilidad de ayudar al inspector. Moreno tiene razón. Se lo debe a María, se lo debe a Ramón.

—Fue alguien del CNI, pero la orden fue tan tajante que, aunque la llamada la realizó un intermediario, sospecho que esa persona es un alto cargo, no puedo decirle más. —Se levanta y deja un billete en la mesa. Antes de irse añade—: Le ayudaré en todo lo que sea necesario. Si me entero de algo más, se lo haré saber; por alguna razón, mis dos agentes están ahora muertos. Sea lo que sea, es lo bastante importante para matarlos, así que no creo que ni usted ni yo estemos a salvo.

—Lo sé, y por eso le agradezco enormemente su ayuda.

—No se ponga en contacto conmigo, buscaré la manera de hacerlo yo.

—Bien. Una cosa más. ¿Conocía bien a Ramón? —Ortega le mira extrañado—. Algunos detalles de la autopsia son muy extraños. —Le cuenta a Ortega su conversación con el forense—. Hemos barajado algunas hipótesis, pero no podemos descartar que Ramón estuviera implicado en el asesinato de María.

—Eso es imposible —dice sin titubear—. Ramón era un buen agente y un inmejorable compañero. María confiaba plenamente en él y yo también.

—No lo dudo, pero ha dicho que el asunto tiene empaque, tanto como para matar a dos agentes especiales, y usted sabe que en circunstancias así se puede esconder cualquier cosa. Si me permitiera tener acceso a sus ordenadores, quizás podríamos…

—Ya le he dicho que le ayudaré. Deje el tema de los ordenadores en mis manos; de ninguna manera pondría en peligro la información de nuestro departamento.

Zanja así cualquier posibilidad de poder echar un vistazo en los ordenadores de María y de Ramón, pero al menos se compromete a

hacerlo él.

Moreno sale de la cafetería pensando en lo que le ha dicho Ortega. Después de reprimir la gran sorpresa por la involucración de la familia de Sandra, se muestra ansioso por llegar a la oficina y relatárselo a Jorge. Tras su conversación con Valdés ya lo sospechaba, pero ahora Ortega corrobora que es muy probable que haya un alto cargo detrás de esto y su instinto de protección le hace dudar acerca de si debe contárselo a su equipo. No es solo porque crea que cuanto menos sepan estarán más protegidos, que también. Más bien es porque, si se trata de un alto cargo, tendrán que elegir de qué lado están. Los militares son así, tienen tendencia a ser leales. Menos mal.

Sin embargo, a Jorge sí se lo dirá. Confía en él y le necesita. Porque si Jorge tuviera que elegir, le elegiría a él. Eso también es lealtad. Y de la buena.

Al menos, ahora sabe qué buscar. Por la reacción de la familia de Sandra no parece muy conveniente preguntarle a la chica por la cruz, pero, por otro lado, Ortega había dicho que los diarios habían sido devueltos y que, según María, en ellos se mencionaba la existencia de unos documentos.

Necesita esos diarios.

Si pide una orden, podría ocasionarle algún problema con Sandra y tenerla en contra no ayuda. Y que ella le gusta. También. Moreno cree que es muy probable que María no le contara nada de lo que le ha dicho Ortega. Pero ¿y su madre? ¿Por qué se lo iba a ocultar? ¿Y si le pide los diarios como un favor personal? Se los había proporcionado a su compañera sin ningún problema; con un poco de suerte, quizás se los preste también a él.

Eso le da una buena excusa para volver a verla.

17. Sevilla

Después de una reconfortante ducha y previo al desayuno, Sandra se dispone a visitar a su aya en sus estancias para darle un beso. Antes de salir de la habitación suena el teléfono. Mira la pantalla y su rostro se ilumina mientras contesta de manera jovial.

—¡Buenos días, inspector, qué agradable sorpresa!

—Hola, Sandra, me alegra mucho escuchar tu voz; pareces contenta.

—Es probable que tengas algo que ver en eso —dice coqueta.

Él, como es él, sin reacción a un comentario tan directo.

—Me gustaría ir a Sevilla pasado mañana, ¿crees que podríamos vernos?

—¡Me encantaría! Puedo recogerte en el AVE si lo ves oportuno.

—Si no es mucha molestia. Llegaré a Santa Justa sobre las ocho cuarenta y cinco, si el AVE no se retrasa.

—Estaré allí puntual. Me alegro de que vengas, de verdad.

Cuando cuelga se da cuenta de que en cierta forma ha engañado a Sandra al no decirle el verdadero motivo de su viaje. Tendrá que utilizar todo su potencial para pedirle información sobre la cruz y los diarios de su antepasado. No quiere dañarla, pero su instinto le mantiene alerta aconsejándole que no se acerque demasiado a la chica. Y Moreno casi siempre hace caso a su instinto.

Casi.

Segundos después de su conversación con Alberto, Sandra entra en la habitación de su aya para darle un beso. Es muy temprano y aún no ha sido aseada ni vestida; su madre se encarga de eso personalmente, excepto cuando, por cualquier motivo, se encuentra fuera del domicilio.

El aya la mira como siempre, con sus ojos grises y vacíos. Pero hoy le sonríe. Casi nunca mueve ningún músculo de su rostro, así que Sandra se sorprende muy gratamente. ¿Es posible que los médicos se equivoquen? ¿Podría Cata recuperar la memoria y haberla

reconocido? No, los médicos han sido contundentes. Algo así no tiene vuelta atrás. Sandra mira a su aya con amor. Es su segunda madre; la primera, si nos apuramos.

Coge el cepillo que hay encima del tocador. Uno de esos antiguos, de plata. Brilla. Su madre se encarga de eso. Nada en el cuarto de Cata está descuidado. El ritual del cepillado del pelo es algo casi olvidado en la Casa Sanlúcar, excepto con Cata, que, a pesar de su edad, mantiene una larguísima cabellera. Sandra comienza a peinar su melena blanca, que luego su madre envolverá en un moño bajo. Y le habla, siempre le habla. Ese día le pregunta, inocente:

—Mi querida Cata, tú no sabrás dónde está aquella cruz con inscripción que me enseñaste el día de mi doce cumpleaños, ¿verdad?

La mujer empieza a agitar la cabeza, moviéndola de un lado a otro y de arriba abajo, jadea como si le faltara la respiración y da pequeños chillidos. Sandra, asustada, intenta calmarla sujetándola en un abrazo para que no convulsione, pero nada de lo que hace logra detener el ataque. Grita llamando a su madre, que no tarda en llegar. Entra corriendo en la habitación. Detrás de ella, dos empleados, a los que su madre da órdenes para que cojan algo de la mesilla. Sujeta fuertemente a su aya mientras le inocula lo que parece ser un calmante. Instantes después, el medicamento hace su efecto y la mujer relaja su cuerpo como si se tratara de un muñeco de trapo. Cuando se cercioran de que duerme plácidamente, su madre da instrucciones de que no la molesten bajo ningún concepto y ordena a Sandra que baje con ella al salón que la familia utiliza a diario. Una vez allí, con gesto hosco, se vuelve hacia su hija.

—¿Qué ha pasado allí, qué le has dicho?

—¡Mamá! ¿Por qué dices eso?

Su madre está fuera de sí. Para ella no hay duda. Cata es su primera madre.

—Sandra, no me trates como si fuera estúpida. Cata no tiene esos ataques desde hace tiempo y siempre tienen un motivo —dice con furia.

Se arrepiente al instante de este comentario, que no pasa inadvertido para Sandra.

—¿De verdad? Pues creo que deberías ser tú quien me diga qué motivo puede tener para reaccionar así. Desde que he vuelto solo me encuentro con sorpresas. Primero, mi compañera habla contigo de

algo relacionado con una cruz, y después a Cata le da un ataque cuando de la manera más inocente le pregunto por ella. ¡No me des la espalda, mamá! ¡Dime qué está pasando aquí!

La señora Sanlúcar camina pesadamente hacia la ventana abierta, levanta la cabeza y suspira profundamente, observando los naranjos de su jardín. Entorna los ojos y aspira el suave perfume de la flor de azahar. Después gira su cuerpo y sin mirar a su hija se dirige a la puerta para cerrarla.

Antes de hablar, le pide a Sandra que se siente en el amplio sillón verde de estilo Luis XVI, una reliquia que casi nunca utilizan.

—No quería inmiscuirte en esto, pero llegados a este punto será mejor que te cuente algunas cosas. —Se interrumpe y mira a su hija para ver su reacción. Sandra no mueve ni un solo músculo, porque intuye que cualquier movimiento ahora puede causar el arrepentimiento de su madre—. Hace unos meses —continúa—, cuando tu padre y yo estábamos en una cena benéfica, alguien entró en la casa. Solo estaban Cata, el jardinero y una doncella, pero estos se divertían juntos en otra ala de la casa, por lo que Cata no obtuvo ayuda de ninguno de los dos, ni siquiera se enteraron.

El rostro de Sandra palidece. Un silencio imparable ocupa todos los rincones de la habitación, largo y premonitorio de que las siguientes palabras de su madre serían mucho más dolorosas. Cierra los ojos, como si eso cerrara también el paso al dolor que ya siente. Su madre espera hasta que Sandra los abre y, con las lágrimas pugnando por salir, le indica que continúe.

—Cuando tu padre y yo la encontramos, estaba prácticamente muerta. Le habían dado una paliza, pero aún no había perdido el conocimiento. Antes de hacerlo, tuvo tiempo de decirnos lo que buscaban esos hombres. Unos documentos y una cruz. En un hilo de voz dijo que… —El llanto le impide seguir durante unos instantes—. No les dijo dónde estaban. ¡Debió hacerlo, debió hacerlo! —dice, ahogando el grito—. Ningún objeto de esta casa vale ni un suspiro de su vida. Cuando despertó ya no se pudo hacer nada. Desde entonces está así. Tú estabas en Estados Unidos y no quisimos decirte nada hasta tu vuelta; después decidimos no hacerlo. Todo sucedió muy deprisa. Pensamos que se trataba únicamente de un robo, aunque era extraño que solo les importaran esos objetos. En esta casa hay muchas obras de arte y mucho más valiosas, ya lo sabes. Fueron apenas unos

instantes… —dice, evocando aquel día—. Tu padre cogió el teléfono para llamar a la policía justo en el momento en que recibí una llamada en mi móvil advirtiéndonos de que no dijéramos nada, o tú sufrirías un accidente. Nos asustamos mucho y seguimos sus instrucciones.

»A la policía le dijimos que se habían llevado un cuadro que no tiene demasiado valor. Creí que así se diluiría el asunto. Y así fue. Ya nos advirtieron que era difícil encontrar obras robadas: tienen mucho valor entre coleccionistas con gran poder adquisitivo. Se encaprichan de la temática, el autor, la antigüedad… Sin saberlo, parece que lo hicimos bien, puede ser que el miedo aguce el ingenio. Despedí a los dos empleados, dándoles un buen dinero, con la excusa de que no estaban donde debían. Fingí estar muy enfadada con ellos; quería quitarlos de en medio para que no sospecharan nada antes de que la policía empezara a hacer preguntas. Nadie lo supo nunca. Intentamos no hablar de ello y casi habíamos olvidado la cruz hasta que, curiosamente, tu compañera nos preguntó por ella. ¿Qué podía hacer? Me asusté y le dije que no la teníamos. Es posible que fuera un error; debí haber elaborado una excusa, pero no soy experta en ocultar cosas. No supe reaccionar y creo que ella se dio cuenta.

»El resto ya lo sabes. El problema es que no tengo ni idea del interés que pueda tener esa dichosa cruz.

Cuando hubo terminado, toda su compostura se vino abajo y comenzó a llorar desconsoladamente. Su hija se acercó a ella y la calmó en un abrazo.

18.1. Reunidos

Alberto debe hablar con su colega antes de la reunión con los miembros de su departamento, en la que cada uno expondrá las averiguaciones y conclusiones a las que han llegado. Viaja a Sevilla. Es probable que tenga que estar allí varios días y quiere dejar establecidas las pautas del seguimiento de la investigación. «Un alto cargo» ronda en su cabeza. Hablará con Jorge acerca de lo que le ha dicho Ortega, porque, como hemos dicho, confía en él. El hecho de habérselo ocultado hasta ese momento solo obedece a un sentimiento de protección a su equipo, pero en realidad sabe que no puede darles esa seguridad. Es conveniente que al menos su compañero y amigo lo sepa, así pueden decidir entre los dos qué hacer con los demás.

—Tengo que contarte algo…

Jose y Teresa le interrumpen entrando en el despacho. El inspector guarda silencio. Se adelantan a la hora fijada para la reunión. Hay gente que llega tarde por sistema, porque sí; esto saca un poco de quicio a Moreno, pero en esta ocasión es falta de previsión por parte del inspector, porque debido a su manía, podríamos decirlo así, por la puntualidad, su equipo siempre llega antes.

—Buenos días —dice, volviéndose hacia ellos—. He convocado esta reunión porque tengo que viajar a Sevilla. Jorge se queda al mando. Informadle a él de todo lo que vayáis averiguando y preguntadle lo que necesitéis; estará en contacto permanente conmigo. Imagino que no hace falta que os diga que ningún dato debe salir de aquí. Esto es una investigación interna, todas las interrogaciones deben pasar un filtro antes de llevarlas a cabo. Habladlo con Jorge o conmigo, ¿entendido? —y al ver que asienten, prosigue—: Han aparecido nuevos personajes que tenemos que añadir a nuestra investigación. La amiga de María me ha entregado unas cartas en las que menciona a un supuesto padre.

—¿De María? —pregunta Jose.

—Sí. Tengo que decir que tanto Jorge como yo no acabamos de

creerlas: hay muchas cosas que no encajan, pero no nos queda más remedio que investigarlo. Teresa: quiero que a partir de ahora te encargues tú. Jorge te dará todos los datos que necesitas del entorno de María y de los testigos que dicen haberla visto con un hombre que podría ser él. Habla con ellos, intenta que recuerden algo más, cualquier pequeño detalle, aunque no les parezca importante.

»Como os dije, según el forense, María estaba embarazada. Su compañera de casa señala a Munaín como posible padre, ya que cree que mantenía una relación con él. Me gustaría interrogarle. Traedle con orden o sin ella, me da igual. Quiero que el chico a quien pagó para recoger las cartas le identifique. El boceto no deja lugar a dudas de que fue él, pero necesitamos que el chaval lo corrobore. Preguntad a todas las personas que puedan estar relacionadas con este individuo: amigos, vecinos, familiares… Tanto a Jorge como a mí nos resulta muy extraño que María pudiera tener una relación sentimental con este personaje, pero todo indica que fue así y por lo tanto, no podemos descartarlo. Encárgate tú, Jose; también quiero que aceleres algunos aspectos de la investigación. Lee el informe del forense; hemos tenido un primer contacto, pero aún hay algunas cosas que no están lo suficientemente claras.

—¿Estás pensando en algo concreto? —dice Jose.

Alberto le mira; han trabajado en muchas ocasiones juntos y se conocen a la perfección.

—Sí —dice—, estoy especialmente preocupado por algo. El forense cree que Ramón murió después que María y sin embargo no la ayudó. Conocía poco a Ramón, pero sí a María. Era una gran policía y estoy seguro de que confiaba plenamente en él y que no se equivocaba. Su jefe opina lo mismo: no ha puesto en duda en ningún momento la integridad de Ramón. En principio pensé que, o no fue como cuenta el forense, o bien Ramón no estaba en la sala cuando la mataron, en cuyo caso alguien lo colocó allí después de asesinarle, pero la Científica lo ha descartado y corroborado que el cadáver no fue trasladado.

—Si el forense dice que no la ayudó deliberadamente, el hecho de que el cadáver no fuera trasladado no significa que mienta. Más bien lo contrario.

Claro, Moreno no puede decirle lo de los susurros.

—Tienes razón, Jose. Digamos que después de hablar con él y

con el jefe de María es una conclusión inexacta, pero es la que quiero seguir. Vuelve a interrogar al guarda jurado. A Jorge y a mí nos parece que su declaración hace aguas por todos lados; veamos qué impresión te da a ti.

Jose no se da por satisfecho.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta extrañado—. ¿Por qué iba a mentir Valdés?

Todos miran al inspector. Efectivamente, ¿por qué iba a hacerlo?

Ha escogido a lo mejor del departamento, es estúpido pensar que podía engañarlos, pero su experiencia le dice que no se puede permitir el lujo de confiar. Ya hemos dicho que es algo inherente en un buen profesional, aunque debe de estar un poco desentrenado, porque por un momento su compañero le ha hecho dudar. Un segundo. Lo suficiente para retrasar la respuesta y dar una que no suena convincente.

—No lo sé —dice—, puede que se equivocara, puede que nos equivoquemos nosotros con respecto a Ramón, solo digo lo que el jefe de María nos ha dicho. Él no pone en duda a Ramón, por lo que no podemos descartar nada. Tendrás que averiguarlo.

Jose asiente y el inspector corrobora que no le ha convencido. Y, lo peor, a Teresa tampoco.

—¿Qué sabemos del móvil? —pregunta dando por zanjado ese asunto.

—Siguen buscándolo. Sabemos que está en casa de los Sanlúcar porque antes de que se apagara lo localizamos allí, pero se ha complicado. Los informáticos dicen que apagado es difícil ubicarlo, pero están probando no sé qué para hacerlo. Les llevará un poco más de tiempo y no nos han dado una seguridad plena.

—Sería importante encontrarlo. Si, como pensamos, María conocía a su asesino, quizás hablaron alguna vez. En cualquier caso, nos dará mucha información de sus últimas horas.

—Hemos solicitado las facturas a la compañía telefónica —sigue Jorge—. Será lento, porque tendrá que ser el juez quien solicite la información.

—Seguro, pero me temo que las llamadas del asesino, si las hay, no estarán en esas facturas, al menos no con un teléfono que podamos identificar. Necesitamos ese teléfono, no podemos esperar la orden. —Hace una pausa consultando su carpeta y continúa—: ¿Qué más

tenemos?

—La pistola —dice Jorge—, aquí tengo el informe. El forense dice que, tras una ardua tarea, su colega ha podido determinar que la bala se corresponde con una HK cuarenta y cinco. Los casquillos y la segunda bala no han sido encontrados, así que tenemos que determinar si nos quedamos con este análisis. —Moreno hace un gesto de aprobación a Jorge por no decir al equipo nada del casquillo.

—Bueno —continúa el inspector—, teniendo en cuenta que no me fío demasiado de la pericia de Luis Valdés, habrá que seguir insistiendo en ello. ¿Algo más?

—Sí —dice Teresa—. La mujer de Ramón.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Alberto.

—Algo va mal. Me dijo que su marido no tenía nada relacionado con el trabajo en casa, pero no es cierto. Me preparó un café y, mientras estaba en la cocina, revolví un poco en el cajón del escritorio. Había unas fotos de piezas de arte y se niega a que echemos un vistazo en la casa. No sé, puede que no sea nada, pero…

—Pero puede que sí —dice Alberto—. Sigue pensando en ello. Si es necesario, vuelve a hablar con ella y si crees conveniente pedir una orden, hazlo.

—De momento quiero darle una vuelta, hay algo que se me escapa.

—De acuerdo. —Alberto conoce a Teresa y espera que tarde o temprano dé con ello—. Por ahora, eso es todo. Cualquier cosa que tengáis que comunicarme, hacedlo a través de Jorge. No obstante, si fuera necesario, estaré en el móvil. Lo tendré encendido las veinticuatro horas.

Los dos agentes salen del despacho. Jorge se vuelve hacia Alberto.

—¿Y bien? ¿Qué es eso de Valdés?

—Ortega sospecha que alguien del CNI está detrás de todo.

—¡No me jodas, Moreno!

—Debemos averiguarlo sin comunicárselo a nadie del departamento. No quiero que se asusten antes de tiempo.

—No harías caso a Ortega si no lo creyeras tú también. —Moreno asiente—. Pero no tienes nada sólido para eso. Tus sospechas sobre Valdés no lo justifican.

—Están Valdés, el presunto padre, las cartas chapuceras,

Ramón… Todo parece querer desviar nuestra atención y…

Jorge le interrumpe:

—Hay algo más.

Moreno mira a su amigo. Está al tanto de sus «chaladuras», así las llama su compañero. Moreno se lo contó no hace mucho. Ya sabemos que no es muy dado el inspector a contar sus cosas.

—He tenido dos «chaladuras». La primera me mostró un rostro borroso. No he podido corroborarlo del todo, aunque en ese momento imaginé que era el de Sandra, la amiga de María, ya que iba a encontrarme con ella. Fue una especie de aviso tranquilizador, por eso no te dije nada y fui allí solo.

—Así que han vuelto.

—Estoy desentrenado, amigo. Ni siquiera sé si son reales.

—Siempre lo han sido, ¿no?

Moreno no puede decirle lo de que ahora está «empastillado». Hasta ahí no llega. Ni de coña. Así que se encoge de hombros.

—¿Y la segunda?

—Valdés dice que Ramón murió tres minutos después que María. No es cierto: estaba con ella en la sala y el asesino realizó dos disparos seguidos, tal y como dijo el guarda jurado.

—Lo has «visto».

—No exactamente así. Pero lo sé. No me obligues a que te dé detalles.

Jorge cambia de tema.

—Hay algo que no te he preguntado: ¿por qué crees que Rodríguez te ha puesto en esto? Bueno, aparte de que eres el mejor —dice con una sonrisa burlona.

—Pues yo estaba completamente seguro de que era solo por eso —contesta devolviéndole la sonrisa—. Ahora que lo dices, la verdad es que no había pensado en ello. Sé que Rodríguez no me tiene especial simpatía, pero confía en mí y supongo que pensó que los dos agentes merecían a alguien de confianza. Sea como sea, tengo toda la intención de no decepcionarla. ¿Qué tal un café rápido?

Cuando se disponían a salir, Teresa entra en la sala.

—Tenemos a Munaín.

—¿Tan rápido?

—Bueno, tú viajas a Sevilla mañana; me pareció importante interrogarle antes.

—¿Tu juez? —dice Jorge con esa mirada suya.

—No me toques las narices, Rivera. ¿Quieres a Munaín o le digo que se vaya?

—Vale, vale, Martínez, qué carácter, joder. Veamos qué nos dice ese capullo.

La citación formal le obliga a utilizar al abogado de su familia. Hubiera preferido buscar otro, pero ha sido un aquí te pillo, aquí te mato. La agente llegó con la citación dispuesta a llevárselo a las dependencias del EMAD. «Ahora», había dicho.

Su semblante denota preocupación. A pesar de ello, Ricardo Munaín continúa con una actitud altanera que su letrado se afana por aplacar. Según su experiencia, ese talante frente a los agentes no le va a traer más que problemas a su cliente.

Jorge también sabe cómo tratar a personas con tal actitud, por eso le hace esperar. Munaín está cada vez más enojado y el agente es consciente de que la espera le va a causar dificultades, pero conviene dejar claro quién manda allí.

El entorno familiar de Munaín no parece saber nada del supuesto *affaire* con María, cuestión lógica tratándose de una relación clandestina. Los vecinos tampoco le habían dado a Jose ninguna pista. Confían en que, al menos, pudieran sacar algo en claro del propio Ricardo.

Transcurrida la espera que creen conveniente, Jorge y Jose entran en la sala. Después de saludar cortésmente, Jorge toma las riendas del interrogatorio.

—Buenos días, señores. Disculpen la demora, pero hemos tenido que atender un asunto muy urgente.

—¡No tienen ningún derecho a traerme aquí! ¿Con qué motivo? ¿De qué se me acusa? —grita Munaín.

Su abogado se apresura a tranquilizarle, diciéndole que no grite y que le deje a él, pero Ricardo no se calma. Su abogado le agarra por la pechera y le amenaza: o se calla inmediatamente o se larga y que le defienda otro. Munaín le mira incrédulo, pero tras unos segundos, percibiendo la seriedad de su abogado, claudica.

—Disculpe a mi cliente —dice este con un acento marcadamente inglés—. No sabemos exactamente por qué nos han hecho venir de esta manera tan abrupta y si añadimos que llevamos esperando cerca de una hora, es normal que esté algo nervioso. Le agradecería que nos

dijera si se le acusa de algo.

—No se preocupe, abogado, lo entiendo. Vayamos al grano. Respondiendo a su pregunta: no, no le acusamos de nada por el momento, pero, como ya sabrá, nuestra compañera María Adánez ha sido encontrada muerta y tenemos testimonios de personas muy cercanas a ella que aseguran que tenía un romance con su cliente. Permanece detenido en nuestras dependencias un muchacho que intentaba robar unas cartas de la casa donde vivía nuestra compañera y que señala al señor Munaín como la persona que le contrató para que lo hiciera. Tales misivas, escritas por el padre de la finada, corroboran el romance; por lo tanto, su cliente es el principal sospechoso del asesinato de María Adánez y Ramón Díaz.

—¿Finada? ¿En serio? —le dice Alberto a Teresa fuera de la sala de interrogatorios. Y Teresa, muerta de risa:

—Eso ha dicho.

Moreno esboza una sonrisa. Cuando quiere, Jorge es la leche.

—Además, investigamos —oye decir a su compañero tras ese lapsus— quién podría ser el padre del niño que esperaba y obviamente su cliente tiene todas las papeletas. Así que, aunque, como le he dicho, de momento no le acusamos de nada, nos gustaría que colaborase contestando a algunas preguntas.

Ricardo Munaín no puede sostener la mirada de Jorge, que no le quita ojo durante su exposición, conocedor de la intimidación que ejercen sobre él estas palabras. Parece más pequeño, su mentón altivo segundos antes casi roza su pecho. Las manos entrelazadas y apoyadas en su frente. Ni rastro de su altanería. Su experiencia le dice que, a pesar de que el abogado intenta disimular su sorpresa, es evidente que se ha encontrado con algo con lo que no contaba. Su cliente no le ha dicho nada acerca de su romance con la chica, algo que de repente le ha descolocado sin dejarle más que una salida.

—Si el señor Munaín no está detenido y usted no tiene intención de hacerlo, no realizaremos ninguna declaración.

—Entiendo, letrado, pero si el señor Munaín colabora, lo tendremos muy en cuenta. Si le soy sincero, yo no creo que sea culpable. Debería meditarlo, es posible que a su cliente le convenga ayudarnos. Mi compañero ha recabado algo de información con respecto a su… bueno, digamos, vida privada, y me gustaría que don Ricardo pudiera oír lo que tiene que decirle —continúa mientras Jose,

sin mediar palabra, saca una libreta con algunas notas.

El abogado lleva tras de sí una larga experiencia y no se intimida, así que con esa ironía característica del humor inglés dice:

—¡Oh!, claro, sí. Lo entiendo perfectamente y le agradezco su ayuda. Sé que está especialmente preocupado por mi cliente, pero salvo que haya una acusación en firme, no va a contestar a ninguna de sus preguntas, así que, si no tiene nada más… —dice levantándose y haciendo una seña para que Munaín haga lo mismo.

Ricardo permanece sentado, en la misma posición. Levanta la cabeza que había permanecido gacha y en un tono alto y trémulo dice:

—Quiero contestar a sus preguntas.

Su abogado protesta airadamente en inglés, sujetando el brazo de su cliente, pero Munaín le aparta de un manotazo y mirándole fijamente corrobora su decisión.

—¡Lárgate, Tyler!, no necesito tus servicios, estás despedido.

El letrado le mira colérico, recoge su abrigo y su maletín y, antes de salir dando un portazo, le dice:

—¡Que te den, Munaín!, estoy aquí por tu mujer. De no ser por ella, te hubiera mandado a tomar por culo hace mucho tiempo.

Joder con el abogado. Claro que las palabras malsonantes con acento extranjero suenan más cómicas. Menos hirientes, ¿o no?

—Estoy dispuesto a colaborar —dice después de la marcha de su abogado—, porque yo no tuve nada que ver en el asesinato de María ni en el de su compañero. Acabemos con esto. ¿Qué quiere saber?

—En primer lugar, dígame si es cierto que mantenía un romance con ella.

—Sí —dice tras unos instantes—, aunque no sé si se lo puede llamar romance.

»María y yo nos acostábamos, pero solo de vez en cuando, es decir, no tomábamos café juntos ni íbamos al cine o al teatro, solo era sexo y, si le digo la verdad, quizás yo habría querido ir algo más allá, pero ella me dejó claro lo que buscaba. Sabía muy bien lo que quería y desde luego no era una relación, digamos…, al uso.

—¿Le dijo ella que estaba embarazada?

—¡No! —contesta tajante.

—¿Le comentó que se carteaba con su padre?

—Ni siquiera sabía que tenía un padre. Ella no hablaba jamás de su vida privada ni te daba ninguna información de nada que pudiera

hacer que la conocieras íntimamente. Nada. No sabía qué religión profesaba, si era alguna, ni a quién votaba, ni si le gustaban los toros o la literatura. Solo compartíamos pasión por el arte, bueno, y…

—Entiendo —dice Jorge cortándole. No necesita esa explicación —. Si ella no le habló de su padre, ¿cómo sabía usted que se carteaba con él? Contrató a un muchacho para que robara las cartas. Sabía que estaban allí, incluso le dijo dónde tenía que buscarlas.

Munaín duda unos instantes, sopesando si contesta esa pregunta o no, y tras un espacio de tiempo demasiado sospechoso para Jorge dice:

—Me informaron de que alguien quería incriminarme en el asesinato y me hablaron de esas misivas.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién le informó?

—No sé su nombre, solo me dijeron lo que acabo de decirle, pero la información es fiable. Puedo asegurarle que no estaba embarazada, al menos, no en lo que a mí respecta —dice tras una pausa.

—Señor Munaín, creo que no está siendo demasiado inteligente ni se da cuenta de la situación en que se encuentra. Es usted el principal sospechoso de dos asesinatos, tenía una relación con una de esas personas. Según el forense, además, estaba embarazada. Ella ponía en peligro su estabilidad familiar y eso nos da un móvil.

»Cualquier jurado le declarará culpable. Si, como dice, no lo es, debe dejar que le ayudemos y es evidente que alguien que supiera que existían esas cartas nos llevaría fácilmente al verdadero causante de esas muertes. Piénselo. Por otro lado, ¿por qué iba alguien a querer incriminarle en estos asesinatos?

—Soy consciente de lo que me dice, pero por el momento no puedo darle más información, créame. En cuanto a su pregunta, usted es el investigador, debería saber la respuesta, ¿no le parece? Mantenía una relación con ella, fuera de la naturaleza que fuera, eso es evidente. Debieron de pensar que soy presa fácil.

—No entiendo por qué no acudió usted a la policía para denunciar que alguien quería incriminarle en un asesinato; francamente es muy difícil de entender —reflexiona Jorge—. Otra pregunta… Como director general de Patrimonio y amante, ¿sabía qué era lo que María estaba investigando? ¿Qué podía hacer ella en el monasterio de El Escorial la noche en que la asesinaron?

—No acudí a la policía porque me asustaba contar algo que

pudiera acusarme. Pensé que si recuperaba las cartas no tendrían nada y todo se habría terminado.

»En cuanto a las otras preguntas, no, ella no me dijo nada de lo que investigaba o qué hacía en el monasterio, aunque me preguntó por un objeto. No me extrañó, porque a pesar de que María y yo hablábamos poco, cuando lo hacíamos, solo era acerca de obras de arte, piezas pertenecientes a Patrimonio o a colecciones privadas. Pensé que solo era una inquietud de las muchas que tenía.

—¿De qué pieza se trataba? ¿Cuándo fue eso?, ¿sabría ubicarlo en el tiempo: hace un mes, dos? Por último, ¿qué era lo que le preocupaba de ese objeto?

—Una cruz. Me preguntó si podía proporcionarle alguna información sobre ella y quería saber si en mi departamento podrían ofrecérsela. Le dije que lo investigaría. Unos días después le contesté que nadie parecía saber nada; le pregunté por qué le interesaba, ya que no era una pieza con demasiada importancia. Ciertamente no tenía mucho valor, históricamente ninguno, si exceptuamos su antigüedad, claro. Y en cuanto al económico, tampoco estaba muy cotizada…

»Fue a principios de julio —dice después de reflexionar unos instantes—. Lo recuerdo porque en diez días me iba de vacaciones y le prometí que le diría algo antes.

—¿A quién le preguntó?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que preguntó por la cruz en su departamento. ¿A quién le preguntó? Deme un nombre.

—No fue a una persona concreta, hay un departamento especializado en este tipo de piezas. Fue una pregunta generalizada.

—¿Y María le dijo por qué le interesaba la cruz?

—No. Solo dijo que era un objeto mencionado en los diarios que le dejó esa chica, su compañera. Iba a pedir a la familia que le permitiera verla y antes quería recabar toda la información que pudiera sobre ella. Es lo que hacemos en este trabajo: investigamos objetos históricos con el fin de catalogarlos y darles su propia entidad. María pertenecía al ejército, custodiaba y examinaba obras de arte singulares que habían sido utilizadas con fines militares. Si ella estaba interesada, supuse que en este caso también era así.

—¿Quiere decir que esa cruz bien podría haber sido utilizada con

fines militares?

—No, quiero decir que, por lo general, María examinaba objetos de arte que podrían haber pertenecido al ejército. Pero era una apasionada del arte, puede que en este caso no fuera así y se interesara por alguna otra razón. Ya le he dicho que no lo sé, ella no me dio demasiada información.

—¿Recuerda algo más que pueda ayudarnos?

—No. Aunque hay algo que…

—¿Sí?

—Un detalle me resultó inquietante. Parecía no tener importancia lo que quería saber, sin embargo, ella me pidió que no le dijera a nadie quién se estaba interesando por la cruz, que era mejor indicar que se trataba de un objeto encontrado en una casa privada y que necesitaba catalogación.

—¿Fue así como lo hizo? —Munaín no contesta, pero a la vista del resultado es evidente que no—. Bien, señor, por el momento hemos terminado, tendremos que volver a llamarle. Por favor, permanezca localizable y no salga de la ciudad —dice levantándose—. Y piense en lo que le he dicho, porque está usted en una situación muy delicada.

El hombre ignora este último comentario. Antes de salir, Jorge le retiene.

—Disculpe.

Munaín se vuelve.

—¿Autorizaría una prueba de paternidad?

No sabe qué contestar, pero intuye que no debe autorizarla. Sabe que ese hijo no es suyo, pero ¿y si lo fuera? Aunque remota, cabe esa posibilidad.

—Le he dicho todo lo que sé, pero no pondré en peligro la estabilidad de mi familia.

Lo dice tajante, tanto que Jorge comprende que es inútil insistir.

«Otra vez la dichosa cruz», piensa Alberto antes de entrar en la sala de la que Munaín ha salido tras el interrogatorio.

—¿Qué te ha parecido? —dice Jorge.

—Creíble, al menos para mí.

—Sí —interviene Teresa—, parece bastante verosímil, sobre todo en la parte en la que asegura ser una presa fácil. Si yo quisiera culpar a alguien de asesinato, investigaría en primer lugar al entorno más

cercano, obviamente, al marido o al amante.

—Cierto, creo que más que pensar en Munaín como sospechoso debemos centrarnos en el hecho de que alguien haya querido implicarle. Puede que sea interesante saber quién le avisó sobre esas cartas —contesta Alberto.

—Por el momento no parece dispuesto a darnos esa información. Me ha parecido bastante asustado, algo nada extraño teniendo en cuenta lo que les ha ocurrido a María y a Ramón. Creo que es probable que piense que si nos dice más de la cuenta será el siguiente. Y esa persona, sea quien sea, le asusta más que pasar treinta años en la cárcel.

—Y sin embargo ha querido hablar con nosotros —contesta Teresa.

—Es cierto. Como dice Jorge, está muy asustado. Por un lado, quiere que sepamos que no fue él y por otro no se atreve a delatar a su confidente. Le daremos un tiempo y veremos si somos capaces de asustarle más que esas personas. ¿En qué estás pensando, Teresa?

—Vaya, no puedo engañarte. —Sonríe al ver que él se ha dado cuenta de su ensimismamiento—. Pensaba en que, si el confidente de don Ricardo pertenece a alguna unidad del entorno del ejército, es probable que fuera la misma persona que comunicara al asesino de María que esta estaba interesada en la cruz. Creo que fue él, inocentemente, quien puso sobre aviso a los asesinos.

—Muy buena observación —dice Alberto—. Munaín pregunta por un objeto a unos expertos, comenta que está interesado en saber si hay algún dato sobre su robo y levanta la liebre. Pero no van a por él, sino a por María, por lo que evidentemente le habla de la chica, como todos intuimos, para presumir. No le sirve de nada tener una relación con una belleza como María si no se lo cuenta a nadie, una torpeza que probablemente le ha costado la vida a ella. ¡Será gilipollas!

—¿Quieres que me encargue de buscar al confidente? —pregunta Teresa.

—No, me será más fácil a mí. Rodríguez no sabe que estás en la investigación. Se lo diremos, claro, pero tengo que encontrar el momento. Mandó a dos personas y no quiero tener que volver a oír que por qué los rechacé. Prefiero que no sepa que estás husmeando por ahí; tiene control en algunos departamentos y no tardaría en llegar a sus oídos.

—¿Y la prueba? Ya lo habéis oído, se niega a hacerla.

—Lo sé, tendremos que descartar ese camino si no le acusamos formalmente y el hecho de que tuvieran una relación no es suficiente para hacerlo.

Cuando acaba la reunión se siente mal por haber mentido a sus compañeros, pero la investigación no debe desviarse. Claro que les ayudaría averiguar con qué persona del departamento habló Ricardo, pero sabe que esa persona no es el asesino y que, para llegar hasta él, se necesita tiempo. Y no lo tienen. Además, a Moreno le da un poco igual, porque Ortega se lo había dicho. Que se trataba de un pez gordo. El confidente de Ricardo no podría darles un nombre, como no lo hizo Ortega. Como mucho les diría que venía de instancias superiores. Y el inspector sabe de lo que es capaz un pez gordo del CNI, lo ha visto en múltiples ocasiones. Lo mejor es mantener apartados a sus colaboradores mientras sea posible.

18.2. Munaín, tiempo atrás

Munaín entra en el departamento con la foto de la cruz y mantiene una conversación con uno de los expertos en el siglo XV. Él no parece conocerla, pero le asegura que investigará. Dos días después, el experto le llama sin mencionar su nombre.

—Soy yo. He mirado en múltiples archivos y te aseguro que no tiene una relevancia especial. Portó piedras valiosísimas que ya no existen, eso sí. Por lo demás, era una pieza sin ningún valor histórico ni militar.

—¿Y la inscripción?

—Solo nos dice el lugar en el que probablemente se talló y el nombre del orfebre que lo hizo.

—¿Quién es el orfebre?

—Pepe Cuesta, en Toledo. La familia todavía conserva una parte de la actividad de orfebrería. Pero no creo que eso te lleve a ningún sitio. ¿Por qué te interesa tanto? —dice extrañado—. Te he dicho que la cruz no tiene un valor relevante. Lo único valioso eran las piedras preciosas que un día tuvo y que, como en muchas otras obras de arte antiguas, mantos, sayos, tapetes o casullas, han sido objeto de saqueos. Puede que incluso sus propios dueños hicieran acopio de ellas para venderlas y obtener liquidez en épocas de vacas flacas. No hay nada raro ni especial.

—Es la mujer con la que estoy liado. Me pregunta por ella y solo quiero apuntarme un tanto. Ya sabes que es…

—Sé quién es. Te has encargado de decírmelo a mí y a todo el departamento. Lo siento, pero es todo lo que puedo decirte. Si averiguo algo más, te llamaré.

Terminada la conversación, el experto piensa en el interés que puede tener ella por la cruz. Munaín no es peligroso, es un pelele engreído, pero la chica es toda una institución. Se interesa por un objeto por el que no es ella misma quien pregunta. ¿Por qué? A nadie le hubiera extrañado que lo hiciera. Su fama la precede y en su

departamento todo el mundo hubiera atendido su interés por cualquier objeto, sin lugar a dudas. Sin embargo, ha preferido utilizar a Munaín. Eso quiere decir que, por algún motivo, le ha pedido que no mencione su nombre. En una mujer con tantos recursos es muy raro, además, que utilice a Ricardo. No es la mejor opción si no quiere que se sepa que ella está detrás de esas preguntas. Hay algo más, está seguro. Puede que no sea nada, desde luego, pero ¿y si no es así? No le vendría mal un ascenso. Lo comentará por ahí arriba, por si acaso.

18.3. María, tiempo atrás

La sensación de arrepentimiento se ha aferrado a ella causándole desasosiego. Pocas veces comete un error tan evidente, porque, si lo hubiera hecho, no estaría viva. Tendría que haber buscado otra manera de seguir indagando sobre la cruz. Ahora ya no tiene remedio.

A pesar de que le ha pedido encarecidamente que no dé su nombre, tiene serias dudas de que la haya complacido: no parece ser de esos que guardan secretos. De hecho, está al tanto de que anda por ahí contándole a todo el mundo detalles de su relación.

No es que le importe lo que opinen los demás, pero le produce un cierto pudor pensar que se sepa que se acuesta con alguien como él, aunque sea algo esporádico.

Bueno, esporádico… Una vez a la semana quizás no lo sea tanto.

Está segura de que no lo entenderían; no lo entiende ni ella. ¿Qué hubiera dicho Moreno de haberlo sabido? Parece que le está viendo, acariciándose el mentón sin decir nada: la mira de soslayo, nunca la mira de frente cuando le reprueba algo, y pocas veces se lo recrimina, salvo que le parezca peligroso no solo para su integridad moral, sino para su vida.

Y si de algo está segura es de que en esta ocasión no habría dejado pasar la oportunidad. Habría dicho: «¿De verdad, con ese gilipollas? Venga ya, María». Y no tenía ganas de replanteárselo. Una tiene sus necesidades y hasta ahora le controla bastante bien, así que…

Munaín no es un hombre excesivamente bien parecido, pero no está mal. Su cuerpo tiene algo de atlético, ya que acude al gimnasio de manera regular, aunque a la vista está que no se entrena duramente. Es alto y no puede decirse que sea guapo, pero feo tampoco. Digamos que es un seis con cinco. Notable bajo, vamos. Sin embargo, es arrogante y arbitrario. Ella ignora cómo ha llegado hasta el puesto que ostenta. Obviamente sabe de arte, pero no tiene dotes para el liderazgo y eso es algo que ella valora de manera especial. Si hubiera

sido decisión suya, jamás le habría dado el puesto. Sin esa cualidad no le parece que nadie pueda dirigir nada ni a nadie, pero evidentemente no es decisión suya.

María está intentando recordar cuándo fue la primera vez que se acostó con Munaín, pero su memoria se muestra tozuda y no lo consigue.

En cambio, sí recuerda claramente por qué.

Llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre. Simplemente lo necesitaba y él estaba allí; fue algo cómodo, nada romántico. No escuchó cantos de pajaritos alborozados ni notó mariposas en el estómago, y las nubes no eran grises ni blancas y, por raro que parezca, ni siquiera recordaba si era verano u otoño. Sin embargo, Ricardo la sorprendió gratamente en la cama. No esperaba que tuviera esa…, bueno, sencillamente no lo esperaba.

Y lo convirtió en hábito.

Después de rechazar varias veces su insistencia para invitarla a cenar, le llamó cuando volvió a necesitarle. Siempre le ha dejado muy claro qué tipo de relación quiere y, aunque podría no haberlo hecho, él lo acepta a regañadientes. Sus encuentros se limitan a quedar en la habitación de un hotel, siempre el mismo. Cuando llegan, van directamente al grano sin apenas mediar palabra.

En ocasiones, Munaín insiste en alargar el asunto hablando de temas relacionados con el arte y, bueno, como no tiene muchas oportunidades para hacerlo, María acepta. Pero no quiere hablar de nada más y por supuesto no le permite comentarios acerca de su mujer. Una vez intentó quejarse de su mujer.

—Me importa una mierda. Si no te interesa seguir con esto, dímelo.

Y él nunca más volvió a mencionarlo. Así es su relación, así es como quiere que sea.

19. Una poesía

Sandra espera en Santa Justa la llegada del inspector. Diez minutos más tarde, el tren entra lentamente en la estación. Ella pasea su mirada por cada uno de los vagones buscando la del inspector, hasta que la encuentra en uno de ellos. Ajusta sus pasos a la velocidad del tren sin apartar los ojos de los de él. El ferrocarril se detiene, Moreno baja y con actitud contenida le da dos besos en las mejillas como saludo.

Sandra siente como si una ola se la llevara por delante.

Alberto, como si un puño le hubiera dejado KO.

A pesar de la prudencia mostrada por ambas partes, es obvio que no pueden evitar la atracción que sienten. Por puro formalismo, Sandra le pregunta qué tal el viaje y él le contesta de idéntico modo que bien.

Y ahora parecen dos desconocidos en un ascensor. «Qué buen tiempo hace.» «Es verdad, no hace nada de frío para la fecha en que estamos.» Esas cosas. Y así hasta que llegan al hotel en el que Moreno se va a alojar, un hotel de tres estrellas, antiguo y bien situado, aunque parezca que va a caerse.

Sus dueños, dos hermanos de mediana edad, han sufrido la voracidad y la usura de la Hacienda andaluza y casi lo pierden cuando sus padres fallecieron y se lo dejaron en herencia. Pero no nos liemos. El caso es que no han podido acometer las reformas que necesita porque los préstamos han ido enteritos a las arcas de Hacienda.

Sandra le asegura que es confortable y limpio y que toda Sevilla conoce a la familia y las dificultades por las que han pasado. «Indignante», dice él con sinceridad, y sube a la habitación mientras Sandra le espera en la cafetería para desayunar. Moreno emplea solo el tiempo necesario para dejar la pequeñísima maleta que porta, comprobar que su pistola está en perfecto estado y volver a coger el ascensor hacia la cafetería. Piden un desayuno ligero y se sientan al lado de una ventana en la que los primeros rayos de sol, en suave

disputa, ya ocupan el espacio del vidriado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Alberto por fin.

—Bien, dentro de lo que cabe, pero no consigo olvidar lo que le ha pasado a María. Me gustaría poder volver a mi vida normal —dice con cierto deje de censura.

—Estamos haciendo lo que podemos. Aún no hemos terminado de registrar tu casa y no es conveniente que vuelvas. Sé que es muy molesto para ti, pero mientras no estemos seguros de que no corres peligro, me gustaría que te quedaras aquí. Lo siento, Sandra, pero las cosas a veces no van tan rápidas como querríamos.

Ella hace un gesto de desaprobación.

—No sabes lo que es aguantar a mi familia —se sincera—. Mi madre vive con una persona que no quiere saber nada de ella y que casualmente es mi padre. Acorralada por estúpidos que solo quieren permanecer inmunes a todo lo que les rodea. Odio esa vida, siempre la odié. Reconozco que en muchos aspectos me ha beneficiado pertenecer a este mundo, pero eso no evita que lo aborrezca con todo mi corazón.

Suspira hondamente. Después, su rostro recobra el brillo de siempre.

—No hablemos más de eso. He preparado una visita turística para ti —dice con una gran sonrisa.

—Vaya, es más de lo que podría esperar —dice mirándola fijamente.

Ella calla, cohibida por la mirada del inspector. Alberto duda, pero cree que no es el momento de preguntarle por la cruz; aún no. Aunque no fuera así, siente que solo ha venido a verla. Nada más. Hace mucho que no experimenta esa sensación por alguien; puede que ya sea hora de enterrar viejos fantasmas. No sabe si será capaz, pero merece la pena intentarlo.

—Demos un paseo —dice, cogiéndose del brazo del inspector, y le dirige hacia la puerta del hotel—. El tiempo invita y esta es una ciudad maravillosa. Sé que ya habías estado aquí, pero hace mucho tiempo, ¿no? Además, tienes la compañía perfecta: una sevillana experta en arte. ¿Qué más se puede pedir?

»Desde aquí hay apenas cinco minutos hasta el parque de María Luisa, un lugar perfecto para pasear, charlar y esperar el momento de tomar una manzanilla, ¿qué te parece?

Sandra no espera respuesta. Dejan la ribera del río y se adentran en el parque. Ella le cuenta que, a pesar de que Sevilla tiene lugares fascinantes, aquel es su preferido.

—No sé decirte por qué; quizás por esta escultura que respira romanticismo. Es un homenaje a Bécquer. Representa el amor ilusionado, el amor poseído y el amor perdido, tal como el poeta escribió en su rima *El amor que pasa*. ¿La has leído?

—No —dice él.

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman,
el cielo se deshace en rayos de oro,
la tierra se estremece alborozada.
Oigo flotando en olas de armonías
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran… ¿Qué sucede?
¿Dime?
¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!

Alberto permanece mudo ante la belleza de la poesía y cuando Sandra termina de recitar, se demora más de lo que hubiera deseado en reaccionar, extasiado por esas palabras en una boca tan perfecta.

—Es muy bonita —es todo lo que acierta a decir.

Sandra asiente, divertida por su reacción.

La escultura es muy romántica, no solo por el conjunto, sino también por el lugar en el que está ubicada, en una planta circular en cuyo centro se alza un gran árbol cobijando a las tres mujeres. Según Sandra, se trata de un ciprés de los pantanos. A Moreno le suena a chino y olvidará esa información en tres segundos, o no, porque el cerebro del inspector, entrenado para recordar solo asuntos importantes, en ocasiones es muy impredecible. Aun así, tiene que reconocer que el árbol es majestuoso.

El conjunto está formado por seis figuras: la principal, el poeta sobre un fuste; las imágenes de los dioses Cupido y Eros en bronce y las tres mujeres representando el amor en sus diferentes fases, como le ha contado Sandra.

Mientras siguen paseando, comprende el entusiasmo de Sandra por el parque. Es uno de esos misterios en los que el hombre aúna

naturaleza y arte con el único fin de deleitar al paseante; el hombre es capaz de esto y de lo contrario, lo absolutamente contrario, pero ahora está paseando, solo eso, no dejará que esos pensamientos pesimistas lo abrumen.

Y la voz de Sandra es como un bálsamo en el que se baña el fondo de su conciencia.

—¿Sabes? —dice ella de repente—. Desde muy pequeña supe lo que quería hacer: estar rodeada de cosas bellas, tal y como había visto en mi casa, por eso me matriculé en Bellas Artes, y mírame ahora. Estoy rodeada de vinos. —Ríe escandalosamente y a Alberto le parece la risa más encantadora que ha oído jamás—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser poli?

—Desde que era muy pequeño. Siempre he sido muy observador, yo diría que algo cotilla. Todos los juegos de observación se me daban bien, describía a la perfección lo que había visto y, bueno, no me gustan los malos —dice con un guiño—. Así que estudié Criminología y me fui a Estados Unidos. Allí trabajé cinco años, en los que aprendí mucho.

»Cuando regresé, ingresé en el ejército y pude aplicar esas enseñanzas en mi trabajo.

—¿Allí conociste a María?

—Sí, estuve en varios departamentos. En uno de ellos la conocí. Luego coincidí con ella en algunos trabajos. Conectamos desde el primer momento y mantuvimos una estrecha amistad, hasta que ella volvió a irse y durante mucho tiempo no nos vimos. No perdimos el contacto; al menos mantuvimos el que pudimos, teniendo en cuenta nuestros destinos.

La mirada de Alberto vuelve a llenarse de añoranza. Sandra no está dispuesta a permitirlo.

—¡Inspector! —grita—. Sé que cogerás al culpable y harás justicia a María. Y ahora, ¡a comer!

La gracia de sus facciones no solo es producto de su físico, sino de su mente. Es tan jovial y está tan llena de vida que podría haber tenido el rostro más feo del mundo, que a Moreno le seguiría pareciendo guapa de todas formas. Pero la cuestión es que la naturaleza la ha obsequiado no solo con el don de la belleza, sino también con el de la empatía, y de repente comprende por qué a María también le gustaba. Las personas como Moreno necesitan tener

cerca a alguien así, alguien de quien *nutrirse*, aunque sea una expresión poco apropiada. Alguien que los aparte del mundo en el que viven y los acerque al de las personas que moran en el primer mundo, alejándolos de los demás. No hay ninguna otra forma de sobrevivir a ese trabajo. Pero ¿es eso justo para Sandra? Moreno no sabe si está preparado para otra relación. Sin embargo, algo le arrastra irremediablemente hacia la chica y tendrá que decidir si se deja arrastrar, porque si lo hace en su situación, es bastante probable que se lleve por delante los sentimientos de Sandra. Y eso hay que meditarlo muy bien.

Después de una agradable comida pasean en dirección al hotel sin apenas decir nada, como si todo estuviera dicho. Entran en el *hall* y cogen el ascensor en silencio, tensos, como si el futuro más cercano fuera inevitable.

20. La casa de Osuna

Las diferentes pistas que Jorge le ha entregado acerca del supuesto padre de María no la llevan a ningún sitio. Tiene que probar con la madre. Quizás si la busca a ella pueda encontrarle a él.

Contacta con un amigo empleado en la Seguridad Social que le informa acerca de la casa donde trabajó la mujer durante años. Sus empleadores cotizaron por ella. Una suerte, teniendo en cuenta que en aquellos años casi nadie lo hacía.

Clara San Millán, hija de la mujer que la contrató, se muestra reacia a recibirla, pero Teresa sabe ser persuasiva y esa misma tarde traspasa el umbral de un palacete del siglo XVIII en pleno centro de Madrid. La empleada la acompaña a la sala, donde espera un breve espacio de tiempo hasta que una mujer, cuya edad no sobrepasará los treinta, entra en la habitación y se presenta con cierto desdén.

—Soy Clara San Millán. Creo que ha preguntado usted por mi madre. Ella es muy anciana y su estado de salud es muy delicado. Su visita me ha obligado a decirle lo de María. No lo había hecho aún, porque tenía miedo de que pudiera afectar a su salud gravemente, pero dadas las circunstancias no me ha quedado más remedio. Puede hablar conmigo y dejar al margen a mi madre. Recuerdo a todo el personal que ha trabajado aquí.

Sin apartar los ojos de Clara, con sutileza y voz firme, Teresa dice:

—No dudo de que sea así, señora, pero con quien quiero hablar es con su madre. La persona de la que busco información trabajó aquí hace años y, si no me equivoco, entonces era usted solo una niña. Créame, no pretendo molestar a su madre ni alterar la vida tranquila que llevará debido a su edad, pero es un asunto policial de suma importancia.

»Mis compañeros han sido asesinados y resulta que la madre de María trabajó aquí, al menos así figura en su vida laboral. Necesito encontrar a alguien del entorno de mi compañera y para ello me temo

que no tengo otra alternativa que hablar con su madre.

Clara San Millán la mira con detenimiento. Parece que está estudiando la manera de impedir que la agente logre su propósito, pero tras unos segundos, sin ningún comentario, se acerca a la puerta y llama a una de sus empleadas, le dice algo que ella no puede entender y se vuelve hacia Teresa.

—Mi madre bajará enseguida, le ruego que sea breve.

Sin más, sale de la habitación.

Cinco minutos después, apoyada en un bastón y sostenida por una mujer negra, Juana Osuna de Toledo, madre de Clara, entra en la estancia. El cansancio de la edad no ha, sin embargo, endurecido su rostro. Tiene el gesto amable y una gran sonrisa dibujada en la boca. Si hubiera tenido que definirla, más que flaca, a Teresa le parece que es endeble y sin embargo fuerte, como un junco azotado por un viento huracanado que se desplaza en simbiosis con él para evitar romperse.

Lleva un vestido negro por debajo de la rodilla y un gran collar de perlas blancas adorna su pecho. El pelo, cubierto de canas, recogido en un moño bajo, le recuerda a su abuela y casi inmediatamente siente por ella una gran simpatía.

—Buenos días, señora, me alegro de verla. Siento mucho molestarla, pero su hija le habrá dicho que…

—Mi hija me ha puesto al corriente de todo, no se preocupe —interrumpe—. Es demasiado protectora, no debió ocultarme lo de María: era como una hija para mí —dice apenada—. Por otro lado, me encuentro bastante bien para mi edad y no tengo muchas ocasiones de charlar, salvo en las aburridas reuniones con las señoras de la asociación a la que acudo por consejo de mi hija. Créame, no es ninguna molestia… Rosa —dice elevando la mirada—, la mujer que busca se llamaba Rosa. Llegó a Madrid desde un pequeño pueblo de la Rioja Alta. Estaba embarazada, aunque nosotros aún no lo sabíamos. Mi marido quiso echarla cuando se enteró, pero llevaba aquí meses y era la única persona con la que podía hablar y contarnos nuestras desdichas. Ella no tenía marido y yo habría deseado no tenerlo —se sincera—. En aquellos tiempos, una se casaba con quien le imponía la familia y a mí me tocó un hombre basto, sin educación, pero con mucho dinero. Si ha conocido a mi hija, sabrá de lo que hablo. Es igual que su padre. —Es el único momento en el que su sonrisa se desvanece—. Rosa y yo llegamos a intimar mucho, nos queríamos. Por

eso me encargué de su hija cuando ella murió.

—¿Se encargó usted de María?

—Sí. Rosa falleció muy joven, la niña tenía quince años. Se crio con mi hija, aunque le llevaba varios años, ya que tardé mucho en tener hijos. María la cuidaba, pero yo no quería que ella fuera mi empleada. Se lo prometí a su madre, así que cuando cumplió la edad suficiente la mandé fuera a estudiar.

»Cursó Bellas Artes en la Sorbona y hablaba varios idiomas. Cuando terminó la carrera, le conseguí un trabajo en Patrimonio. Ya sabe que no siempre entran en esos sitios los mejores. Después trabajó en otro sitio, nunca supe dónde.

Teresa sabe que toda esa información no la lleva a ninguna parte, así que, decidida y aun a riesgo de parecer descortés, va directamente al grano.

—Señora, necesito que me diga todo lo que sepa acerca del padre de María. Quién era y si sabe usted su paradero.

La señora Osuna sonríe. Teresa se siente avergonzada por ser tan brusca, pero ese es su trabajo, no sabe hacerlo de otra forma.

—El padre de María era un chico del pueblo. Todo el mundo creyó que no quiso hacerse cargo de la niña, pero Rosa me contó que, en realidad, fue ella quien no quiso quedarse. No quería que su hija viviera como ella, como todas las mujeres de su familia, por eso se fue. El muchacho era hijo de un pastor, un buen chico, pero sin ninguna ambición. Murió hace muchos años.

—¿Que murió? No puede ser: María se carteó con él hace apenas unos meses.

—No pudo hacer eso. Su madre le contó quién era cuando murió. No quiso hacerlo antes, pero sí en ese momento. Ella y la niña fueron a su entierro. A Rosa le pareció que debían presentarle sus respetos, era como una obligación heredada de la religión católica, ya sabe cómo son en los pueblos.

—Pero María le escribió cartas hace tan solo unos meses…

—Como le he dicho, eso no puede ser.

Teresa da un respingo. Las misivas de María no son auténticas, estaban allí deliberadamente para incriminar a Munaín; pero ¿por qué? ¿Para qué? Obviamente no pueden descartarle como sospechoso. Una cosa es que hubieran querido acusarle y otra muy distinta que no fuera culpable. Puede que la persona que lo hizo tuviera motivos

suficientes para acusarle.

La agente se despide de la señora Osuna. Ha sido una visita muy agradable y promete volver para tomar un té. Cuando sale de la casa, coge su móvil para llamar a Alberto. Mantiene una conversación de apenas tres minutos, lo suficiente para decirle que no había existido tal padre, como él ya sospechaba, y corroborar que han querido implicar a Ricardo Munaín.

21. Kabul, años antes

Recuerda cómo le conoció en el aeropuerto de Kabul a las dos de la madrugada del 15 de agosto de 2009, cansada después de doce horas de vuelo. Viajaba como un pasajero más, sin uniforme y con un visado falso que la identificaba como personal sanitario.

Cuando bajó del avión, se dirigió a la salida donde debían recogerla; solo dos o tres personas se encontraban en el amplio salón de llegadas.

Un hombre fornido, alto, con barba descuidada, cuyo cabello rizado colgaba demasiado largo a ambos lados de su frente, caminó con mirada oscura y firme hacia ella. Calzaba botas camperas y sus Levi's desgastados, andrajosos y rajados en ambas perneras podrían pasar por uno de esos tan actuales de no ser por la gran acumulación de mugre que portaban.

Sin una sonrisa, ningún signo de simpatía en su rostro ni un saludo masculló su nombre y dijo que venía a recogerla.

Ella le siguió sin chistar, observando su cuerpo fuerte, y en ese instante supo que le seguiría a cualquier parte solo con que él lo deseara.

Esa misma noche se acercó a él desnuda y sin mediar palabra se metió en su cama.

Él la miró ausente de asombro, como si los ojos verdes de María siempre hubieran estado allí, y acarició su pelo aceptando el ofrecimiento. Buscó su boca y la besó con premura. Después bajó por su cuello como un explorador en busca de un tesoro. Aún se entretuvo un buen rato mientras el deseo de ella crecía de manera irrefrenable, incontrolado. Ella le empujó tumbándole en la cama y se subió a horcajadas, con prisa, en él. Los movimientos controlados y expertos del hombre le hicieron sentir un placer desconocido. Tiempo después se daría cuenta de que le amó desde el mismo instante en que le vio. A partir de ese momento, sus muchos encuentros sexuales los practicaron de manera más atropellada; no era ese el lugar más idóneo

para la práctica del sexo tranquilo. Cada segundo amenazados por una muerte brusca a la que habían tenido que despistar en más de una ocasión, protegiéndose el uno al otro, durmiendo a intervalos desasosegados.

Y, a pesar de que estaba segura de que la amaba como nunca había querido a otra mujer, de vuelta a Madrid vio como se alejaba poco a poco, sin ruido, sin excusas, sin disculpas. De nada hubiera servido intentar retenerle, era un alma libre, lo supo desde el día que le conoció.

Cuando se fue, lloró durante más de dos semanas en silencio, oculta, de ocho de la noche a ocho de la mañana, cuando se levantaba para ir a trabajar y se ponía kilos de maquillaje para disimular las horas de llanto. Poco a poco, el tiempo fue calmando su pena, se secaron sus lágrimas y su risa cesó. Ni siquiera Sandra, cuya gracia natural andaluza era tan apreciada por María, lograba sacarle una sonrisa.

Y ahora, después de pensarlo mucho tiempo, va a volver a verle. No es una excusa, la pérdida está superada, sabe que no puede recuperarle, pero necesita esos documentos y solo él puede ayudarla a encontrarlos.

El hombre contesta con gran diligencia y mucha satisfacción; conoce el número.

—María… —dice escueto, aunque en su voz se advierte alegría por la llamada.

—Hola, King, ¿cómo estás?

—Bien, tranquilo. ¿Y tú?

—Igual. Mi empleo actual no tiene demasiados sobresaltos, aunque he de reconocer que echo de menos un poquito de actividad y te echo de menos a ti.

—Sabes que yo también…

—Lo sé —interrumpe—. King… —Él no responde—. Necesito tu ayuda.

—Estoy retirado, María.

—Ya, no creo que sea nada de importancia…

El hombre guarda silencio y ella lo interpreta como un permiso para continuar.

—La compañera con la que vivo es hija de una de las familias más antiguas y con más solera de España. Hace algún tiempo me

habló de unos diarios de un antepasado suyo y le pedí verlos. Encontré algo, King; puede que no sea nada…

—Pero…

—Pero hablan de unos documentos, de una cruz con una inscripción. La cruz es de la familia Sanlúcar. Hace unas semanas le pedí información acerca de ella al director de Patrimonio, pero hasta la fecha no me ha ofrecido nada de interés. Después de esto, Alfonso Ortega, mi jefe, me ha ordenado que deje la investigación. Dos veces.

«El director de Patrimonio, ¿ese gilipollas al que te estás follando?», hubiera querido decirle, pero no lo hace. Porque él no sabe nada de ella. Nada.

—King, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—¿Eh? Sí, sí, perdona. Tenía una llamada, pero ya estoy.

—¿Una llamada? ¿Tienes a alguien?

—María…

—Ya, perdona. —En los siguientes segundos tiene que ahogar la angustia que la devora como si tuviera un maldito bicho que le aplasta el corazón mientras se dice a sí misma, en un grito interno que sin embargo se podría oír en el Perito Moreno: «Otra vez no». King espera. Espera, porque sabe lo que le está pasando a María, lo que le está pasando a él.

Y es en ese momento en el que él casi pronuncia las palabras mágicas. Las palabras que volverían a poner en peligro al amor de su vida. María continúa y pone fin a su debilidad. Una pena.

—Según mi jefe, la orden viene de arriba, porque la familia se ha sentido molesta y no quieren importunarla, pero yo entonces todavía no había hablado con la familia; lo hice después del segundo requerimiento de Ortega, así que no sé quién pudo importunarlos…

—Entiendo lo que quieres decir: demasiadas molestias por una familia, aunque sea de gran abolengo.

—Quiero encontrar esos documentos y la cruz, King. Y no hay nadie mejor que tú para encontrar algo que se ha perdido. —«Excepto a mí», piensa, pero no lo dice.

—Lo siento, María, entiendo que aún sigas teniendo esas inquietudes, pero yo no, estoy retirado y así quiero seguir. —Tras pronunciar estas palabras, de manera autómata, pregunta—: ¿Qué hay de los diarios? Dijiste que la chica te los había dejado ver.

—Sí, los tuve una temporada y luego se los devolví. Fue muy

generosa conmigo, pero lo que me interesa no está ahí, sino en los documentos de los que habla y en la cruz, al menos eso creo.

—¿Por qué no se los pides a ella?

—Lo hice. Bueno, exactamente a ella no, a su madre. Negó su existencia. Después de eso no creo que sea oportuno pedírselos a la hija; somos amigas, pero es evidente que su familia oculta algo. ¿De qué lado crees que estaría?

—Te lo niega y Ortega te invita a dejar la investigación. Dos motivos suficientes para que sigas metiendo las narices en el asunto, ¿no es así?

—Venga, King, esto es un entretenimiento, nada serio, un juego de niños. Seguro que no tienes mucho que hacer. No me digas que estás yendo a clases de yoga y no puedo creer que, encima, te guste.

—No voy a clases de yoga, aunque te aburriría si te dijera cuál es mi vida ahora, pero deberías probar a levantarte cuando te despiertas, tomar un café recién preparado, sin sobresaltos, sentarte a tomarlo sin sufrir calor ni frío. No saber qué vas a hacer después de tomarlo: cortar el césped, recoger la buhardilla, dar un paseo hasta el pueblo, sentarte tranquilamente delante de la chimenea a leer un buen libro, escuchar música, escribir o hacer macramé. Ahora estoy ahí, María, y sinceramente es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

—No te creo. Aunque, a decir verdad, mi vida ahora es algo parecida a lo que describes. Debo reconocer que estoy…, ¿cómo te diría?

—¿Aburrida?

Ella no contesta, porque es evidente que sí. Solo dice:

—Si de verdad no te despierta nada de curiosidad lo que te he contado, lo entenderé. Si no, llámame, King, pero no puedo esperarte mucho tiempo.

«Te esperaría mi vida entera.» Otra vez no pronuncia esas palabras.

Se produce un gran silencio y cuando está a punto de colgar, él dice escuetamente:

—Buscaré esos documentos.

22. Sí, pero no

Moreno no está seguro de que sea una buena idea. Los dos están en la habitación del hotel. Sandra ha rechazado tomar una copa y a él le cuesta cada vez más reprimir sus impulsos.

Moreno y Sandra están a punto de vivir uno de esos enigmas de la naturaleza humana en los que la razón y el corazón se entretienen en entorpecer un momento necesario. Pero el inspector ha ido allí a trabajar y su teléfono se lo recuerda reflejando la llamada de Teresa en la pantalla. Se aparta un momento para que Sandra no oiga la conversación; habla casi en clave apenas un minuto y cuelga el teléfono.

—Lo siento, era una de mis agentes, ha ocurrido algo y…

—No te preocupes, lo entiendo. Te dejaré solo para que puedas seguir con tu trabajo. ¿Quieres que te recoja para cenar?

—No, Sandra. Lo siento, estoy cansado y tengo que ordenar varias cosas después de lo que me han contado —miente. Necesita espacio para evitar lo que, de no ser por la llamada de Teresa, hubiera ocurrido ahora—. Pero estaré encantado de que podamos desayunar juntos mañana.

Una te da, una te quita. Como ya hemos dicho, está hecho un lío.

Cuando ella se va, Alberto piensa en lo que le ha dicho Teresa. Lo del padre. María nunca le habló de ningún padre y sin embargo él lo había creído. Solo a medias. Resultaba bastante verosímil teniendo en cuenta las cartas, la conversación con el jefe de ella y el hecho de que el director de Patrimonio hiciera lo imposible para recuperar las misivas. Hasta el momento solo han sospechado de la incriminación deliberada de Ricardo Munaín, pero ahora lo saben a ciencia cierta.

Como estrategia para desviar la investigación no está mal, pero, sinceramente, es una chapuza. ¿Cuánto creían que iban a tardar en averiguar que no existía tal padre? Aun así, se le ocurre que la persona que lo ha intentado conoce muy bien a María. Sabe que ella no hablaba nunca de su vida personal y que eso los tendría entretenidos

al menos unos días. Eso sí lo han conseguido.

Bajo su punto de vista, Ricardo Munaín queda descartado como sospechoso, aunque sigue siendo valioso para la investigación.

Moreno hace un balance rápido en su cabeza. Todo ha ido lento, demasiado. Un sospechoso falso, trabas en la información acerca de en qué estaba trabajando María. Y lo del forense. Eso sí que es de traca. Y deja claro que Ortega tiene razón al pensar que el asesino es un pez gordo, alguien del CNI. El jefe de María no mencionó su nombre, sencillamente porque no lo sabía, aunque Alberto sospecha que en su mente se había colado uno.

Le inquieta que no se encuentre nada en casa de Sandra, porque está seguro de que la intención de María era dejar algo, fuese lo que fuese, y la sensación de que algo se le escapa le obsesiona.

Mientras sigue intentando atar toda la información en su cabeza, un número desconocido asoma en la pantalla de su móvil.

—Inspector —reconoce inmediatamente la voz de Alfonso Ortega.

—No creo que sea buena idea que me llame —dice evitando mencionar su nombre.

—Me dijo que este número es seguro…, por eso le he llamado.

—Tiene razón, nadie conoce este número —dice tranquilizándose.

—Necesito hablar urgentemente con usted, porque creo que he encontrado algo en el ordenador de Ramón.

—¿De qué se trata?

—Ramón hizo un informe. Según sus anotaciones, estuvo a punto de enviármelo; está relacionado con unas conversaciones que María mantuvo con un antiguo compañero de Afganistán. El personaje está catalogado como de alto riesgo y por eso Ramón pensó que debía informarme, pero finalmente no lo hizo. Supongo que María logró convencerle.

—¿De quién se trata?

—No lo sé, es decir, por aquí hemos oído hablar de él, pero nadie le conoce. Ramón lo anotó con su apodo: Majestad.

Alberto levanta las cejas en ese gesto de sorpresa tan característico. Majestad es el nombre que Sandra había oído cuando Ramón y María hablaban en la cocina de su casa.

—Necesito saber quién es —dice Alberto saliendo de sus

pensamientos.

—Pues me temo que en eso no puedo ayudarle. Como le he dicho, nadie de mi departamento le conoce. Solo puedo decirle que la simple pregunta sobre su identidad levantaría muchísimas suspicacias, créame.

—¿Y el ordenador de María?

—Nada, está limpio, solo hizo algunas anotaciones históricas con respecto a la cruz y a los documentos que estaban buscando.

—Usted es experto en arte. ¿Podría estudiar un poco más detenidamente esas anotaciones históricas?

—Ya lo he hecho, me he centrado en la inscripción de la cruz, pero no hay nada relevante, solo indica el lugar donde se talló. Me temo que lo que María buscaba está en esos documentos. —Reflexiona unos instantes y dice—: ¿Cree que finalmente los encontró?

—Eso creo, y también que ese fue el motivo de su muerte. Siga dándoles vueltas a esas anotaciones, puede que nos den alguna pista.

Después de colgar solo le ronda una cosa en la cabeza: encontrar a ese hombre, aunque, como muy bien había dicho Alfonso Ortega, le va a traer muchos problemas mencionar su nombre. No sabe si el teléfono de Rodríguez será seguro, aunque cree que no, y tampoco lo será el de su oficina. Mejor no arriesgarse. Marca el de Teresa. Mantiene una conversación breve en la que le indica que debe ir a una determinada cafetería sobre las once de la mañana, llevar un teléfono y entregárselo a la coronel Rodríguez. Necesita hablar con ella urgentemente y no quiere que esa conversación sea grabada.

Se va a la cama con la sensación de haber hecho algo terrible al decirle a Sandra que está muy cansado, pero por otro lado no debe precipitar los acontecimientos. ¿Es lo que se hace con una chica que te interesa de verdad? ¿O simplemente le asusta esta relación?

Moreno duerme plácidamente y eso es algo que no le ocurre desde hace mucho mucho tiempo. Tampoco hay rastro de las pesadillas, pero no quiere cantar victoria; le ha ocurrido alguna vez y después vuelven con más aspereza que nunca.

Por la mañana, después de ducharse, suena el teléfono de la habitación. La señorita Sanlúcar le espera en la cafetería para desayunar.

Cuando entra en la cafetería la observa. Está mucho más radiante que la noche anterior, o al menos él lo percibe así.

Ahora viene la parte difícil. Tiene que pedirle los diarios, no puede dilatarlo más para no dañarla. Después de lo que le ha dicho Alfonso Ortega y lo ocurrido con el falso padre no le queda otro remedio. No tiene más opciones.

Si Sandra se niega, tendrá que requerírselos de manera oficial y eso no facilitará las cosas. No solo entre ellos, sino también en la investigación: la burocracia jurídica puede dilatarse incluso meses y no tienen tanto tiempo. Debe ser convincente y apelar a su mutua atracción.

Después de los saludos pertinentes, se sientan dispuestos a desayunar. Moreno se decide a hacerlo en ese momento.

—Sandra, necesito que me ayudes. Estamos totalmente estancados, no sabemos por dónde seguir. —Piensa que debe arriesgarse y contarle algunas cosas, solo algunas—. La persona de la que oíste hablar a María y Ramón, Majestad, como bien intuiste, es el apodo de un compañero que María tuvo en Afganistán. —Ella le mira con profunda extrañeza—. Sí, puede que sea *ese* hombre. Hay muchas cosas que no sabes de María, cosas que yo tampoco puedo contarte. Su asesinato, justo en este momento, es mucho más extraño, porque estaba realizando trabajos poco relevantes.

»Sin embargo, pertenecía al Ejército español y hace un tiempo estuvo infiltrada como personal sanitario para una misión muy importante en Afganistán. Allí conoció a este personaje, con el que siguió en contacto y con el que habló acerca de una cruz y unos diarios de un antepasado de tu familia.

Ha sido una estúpida al pensar que ha venido hasta aquí para verla. Una estúpida al pensar que Moreno no se enteraría de lo de los diarios.

Se levanta bruscamente y él la coge del brazo.

—Por favor, Sandra, dame un minuto.

Ella tira de su brazo y se suelta.

—Por favor —repite el inspector—. Solo un minuto.

Su mirada es una necesidad, una súplica.

Sandra se sienta, pero hay algo en los ojos de la chica que avisa a Moreno. Tiene que ser cuidadoso, porque no va a darle más oportunidades.

—Había unos documentos —continúa el inspector—. Creo que ese hombre llegó a proporcionárselos y que ella encontró algo. Y estoy

seguro de que lo que encontró le causó la muerte. Necesito saber dónde están, Sandra, porque sin ellos no podremos seguir adelante.

—¿Por eso has venido? —dice Sandra sin poder contenerse.

Cuidado, Moreno.

Él asiente con sinceridad y dice:

—Sí, aunque creo que sabes que estoy realmente interesado en ti. Aun así, no puedo negar que he venido a pedirte que me ayudes a encontrarlos.

Las palabras de Moreno, la mirada intensa que le dedica, hacen que Sandra le crea. El amor es lo que tiene: te hace confiar en la otra persona y Sandra está enamorada hasta la médula del inspector. Pero no está tan segura de que él sienta lo mismo, porque hasta ahora le ha negado en varias ocasiones un acercamiento cuando sus bocas estaban a punto de rozarse. Y después le envía señales, ¿de qué? Dios, la está volviendo loca. ¿Qué es eso de que está realmente interesado por ella?

Se muere por besarle, se muere por ayudarle. Sin embargo, dice:

—No puedo hacerlo.

—Sandra…

—No quiero perjudicar a mi familia.

—No creo que tu familia tenga nada que ver en esto.

Ella no está tan segura después de lo que le ha contado su madre.

—No —dice tajante—. No haré nada que pueda implicarnos.

—Insisto en que creo que tu familia no tiene nada que ver en estos asesinatos y que se han visto en medio. Te aseguro que si hay alguien que pueda ayudarlos somos nosotros. Ni siquiera puedo recomendarte a nadie más, porque me temo que hay algunos intereses ocultos dentro de determinados… organismos oficiales —concluye.

—¿A qué organismos te refieres?

—No puedo decirte nada más. Solo que confíes en mí.

Ella le mira asustada, escruta sus ojos buscando algún resquicio de mentira, pero no lo halla, están limpios. Y en ese instante sabe que él la protegerá por encima incluso de sí misma, pero está perdida entre el convencimiento de abandono a su familia, el miedo de hacer algo que los ponga en peligro, aquellos ojos que le suplican que confíe y la sensación de renuncia, como una niña que te coge de la mano y deja su vida entera a tu cargo con la absoluta certeza de que no la soltarás.

—De acuerdo, intentaré ayudarte —dice por fin—. Pero, por

favor, si mi familia está en peligro, si hay algo que pueda perjudicarlos, dímelo o no volveré a verte nunca más.

—Lo haré, Sandra, te prometo que lo haré.

Mientras le hace esa promesa, aparta un mechón de su pelo que yace encima de su mirada, baja su mano hacia el cuello y con suma suavidad acerca su rostro al de ella para besarla. Sandra le ofrece sus labios sin resistencia y él experimenta una sensación olvidada.

No para de pensar que se está metiendo en la boca del lobo, pero la fuerza que le empuja es tan brutal que, sin tener conciencia de ello, se encuentra ya en el ascensor camino de la habitación.

La penumbra de la estancia le resta algo de visión; sin embargo, el cuerpo de Sandra, ataviado solamente con una lencería negra que le llega un poco más abajo de las nalgas, le deja boquiabierto cuando ella recoge una de las hombreras que ha dejado caer deliberadamente.

El inspector sujeta la cintura de la chica y la atrae hacia él. Despacio. Acaricia con los labios su cuello, susurrando palabras íntimas. Después, la separa sutil para mirarla fijamente a los ojos y suelta las cintas de encaje de la delicada prenda, que cae bailando suavemente a los pies de Sandra.

Ella se ayuda de sus exquisitos zapatos de tacón para apartarla.

23. Un móvil

El móvil sigue sin aparecer y Jorge lleva dos semanas esperando a que la compañía le facilite las facturas del teléfono de María para saber a qué números llamó. El agente decide que ya es hora de saltarse las normas y, después de una breve conversación con Moreno, sale de su despacho y se dirige al de Teresa, toca a la puerta y entra. Ella está de espaldas, afanándose en colocar con chinchetas, cronológicamente, las pruebas que han ido acumulando. Se vuelve parcialmente.

—¡Ah!, eres tú. Pasa, ya estoy terminando. Espera un momento, que coloco esto… Ya está. Dime, ¿ocurre algo?

—Necesito que me hagas un favor, Teresa. Tienes que pedirle a Valverde una orden judicial para que la compañía telefónica nos entregue las facturas del teléfono de María lo antes posible.

—Estoy abusando de eso, Rivera. No está bien utilizar su interés hacia mí en pro de la investigación.

—Ah, ¿no? ¿Y para qué vas a utilizarlo? Venga, Teresa, no seas tiquismiquis.

—Está bien —dice—. Pero es la última vez.

—Vale, la última, te lo prometo.

Ambos ríen, porque saben que no es cierto. Han pronunciado esa frase en multitud de ocasiones: en las que el juez les ha firmado órdenes sin chistar o cuando ha solicitado ayuda a otros compañeros si él no estaba asignado a la investigación.

Solo es necesario que Teresa se acerque a pedírselo. Cuando la ve aparecer, el rostro iracundo del juez se ilumina durante el tiempo que permanece en su presencia. Las aletas de su gran nariz se abren y cierran a un ritmo inquietante y todo su cuerpo tiembla de manera desproporcionada con el solo roce de su mano cuando le entrega la orden. A ella no le gusta tener que hacer esto, porque, a pesar de que podría ser su padre, le parece que le da alguna esperanza al juez. El magistrado tiene fama de ser un verdadero tirano con sus colaboradores, a los que, cuando se trata de mujeres con cierto

sobrepeso, somete a humillaciones; eso mitiga, si no totalmente, sí en gran medida la misericordia que pueda sentir por él. Porque Teresa se ve reflejada en ellas. En la niña de la que se reían todos y a la que llamaban gorda. Por eso, después de la conversación con su compañero, se dirige al juzgado.

Esta vez, sorprendentemente, Valverde le niega la ayuda.

24. Regreso a Madrid

Al día siguiente de su encuentro íntimo con Sandra, muy a pesar suyo, Alberto regresa a Madrid. Mientras viaja en el AVE recibe la llamada de Rodríguez, visiblemente enfadada, desde el teléfono que le ha dado Teresa.

—Moreno —dice en tono hosco.

—Coronel… —Rodríguez le corta en seco.

—No sé por qué le estoy llamando desde este teléfono, no creo que exista ninguna razón inexcusable para hacerlo.

—Tengo una razón inexcusable, coronel, y si deja que me explique, quizás usted también piense lo mismo. —Ella no contesta—. Hay motivos para creer que alguien del ejército está implicado en la muerte de María y Ramón y creo que esa persona, además, ocupa un cargo importante; tanto, que es muy posible que su teléfono, los de mi equipo y el mío estén intervenidos; por eso le entregamos este ayer y le he pedido que me llame desde él. —Rodríguez sigue sin articular palabra. Moreno escucha su agitación, como si de repente no pudiera respirar con normalidad. No sabe si puede contar con la coronel después de haberle dicho esto, si tendrá el valor suficiente para seguir adelante o si por el contrario se escabullirá para seguir manteniendo su puesto y dejará que las muertes de sus compañeros queden impunes. No sería la primera vez que algo así sucede.

Moreno se impacienta, pero está decidido a continuar con lo que tenía que decirle.

—Necesito que encuentre usted a alguien, coronel.

Rodríguez aún tarda unos segundos interminables en contestar.

—Moreno —dice—, no tengo ningún inconveniente en ayudarle en lo que crea que está en mi mano, pero antes supongo que sabe la gravedad de lo que está diciendo. Necesito que lo justifique de alguna manera antes de que siga colaborando con usted en esta investigación.

—Fue usted quien me puso al mando, coronel.

—Lo sé, pero no quiero que se nos vaya de las manos.

—No puedo justificarlo de una manera contundente, solo es una intuición basada en algunas evaluaciones que tampoco puedo justificar. Tendrá que confiar en mí.

—¿Quiere implicar a un pez gordo del ejército basándose en una intuición? ¿Y quiere que yo me sume a ese descalabro?

—Quiero que confíe en mí. —Rodríguez no contesta—. Coronel…

—Está bien, Moreno —dice por fin—. María era una persona a la que apreciaba mucho. Por eso le puse al mando y por eso confiaré en usted, pero esta confianza no es eterna. Le daré un tiempo; si lo rebasa, le retiraré del caso. Dígame el nombre de la persona que tengo que buscar.

—No sé su nombre real, solo su apodo. Le llaman Majestad.

—Ya.

—¿Le conoce?

—No personalmente. Digamos que he oído hablar de él. Ha realizado múltiples misiones catalogadas como de alto secreto. Recibe órdenes directamente de las más altas instancias, pero preguntaré por ahí. Sé a quién.

—Tenga mucho cuidado: por lo visto, el simple hecho de mencionar su apodo puede acarrearle muchos problemas, problemas serios, créame.

—Le agradezco su preocupación, Moreno, pero llevo muchos años aquí; me cubriré las espaldas.

Cuelga sin ninguna despedida, como siempre.

25.1. Sobrevivir

Salir a correr por la ciudad aún dormida le hace sentir en paz, como si fuera la única habitante de la tierra.

Mientras sus zancadas dejan huellas en el asfalto mojado, su mente se enfrenta a un nuevo desafío que la aleja irremediablemente del pasado. Es el momento del que le habló su psicólogo. El momento en el que tu cerebro opta por la supervivencia, porque esa es su esencia, su única finalidad.

Sobrevivir.

Se esfuerza en controlar su respiración y corre con todas sus fuerzas mirando a su derecha mientras la imagen de él corriendo a su lado se queda atrás, desvaneciéndose entre la bruma. Cierra unos instantes los ojos y un sabor dulce resbala hasta su boca.

Aunque parezca increíble, a Teresa, correr le permite pensar con claridad. Repasa su visita a casa de Ramón y de repente la imagen de la fotografía que había visto allí está colocada en otro sitio.

No tiene tiempo para ir a casa y ducharse, ya lo hará después; seguro que Manuel, el guarda jurado, la deja entrar a pesar de ser tan temprano. Puede que profesionalmente sea reprochable, pero no es cosa de ella si se externalizan determinados servicios como la seguridad del edificio.

Cuando llega a la puerta, mira de frente a las cámaras. Manuel la observa con extrañeza desde el puesto de control y ella le hace un gesto con la mano que él identifica enseguida.

—¡Coño, agente Martínez!, ¿de qué va vestida? —dice con una sonrisa incrédula.

—Es muy largo, Manuel, ya te lo contaré otro día. Tengo que subir a mi despacho.

Miente, pero si le dice que va al de Moreno, puede que suscite reticencias en Manuel. Porque Moreno es el jefe y nadie quiere problemas con él, sobre todo desde hace algún tiempo, tras la muerte de Emma. Teresa aplaudió la decisión del inspector de volver al

trabajo, pero casi enseguida se dio cuenta de que fue un error. Estaba apagado, falto de ganas, y cuando advirtió que el departamento casi en pleno le trataba con condescendencia, cambió su humor y se volvió irascible. Afortunadamente, alguien le convenció para que se fuera a casa. Y ahora, de vuelta, Teresa espera que tenga la fuerza suficiente para afrontar este trabajo.

Sube a la cuarta planta. Las luces de emergencia permanecen encendidas, dando al largo pasillo un aspecto lúgubre, como en esas películas de terror en las que el malo sale de repente tras una puerta y te da un susto de muerte. O te mata.

Sonríe. ¿Qué pensaría Manuel si la viera abriendo la puerta de Moreno con un clip? Y ¿por qué Moreno la cierra, sabiendo que es un juego de niños abrirla?

Entra en el despacho y da la luz. Manuel está haciendo su ronda y tardará en llegar a esa planta, por lo que no debe preocuparse. El panel en el que se han colocado las pruebas recorre todo el frontal del despacho. Hay planos de El Escorial, anotaciones que los agentes han considerado importante reflejar y las fotografías distribuidas por él. Busca con la mirada hasta que la encuentra.

Las mismas letras escritas en pergamino adornado con orlas vegetales encuadrando el colofón y la marca tipográfica: *Decamerón*.

25.2. Mentiras piadosas

El guarda jurado no contesta las llamadas. Jose Iglesias decide acudir a la compañía de seguridad para la que trabaja. Allí es dirigido al departamento de personal, en el que una señorita enfundada en un traje de riguroso negro le invita a sentarse.

Jose le cuenta lo que necesita y durante unos minutos la mujer rebusca en los papeles la planificación del trabajo en el monasterio de El Escorial la noche de los asesinatos, hasta que parece encontrar lo que busca.

—Ya lo tengo —dice—. Enrique Viñariz. Qué curioso —continúa —. Ya no trabaja aquí, se dio de baja justo al día siguiente de su turno en El Escorial.

—Tiene razón, es bastante curioso, veremos a qué nos lleva eso. Necesito que me dé su dirección.

—No sé si dispongo de la debida autorización.

—Sí, la tiene; su empresa me ha dirigido a usted y ha dejado bien claro que deberá facilitarme toda la información que necesite. ¿Quiere que vuelva a llamar al director para que se lo diga personalmente?

Ella titubea un momento y anotando la dirección en un papel se la entrega diciendo:

—No será necesario.

—Me hará falta esa fotografía —dice señalando la del trabajador.

La chica se la entrega, después se levanta y sin saludo alguno sale de la habitación dejando solo a Jose. Una pena no poder entretenerse en ser simpático, pero así es su trabajo. Quizás hubiera podido invitarla a tomar un café o una *pizza*, de haber sido de otro modo. En fin, qué se le va a hacer, ya habrá otras ocasiones.

El edificio al que tiene que ir no está demasiado lejos, no tardará más de cinco minutos dando un paseo.

La primera impresión que tiene al llegar al imponente edificio es que el poder adquisitivo de un guarda jurado no le daría para vivir en un barrio como este. Un inmueble de construcción elegante, paredes

blancas y balcones de hierro forjado negro, adornado con multitud de detalles que le dan un aspecto grandioso. Toda la base del edificio se adorna con columnas y justo encima de la entreplanta se encuentra un balcón reforzado con balaustrada. Alzadas sobre él, dos esculturas en mármol.

No. Definitivamente no es un lugar en el que pudiera vivir un guarda jurado.

El portero acude raudo a su encuentro. Jose le enseña su placa y le pide que le lleve al último piso. El hombre, un poco apesadumbrado, dice que tiene que consultar al presidente de la comunidad y el agente no quiere contrariarle. Al fin y al cabo, no hay orden de registro y si se muestra cortés y educado, quizás pueda saltarse esos trámites. El presidente de la comunidad, un hombre de avanzada edad, baja alarmado por la visita de la policía.

—Buenos días, agente. Lucas me ha contado que quiere usted ver a uno de nuestros vecinos y me preocupa que el asunto que le trae pueda poner en riesgo al resto de ellos.

—Solo quiero hacerle unas preguntas relacionadas con un asunto policial. Su vecino trabaja de guarda jurado y lo que me interesa tiene que ver con uno de sus turnos.

—¿Guarda jurado? No, se equivoca. Este inquilino es un empresario de la restauración, con varios restaurantes de prestigio en Madrid y Barcelona. La vivienda en la que está alquilado es mía y es lo que me dijo cuando se la arrendé. Como podrá suponer, le pedí pruebas de ello. Tenía los títulos de los restaurantes y varios inmuebles en propiedad en Barcelona.

Jose ve que así no llega a ninguna parte y cambia de estrategia.

—Verá, señor, no quiero asustarle, pero este hombre es sospechoso de asesinato. Creo que será mejor para usted y para el resto de los vecinos que me deje hacer mi trabajo, créame. Le prometo que echaré un vistazo solo si su inquilino no está.

—¿Y si se encuentra en casa?

—Por eso necesito su ayuda. El portero puede llamar con cualquier excusa. Si está en casa, esperaré a que salga.

—Está bien, buscaré la llave. Apelo a lo que me ha dicho para no poner en peligro a los vecinos.

—Por supuesto, tomaré todas las medidas de precaución necesarias.

—De acuerdo, suba conmigo; la llave está en mi piso.

Los dos hombres suben. Después de recoger la llave, Jose pregunta al portero si hay correo para el inquilino. Solo publicidad, dice. Jose le indica que con eso bastará. Le pide que le acompañe y ordena al presidente de la comunidad que permanezca en su casa.

Llegan al piso y llaman.

—Señor Viñariz: soy Lucas, el portero. Le traigo su correo.

Silencio.

Vuelve a llamar y cuando está completamente seguro de que la casa está vacía, Jose le aparta, mete la llave en la cerradura y la gira. Entra en el gran recibidor, en el que podría meter su casa entera. Desde allí se divisa un salón al que se acerca cauteloso. Según avanza, percibe un olor a podredumbre que reconoce enseguida.

Sabe lo que ha pasado allí; aguantando la náusea, sigue registrando las habitaciones hasta que encuentra el cadáver. Su estado de putrefacción no evita que reconozca al hombre de la fotografía que le pidió a la responsable de recursos humanos de la empresa de seguridad. Jose llama a Moreno y después indica a Lucas que busque al presidente y le lleve a la entrada.

—Lo lamento —dice—, pero no voy a poder cumplir mi palabra. Tendré que hablar con los vecinos. Hay un cadáver en su piso. La Científica no tardará en llegar. Empezaré por los vecinos adyacentes. ¿Quiere acompañarme? —dice mirando al presidente—. Quizás así se alarmen un poco menos.

26. Un apodo

—Me han dicho que me está buscando.

A pesar de que le llama desde un número oculto, Moreno sabe inmediatamente quién está al otro lado del teléfono.

—¿Cómo ha conseguido este número?

—¿Cree que tendría alguna dificultad en encontrar un número de teléfono?

Moreno no contesta. Es evidente que no.

—Quiero verle.

—No —dice tajante.

—Necesito hablar con usted.

—Ya lo estamos haciendo.

—¡Maldita sea, como se llame! Tengo entendido que era usted algo más que un amigo de María. Necesito que me ayude a encontrar a la persona que la mató.

Moreno sabe ser convincente cuando quiere, aunque la respuesta se demore excesivamente.

«Espera, Moreno, si le insistes se irá.» Para alivio del inspector, el hombre contesta:

—Le veré dentro de una hora en el recibidor del hotel Continental. Estaré sentado en el sofá verde que está debajo del lucernario. Asegúrese de que nadie le siga o nos pondrá en peligro a los dos.

—Oiga, no soy gilipollas, así que… —No puede terminar la frase, porque ya han colgado desde el otro lado.

Al parecer, debe de ser una práctica habitual eso de que todo el mundo le cuelgue sin despedirse.

Todos sus compañeros están ocupados en el interrogatorio de los vecinos del inmueble donde han encontrado el cadáver del que creían guarda jurado, aunque ya sabemos que Moreno nunca creyó que lo fuera. Así que el inspector va solo al encuentro en el hotel Continental. Después de tomar las medidas oportunas para evitar un

seguimiento, llega puntual a la cita.

Entra en el recibidor de aquel hotel majestuoso, un edificio del siglo XIX ampliado y rehabilitado con suma exquisitez y admirables proporciones. Mudo por tanta belleza, observa a un hombre sentado debajo de una magnífica lámpara con forma de espiga. Se acerca y no se asombra al reconocerle. Es el hombre de las fotos, el hombre al que en un principio buscaban como padre de María.

Tiene unos veinte años más que ella y eso sí supone una sorpresa para el inspector. Es increíblemente atractivo, incluso para él. Se dirige hacia el hombre. Cuando llega a su altura, le tiende la mano en forma de saludo y se sientan.

—No sabía que era mucho mayor que María, aunque he de reconocer que a pesar de ello no me extraña que se interesara por usted.

El hombre mira a Moreno con curiosidad, sorprendido por un comentario al que no está acostumbrado, teniendo en cuenta que procede de una persona del género masculino. Aun así, ignora sus palabras.

—Usted dirá —dice escueto.

—Tengo entendido que María le pidió que buscara algo. Quiero saber qué era y por qué lo buscaba.

—Deme una razón por la que tenga que hablar con usted de esto.

—Si ha venido es porque sabe que yo era amigo de María y que lo único que pretendo es encontrar a quien la asesinó. No se haga el remolón.

—Parece que no sabe en qué mundo nos movemos, Moreno.

—Ya. Pues tendrá que confiar en mí, porque no puedo ofrecerle mucho más.

El hombre piensa unos instantes.

—Quería que encontrara unos documentos y…

—¿Y? —dice Alberto impaciente.

—Una cruz.

—Una cruz. —Nuevamente la cruz—. ¿Por qué quería encontrarla?, ¿qué interés tiene?

—No me dijo por qué, solo que su amiga le había prestado unos diarios y que después de recibir la orden de dejar de husmear le pidió ver la cruz a la madre de la chica. No lo hizo porque se lo hubieran prohibido, eso solo sirvió para reforzar su interés. Lo hizo porque

encontró algo. Conocía a María: a ella le encantaba el arte y le fascinaban las vidas de personajes históricos.

»No quise preguntarle más. Así es como trabajo, de otro modo, me traería muchas complicaciones. Si no sabes nada, no puedes contar nada. La gente que me contrata lo sabe y por eso confían en mí. Así permanezco a salvo. En cuanto a la cruz, era una cruz con una inscripción.

—¿La encontró?

—Puede.

—Oiga, no tengo tiempo para estos jueguecitos.

—¿Qué quiere que le diga?

—Todo. Qué hizo con ella, dónde la encontró, por qué María la buscaba, si era valiosa… Usted sabe también cómo es esto. Cuéntemelo todo.

—Bien, iré en el mismo orden de sus preguntas. Se la entregué a María, encontré la cruz en el mismo sitio en que estuvo siempre, es decir, en casa de la chica, de la amiga de María. Le repito que no sé por qué María la buscaba y en cuanto a si era valiosa o no, no soy un experto, pero yo diría que no mucho.

—Y los documentos, ¿qué contenían?

—Ya le he dicho que por mi seguridad nunca husmeo en ninguna documentación, pero María no me transmitió que corriera peligro; creo que para entonces ni siquiera ella lo sabía. Tuve la impresión de que no encontró lo que buscaba, al menos no en lo que yo le entregué. Es evidente que no se dio por vencida. Nunca imaginé que… Si lo hubiera sabido, créame, no la habría dejado sola.

Moreno no contesta: tiene la certeza de que esa afirmación es cierta.

—¿Qué cree que hizo con los documentos?

—Su intención era devolverlos a la familia. Sé que antes fotografió o escaneó algunos de ellos. Tuvo que guardarlo en algún sitio.

—¿Tiene idea de dónde?

—No. No volví a verla. —Permanece callado unos instantes y después dice—: Algunos de los hombres más infames que he conocido forman parte de una de las más prestigiosas instituciones que puede tener un Gobierno, ocultos en el silencio de una rectitud ficticia difícil de desnudar.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que es probable que el asesino de María estuviera muy cerca de ella, quizás en la misma institución a la que perteneció, a la que usted pertenece.

Alberto se siente decepcionado, eso ya lo sabe. Está seguro de que el asesino de María pertenece al ejército y también que algo que había encontrado en esos documentos ha sido la causa de su muerte, pero lo que le está contando aquel hombre no le ayuda a averiguar qué es y por qué alguien querría ocultarlo a toda costa.

—¿Conocía bien a María?

—No sé, creo que nunca se conoce bien a personas como ella. ¿Por qué me lo pregunta?

—Si la conocía, debe saber que era muy cuidadosa, yo diría que metódica. Tenía prevista la posibilidad de su muerte. Puede que no supiera a ciencia cierta que iban a darle el caso a usted, pero me atrevería a decir que confiaba en ello. Debe repasar todo desde el principio.

—Tiene razón. ¿Le habló alguna vez de la historia de san Lorenzo? —dice Alberto de repente.

—Sí, lo hizo. Conozco la historia.

—San Lorenzo fue martirizado en una parrilla —continúa el inspector—, como si fuera un pollo, y cuando estaba quemado por un lado, le dijo al juez que le diera la vuelta para quemarse por el otro. ¿Sabe por qué fue martirizado? El alcalde de Roma le pidió que le llevara los tesoros de la Iglesia y Lorenzo, después de reunir a pobres, mendigos, lisiados, huérfanos, viudas, ancianos, mutilados, ciegos y leprosos, los llevó a su presencia y le dijo que esos eran los tesoros más preciados de la Iglesia. El alcalde entró en cólera y ordenó que muriera de manera lenta y dolorosa. Se cree también que el papa Sixto II le entregó el santo grial junto a otras reliquias para que las pusiera a salvo. —Moreno cuenta esta historia ensimismado, casi en trance. Tras unos instantes dice—: Una bonita historia, ¿no cree?

—Sí. Creo que sé por dónde va. A María siempre le gustó esa leyenda. Decía que Lorenzo era un héroe, un buen hombre, y que la historia estaba plagada de hombres así. Después siempre me preguntaba: «¿Dónde están ahora esos hombres, King? Ya no quedan personas como ellos». Yo le decía que nosotros trabajamos por la paz, que nos jugamos también la vida como esos hombres, pero ella no

estaba de acuerdo. «Sí —me decía—, pero no por los débiles. Vamos donde nos mandan, nos dicen que es para conservar la paz, para mantener la seguridad mundial, pero tú y yo sabemos que no es así. Las personas siguen sufriendo con guerras, hambre y desolación mientras otros se llenan los bolsillos enriqueciéndose, peleando para que no les quiten la hegemonía del petróleo, las armas o dondequiera que esté el dinero; dinero, siempre dinero. Es así desde que el mundo es mundo, no hay otro motivo, todo lo que pasa y lo que no pasa es por él y yo me pregunto para qué quieren tanto dinero, para qué tanto poder. Nunca lo he entendido, quizás solo es la naturaleza del ser humano y no existe otra explicación, y aquí estamos tú y yo pensando que ayudamos, pero en el fondo de nuestros corazones sabemos que no es así.»

Se queda callado unos segundos, reflexionando sobre las palabras de María, atormentado por haber dejado pasar impasible al amor de su vida por cobardía. No hay ningún otro motivo.

—Por eso ella se retiró. Estaba asqueada, hastiada, y gracias a Rodríguez pudo volver al departamento donde estaba cuando murió. Dedicada únicamente a su pasión, el arte. —Fija su mirada perdida en un punto. A Alberto le parece que sus ojos brillan y se humedecen.

—¿Cree que estaba en la sala del mártir por casualidad? —dice Moreno—. Yo, no. Tengo la impresión de que estaba deliberadamente en esa estancia.

—¿Piensa que los documentos y la cruz están en el mismo sitio que el santo grial? ¿Y que María quiso enviar un mensaje muriendo en esa sala?

—Llevo mucho tiempo dándole vueltas a eso. Cuando entré en la estancia y vi su cuerpo me pareció que me estaba contando algo. El cuadro estaba allí y ella lo señalaba, o eso me pareció. Después lo descarté; sin embargo, me seguía rondando la cabeza. Su intención era devolver el material a su propietario, pero creo que encontró algo que se lo impidió y tuvo que esconderlo. —El hombre no contesta y Alberto continúa—: Según usted, encontró la cruz y los documentos en el lugar donde estuvieron siempre, es decir, en casa de los Sanlúcar. Se me hace raro pensar que María supiera que estaban allí y no se los pidiera a su amiga, a pesar de su madre.

—¿Después de la negativa de la madre y la *recomendación* de Ortega? No. Ella quería mucho a esa chica, no quiso ponerla en un

aprieto. Además sabía que, aunque los tuvieran, jamás volvería a dejárselos.

—¿Por qué?

—¿Sabía que hizo un entrenamiento de alto rendimiento psicológico antes de ir a Afganistán? Era una de las mejores; podía saber solo con la voz si alguien mentía, tenía miedo o cualquier otro sentimiento.

«Joder, María, eres una caja de sorpresas.»

—Y eso fue lo que notó en la madre: pánico —continúa—. Ella utilizó esa palabra. Creía que habían tenido algún percance grave a causa de esos documentos.

—Si usted encontró lo que ella le encargó, tuvo que empezar por algún sitio. Necesito saber quién le informó, quién fue su confidente.

—Moreno, he dicho que ella pensaba que no estaban allí, no que yo lo descartara. Siempre empiezo por lo más fácil y, aunque mi informador no es relevante, me puso al corriente de algunas de las amistades de la familia. Hablé con la amante del padre. Ya sabe cómo es esto: algunos hombres se vuelven unos peleles delante de una mujer, les cuentan todo, hasta lo que no deberían. Simplemente la encontré.

—Vaya, es usted muy persuasivo con las mujeres.

—Es probable, pero no se desvíe del tema. Después de lo que me ha dicho, creo que debería seguir por ese camino.

Recoge un pequeño bolso que llevaba colgado al hombro y que se ha quitado al sentarse y se despide diciendo que espera no volver a verle.

—¡Espere! ¿Era suyo?

—¿Cómo dice?

—El bebé que iba a tener María, ¿era suyo?

Le mira sorprendido antes de contestar.

—María no podía tener hijos. Sufrimos un accidente en Afganistán y tuvieron que operarla para hacerle una histerectomía. ¿Quién le ha dicho eso?

—Valdés.

—Valdés. Yo que usted no me preguntaría solo por qué un forense del ejército miente, estaría más interesado en saber a quién sirven esas mentiras.

«Ya», piensa Alberto mirándole mientras él se da media vuelta y

se marcha. Permanece sentado en el bar unos minutos más.

El mártir. Cuando entró en la sala donde se hallaban los cadáveres, se percató de que su amiga había querido contarle algo, aunque no de una forma clara: su mano derecha estaba posicionada con el dedo índice señalando el cuadro. En un primer momento le pareció que no era una postura muy común en una muerte.

Cuando alguien se desploma, las manos caen laxas y abiertas; más bien parecía que ella había colocado la mano derecha de ese modo deliberadamente cuando tuvo la certeza de que iba a morir. El forense había dicho que tardó en hacerlo. Si eso era cierto, pudo esforzarse en conseguirlo. Cuando ellos llegaron, el *rigor mortis* aún no había aparecido y sus miembros no estaban agarrotados, por lo que seguía en esa posición.

Pero cuando habló con Luis Valdés, el forense descartó esa hipótesis y él le creyó solo a medias. Ahora Majestad corrobora que Munaín no puede ser el padre del bebé, simplemente porque el bebé no existe.

27. Jose

Antes de seguir las instrucciones de Moreno para acudir al Anatómico Forense y hablar con Luis Valdés nuevamente, Jose llama a un íntimo amigo para pedirle un favor.

La imposibilidad de conseguir el informe médico auténtico hace necesario falsearlo. Una revisión ginecológica de María, posterior a su estancia en Afganistán, bastará. Entra en el edificio y mientras recorre los pasillos piensa en cómo alguien puede trabajar tantas horas en un ambiente de desconsuelo y desolación; no solo por el hecho de hallarse rodeado de cadáveres, sino por la decoración triste y gris de paredes y muebles. Ni un ápice de color, aunque, pensándolo bien, no cree que fuera de alguna importancia para sus moradores.

El olor a muerte se incrusta en su nariz, haciendo que experimente una sensación de mareo penetrante tan intensa que le obliga a sujetarse en el quicio de la puerta. Se repone como puede antes de entrar en la sala donde Luis Valdés, malhumorado, le recibe. Valdés le dice que ya había contado a Moreno todo lo que sabe y que además tienen su informe, y no entiende a qué viene ahora esta visita.

—Lo siento, señor, pero tenemos una nueva información que requiere esta conversación.

El forense le mira extrañado. Jose saca una pequeña libreta y rebusca entre las hojas.

Valdés se revuelve nervioso en la silla. Levemente. Lo suficiente para que el agente lo perciba.

Teniendo la certeza de que el forense les ha mentido, le ataca sin contemplaciones.

—Verá, señor, creemos que pudo equivocarse con respecto al embarazo de María.

—¿Está cuestionando mi profesionalidad y mi experiencia?

—Sí, señor, lo hago —dice tajante— y, salvo que quiera que exhumen el cadáver, cosa que le aseguro haremos, y le pongamos en evidencia, creo que debería aprovechar la oportunidad que le doy para

contarme por qué mintió en algo así.

—No tiene ninguna prueba de lo que dice.

El agente saca un papel y se lo entrega.

—Es un informe médico —dice ante la sorpresa de Valdés—. A María le habían practicado una histerectomía.

El forense no está dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—Vaya —dice—, muy conveniente. ¿Cree que soy gilipollas? Sé en qué departamento trabaja, tendrá que esforzarse un poco más.

—¿Le parece bien la exhumación del cadáver? Tardaré exactamente media hora en conseguir los permisos.

Valdés clava sus ojos en la resuelta, tranquila y sobre todo firme mirada del agente. Sabe que dice la verdad. Se acomoda inquieto en su asiento e intenta pensar. Jose se impacienta y decide darle el golpe de gracia.

—Otra cosa, doctor: necesito que me entregue la bala que recuperó de la pared.

—Ya les dije qué tipo de bala era y de qué arma procedía.

—Sí, señor, pero, teniendo en cuenta que pudo haberse «equivocado» —dice esta palabra con tonillo; solo le falta poner comillas con los dedos, pero los militares no hacen esas cosas— en cuanto al embarazo de María, hemos creído que sería mejor que alguien más inspeccione el proyectil para estar seguros, ya sabe.

«¡Ja!», piensa Jose. No, definitivamente, los militares no hacen esas cosas.

—Quiero hablar con Moreno. Solo con él —dice Valdés poniéndose en pie con violencia.

—El inspector está ocupado con otros asuntos. Somos un equipo y yo me ocupo de esto. Hable conmigo.

—No. Le quiero a él.

—¡Oiga! —grita—. No me joda. Le transmitiré a Moreno todas sus peticiones, pero ahora ¡hable conmigo, joder!

La resolución de Luis Valdés desaparece por completo, se desploma en la silla sin saber qué decir, vuelve a ponerse en pie y durante un minuto deambula de la ventana al escritorio y de este de nuevo a la ventana, nervioso, hiperventilando. Jose observa como resbalan gotas de sudor por su frente, pero no dice nada; sabe que Valdés está decidiendo qué hacer y también que su estado de ansiedad se debe a que va a contarle algo importante. Tras ese minuto

interminable, el forense dice:

—Me llamaron y me ordenaron que falseara el informe. Dijeron que se trataba de un asunto de interés nacional.

—¿Quién lo hizo?

—Alguien del Estado Mayor.

—Deme un nombre.

—No le diré nada más hasta que me asegure que puede protegerme.

—De acuerdo, activaremos el protocolo de protección de testigos, pero antes deme la munición.

Valdés se dirige a una vitrina asépticamente blanca, saca la llave del bolsillo del pantalón y la abre. Le entrega a Jose un pequeño bote de cristal en cuyo interior brillan dos balas. El agente mira a Valdés incrédulo y el forense responde a la pregunta no formulada.

—Sí, es la bala de Ramón, estaba dentro del cadáver.

—Usted dijo…

—La de María era inservible, así que tenía que esconder la de Ramón. Ya le he dicho que recibí instrucciones muy concretas. Sin ella no era posible que identificaran el arma.

—¿Lo de su colega también era mentira?

—No del todo. Le pregunté si era posible y me dijo que inspeccionaría la bala. Tenía muchas dudas y no quería que ustedes me pillaran en algo tan infantil. Tuve suerte y me dijo que podía identificar qué tipo de pistola había disparado esa bala. Solo tuve que cambiar el modelo.

—No pertenece a esa pistola, ¿verdad?

—Es una munición utilizada por varias armas, entre ellas la HK cuarenta y cinco.

—¿Por qué sigue mintiendo, a quién protege?

—No lo hago.

—¿Y si le dijera que tenemos un casquillo? Ahora que tenemos la bala podríamos saber exactamente a qué arma pertenece y usted quedará como un puto mentiroso.

—Ya le he dicho que me saque de aquí, póngame a salvo y les diré todo lo que sé.

Jose coge el móvil que Alberto le había entregado y tras una breve conversación le indica que llevará al forense a un lugar seguro.

Pero no va a ser así como suceda.

Antes de salir del edificio, Jose saca su pistola y se coloca delante de Valdés para protegerlo. Sabe lo valioso de su testimonio, porque es probable que pueda darles el nombre del asesino o de alguien muy cercano a él. Pero el forense no tiene la más mínima oportunidad. El disparo es certero y Valdés cae al suelo fulminado. Por puro instinto, el agente salta detrás de su coche, que se encuentra estacionado allí mismo. Eso le salva la vida. Suenan dos disparos más. Parapetado detrás del vehículo, observa a través de las ventanas de espejo del edificio del Anatómico Forense el edificio que le queda a la espalda; sabe que el asesino está allí, pero no consigue ubicarle. La única opción que le queda es seguir protegiéndose con el coche, sin asomar ni un solo segundo para no darle la oportunidad de que le dispare. No tardará en irse: ha cumplido su objetivo y no correrá más riesgos. Cuando oye las sirenas, sale de su escondite y se acerca a Valdés, que, como ya sabía, está muerto. A pesar de eso, coloca los dedos en su cuello para asegurarse. Nada, no hay latido.

Él está a salvo y también la preciosa prueba que tiene.

Unas horas después tienen los resultados de balística, corroborando que la pistola utilizada en los asesinatos no es una HK45, como había dicho el forense, sino una Luger de edición limitada de doscientos ejemplares en su línea Parabellum Model 08.

Una pistola reservada a coleccionistas.

28. Sospecha

El viento golpea con fuerza el pequeño turismo del departamento. Es lo que tiene ser un «soldado raso». Los mejores vehículos están reservados a otros, sin importar para qué van a ser utilizados. Esta vez maldice esa supremacía: parece que el coche va a salir volando de un momento a otro. Afortunadamente, la casa de Ramón no está demasiado lejos.

Moreno ha insistido en acompañarla, pero antes tiene que acudir a una reunión, por lo que quedan en encontrarse allí. Cuando aparca, suspira aliviada. Espera al inspector dentro del coche y repasa mentalmente lo que han acordado, porque, a juzgar por la actitud de la esposa de Ramón cuando la llamaron, no parece dispuesta a colaborar.

Moreno llega veinte minutos más tarde en un coche negro de baja gama, como el suyo. Teresa sonríe. Es la única persona que conoce que no utiliza su grado para beneficiarse de ciertos privilegios.

Salen de los coches y tras un saludo se disponen a llamar al timbre. Teresa intuye que esta vez no los recibirá con tanta simpatía. No se equivoca.

La mujer de Ramón abre la puerta.

—Buenos días, señora. Le presento al inspector Moreno. Como le he dicho por teléfono, tenemos que hacerle unas preguntas.

Ella no los invita a pasar y permanece de pie en el quicio de la puerta.

—Hablemos aquí.

—Señora, por favor, vayamos dentro —dice Alberto.

Parece un ruego, pero en realidad es una orden y así es como lo percibe la mujer, que les franquea el paso. Por supuesto, no les ofrece café, se limita a mantenerse enfrente de ellos mirándolos fijamente.

—¿Quiere que hablemos aquí de pie? —dice Teresa.

Ella no responde, sigue observándola con mirada fría. Teresa comprende por qué en su primer encuentro no había podido

empatizar, a pesar de que sintió mucho el estado en el que la encontró.

—Como quiera. ¿Ha visto esto alguna vez? —dice sacando la fotografía. La mujer sigue sin articular palabra—. ¿Prefiere que le hagamos una citación formal? —dice Teresa.

—Haga lo que tenga que hacer.

Moreno mira a su compañera y continúa:

—Tenemos razones para pensar que su marido está implicado de algún modo en la muerte de su compañera. El forense cree que estaba presente cuando dispararon a María y que no movió un dedo para ayudarla. Además, estaba en poder de su marido una fotografía de un libro perteneciente a la familia de la compañera de María. Un libro de un valor incalculable.

»Le haré un resumen: Ramón traiciona la confianza de su compañera. Ella le muestra el libro de su amiga y él quiere venderlo, pero María se niega. Es mucha pasta, así que la mata. Algo sale mal; probablemente hay una tercera persona, un cliente al que todavía no hemos encontrado. Concluyendo: vamos a acusar a su marido formalmente de asesinato —sentencia.

Ella le mira con furia y dice:

—¡Mi marido está muerto!

Las palabras salen de su boca *in crescendo*, como el matiz dinámico de una canción interpretada por un participante de uno de esos concursos frikis.

—Lo sé —dice Alberto sereno—. Pero si le condenan será degradado, perderá su reputación y una parte importante de su pensión. No sé cómo ha pagado esta casa, pero me temo que si eso ocurre no podrá seguir haciéndolo.

—¿Qué quiere? —dice sin bajar su altivez.

—¿Por qué tenía Ramón esta fotografía?

—No lo sé, ya se lo he dicho, nunca la había visto.

—Estaba en el cajón de su escritorio —dice Alberto.

La mujer mira a Teresa con reproche y la agente imagina lo que está pensando. «Así que te dejo pasar, te ofrezco hospitalidad y tú revuelves mis cosas.» Teresa le sostiene la mirada; no está orgullosa de según qué cosas, pero, ¡qué coño!, es su trabajo.

—¿Y esta casa? —dice sin dejarse intimidar—. ¿Cómo explica que pueda mantenerla solo con sus sueldos?

—No saben nada de nosotros.

—¿Está segura? —contesta Moreno—. Sabemos que no es producto de ninguna herencia, que no les ha tocado la lotería y que no existe ninguna hipoteca. Sabemos lo que costó y que la pagaron casi íntegramente en 2009.

La mujer se da por vencida, gira su cuerpo y se dirige al salón. Ellos la siguen. Se sienta en uno de los dos sillones orejeros de la estancia. Es tan menuda que Alberto teme que el sillón pueda tragársela, tal es su hundimiento en él. No los invita a sentarse, por lo que permanecen de pie.

—Vendía objetos de arte —dice por fin. Y casi inmediatamente añade—: Era una actividad legal. Por su profesión conocía gente que quería comprar y gente que quería vender. Eran piezas de colecciones privadas. Si ese objeto de la fotografía no cumplía esas premisas, les juro que no sé por qué la tenía.

—Puede que no lo sepa todo. Usted misma me dijo que no hablaban apenas de su trabajo. De cualquier modo —dice antes de que ella proteste—, quizás su marido tenga un registro de clientes.

La mujer niega con la cabeza.

—No hay tantas personas que puedan permitirse el lujo de adquirir estas obras de arte. Tenía memorizados a todos sus clientes.

—Pero pudo mencionarle alguno.

—Era muy meticuloso y reservado. Nunca me habló de ninguno y si lo hizo, no lo recuerdo.

—¿Dejaría que echemos un vistazo a la casa?

Ella baja la cabeza, el gesto es imperceptible, pero es un sí.

29. El ordenador

Alfonso Ortega navega en el ordenador de María, centrándose, como le ha pedido Alberto, en las anotaciones históricas de la inscripción. Una y otra vez repasa todo lo que ha escrito, buceando entre cientos de papeles que ha dispuesto encima de su mesa y que datan del momento histórico de la cruz, sin encontrar nada relevante.

De repente, lo ve.

La alarma de una de las notas de María aparece en el extremo derecho del ordenador, recordándole que tenía que revisar un documento con un nombre muy sugerente: «Reunión de científicos, Universidad de Alcalá de Henares». Ortega teclea el nombre en la lupa para buscar el documento, pero no aparece; fastidiado, vuelve a teclearlo una y otra vez cambiando algunas palabras, sin éxito. Se incorpora y comienza a dar vueltas alrededor de la mesa, colocando sus manos con los dedos entrelazados a ambos lados de la nuca. Mientras piensa la manera de encontrarlo, se pregunta por qué María ha activado la alarma para no olvidar repasar un documento que había guardado con un nombre tan complicado que ni él es capaz de hallarlo; duda que fuera para no olvidarlo: tenía una memoria prodigiosa, jamás hubiera olvidado algo así.

No. La alarma está allí para que otra persona la encuentre. Él o su amigo el inspector. Un escalofrío le recorre el cuerpo al percatarse de que María se supo en peligro e inmediatamente se arrepiente de haber negado el acceso del ordenador al inspector. Va a la cocina y se sirve un café cargado muy caliente, lo toma a pequeños sorbitos mientras observa por la ventana como el viento golpea las ramas de los dos olmos que reinan en el jardín.

—Reunión de científicos —dice en voz baja—. ¿Qué puede tener que ver eso con una cruz o con unos documentos relacionados con ella?

Intenta memorizar el momento en el que María le pidió permiso para un trabajo sin importancia. Su amiga le había prestado el diario

de su antepasado y quería comprobar algo que había encontrado; a él no le gustó la idea, pero María era muy convincente. Vuelve al ordenador, busca antepasados de la Casa Sanlúcar y los teclea, pero para su hastío tampoco encuentra nada.

Mira el reloj. Son las siete y media de la mañana y no solo no ha dormido, sino que además su trabajo de investigación no está resultando fructífero. «Mierda», masculla. Seguramente es una pérdida de tiempo y María no tiene nada que esconder. El inspector Moreno le ha inculcado su paranoia.

Está cansado, los párpados se le cierran de manera involuntaria. Se duerme unos instantes para despejarse y volver a caer en un sueño momentáneo. Empuja de mala manera el ordenador a un lado y se levanta para tomar otro café. Camina hacia la puerta de la gran sala y observa la chimenea, en cuyo interior aún chisporrotean los últimos rescoldos. Hipnotizado por el naranja intenso de los restos de madera que arden levemente, se para en seco, da media vuelta y vuelve al ordenador. Busca en internet y teclea el nombre de la mujer del antepasado de la amiga de María. ¡Ahí está el documento!

—¡Joder, María! —dice.

Recuerda que en una ocasión, mientras charlaba con María, le reprochó eso de poner nombres imposibles: así no encontraría ningún trabajo. Lo había olvidado porque fue hace mucho tiempo. Ella, con buen talante, le dijo que no hurgara en su ordenador y él, sonriendo, le contestó que todos los trabajos del departamento son propiedad del Gobierno «y si alguna vez te vas de vacaciones o cualquier cosa, tendré que llamar a un informático para encontrarlos». Pero cómo iba a imaginar que ese «cualquier cosa» supusiera que la habían asesinado.

Ella le dijo:

—Si quieres encontrar algún trabajo mío, busca a sus mujeres. Es un homenaje a ellas: casi siempre son tan importantes como los propios personajes y sin embargo muchas veces no se las menciona en los libros de historia.

Tenía razón.

Mientras lee el documento, su confusión avanza. En los márgenes, María había hecho anotaciones en rojo. Estas le desconciertan cada vez más; jamás hubiera pensado que se toparía con algo así.

Marca sin dilación el teléfono de Moreno. Al otro lado, el inspector quiere cortar la llamada, pero Ortega está tan excitado que no le deja. Menciona que ha encontrado algo importante en el ordenador de María. Ante su sorpresa, Moreno le interrumpe:

—Ahora no puedo atenderle, Ortega. —Y corta la llamada.

Extrañado por este comportamiento, deja el móvil en el mismo lugar donde se encontraba unos segundos antes, justo al lado del que le había entregado el inspector.

Solo entonces se da cuenta de su error.

Moreno coge el móvil de su cajón y lo coloca en el bolsillo delantero de su pantalón, recoge las llaves del coche y la pistola y sale corriendo del despacho. Le grita a un Jorge extrañado que envíe dos patrullas a la SDG del personal militar en la avenida de América, planta veintiocho. Sin esperar al ascensor, baja de dos en dos las escaleras para llegar al *parking* mientras marca insistentemente el número del teléfono que le había entregado a Ortega, pero no consigue establecer contacto.

Hace mucho que no corre de esa manera. Llega exhausto a su coche, mete la llave y arranca. Mientras conduce, coloca la luz en la parte superior del vehículo y sale a toda velocidad sin dejar de marcar el número de Ortega. «Maldita sea, Ortega.» Tarda cinco minutos en llegar en un trayecto que como mínimo demora veinte. Para ello ha chocado con un retrovisor de un coche aparcado, se ha llevado literalmente una señal de *stop* y se ha saltado todos los semáforos que ha encontrado en el camino. Cuando llega, deja el coche sin estacionar y con la puerta abierta y, sin prestar atención a los aspavientos que le dedica el guarda jurado de la entrada, avanza hasta el ascensor y pulsa el piso veintiocho. Las puertas se abren justo enfrente de aquella secretaria estirada y desagradable que le persigue gritando algo mientras él no deja de correr, hasta que entra en el despacho de Ortega y comprueba que no está.

Solo entonces oye sus gritos.

—¡Le digo que el señor Ortega no está, no ha venido hoy a trabajar!

Se vuelve incrédulo hacia ella.

—¿Dónde está? —grita él también.

—Se ha quedado en casa.

—Deme la dirección.

—No puedo darle esa información.

—¡Oiga, señora engreída!, si no me dice dónde vive Ortega es posible que mañana tengan que trasladarla porque él no volverá ni mañana ni ningún otro día. ¡Dígame dónde vive, joder!

El rostro de la mujer se torna pálido; ha conseguido asustarla.

—Paseo de los Chopos, 25, urbanización La Raya, en San Sebastián de los Reyes.

—¡Joder! Llame ahora mismo a la policía y pida que manden coches allí. Diga que es de parte de Moreno, inspector del EMAD.

Vuelve corriendo al ascensor, su cabeza da vueltas pensando qué hacer. Está demasiado lejos de la casa, saca su móvil y marca el número de Jorge: no se fía de aquella arpía. Le da la dirección y le indica que envíe a alguien más especializado.

—Van a por Ortega, Jorge. Y me temo que serán hombres entrenados para el combate, así que un policía raso no tendrá ninguna posibilidad si se topa con ellos.

Conoce la urbanización. Una vez tuvo que vigilar a un individuo que vivía allí en un gran chalet. Sabe que tardará unos veinte minutos en llegar y eso si sigue conduciendo como un loco. Buscar la casa es otro problema: en esas urbanizaciones no es nada fácil dar con un domicilio, muchas ni siquiera tienen los números de la calle visibles y es un galimatías encontrarlas.

Llama nuevamente a Jorge para pedirle la ubicación. Unos segundos después la tiene en su móvil. Cuando llega, para el coche a una distancia lo suficientemente prudencial para que no le vean desde ningún ángulo del edificio. No se oye ni se ve nada anormal, todo está en orden y en silencio. Pero siente que sus peores augurios están a punto de cumplirse. Baja del coche y, tratando de ocultarse detrás de cada árbol que encuentra en el camino, avanza hacia la casa.

Agazapado contra uno de los muros, intenta observar algún movimiento dentro. La casa parece deshabitada, pero está seguro de que Ortega le ha llamado desde allí solo media hora antes.

La puerta principal se halla cerrada y es demasiado robusta para poder abrirla sin armar alboroto. Tiene que entrar por otro sitio. Rodea la casa por el jardín hacia la piscina, encuentra una puerta de estilo inglés con cristal dividido en varios cuadrados, manipula el pomo y, para su sorpresa, comprueba que está abierta. Entra en una estancia que parece la cocina. Está oscuro.

Cuando sus ojos se acostumbran a la falta de luz, empieza a moverse con más soltura. Vislumbra un resplandor que viene de otra habitación y se dirige hacia él sin dejar de moverse con sumo cuidado. Entra en un salón, también de estilo inglés, muy agradable y espacioso, donde aún amarillean las ascuas en la chimenea.

Las pulsaciones de su corazón se detienen.

Y se suspende en ese letargo sostenido, algo que ya le sucedía a Moreno antes de… Ya sabemos antes de qué. Y solo cuando algo le excita de manera extraordinaria. Sabe que Ortega está muerto. Y de qué sirve ahora, se pregunta angustiado. Pues en eso estaba en su entrenamiento en el NCIS. Adelantarse. Él mismo lo interrumpió. Ahora que no se rasgue las vestiduras.

Ve como una silueta pasa rápidamente de un lugar a otro, pero Moreno sabe que no es el asesino de Ortega, seguramente son los hombres que ha enviado Jorge. Por si las moscas, se esconde detrás de una especie de aparador y espera a que uno ellos pase a su lado. Le coloca el arma en la nuca y en un susurro dice:

—Policía, inspector del EMAD, identifícate.

—Agente especial, también del EMAD.

—¿Cuántos agentes más hay?

—Somos dos, señor.

—¿Quién os envía? —pregunta para estar completamente seguro.

—El agente Rivera.

—De acuerdo, voy a soltarte. Cuéntame qué habéis visto.

—Hay un cadáver en el despacho, señor. Aparte de él, en esta planta no hay nadie más, lo hemos comprobado. En la de arriba hay dos niños y una mujer, todos dormidos.

—Busca a tu compañero y dile que estoy aquí; no quiero que me haga un agujero en la nuca. Indícame dónde está el despacho.

El agente le señala la estancia.

El cadáver de Ortega está sentado en la silla de su despacho con la cabeza hacia atrás. Presenta orificio de entrada en la frente, por lo que tuvo tiempo de ver a su agresor. El cajón derecho de la mesa está abierto; dentro, una nueve milímetros que, obviamente, no le ha dado tiempo a sacar, posiblemente porque el asesino le ha amenazado. Sus hijos y su mujer duermen en el piso de arriba.

Lo que hace una madre o un padre por un hijo es indescriptible, la más grande y fabulosa demostración de amor. Él no tiene hijos,

pero lo ha visto en muchas ocasiones. Padres y madres pierden la vida por proteger a sus vástagos. Los humanos llevamos siglos perfeccionando ese sentimiento que nos ha dotado de una supremacía, distinguiéndonos de las demás especies, y que ha ido creciendo de generación en generación. No amamos a nuestros hijos como lo hicieron nuestros padres y estos tampoco lo hicieron como los suyos, y se pregunta hasta dónde puede llegar esa pasión, cuánto amor podría albergar un corazón.

La visión de Ortega muerto y saber que tres personas, dos de ellas niños, sufrirán en breves instantes le provoca esos sentimientos.

El agente que ha ido a buscar a su compañero aparece con él en el umbral de la puerta. Moreno se dirige a ellos para indicarles que llamen a Rodríguez y le informen de lo que ha ocurrido. Allí ya no hay nada que hacer. Ortega ha cometido un error y en este trabajo los errores se pagan con la vida.

Tiene que hablar con la mujer antes de que lleguen todos los operativos, decirle que se lleve a los niños, porque en pocos minutos aquella casa va a ser un infierno. Es lo prioritario. Sin embargo, no puede evitar demorar unos minutos más para buscar el ordenador. Por si acaso.

Como ya imaginaba, el ordenador no está, porque ese era el objetivo del asesino de Ortega.

Sube despacio las escaleras. Lo que tiene que hacer ahora no le gusta nada. Daría cualquier cosa por saltarse ese momento, así, de un plumazo, pero no le queda más remedio; alguien tiene que hacerlo. Llega al dormitorio de la mujer, que increíblemente sigue dormida. Coloca la mano en su boca para que no grite y asuste a los niños. La despierta todo lo suavemente que puede. No puede evitar que se lleve un susto colosal, pero al menos consigue que el grito quede detenido dentro de su mano.

30. El general

Sentado detrás de la mesa de escritorio, parece un cangrejo de río.

El general Suárez habría preferido esperar unos días para volver a la oficina, así su rostro no se asemejaría al saco de boxeo de color carmesí que cuelga en la habitación de su hijo, pero le urge saber cómo va la investigación. No puede dejar que se le escape de las manos, sobre todo después de la muerte de Ortega. No entiende por qué Rodríguez ha puesto al mando a Moreno. No se fía de él.

Ese viaje oficial al que su mujer se había empeñado en acompañarle para aprovechar así los momentos que tuviera libres le ha pasado factura. El concepto de «aprovechar» de su señora es permanecer en la playa, paradisíaca, eso sí, del hotel en Honduras el mayor número de horas posible. Y cualquiera la contraría.

Suárez pide a su secretaria que convoque a Rodríguez: quiere verla esa misma mañana; total, qué más da que ella le vea. El departamento en pleno se está mofando a sus espaldas en estos momentos. Hasta su secretaria, tan estirada ella, ahoga la carcajada al ver su rostro.

Cabrones.

Rodríguez llega una hora más tarde.

—Siéntese, Rodríguez. Si tiene que reírse, hágalo y terminemos de una vez.

—Lo siento, señor, no sé a qué se refiere.

Suárez la ve decir eso sin sonrisa en la boca, pero sus ojos se están descojonando, que diría el general. Claro que ver a todo un mando único de la EMAD de esa guisa es lo que tiene.

—Me han puesto al corriente de la muerte de Ortega. Le dije que Moreno no es la persona adecuada para esto.

—Su muerte no tiene nada que ver con Moreno. El inspector ha tomado precauciones. Ortega cometió un error, eso es todo.

Rodríguez recuerda que el general es la persona con la que habló en la recepción. Esta vez se ha demorado más de la cuenta en

recordar. Al menos espera poder terminar con esta investigación antes de que la obliguen a jubilarse. El general no se da por satisfecho, pero la jefe del departamento es Rodríguez y, aunque está supeditada a él, ella toma las decisiones; no hay nada que él pueda hacer, de momento.

—Al menos tendrán algún sospechoso.

—La investigación va según lo esperado, general.

—Sea más concreta —dice un poco enfadado—. ¿Tienen un sospechoso o no?

Rodríguez titubea, se aclara la garganta, abre la carpeta, lee algo y nerviosa dice:

—Sí, señor, dos: Ricardo Munaín y Ramón… El primero tenía una relación sentimental con María Adánez y el segundo…

—Sé quién es, pero está muerto.

—Sí, pensamos que, aunque el autor material no fuera él, tiene relación con la actividad que ejercía fuera de su trabajo. Le he traído un informe —dice entregándole una carpeta.

El general la coge, observando a Rodríguez detenidamente. Su semblante ha cambiado en solo unos segundos.

—¿Se encuentra bien, coronel?

—Sí, señor, disculpe. Solo estoy un poco cansada.

—De acuerdo, leeré el informe y hablaremos en otro momento. La próxima vez traiga a Moreno. Puede retirarse.

—Gracias, señor —dice saludándolo.

Fuera del despacho intenta calmar los latidos de su corazón. Hasta que mira la documentación no ha recordado los nombres. No es propio en ella y el general lo sabe. Y por eso, al otro lado de la puerta, el general piensa algo similar. Últimamente, Rodríguez está ausente, algo la inquieta, aunque no quiera reconocerlo. Tiene que averiguar qué es, se pondrá a ello más tarde. Abre la carpeta y la ojea satisfecho. Parece que Moreno no ha perdido el tiempo.

Ha convocado una reunión urgente. Jorge está esperándolo en el despacho cuando el inspector llega. Mientras esperan que se incorporen Teresa y Jose, se sirven un café. Jorge le pregunta por qué no habla con Rodríguez. Después de los últimos acontecimientos, además de María y Ramón, tienen otros tres cadáveres. Ortega muerto, el ordenador de María desaparecido, el guarda jurado encontrado por Jose, el forense y sus intrigas y engaños…

Después del hallazgo de las fotografías del *Decamerón* en casa de Ramón, este se ha convertido en el potencial sospechoso. Tenía el motivo y la oportunidad, aunque evidentemente no es el asesino, o al menos no el único. Moreno tiene en su mente otro nombre y Jorge lo sabe.

—Como te conozco, sé que barajas otra posibilidad en tu cabeza. Debes decírselo a Rodríguez.

—Todavía no. Debemos tener algo más contundente para poder acusarle. No es un mindundi; se nos echarían encima y adiós investigación. No correré ese riesgo.

—Está el testimonio de Ortega y de Luis Valdés; ambos hablaron de un alto cargo.

—Sí, claro, y ambos están muertos. Además, no han señalado directamente a nadie en particular, solo hablan de un alto cargo y eso también lo sabe Rodríguez.

—Ya —dice Jorge—, tienes razón, pero Rodríguez creerá tu testimonio.

—Puede ser, pero no podemos demostrar nada y hasta que no lo hagamos, prefiero que esté de nuestro lado. Ahora colabora con nosotros y mientras no la pongamos entre la espada y la pared, seguirá haciéndolo.

—¿Y el equipo? Tienen derecho a saber de quién sospechas.

—Estoy de acuerdo, Jorge, pero aún no. Hay que esperar a tener algo más contundente.

El resto del equipo llega a la sala y la conversación se da por zanjada.

Moreno abre la reunión exponiendo todos los datos de que disponen.

—Buenos días. Como ya sabéis, los últimos acontecimientos han provocado que convoquemos una reunión urgente. Con Ortega, Valdés y el guarda jurado muertos, y el ordenador de María desaparecido, el asesino se asegura de eliminar a los que pueden llevar a esclarecer los asesinatos; sin embargo, eso nos da ciertas pistas. La más importante es que se encuentra muy cerca de nosotros. De otra manera es imposible que averigüe los pasos que vamos a dar y se adelante. —Con estas palabras, Alberto los acerca a lo que irremediablemente tendrá que decirles—. Por eso quiero que os andéis con mucho cuidado y no bajéis la guardia en ningún momento. Cualquier cosa,

por pequeña que sea, que resulte sospechosa, la debéis comunicar inmediatamente. —Todos asienten con gesto de preocupación y él se queda más tranquilo con este aviso.

»Bien, tenemos ya la certeza de que Luis Valdés mintió y está claro que lo hizo para proteger a alguien. Primero nos dice que María estaba embarazada, con el fin de justificar las cartas que alguien dejó para incriminar a Munaín. Después, en sus informes, habla de la HK45, pero las balas que Jose pudo rescatar no son de esa pistola. Afortunadamente, una de ellas no está inservible y hemos podido constatar que los asesinatos se cometieron con una Luger, edición limitada de doscientos ejemplares en su línea Parabellum Model cero ocho, una pistola reservada a coleccionistas. Eso puede ayudarnos a encontrarla.

—Es cierto —contesta Jorge—, pero aun así son demasiadas. El fabricante nos ha facilitado los números de serie y el nombre de alguna de las personas que las adquirieron, pero la mayoría fueron a parar a establecimientos especializados y los dueños no parecen muy dispuestos a colaborar. Alguien tiene que ocuparse de llamar a esas tiendas y requerirles de manera oficial los nombres para ir eliminando posibles sospechosos, y nosotros estamos muy cargados de trabajo. ¿Se te ocurre quién podría ayudarnos con eso? —dice dirigiéndose a Alberto.

—Se me ocurre, aunque creo que no le va a gustar demasiado; y, si se lo encargamos, no podemos admitir su ritmo. Tendrá que trabajar a destajo, nada de desayunos largos ni llamaditas telefónicas interminables…

—¿Estás hablando de…?

—Sí. Estoy hablando de Berta. Es la única que tiene tiempo libre en este departamento.

—¡Ja!, y ¿quién es el guapo que se lo dirá?

—Pues he pensado en ti —dice con una sonrisa.

—¡Ni hablar! —contesta Jorge—. A mí me odia con todas sus fuerzas, me mandará a paseo sin que haya podido terminar la frase y…

—Yo lo haré —interrumpe Teresa—. Ya sabes: complicidad entre mujeres, creo que podré apañármelas.

—De acuerdo —dice Alberto no sin cierta sorpresa—. Jorge te pasará la lista para que se la entregues. No olvides decirle que no

tenemos todo el tiempo del mundo. —Teresa asiente y Alberto vuelve a mirar sus anotaciones.

—¿El departamento de informática ha dado ya con el móvil?

—Nada, no hay manera de encontrarlo. Dicen que apagado es prácticamente imposible hacerlo, pero siguen barajando opciones. Es gente muy lista y aún tengo esperanzas.

—Veremos. Tengo la sensación de que María nos ha dejado muchas pistas, pero no estamos siendo capaces de encontrarlas.

Lo dice en plural, aunque en realidad sea un reproche íntimo. Solo para él. A Jorge, que le conoce muy bien, no le pasa desapercibido, pero a los demás sí. Moreno está siendo injusto nuevamente consigo mismo, así que su compañero no pronuncia las palabras de consuelo que le hubiera gustado pronunciar, porque no va a ayudar a que siga por el camino de victimismo que a veces le invade. A cambio, dice estas:

—Pues yo creo que hemos avanzado mucho y además tenemos una línea abierta con la pistola que será muy esclarecedora.

Aunque no haya sido su intención, a Moreno estas palabras sí le parecen un consuelo.

—Eso espero, Jorge —dice, y toma un sorbo de café. Hace una mueca de asco y piensa que quién habrá hecho el café hoy.

Berta, claro.

Después cae en la cuenta de que ninguno de sus compañeros lo ha probado. Ni siquiera Jorge, que le dedica una sonrisa mientras mira la taza. Moreno le responde con una mirada asesina y continúa.

—¿Qué más hay?

—Seguimos indagando acerca de la cruz, pero hasta ahora nadie parece saber nada.

—¿Qué pasa con las facturas del teléfono?

—Valverde no ha querido ayudarnos. La petición sigue su curso, pero tardará, quizás demasiado.

Alberto no dice nada. Intuye los motivos del juez para negarse.

—¿No es un poco extraño que Valverde no haya querido ayudarnos? —dice Jose, que de tonto no tiene un pelo.

—Bueno, debe de estar un poco harto de que Teresa le pida favores sin nada a cambio —contesta Jorge, con el único propósito de mitigar las sospechas de sus colegas.

Alberto zanja el asunto así:

—Me temo que esas son las vías que tenemos que seguir. —Teresa le da las gracias sin palabras, porque, de lo contrario, capaz es de darle una patada en los huevos a Rivera—. Seguid insistiendo en lo de la cruz, no lo deis por perdido.

»Y ahora, pongámonos a trabajar.

31. Los diarios

Sandra lleva dos días buscando los diarios, pero no consigue dar con ellos.

La biblioteca de la Casa Sanlúcar es una de las más afamadas de toda España. Allí se concentran verdaderas joyas de literatura, historia, medicina, geografía…, ya que muchos de sus antepasados habían practicado estas disciplinas. Todos los ejemplares y documentos están ordenados cronológicamente por temas. Después de comprobar que los diarios no se encuentran en el lugar que les corresponde, Sandra busca por toda la biblioteca sin éxito.

El hecho de que su exploración la lleve a cabo en ausencia de sus padres y que su madre quisiera que la acompañara constantemente a sus múltiples eventos ha retrasado mucho la búsqueda. Imagina que su madre los ha cambiado de sitio, pero a ella no quiere preguntarle. No contestaría, porque desea con todas sus fuerzas olvidar ese asunto. No la culpa, solo que escondiendo la cabeza no se solucionan los problemas. Bueno, eso y que quiere ayudar a Moreno porque le gusta mucho mucho, así que seguirá con sus pesquisas hasta que dé con ellos. Sabe que le llevará más tiempo. El problema es que no cree que el inspector disponga de él o si tendrá la paciencia suficiente para no requerir los documentos y el diario a su familia de manera oficial.

¿Y si se los pide a su padre? Quizás sea más razonable y consiga convencerle de que la mejor opción después de lo que le ha pasado a Cata y las amenazas que han recibido es colaborar con la investigación. Sí, eso hará después de rebuscar en el desván. Coge la llave forjada en hierro que su madre guarda en el cajón de la cómoda de su habitación y sube al segundo piso.

Un mundo se abre ante ella, recordándole instantes vividos de su infancia cuando curioseaba todo lo que allí se guardaba. Cajas de zapatos, trajes viejos, muñecas de porcelana, cochecitos de bebé, cunas de diferentes épocas, cabeceros de cama dignos de cualquier película costumbrista, imágenes de santos, cuadros que imagina con

poco valor y un sinfín de objetos se almacenan en aquel oasis histórico.

A la derecha, apoyados contra una pared, se hallan dos baúles maravillosos tallados a mano en madera de alcanfor. Mientras se acerca a ellos, recuerda como Cata le contó los múltiples viajes que su tía, hermana de su madre, realizó a América, cuando conoció a un hombre del que se enamoró apasionadamente y que le hizo perder la cabeza.

Qué fantásticas aventuras le contaba su Cata, cuánto la echa de menos.

Tras este lapsus, revuelve en ellos, pero a pesar de encontrar muchos objetos que le traen a la memoria esos dulces días de su niñez, no localiza lo que busca.

Solo le queda su padre.

No tardará en llegar. Desde que ella ha vuelto, acude siempre a la hora del aperitivo, que él mismo ha implantado en la familia. Después, con suerte, come con ellas y vuelve a marcharse no sabe dónde hasta la hora de la cena, y si se va después o no es algo que no ha querido averiguar; al fin y al cabo, aunque le fastidie, eso solo le concierne a su madre.

Mientras le espera, va a la cocina para coger la comida de Cata, que estará ya preparada. La cocinera, efectivamente, ha colocado los platos en una bandeja para llevarla a la habitación.

Sandra le indica que ella se la lleva. Cuando entra en la habitación, la coloca en la mesa y da un enorme abrazo a su aya, al que ella, como es habitual, no responde. Después, regalándole palabras llenas de un profundo cariño, va dándole de comer como si fuera un bebé. Cuando acaba, la sienta en el sillón, enciende la tele y le pone el *Sálvame* del día anterior. A la anciana le gusta, lo ve desde hace muchos años, cuando aún estaba bien. Entonces le decía:

—*Andaqué,* ¿has visto lo del Paquirrín?

Y ella, que sí, que algo ha oído.

—Ea, pobre niño, lo que le ha hecho su propia madre.

—Ya no es tan niño, Cata —le decía Sandra.

Y ella erre que erre, que pobrecito. Sandra sonríe al recordarlo, porque, aunque no lo quiera admitir, también le gusta el *Sálvame*. Le promete a su aya que por la tarde la llevará a dar su paseo cotidiano por los jardines del palacete.

Al salir de la habitación oye la voz de su padre llamándola. Siempre llega antes que su madre, lo que le da al menos media hora para hablar con él. Lo encuentra en la salita, donde toma a diario un vino acompañado de unas aceitunas.

—¡Hola, hija! —dice con entusiasmo.

—Hola, papá.

—Se me hace raro verte aquí. ¿No has acompañado a tu madre a uno de esos eventos aburridos?

—Vamos, papá, no seas quisquilloso. Mamá hace muchas cosas buenas.

—Ya, ya, de acuerdo, perdona, pero no me negarás que son muy aburridos. Vale —dice al ver la cara de su hija—, no diré nada más. ¿Y qué has estado haciendo toda la mañana?

—Bueeeno —dice arrastrando la e—, me he entretenido en el desván.

—¿En el desván?

—Sí, estoy buscando algo.

—Muy bien —contesta su padre sin querer indagar más. Sabe que no le conviene hacerlo.

—¿No me preguntas qué estaba buscando? —Su padre permanece callado—. ¿Papá?

—No quiero hablar de eso, Sandra.

—Pues yo sí. Le prometí al inspector que le dejaría ver los diarios.

Él la mira con gravedad mientras toma un sorbo de vino, sin articular una sola palabra.

—Di algo, papá.

—¿Y qué quieres que diga?

—Dime dónde están.

—No lo sé.

—Tenemos que colaborar con el inspector, papá. Casi matan a Cata y es muy probable que nosotros también estemos en peligro.

—Tu madre no lo ve así.

—Lo sé, por eso te lo estoy pidiendo a ti. No los encontraré nunca sin tu ayuda.

El hombre se levanta airado, pasea hasta una mesita y, bruscamente, saca de ella una bolsa con tabaco. Prepara una pipa y la enciende con gran asombro por parte de su hija, que hace años que no

le ve fumar. Una vez que ha inhalado el humo perfumado de la pipa, parece tranquilizarse y vuelve a sentarse.

—¿Has vuelto a fumar?

—De vez en cuando, desde lo de Cata.

—No deberías hacerlo —dice, a pesar de que el aroma le agrada profundamente y le trae recuerdos de su niñez, cuando, mientras su padre encendía la cachimba, sentado en su sillón preferido, dejaba que ella trepara y se acomodara en sus acogedores brazos apoyando su pequeña cabeza en su pecho. Así, escuchando los latidos de su corazón e inhalando el perfume del tabaco, se quedaba dormida. Eran otros tiempos, claro; ahora ni se le ocurriría fumar tan cerca de un niño.

—Será solo temporal, te lo prometo. No sé dónde están los diarios, Sandra, de verdad, pero sí quién tiene la cruz.

Su hija le mira incrédula, escrutando aquellos ojos brillantes color aceituna tan seductores.

—La tiene o, mejor dicho, la tenía tu amiga María.

—¿María? —dice sorprendida—. No lo entiendo… Ella misma me la devolvió junto con los diarios.

—Es una historia muy larga. No importa por qué, solo que estaba en su poder.

—Puede que sí importe para la investigación y tengo tiempo, papá, cuéntamelo.

—Tu madre me matará.

—No tiene por qué enterarse.

—De acuerdo —dice después de pensarlo mucho—. Un hombre llegó a Sevilla. Un hombre muy elegante que trabajaba para un marchante de arte. Contactó conmigo a través de una amiga. Estaba buscando objetos concretos. Pidió ver alguno de nuestra casa, pero tu madre no quería vender ninguno, así que le dijimos que no nos interesaba. —Permanece callado, observando el rostro de su hija, que le mira intentando comprender.

—No entiendo, le dijisteis que no…, ¿entonces?

—Hija, sabes que tu madre y yo… Bueno, no se puede decir que nuestro matrimonio funcione, no es un secreto tampoco para ti. Ella…, ella —dice titubeando—, sabes que todo el patrimonio le pertenece y yo no dispongo… ¡Dios, esto no es fácil, estoy tan avergonzado!

Su hija permanece inmóvil, ajena a su desconsuelo. Ella siempre

estuvo a favor de su madre, porque lo que su padre no menciona es que la principal causa por la que ese matrimonio no funciona es precisamente la multitud de deslices de él y la manera fácil que tenía de gastar el dinero a espuertas, hasta que su madre le cortó el grifo y, a pesar de que le siguió dejando una cantidad que a Sandra le parecía exagerada, restringió su acceso libre a las cuentas de la Casa Sanlúcar. Ahora no es el momento de reprochárselo.

Es hora de ayudar a su padre: está en un atolladero y no sabe cómo salir de él. Le encantaría dejarle ahí, dar media vuelta y salir de la habitación, pero le conviene echarle una mano.

—Le dejaste a tu amante los diarios y la cruz y ella se los entregó a cambio de un dinero, ¿no es así?

Él la mira de manera grave antes de contestar.

—Sí. Me convenció de que no sería una venta, solo sacarían unas fotografías y, en caso de que fueran del interés del marchante, nos pagarían por exponerla. Me pagó una cantidad y me dio todo tipo de garantías. Mi abogado se desplazó a Italia y habló con la galería, una de las más importantes de allí.

»Es evidente que se trataba de un auténtico profesional, fue un engaño en toda regla.

—¿Qué hay de los documentos? El inspector dice que había unos documentos mencionados en los diarios.

—También se los llevó. Estaban guardados en otro apartado, pero tu madre es muy meticulosa. Hace años que contrató el trabajo a un experto y estaba todo debidamente catalogado en los libros, solo tuve que buscar en qué lugar se encontraban.

—Lo que no entiendo es cómo sabes que María tenía esos documentos.

—Ella se puso en contacto conmigo algún tiempo después. Al parecer, el supuesto ayudante del marchante italiano era un amigo suyo. Me pidió disculpas por el engaño, dijo que en cuanto averiguara lo que necesitaba me los devolvería.

»Lo hizo, pero se quedó con la cruz, porque según ella aún la necesitaba. Me enfadé muchísimo, pero no hubo forma de convencerla; me pidió mil disculpas y me juró que me la devolvería.

»Después ya sabes lo que pasó. Me sentí tan culpable que decidí mencionárselo a tu madre. ¿Y si nunca la recuperábamos? Entonces, bastante asustada, me contó su conversación con tu amiga. Fue un

cúmulo de casualidades. Si tu madre hubiera sabido que tú le prestaste los diarios y que por lo tanto ella conocía su existencia, no se lo hubiera negado. Habría podido decirle cualquier cosa verosímil, pero le dijo que no los teníamos. Ella no la creyó y esto obligó a tu amiga a utilizar otros métodos para conseguirlos. La falta de comunicación entre nosotros hizo el resto.

—Papá, ayúdame, tienes que saber dónde los ha podido esconder.

—Es posible que tu madre los guarde en la caja fuerte de su habitación —dice por fin.

—No sabía que teníamos una caja fuerte.

—Siempre las hay en casas como esta, Sandra.

—Claro —dice tras pensarlo unos segundos. Para ella es una casa normal, pero es evidente que no lo es—. Necesito que la abras.

—No dispongo de la contraseña, pero conozco muy bien a tu madre: sé dónde puede guardarla. Nunca he tocado esa caja —dice al ver la mirada de su hija—, no soy tan indigno como pensáis.

«Bueno, papá, un poco sí», piensa Sandra.

—Ella lo guarda para que yo no intervenga en caso de su fallecimiento y seas tú quien se haga cargo de todos los asuntos.

Su padre no dice nada más, solo se dirige al lugar donde se encuentra, seguido por Sandra. Dos minutos después abren la caja fuerte de la Casa Sanlúcar.

32. Un favor

A Berta no le gusta demasiado el encargo.

Ya sabemos que a Berta lo que no le gusta es trabajar. Sin embargo, Teresa ha sido muy sutil y se lo pide como un favor personal. Que si Moreno la ha cargado excesivamente de trabajo, que si está muy angustiada, que si no se siente capaz de sacarlo adelante…

Teresa conoce un poco la historia de la secretaria. Es lo que tiene ser policía. Atas cabos. En la sala de café, la secretaria le da pinceladas de su vida. No podríamos decir que sean amigas, pero Berta la ha elegido como la única persona del departamento con la que quiere hablar.

El despacho de Teresa, situado al lado de la mesa de la secretaria, hace el resto. Permite que escuche conversaciones con su madre, una anciana que vive con la hermana de Berta en otra parte del país.

Y ata cabos.

Niña gordita, no demasiado agraciada y despreciada por su madre, cuya hija mayor, bella y alegre, atrae todas sus atenciones. Si unimos a eso que es hija del hombre al que amó de manera casi enfermiza, aunque la abandonara, casándose después con un pusilánime con dinero al que utilizó y con el que tuvo a su segunda hija, vivo retrato de su padre y con la que engordó más de lo debido, tenemos la historia completa.

Puede que parezca un cuento de niños, pero los malvados existen.

Están por todas partes y si no, que se lo digan a ella.

Total, que tenía una niña acosada en el colegio y que no recibió la menor ayuda por parte de su madre, sino todo lo contrario.

Fin de la historia.

Teresa ha querido decirle en más de una ocasión que lo mejor para ella es mantenerse alejada de su madre, incluso telefónicamente, pero hasta el momento no se ha atrevido. Lo tiene pendiente.

Cuando Berta acepta ayudarla, Teresa se lo agradece profundamente y bajar a tomar una cerveza a la salida del trabajo se

convierte en algo, si no habitual, sí esporádico. En sus momentos de cerveza, la agente empatiza con Berta y le cuenta algún secretillo. La secretaria se queda estupefacta al oír que Teresa también ha sufrido acoso escolar debido a su sobrepeso. Ahora es una mujer delgada, de complexión, eso sí, atlética y fuerte, pero no le sobra ni un gramo de grasa, a su entender. Y le dice que no le resulta nada fácil llegar hasta ese peso y que cada día representa un reto seguir manteniéndose «sana», esa es la palabra que utiliza. Promete que le pasará el teléfono de su médico dietista y se ofrece a hacer deporte con ella por las mañanas antes de ir a la oficina. Algo moderado, para empezar.

Berta, en contrapartida, se toma muy en serio su trabajo y en una semana ha eliminado prácticamente el noventa por ciento de la lista que le entrega la agente.

A pesar de que ha sido fácil descartar a bastantes no residentes en España, el trabajo ha sido arduo y laborioso; ha tenido que estar en contacto con compañeros de otras policías europeas para corroborar a ciencia cierta que esas otras armas no se encontraban en territorio español en la fecha de las muertes. Para ello ha tenido que revisar múltiples informes, billetes de avión, comprobantes de hoteles que le han enviado sus compañeros europeos y que ha examinado uno a uno. Ha merecido la pena, porque solo le quedan veinte catalogadas y registradas.

Ahora tiene que encontrar a los dueños.

No se le ocurre cómo hacerlo; al fin y al cabo, ella no es policía, solo una administrativa que trabaja, eso sí, rodeada de ellos. Y claro, ha escuchado cosas. Cosas que le han permitido aprender algunos trucos.

Por supuesto, no le va a preguntar al antipático de Moreno cómo puede encauzar sus pesquisas. Jorge no le cae bien, aunque no sabe muy bien por qué. Muchas veces no puede evitar sonreír cuando habla: es muy gracioso con ese acento andaluz y sus palabras en caló. El departamento, incluida ella, se ha acostumbrado a oírle decir «acana» cuando quería algo ya, o «achanga a ese» por sujetar. Seguramente no tiene ninguna razón, pero aun así le cae mal. Y a Teresa no quiere preguntarle, porque necesita que se sienta orgullosa cuando le muestre la lista de los coleccionistas que tienen algún arma como aquella.

Entonces se le ocurre que quizás haya algún club de amigos de

las pistolas o algo así, o que expertos en armas se publiciten por internet. Sí, seguro que encontrará algo en internet, para algo tienen que servir las múltiples horas que dedica a las redes.

Decidida, teclea «amigos de armas de fuego».

Encuentra un foro y comienza a leer.

Hay que tener paciencia, porque, en la red, cada loco con su tema. Uno que, mientras pescaba, ha encontrado un arma en un río, hace una foto pensando que era un arcabuz y la publica; los demás le dicen que no es lo que piensa y que será mejor que la lleve al cuartel de la Guardia Civil más cercano, por si ha estado implicada en algún crimen y por eso la han tirado al río. Se entretiene porque le hacen gracia los comentarios cuando el que la ha encontrado se asusta al pensar que le pueden implicar si el arma tiene algún delito de sangre. Y claro que puede pasar, lo ha visto algunas veces en su trabajo: gente a la que se implica sin tener nada que ver en el delito y se las ven y se las desean para desenmarañar el entuerto.

Todo esto no la lleva a ninguna parte y Teresa le ha dicho que no se entretenga. Se fija en los nombres de los foreros y decide solicitar ayuda al equipo de informáticos. ¿Podrían averiguar la dirección o el teléfono de alguno de ellos mediante la IP?

«Claro que sí», le dicen, pero están extrañados por la petición; y ella, que es Moreno quien se lo ha pedido. Una hora después está llamando al que le parece más entendido que los demás: un forero llamado Caballero de Arévalo.

33. La señora de Osuna

Teresa acude al domicilio de la señora de Osuna y Toledo por indicación de esta; le ha enviado a una empleada para darle aviso de que necesita hablar con ella.

Vestida con una sonrisa cálida, que a Teresa le produce sensación de dulzura, la anciana la espera. Ya hemos dicho que Teresa ve en los ojos de la señora Osuna a su abuela y la anciana siente el calor, por eso se establece entre las dos una relación de cariño difícilmente explicable. La mujer le ofrece té y le indica que se siente. Ella acepta gustosamente. Mientras esperan a que lo sirvan, Teresa le pregunta:

—¿Qué tal se encuentra?

—Me encuentro bien, Teresa; muchas gracias por preocuparse por mí.

—Me alegro mucho, señora. Dígame: ¿por qué me ha llamado?

—La he llamado porque hay algo que no le conté la última vez y creo que debo hacerlo. Es una historia un poco extensa. Le ruego que no me interrumpa para que no pierda el hilo.

Teresa asiente.

—Hace muchos años, cuando tenía dieciocho, me enamoré perdidamente de un hombre y me quedé embarazada. Él era algo mayor, estaba casado y no pertenecía a la clase de familia con la que las chicas como yo se casaban. Aunque su linaje gozaba de mucho prestigio, se habían dedicado a la práctica de la medicina y no alcanzaban el estatus del nuestro. Por ese motivo, mis padres no quisieron que me quedara con el bebé. Me llevaron a casa de una tía mientras duró el embarazo y después intentaron forzarme para que entregara a mi hijo cuando naciera. A pesar de mi juventud, me negué, pero en aquellos tiempos las cosas no eran tan fáciles y menos para una chica de familia acomodada como la mía. En mi empeño conseguí, sin embargo, convencerlos de que el niño se quedara con su padre, así yo podría saber dónde estaba, verle aunque fuera en la distancia y saber que estaba bien cuidado. La mujer del padre de mi

hijo no podía concebir y lo aceptó de buen grado, a pesar de saber de dónde procedía el pequeño. Afortunadamente para ambos, le quiso de manera incondicional, como si lo hubiera llevado en su seno. Seis años después, desgraciadamente, ella falleció. Entonces le pedí a su padre que me permitiera visitarle regularmente, ahora que ya no podía hacerle ningún daño a su esposa, y él no me puso impedimento.

La mirada de la anciana se queda anclada en el pasado. Teresa espera a que vuelva.

—Aún me amaba, pero eso ya no importa —dice con tristeza—. Para entonces, ya estaba casada, pero mi hija aún no había nacido, lo que me permitía acudir a esos encuentros con el pequeño en secreto. Mi hijo siempre creyó que yo era una tía cercana de la familia de su madre. Así fue durante mucho tiempo, hasta que fue lo bastante mayor y su padre consideró que debía decirle la verdad. Increíblemente, el muchacho lo aceptó y me regaló todo su cariño; habían sido muchos años de relación conmigo y yo siempre le demostré un profundo amor. Figúrese: era mi hijo, lo había perdido y por esas cosas del destino lo recuperé, aunque no de la forma que me hubiera gustado.

»Como ya le he dicho, su padre descendía de una familia muy prestigiosa de médicos y él también quiso dedicarse a la medicina. A través de mis empresas me hice cargo de todos los gastos que supuso que estudiara en una de las universidades más prestigiosas del mundo.

La señora Osuna hace una larga pausa y continúa:

—Hace cinco años, mi hijo vino a verme para anunciarme que se marchaba de viaje durante un largo periodo de tiempo. Quería que me encargara de un pequeño cofre de plata tallado con el escudo de la casa de Osuna que le había regalado cuando era niño. Allí guardaba unos documentos muy importantes para él y no quería llevarlos, porque el viaje sería largo y temía que pudieran perderse. Por supuesto, le aseguré que se los guardaría y con mucha pena nos despedimos.

»Una semana después me llegó la noticia de que mi hijo había muerto.

Teresa abre la boca para hablar. La señora levanta la mano extendida y mueve la cabeza a ambos lados para detener unas palabras que le producirían un dolor tan vivo como el que sintió cinco años atrás. Teresa entiende el mensaje, relaja su rostro y permanece

en silencio.

—Guardé, como le he dicho, el pequeño cofre que me había entregado, ahora con mucho más cuidado, con mucho más amor. No sabe lo que significa perder dos veces a alguien a quien se ama de manera tan extraordinaria. Nunca lo abrí, nunca supe lo que guardaba en su interior. Él me dijo que solo era importante para él y yo le creí.

Vuelve a hacer una pausa. Todo el relato lo hace con la mirada perdida, inmersa en su propia historia. Toma un sorbo de té, seca sus labios graciosamente con una servilleta y continúa.

—Hace unos meses, María vino a verme. —Teresa se revuelve en la silla inquieta, pero sin articular palabra—. Solo Rosa, su madre, la propia María y Nerea, mi fiel acompañante, a la que ha visto usted antes, sabían de la existencia de mi hijo. Ni siquiera quise decírselo a mi hija; ya habrá comprobado que no existe una relación cercana entre ella y yo. Siempre tuve más complicidad con María y por supuesto con mi hijo. Creo que ella lo notaba y se iba alejando cada vez más de mí sin que yo pudiera evitarlo. Sin embargo, de alguna manera lo intuía, por esa especie de lazo invisible que existe entre los hermanos y porque Manuel, mi hijo, la quería profundamente y ella le correspondía. Pasaban mucho tiempo juntos cada vez que venía a vernos, algo que hacía desde la muerte de mi marido.

»María me preguntó si Manuel me había dejado algo antes de partir y yo me mostré muy intrigada por la pregunta. Entonces me contó que casualmente, y con mucha sorpresa al comprobar el apellido, había encontrado algo en unos documentos muy antiguos que esa amiga suya con la que vivía le había prestado.

»Hablaban de una investigación que se realizó en la Universidad de Alcalá de Henares en 1499. Había tres investigadores de apellidos ilustres pertenecientes a familias muy prestigiosas y una de ellas era la del padre de mi hijo. María recuperó los documentos que pertenecían a la familia de su compañera, a la que no le había mencionado nada porque quería mantenerlo en secreto.

»Por lo que me dijo, la información de los documentos de su amiga estaba incompleta y quería saber si en los que yo guardaba podía estar lo que buscaba.

Teresa no puede contenerse más y de manera apresurada pregunta:

—¿Lo encontró, encontró eso que dice?

—No lo sé a ciencia cierta, pero, por su actitud, es probable que sí. No quiso decirme nada más. Dijo que era mejor que no lo supiera y cuando, debido a su visita, mi hija me comunicó que la habían asesinado, tuve conciencia de que lo que había guardado durante esos años era algo importante y que el hecho de no haber sufrido ningún percance ni mi hija ni yo se debía a que nadie sabía que Manuel Salazar era mi hijo. Entonces tuve miedo, no por mí, claro (la vida me está regalando un tiempo que no merezco), pero sí por mi hija; por eso no quise contárselo cuando vino la otra vez.

—¿Por qué me lo cuenta ahora?

—He pensado mucho sobre ello. El miedo por ella me tenía paralizada. He perdido a mi hijo y a María por la información que porta ese cofre, estoy segura. Pero el temor no es más que un signo de cobardía, algo que los malvados utilizan para someternos. Y, aunque le parezca raro, fue mi hija la que me convenció de que debía contárselo.

—¿Quién era la otra familia?

La señora Osuna la mira sin comprender.

—Ha dicho que eran tres familias: la familia Sanlúcar, la de su hijo y una tercera. ¿Quién era?

—Eso no lo mencionó, lo siento.

Teresa no puede disimular su fastidio.

—Señora Osuna, es muy importante que intente recordar cualquier cosa que María le dijera relacionada con el lugar donde puso el cofre que usted le entregó. Cualquier cosa, aunque no lo crea importante, puede ser de gran ayuda.

—Créame, si supiera algo más se lo diría, pero le prometo que pondré todo mi empeño en ello.

Teresa sonríe.

—Ha sido usted de gran ayuda, señora Osuna, no puede imaginar cuánto.

Teresa se despide de la anciana y le dice que si recuerda o encuentra algo que crea que les puede ser de utilidad, se ponga inmediatamente en contacto con ella.

Sale de la casa y marca el número del inspector para decirle que debe verle urgentemente.

34.1. El viaje

Sandra mete los documentos en una caja destinada a contener material sensible y la guarda en el maletero de su coche, aparcado en el patio trasero del palacete. No quiere que su madre pueda toparse con la caja por casualidad. Elabora una excusa que impida la oposición de su madre para poder marcharse. Un material tan preciado debe entregarlo personalmente a Moreno. No le llama. Recuerda sus palabras aconsejándole que no lo haga: «Si encuentras algo, ven a verme y no hables con nadie».

Cuando su madre llega, tiene preparado el equipaje, que guarda ella misma en el coche, ante las protestas del personal de la casa. Es una conversación breve en la que la señora Sanlúcar se muestra disconforme por su partida, pero no puede hacer nada por disuadirla. Se despide de ella y sale del palacete a toda velocidad, ante la mirada preocupada de su madre.

34.2. La cruz

En Madrid, en el mismo momento en que Sandra sale del palacete, Moreno se encuentra en la cafetería donde habitualmente se reúnen.

Ha convocado allí una reunión con sus colegas. Podríamos decir que percibe que está vigilado en las dependencias del EMAD, pero, tratándose de Moreno, está seguro de ello. Solo él sabrá por qué se siente más seguro allí, una de esas tonterías que tenemos los humanos, que nos hace sentirnos a salvo en según qué sitios. Aunque puede que el inspector tenga razón y el asesino no tenga tanto control en la cafetería.

Mientras espera a que lleguen sus compañeros, reflexiona acerca de lo que le ha dicho Teresa al salir de la casa de la señora Osuna. Y coincide con lo que ya saben por King y el propio Ricardo Munaín. El interés de María estaba relacionado con unos documentos y una cruz, pero ahora el motivo de los asesinatos parece ser muy distinto al que han barajado todo el tiempo, ya que la señora Osuna habla de una investigación acontecida en la Universidad de Alcalá de Henares en 1499. Y si el motivo es otro, todo cambia, ¿o no? Un sinfín de preguntas rondan en su cabeza. ¿Qué había encontrado María en esos documentos? ¿Por qué estaba en el monasterio? ¿Había quedado con su asesino deliberadamente allí? ¿Dónde había guardado los documentos y la cruz? Y, lo más importante, ¿qué demonios tenía eso que ver con un alto cargo?

La puerta de la cafetería se abre para dar paso a sus tres compañeros y sacarle de sus pensamientos. Piden un café cargado: les espera una jornada de trabajo exhaustiva y hay que poner las ideas en claro y decidir qué hacer a partir de ahora.

Moreno no se entretiene en excusas acerca del lugar de la reunión, sabe que trabaja con lo mejorcito del departamento. Tontos no son, pero espera que no hagan preguntas al respecto. Saludos y cafés. Y la reunión comienza con las palabras de Moreno.

—Bien, esta es la cronología de los hechos a la que hemos llegado

hasta ahora. Corregidme si no estáis de acuerdo en algo… Sandra y María tuvieron una inocente conversación acerca de unos objetos pertenecientes a la familia Sanlúcar. María se entusiasmó, le pidió ver los diarios a la chica y esta, sin ningún reparo, se los prestó. María encontró algo que le llamó especialmente la atención y, como ya sabemos, se lo comentó a Munaín, pensando que la ayudaría a buscar los documentos y datos sobre la cruz. Añadiré que creo que ella aún no sospechaba nada grave, por eso le solicitó ayuda a Munaín. —Esta última apreciación sobra, claro, pero Moreno la da porque sí, porque conoce a María y punto—. Según Teresa, y a mí me parece muy verosímil, alguien del departamento al que Munaín preguntó, probablemente sin ninguna intención, levantó la liebre y es por eso por lo que entran en casa de los Sanlúcar y atacan al aya, buscando la cruz o los documentos. Ahora sabemos que algún tiempo después Ortega prohíbe a María seguir investigando, orden que ella ignora. Entonces le pide la cruz a la madre de Sandra y cuando niega su existencia, para ella fue un empujón para seguir husmeando.

«¿Verdad, María?» Moreno sonríe y sus compañeros le miran extrañados, porque esta última frase no la ha pronunciado el inspector.

—El personaje del que habla todo el mundo como acompañante es King, eso seguro. Él admite que recuperó los documentos mediante una amiga del padre de la chica, pero no sabe qué contenían. Llamadme iluso, pero me lo creo. Lo mejor que puede hacer alguien con ese trabajo es saber lo menos posible y seguro que María tampoco le dio demasiada información.

»Y luego está el cofre. En mi opinión, se siente tan sorprendida como nosotros de esa relación de los objetos con los Salazar, a los que considera como su propia familia, y por este motivo se interesa especialmente por la investigación. Ignoramos si hizo una visita a la universidad o si en realidad no necesitó hacerlo porque todo estaba en los documentos de los Salazar, pero, lógicamente, nosotros sí tenemos que hacerla y quiero que os encarguéis vosotros —dice señalando a Teresa y Jose—: poneos en contacto con ellos y decidles que iremos a revisar todos los archivos que estén relacionados con los Salazar y los Sanlúcar. Quizás encontremos allí el nombre de la familia que nos falta.

»Por otro lado —se dirige a Jorge—, ¿has averiguado algo sobre

dónde puede estar el santo grial?

—Sí, y he de confesar que me resulta una historia fascinante. San Donato menciona que Lorenzo encomendó la copa de la cena a «Precelio, natural de la ciudad de Hippo, en Carpentánea». Según varios historiadores, esta persona fue un soldado español en las legiones romanas. Es lógico que Lorenzo confiara esta misión a un español, con instrucciones de llevar la reliquia a sus parientes, que todavía residían en Huesca. Aunque algunos escritores españoles suponen que Lorenzo envió la copa a sus padres, Orencio y Paciencia, la evidencia histórica muestra que Lorenzo se fue a Italia con ellos y que fue martirizado en la vía Apia hacia 246. Sin embargo, los padres nacieron en Huesca. Tenían una hacienda en Loreto antes de huir a Valencia por las persecuciones en España en esa época y los historiadores antiguos están de acuerdo en que Lorenzo nació en Valencia. Según estas fuentes, uno de esos parientes fue Enola, la hermana menor de Paciencia y madre de san Vicente. Vicente se bautizó en la iglesia de San Pedro el Viejo, en Huesca, donde también se cree que pudieron esconder el grial.

—Así que tenemos Huesca, Loreto y Valencia.

—Exacto. Tú me dices por dónde empezamos.

Moreno se demora unos segundos, la mirada al frente, como ido. Está raro, pero sus compañeros no dicen nada. Le han visto alguna vez de esa guisa y esperan. De repente dice que por Valencia. Y no les explica el porqué de esa decisión. No lo explica porque ni siquiera él está seguro, pero los susurros están ahí, empastillado o no.

—No podemos pedir una orden. Me temo que esto vamos a tener que hacerlo por nuestra cuenta; prefiero que no se informe a nadie más. Es posible que, por su trabajo, María conociera al deán de la catedral. Nos pondremos en contacto directamente con él y veremos si acepta nuestra visita.

—¿Y Ramón? —señala Teresa—. Es el principal sospechoso que tenemos. ¿Cómo encaja aquí la venta de piezas de arte a la que se dedicaba? Hemos revisado toda la casa, pero no hay ningún documento que acredite que la actividad que realizaba extraoficialmente fuera «ilegal» en el más estricto significado de la palabra.

—¿A qué te refieres? —pregunta Jose.

—Pues a que muy ético no era. El reglamento para personal

militar especifica que no se debe desarrollar ninguna actividad extra si se saca provecho del destino en el que se está y obviamente Ramón no cumplía esos requisitos. Aparte de esto, por lo que hemos podido constatar, las piezas con las que especulaba no procedían de ninguna ilegalidad.

—Pero ¿y el *Decamerón*? Pertenecía a la familia de su amiga.

—Sigue estando en poder de ellos…

—Ya, pero ¿por qué iba a tener esas fotografías? Es absurdo. Está claro que quería venderlo.

Teresa se encoge de hombros.

Cierto, todo apunta a que la fotografía estaba allí para mostrársela a un posible comprador.

—¿Y la mujer? No me creo que no sepa el nombre de ningún cliente —sigue Jorge—. Vamos, que no cuela que ella no supiera nada. Vive en una casa que ninguno de nosotros podrá jamás comprar, a no ser que nos toque la lotería.

—Estoy de acuerdo —interviene Alberto—. Pero eso no demuestra nada, salvo que, como dice Teresa, la actividad de Ramón no fuera del todo ética.

—¿Y sus cuentas? Alguien tuvo que pagarle y estará reflejado en algún sitio. Quizás podamos seguir la pista de alguno de sus clientes.

—Tiene una cantidad ingente de dinero en el banco. Podría vivir tres vidas sin dar palo al agua —contesta Teresa—, pero las transacciones se hicieron mediante empresas, no hay un nombre específico. Habría que involucrar a algún experto del departamento y eso…

—Eso no va a ocurrir, de momento —dice Alberto tajante.

—Quizás yo pueda ayudar… —apunta Jose—. Conozco a alguien. Un amigo. Trabajó en una de esas multinacionales que necesitan esconder dinero y cuentan con gente muy lista que sabe hacerlo.

—Okey —dice Alberto. Es arriesgado sacar esa información de su círculo, pero sabe que si el agente lo plantea es porque confía plenamente en ese confidente—. Llámale.

—No me va a ser fácil conseguir la ayuda de Valverde después de la última negativa —dice Teresa, porque sabe que la necesitará para agilizar su visita a la universidad.

Moreno no dice nada, ya lo hace Jorge por él.

—Pues tendrás que ser más convincente.

Teresa no contesta, porque las ganas de darle una patada en los huevos a Rivera cada vez son más fuertes.

34.3. Un amigo

Hacía tiempo que un amigo le recomendó subir a Madrid por la carretera de la Plata y después enlazar con la A-5. Tras comprobar que, efectivamente, era más rápido, a partir de entonces Sandra siempre viaja por ahí. No tiene que pasar Despeñaperros y su reducción de velocidad y evita los radares colocados en los tramos de esas limitaciones. Además, puede parar en Mérida, una ciudad que siempre le sorprende, y aprovechar para comer algo.

Coge el desvío y se adentra en una carretera de doble sentido. En la radio sonaba por enésima vez *Te he echado de menos*, de Pablo Alborán. Se dispone a cambiar de emisora y sonríe pensando cuántas veces la ha escuchado: la importancia de bombardear a los consumidores con algo, lo que sea, para meterlo a fuego en sus cerebros y conseguir que crean que les es imprescindible.

«Creamos», rectifica.

Entra en la ciudad y se dirige a su restaurante favorito. No está muy lejos. Hace frío y una caldereta de cordero extremeña le vendrá de perlas. No acostumbra a comer este tipo de platos, pero la tentación de degustarlo en Casa Benito es demasiado fuerte. A esa hora seguro que encuentra sitio y no tardará más de media hora.

Y que ella muy de bocadillos no es.

Aparca en un *parking* subterráneo que el restaurante tiene habilitado y saca la carpeta del maletero. Quizás pueda echarle un vistazo mientras come. Sale del coche. Antes de que pueda reaccionar, alguien la sujeta por la espalda, la empuja y aplasta su cara contra el vehículo. La carpeta y el bolso caen al suelo. Sandra siente un fuerte golpe en la cabeza que le hace perder el equilibrio y caer. Semiinconsciente, observa como un hombre se desploma a su lado, la cara pegada a la suya, los ojos abiertos.

Muerto. Y entonces ella se sumerge entre tinieblas.

Cuando despierta, está sentada en el asiento del copiloto de su coche. Un hombre desconocido conduce.

—Buenos días, princesa —dice—. No te asustes —continúa al ver su confusión—. Soy amigo de Moreno; me pidió que te echara un vistazo. Ya puedes darle las gracias: ese hombre iba a matarte. He hablado con el inspector. Tengo que llevarte sana y salva a Madrid.

Escucha las palabras en letanía, pero son lo suficientemente tranquilizadoras para volver a caer en el mundo de los sueños.

35. Universidad de Alcalá de Henares

No le es fácil a Teresa conseguir una orden para acudir a la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares. Valverde se demora más de dos horas en las que ella tiene que emplearse a fondo para convencer al juez, incluida una invitación a café. Tiene que hablar con Moreno: esto cada vez le gusta menos.

Cuando llegan a la universidad, el responsable del archivo histórico ha salido a desayunar y tardará al menos tres cuartos de hora.

—¿Tres cuartos de hora? —dice Teresa a la chica de recepción, que se encoge de hombros.

No es de extrañar su pregunta: ellos apenas destinan diez minutos para comer y eso con suerte. El desayuno no forma parte de su vida laboral.

Una hora más tarde, el hombre regresa a su puesto de trabajo. La indignación de Teresa está en su punto más álgido y no lo disimula. Jose tiene que suavizar la tensión. Necesitan que el funcionario esté de su parte, de lo contrario, es probable que no «encuentre» lo que han ido a buscar. Los acompaña por un laberinto lleno de papeles y libros polvorientos y descuidados hasta un cuartucho destartalado en cuyas estanterías se apilan millares de carpetas y cajas. El funcionario los prepara diciendo:

—Muchos años han desaparecido. No podemos guardar tanta información, no hay espacio físico, y es probable que algo tan antiguo ya no esté por aquí.

Jose le mira incrédulo y comenta que cómo es posible que papeles, anotaciones, estudios con tanta antigüedad puedan ser desechados sin más. El hombre levanta los hombros en señal de «y a mí qué me dice» y Jose comprende que nada de lo que hay allí tiene importancia para aquel individuo, que, como mucho, cumple con las horas establecidas, a las que, si puede, les roba minutos para su propia conveniencia, ese es todo su cometido.

Le parece muy triste que alguien pueda dedicar tantas horas a algo que no le importa en absoluto y se alegra de que a él sí le guste su trabajo, a pesar de que le ocupa una importantísima parte de su vida. No hay duda de que es un privilegio que algunos no saben apreciar.

Pues allá ellos.

Diez minutos, ese es el tiempo que dedica a buscar. Finalmente, el hombre se rinde. Dice que allí no hay nada del año 1499, que lo siente, y sin más los invita a que salgan. El agente no puede creer que estén tan cerca y que la desidia del funcionario acabe con una vía tan importante en su investigación y, resuelto a no resignarse, le indica que ellos se quedan un rato más para seguir buscando.

—No puedo dejarlos aquí solos.

—Pues no se vaya, no nos molesta.

—Tengo que atender mi trabajo, no tengo todo el día.

—¿De verdad? —dice Teresa sin que Jose pueda ya detenerla—. ¿Y qué va a hacer? ¿Irse a tomar el aperitivo?

—Oiga, señorita, no le consiento que me hable usted así, yo cumplo con mi trabajo.

—Desde luego, ya lo hemos visto. Verá: yo sí cumplo con el mío y no me voy a ir de aquí hasta que no encuentre los documentos. Llame usted a la policía —dice sarcástica.

—Ya le he dicho que no hay nada de esa fecha.

Antes de que Teresa pueda volver a contestar, Jose interviene contundente.

—No sabemos realmente qué estamos buscando. Usted se ha dado por vencido demasiado pronto, pero nosotros no. Tiene dos opciones: quedarse y vigilar lo que hacemos, o marcharse a esa mierda de guarida que tiene y dejarnos en paz de una puta vez. Usted elige.

El hombre no contesta, da media vuelta y sale de la habitación maldiciendo.

«¡Toma ya, gilipollas!», piensa Teresa, con la vista clavada en su compañero.

—¿Qué? —dice él.

—Nada, nada —contesta ella con una amplia sonrisa.

Durante más de tres horas revuelven documentos, buscan cualquier papel que pueda estar datado en esa fecha, sin éxito. La desesperanza hace mella en ellos. Están a punto de tirar la toalla

cuando una mujer de aspecto amable, con gafitas de intelectual, pelo lacio y sonrisa taciturna, entra en la estancia. Alguien le ha dicho que están buscando datos de 1499.

—Aquí no los van a encontrar —dice tímidamente.

Los agentes se desploman decepcionados. Al ver su desasosiego, la muchacha dice:

—¡Oh!, pero no se preocupen. Como aquí no tenemos mucho trabajo, hace tiempo que me dediqué a escanear y catalogar toda la documentación relativa a las investigaciones realizadas en la universidad y precisamente ese año está catalogado y guardado en mi ordenador.

Jose se acerca a ella y le da un gran beso en la mejilla. La chica se sonroja. Gracias a Dios existen más funcionarios como ellos que se dejan la piel en su trabajo.

Nadie la ha obligado, nadie se lo ha ordenado, pero es ayudante del responsable del archivo y pensó que estaría bien hacerlo antes de que aquellas joyas documentales se perdieran, ¡y aquel tipo es su jefe! Una vez más prima el peloteo y la inoperancia frente a la eficacia y el anhelo de hacer algo positivo, algo que no tenga que ver con el beneficio de uno mismo.

Jose se deshace en agradecimientos. Ambos la acompañan a su ordenador. Buscan investigaciones en las que algún miembro de las familias Sanlúcar o Salazar estuviera involucrado y treinta minutos después se topan con unos estudios relacionados con una enfermedad llamada «oncos» y que obviamente se trata de cáncer.

Aquella información, además de extrañarles, no les es útil *a priori*. Ellos no entienden de medicina y es evidente que van a necesitar la ayuda de especialistas para revisarla; pero lo que han venido a buscar se revela nítido.

El apellido de la familia que les falta.

Una familia muy conocida en España, incluso quinientos años después.

Con la orden de Valverde en la mano, requisan el ordenador que alberga la información y salen de la universidad; allí ya no hay nada que hacer.

36. Caballero de Arévalo

Solo el nombre ya le resulta atractivo y está deseando conocerle. Por teléfono, el hombre se muestra algo preocupado por la llamada, pero ella sabe calmarle: solo quiere que le informe como experto del arma en cuestión. Según ha leído en el foro, parece ser un entendido en esa pistola en particular, por eso le parece el más idóneo para consultarle.

A Berta le entusiasma la idea de llevar a cabo una investigación tan fascinante y prefiere viajar a Arévalo en lugar de dejar que venga el experto a Madrid. Una simple secretaria como ella se ve envuelta en unas pesquisas que podrían esclarecer nada más y nada menos que los asesinatos de sus dos compañeros. Como en las películas. Sonríe pensando en ello mientras busca a alguien a través de la ventanilla del vagón del tren.

Sentado en un banco del andén, un hombre de unos cuarenta años espera. Sus piernas inquietas van rítmica y acompasadamente de arriba abajo, consolidando un movimiento rápido y fastidioso. Aunque con unas entradas prominentes, su cabeza aún exhibe bastante cabello. Su indumentaria, alejada de cualquier extravagancia, se basa en un pantalón vaquero y una chaqueta arrugada de corte antiguo que cuelga en pico a ambos lados. Le va pequeña. Berta imagina que la ha guardado esperando poder volver a utilizarla algún día. Cuántas veces ha hecho ella lo mismo. Cuántas cajas guardadas en el trastero, albergando prendas que año tras año no ha podido volver a ponerse.

Baja del tren. Él sabe inmediatamente quién es. Se reconoce en ella y la atracción telefónica que ha percibido y que ha permitido su encuentro se traslada al plano real. Es algo mutuo. Como saludo se dan dos besos contenidos, tímidos, y se encaminan a un coqueto restaurante en el centro del pueblo para comer. Durante una hora no hay nadie más, ni siquiera el trasiego del restaurante, que se detiene para dos personas solitarias que ahora, por obra y arte de magia, ya no lo son tanto. Dos medias naranjas unidas por el mismo motivo. El acoso sufrido en la infancia y la adolescencia a causa de su peso.

Después de este lapso, Cristóbal, así se llama el Caballero de Arévalo, nombre que utiliza en el foro, cree conveniente abordar el motivo que ha traído a Berta hasta allí. Por fax ella le ha facilitado datos y enviado la lista con las veinte personas que faltan por localizar, pero aun así necesita saber exactamente lo que quiere.

—Como te dije, estoy buscando a los propietarios de alguna de esas pistolas. Hemos descartado a mucha gente, pero aún quedan los nombres de la lista que te envié. Es un arma propia de coleccionistas y he pensado que quizás en los círculos más profesionales podrían darnos alguna pista de cómo localizarlos, es decir, quería saber si tú podrías ayudarme con eso.

—No lo sé, francamente. Los coleccionistas de este tipo de armas no son muy dados a facilitar sus datos, pero antes de que vinieras he hecho algunas preguntas por ahí.

—Espero que no te hayas expuesto, ya te advertí de que debías tener mucho cuidado.

—No te preocupes, lo he tenido. La pistola en cuestión está muy cotizada, entre otras cosas porque después de esa edición no ha habido ninguna más; y aunque doscientas piezas puedan parecer demasiadas, no lo son en absoluto. Hay muchos más coleccionistas interesados en ella. Por eso, su precio se ha ido elevando considerablemente y algunas ya no están en manos del propietario inicial. El dinero es muy goloso, tanto más que el deseo de poseerlas. He conseguido casi todos los nombres de la lista que me facilitaste, pero hay concretamente tres que son muy reacios a revelar la identidad de la persona a quien se la han vendido.

—No lo entiendo. ¿Por qué iban a evitar dar sus nombres? Es una transacción mercantil sin más, ¿no?

—No exactamente. Hay motivos por los que quieren ocultar su identidad. El primero y principal es que es probable que el comprador sea un caprichoso que ni siquiera tenga permiso de armas, por lo que no puede poseer ninguna, y, aunque lo tuviera, la nueva normativa es muy estricta y la mayoría no cumplen los requisitos exigidos; por otro lado, seguramente la compra se hizo con dinero negro, y hablamos de grandes sumas. Y si además piensas asesinar con ella a alguien, pues figúrate.

—Claro. ¿Cuánto puede costar una pistola como esa?

—Rondará el millón de euros, más o menos.

—¿Has dicho un millón de euros?

—Si no es más.

—¡Joder! ¿Quién puede tener ese dinero en negro?

Le hace mucha gracia la expresión. Berta no le encaja en ese tipo de lenguaje. Pero, claro, ya sabemos lo poco imparciales que somos cuando hay amor por medio. Y él está enamorado desde el primer momento. Cupido le ha lanzado una flecha directamente al corazón. Y esas cosas no le pasan a uno todos los días: con que te pase una vez en la vida vas listo. Ella ríe también y después pide disculpas por la palabrota.

—Eso delimita mucho al comprador, no puede ser cualquier persona —dice Berta.

—Sí, pero dificulta encontrarle. Esta es la lista de los compradores originarios, aunque me temo que tu asesino no estará entre ellos. No creo que sea tan tonto como para utilizar un arma catalogada que tiene a su nombre.

—O sea, que solo faltan tres por identificar. Y tú crees que nuestro hombre está entre ellos.

—Exacto.

—La policía podría requerir de manera oficial el nombre de las personas a las que se vendieron esas tres armas.

—Si lo haces de manera oficial, se cerrarán en banda. No deben saber que hay una investigación policial de por medio. Tienes que dejarme a mí. Me he puesto en contacto con ellos como asesor de un coleccionista rico interesado en ella. Es un trabajo que he hecho otras veces. Por eso me conocen en este círculo y no sospechan de mí. Estoy intentando sonsacarles los nombres con la excusa de que mi comprador está dispuesto a pagar una suma superior al millón. Es una oferta que, cuando menos, querrán escuchar.

—Has dicho que no te habías expuesto y veo que no es cierto, y también has expuesto al vendedor. Puede que, si el asesino se entera de que estamos buscando el arma, se deshaga de la única persona que sabe quién la compró.

—Espero que no tengas razón. Le he ofrecido una comisión interesante por la gestión; es probable que no informe a su comprador de que andamos tras el arma.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Y tú? ¿Han podido rastrearte?

—No he utilizado métodos telemáticos de la oficina para encontrarte, lo hice desde mi teléfono personal, como me indicó Teresa, mi compañera, así que lo dudo mucho. En cuanto al fax, también te lo envié desde otro lugar.

—Entonces no habrá problema. No te preocupes, conozco bien este oficio.

El resto de la tarde lo dedican a pasear y charlar y al anochecer toman una cena rápida antes de que Berta regrese en el tren de las diez, con la firme promesa de volver a verse.

Sin pistolas de por medio.

37. Embrollo

«Vaya, esto es muy interesante», piensa mientras deshace el galimatías de las dos empresas que han realizado pagos en la cuenta que le ha pasado su amigo. La persona que lo ha ideado es un genio, casi tanto como él. Y los genios no trabajan para mindundis.

Ninguno de ellos pertenece a la administración de Hacienda, ellos tienen muchos y muy buenos, pero no de su nivel. Alguien así no trabaja por dos mil euros al mes a no ser que tenga el sentido de la honradez equivocado, porque ¿quién piensa que Hacienda obra de manera justa con los ciudadanos? Él no, desde luego.

Las leyes están para que el ciudadano de a pie soporte toda la carga impositiva mientras los que tienen dinero de verdad se van de rositas. Lo ha visto no una ni dos, sino millones de veces. De vez en cuando cogen a alguno, generalmente no demasiado importante, porque no tienen los cojones de ir a por uno de verdad. Artistas, pequeños empresarios, gente mediática. Los persiguen implacables como perros de presa, animales insaciables, bestias inmundas. Los chantajean y los obligan a pactar por miedo a que la cosa vaya a peor. Tienen el poder y las víctimas, por lo general, claudican, porque de lo contrario capaces son de destrozarles la vida.

El entramado de empresas que tiene delante es uno de los mejores que ha visto nunca. Administradores mancomunados en pequeñísimas sociedades que a su vez forman parte de otras, en sociedades pantalla.

Una *matrioshka* dentro de otra y así sucesivamente.

Tal maraña no se hace porque sí, hay un motivo. Por supuesto, esconder dinero y realizar transacciones ilegales o rayando en la ilegalidad. Si está bien orquestado, puede que no lo sea, pero los de Hacienda siempre encuentran la manera si van a por ti. Sin embargo, aunque consiga identificar a todos los administradores, que serán testaferros, le llevará mucho más saber quiénes eran los socios y tampoco está seguro de que la persona que busca su amigo fuera uno

de ellos.

A pesar de todo, Jose le ha pedido que continúe y eso es lo que piensa hacer.

38. Anaya

El resto del viaje ha transcurrido sin incidencias. Sandra llega aturdida a las dependencias del EMAD acompañada de Gerardo Anaya, gran amigo de la infancia de Moreno, que custodia no solamente a la chica, sino también la carpeta con la documentación. El inspector se alegra de haberle llamado, aunque su relación, por decisión de su amigo, estaba muy dañada desde muchos años atrás.

Moreno respetó esa decisión a la espera de que su amigo la retomara, ya que entre ellos no había ocurrido nada. Fue algo personal que afectó a Anaya después de la muerte de su mujer. Recordaba tantas anécdotas, tantos buenos momentos, que le dolió en el alma tal determinación. Al principio le llamó porque no entendía nada, llegaron incluso a decirse algunas cosas no muy agradables, y finalmente Alberto se enfadó de verdad. Pero en el fondo de su ser sabía que el cariño que ambos se profesaban acabaría por triunfar.

Solo debía esperar.

Esperó y esperó hasta que, entristecido, tuvo que admitir que quizás se había equivocado y que el amor de un amigo a veces simplemente se evapora como si no hubiera existido jamás.

Pero ahora está allí ayudándole, corroborando lo que siempre había creído. Solo ha hecho falta una llamada en la que no hubo ninguna disculpa por parte de ninguno. Cuando le ve entrar, se pregunta cómo es posible que se hubieran alejado de esa manera y se da cuenta de que después de su bajada a los infiernos, cuando lo de Emma, le comprende perfectamente. Se lamenta de no haberlo hecho antes y haber pensado solo en él. ¿Por qué no pudo entenderle? Ahora ya no importa.

Anaya se adelanta para saludarle, ambos se miran y en silencio se funden en un abrazo. Después se vuelve hacia la chica y se pregunta si podrá quererla como se merece.

Ahora no, todavía no.

Se acerca a ella, la saluda con dos besos y le pregunta cómo se

encuentra.

—Asustada —dice sin más.

—No debes preocuparte. Si no me equivoco, ya no tienen motivos para hacerte daño. Esta —dice, sujetando la carpeta que le entrega su amigo— es la causa del ataque.

—¿Cómo lo han sabido?

—Imagino que han colocado algún tipo de escucha en tu casa.

—¿Y mi familia? —dice asustada por esas palabras.

—He puesto vigilancia en las inmediaciones del palacete. No obstante, no creo que corran ningún peligro: lo que ellos quieren ya no está allí y, a juzgar por el ataque que has sufrido, lo saben. Te llevaremos al hotel para que descanses. Dejaremos un agente en la puerta, aunque, como te digo, ya no eres su objetivo.

Ella asiente y se dispone a marcharse con la agente designada para velar por su seguridad. Una vez solos, Anaya y él entran en la sala de reuniones, disponen la documentación en la larga mesa y constatan que, al igual que la que han requisado Teresa y Jose, habla de una investigación médica. Jorge entra cinco minutos después y saluda efusivamente a Anaya, al que conoce desde hace muchos años.

—Aquí está la documentación de los Sanlúcar —le informa Alberto—. Como imaginábamos, habla de la misma investigación.

—Tenéis montado un buen follón aquí —dice Anaya con acento marcadamente andaluz.

Jorge mira a Alberto sorprendido y extrañado porque Moreno haya compartido la información con él. El inspector le lanza una mirada tranquilizadora. Jorge continúa, no demasiado convencido:

—Sí, pero ahora al menos tenemos un presunto motivo y, dado que no tenemos ni idea de cómo interpretar esto, propongo llevar esta documentación y la de la universidad al CSIC. El director es un amigo de mi total confianza. Hay que tener mucho cuidado y elegir bien a dónde la llevamos —dice Jorge.

—De acuerdo. Es obvio que el motivo, tanto de los asesinatos como del intento de matar a Sandra, está aquí. No le llames, lo llevaremos personalmente. El tiempo se nos echa encima y tu amigo tendrá que ponerse a ello inmediatamente.

—No te preocupes, hablaré con él. —Tras despedirse de Anaya, sale de la sala.

Moreno y Anaya se miran y vuelven a abrazarse.

—No estás en forma, Moreno.

—Claro, comparado contigo, no —dice mirando su abdomen con una sonrisa.

—¡Qué *malafollá*, Moreno! Llevo mucho tiempo sin entrenar. Pero he vuelto y en un par de meses te doy sopas con honda. ¿Apuestas algo?

—¿Con Ray como entrenador? No tendrías ni la más mínima oportunidad de ganarme.

—¡Coño!, eso es verdad. ¿Cómo está Ray?

—Bien, amigo. Hemos pasado una mala racha, pero ahora está bien.

—Joder, Moreno, no sabes cuánto siento lo que te ha pa…

—Dejémoslo. No creo que ni a ti ni a mí nos venga bien esto.

Anaya hace un gesto de asentimiento antes de seguir la conversación.

—Tengo que volver a Sevilla.

—¿Tan pronto?, ¿no puedes quedarte unos días?

—Creo que es mejor que no. A Rivera no parece que le haya gustado demasiado mi presencia. No quiero crear ningún conflicto.

—Venga, ya sabes cómo es Jorge. Toma demasiadas precauciones, pero te aprecia mucho y sabe lo bueno que eres. Se le pasará.

—No, debo irme, pero escúchame muy atentamente: cuando cierres este caso, tómate unas vacaciones y vente a Sevilla. —Hace una pausa intencionada—. A verme a mí, no a esa rubia tan guapa —dice guiñando un ojo.

—No hay nada entre nosotros.

—Vale, vale. Tengo que irme ya, Moreno. No olvides lo que te he dicho. Te espero en Sevilla.

—Eso está hecho.

39. CSIC

Debido a que se trata de un trabajo relacionado con el cáncer, el doctor Ramírez, director del CSIC, invita a participar en la revisión a otros dos colegas del CNIO (Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas). Tres días después, Moreno y Rivera se reúnen con ellos.

—Durante tres días sin descanso hemos cotejado cada uno de los datos que los tres médicos han documentado y no creo que lo que voy a decirle sea de gran utilidad.

—Esperemos que se equivoque —contesta Alberto.

El doctor Ramírez asiente.

—Bien, la documentación es increíblemente interesante y, si nos lo permiten, nos gustaría poder contar con ella para nuestras propias investigaciones en un futuro. Los tres hombres llegaron muy lejos para la época, sin embargo, está incompleta y no presenta conclusiones importantes.

—Por favor, sea más específico.

—Lo que quiero decir, inspector, es que esta documentación no nos lleva a ninguna parte, aunque le diré que, si alguien continuó por ese camino, es probable que sí lo hiciera. Como le digo, se documentaron aspectos con los que nosotros no hemos trabajado nunca.

—Dice que está incompleta, ¿por qué?

—Porque en un trabajo como este es necesario realizar ensayos. No hay otra manera de comprobar que los estudios funcionen. Y en esta documentación no los hay, desde luego.

Moreno imaginaba algo así. María escondió el tercer legajo, así que un porqué debía de tener, teniendo en cuenta que al menos el de Sandra había estado en su poder. Pero uno tiene que hacer bien su trabajo. Por si acaso.

Así que espera que lo que buscan esté en el de la familia Salazar, porque María se tomó la molestia de esconderlo. Y muy bien, además. Imposible que haya muerto por tan poca cosa.

No se permite desanimarse. Tienen muchos caminos abiertos: la catedral de Valencia, el móvil, la pistola y la investigación que el amigo de Jose está siguiendo de las cuentas de Ramón. Están cerca, lo sabe, y también que el asesino está al tanto. Si se pone nervioso, cometerá errores. Y eso, lejos de gustarle, le asusta. Significa que puede haber más muertos y que Rodríguez perderá la paciencia.

Y está Suárez, que espera tener la mínima excusa para apartarle del caso.

Fácil no lo tiene el inspector.

40. El deán

La llamada al deán de la catedral de Valencia es un tanto extraña. Por lo general, casi siempre tienen dificultades cuando van a echar un vistazo sin orden judicial. Las autoridades religiosas no están obligadas a permitirles el paso sin una orden, pero el cargo más alto en la jerarquía de la catedral no les ha puesto ningún impedimento. Alberto tiene la corazonada de que esperaba la llamada.

El deán no le hace ninguna pregunta, solo contesta a las del inspector con voz afligida, lacónica, como si supiera cuál es el motivo de la visita y las circunstancias de la investigación. Alberto corrobora que conocía a María. No era raro que así fuera: ella custodiaba obras de arte, tenía contacto con cualquier persona que las atesorara y la Iglesia tiene muchos bienes con una antigüedad y un valor incalculables. Uno de los más valiosos se encuentra allí, en la catedral de Valencia.

El santo grial.

Una pieza tan emblemática seguro que había sido del interés de María y está convencido de que había hecho alguna visita a la catedral para verla, más teniendo en cuenta que adoraba la historia de san Lorenzo. Esa historia los ha llevado hasta allí. Jorge y él conducen en silencio, expectantes, con el pensamiento en la catedral y la esperanza de encontrar, al fin, lo que están buscando.

Cuando llegan a Valencia, colocan la luz en el techo del coche para poder circular por cualquier vía peatonal hasta llegar a la catedral, que se encuentra precisamente en una de esas zonas.

Cuando Teresa y Jose regresaron con la documentación de la universidad, se desconcertó al oír el apellido. No era el que esperaba, desde luego. Casi desde el principio tuvo a una persona en su punto de mira. Ahora, ese tercer apellido ha hecho tambalear sus sospechas.

Moreno no está del todo seguro de que los documentos estén en la catedral de Valencia, pero allí van una vez más por algo que no puede explicar. Solo espera que les aporte las respuestas que

necesitan.

El deán los espera en la escalinata de la catedral, visiblemente preocupado por la visita. Alberto le tranquiliza y le pregunta si dispone de algún sitio donde puedan hablar sin interrupciones. El hombre los lleva a un pequeño despacho en la parte posterior de la catedral y les indica que tomen asiento.

—Díganme en qué puedo ayudarlos.

—Tenemos una investigación en curso relacionada con dos asesinatos de compañeros del ejército, al que tanto Jorge —dice, señalándole— como yo pertenecemos. Hay razones para pensar que nuestra compañera María Adánez dejó en algún lugar de esta catedral unos documentos y una cruz que podrían ser muy esclarecedores. Nos preguntamos si ella le llegó a comentar algo al respecto.

—No, la verdad es que no —repite haciendo un gesto como si estuviera pensando si en alguna ocasión ella le había comentado algo —. La conocía, ciertamente, y mantuve alguna conversación con su compañera. Era una mujer interesante, culta. Aquí todos sabían que debían avisarme cada vez que nos visitaba, porque para mí era muy agradable poder conversar con ella de distintos temas relacionados con el arte y también con Dios. No tengo muchas ocasiones de ello —dice con gesto apagado—. Estaba muy interesada en el santo grial y la historia de san Lorenzo, pero nunca me habló de eso que usted dice y realmente me parece extraño que no me lo comentara.

—Bueno, verá: María era experta en arte, pero ante todo era policía. Puede decirse que todos nosotros tenemos una especie de…, ¿cómo decirlo?, cautela. No quiero decir que dudara de usted, pero es algo inherente, no podemos remediarlo —añade con una sonrisa.

—Ya imagino. No, no se preocupe, no estaba pensando en que sospechara de mí, ni mucho menos.

—Me gustaría inspeccionar el lugar donde se encuentra el santo grial.

El deán le mira espantado.

—Lo siento, inspector, no puedo dejar que haga eso. Es un lugar sagrado.

—Me temo que no tenemos más opciones, pero puede acompañarnos y comprobar que no hacemos nada que pueda dañar una pieza tan trascendente.

—Aun así, debo pedir permiso a las altas instancias de la Iglesia.

—Señor —dice solemne Moreno—, si hace usted eso, retrasará la investigación y dejará que nuestro principal sospechoso tenga tiempo de escabullirse. Le pido como un favor personal en nombre de María que nos deje a mi compañero y a mí mirar un poco. Le juro por lo más sagrado —escoge deliberadamente esa palabra— que no dañaremos nada y, si necesitáramos ahondar más, traeremos expertos en arte para que sean ellos quienes realicen cualquier tipo de acción con esos objetos.

El deán se recuesta en su asiento sin contestar y eleva su mano derecha para frotarse la frente. Es evidente que aquello le ha levantado un buen dolor de cabeza. Mantiene ese movimiento al menos diez segundos, con la vista clavada en el suelo, sin decir una palabra. Alberto se impacienta, pero, como siempre, sabe que en estos casos debe darles tiempo: si les apremia, siempre se niegan. El deán desploma el brazo a un lado del cuerpo y levanta la cabeza para mirar a Moreno.

—Está bien, pero los escoltaré personalmente y les advierto que no dejaré que toquen el santo grial.

—Claro, señor —dice el inspector aliviado.

El deán los conduce a través de la catedral hasta llegar al retablo. Allí, majestuoso, se encuentra el cáliz en una vitrina con cristal blindado y un sistema de seguridad bastante sofisticado.

El espacio reducido decepciona inmediatamente a Moreno, que sabe antes de que el deán abra la vitrina que allí no puede estar lo que buscan. Aun así, permite que el cura la abra para cerciorarse de que no hay ninguna nota o algún otro indicio que pueda haber dejado María.

Allí no hay nada.

Abatido, el inspector levanta la mirada hacia la cúpula.

Observa la belleza de los diez grandes ángeles tocando instrumentos musicales que la ilustran. Jorge le mira. Sabe lo que está pasando y retiene al deán, que le pregunta algo al inspector.

—Espere —dice—, espere un minuto.

De todas formas, Moreno no le oye. Tiene los ojos clavados en la cúpula, sus sentidos abandonados, su cerebro trabajando en una red diferente al resto de los humanos. Y no sabemos cómo, porque él médium no es, pero de repente dice:

—¿Hay algún otro sitio donde se guarde el cáliz?

—No —contesta el deán tajante.

Alberto clava la mirada en el párroco de tal modo que el hombre da un paso hacia atrás, sintiendo las llamas de la ira del inspector. Y Moreno:

—Me está mintiendo.

—Mire, padre —intercede Jorge con esa gracia benévola y amable de poli bueno—. Nos alojamos en el hotel NH Las Artes. Esperaremos su llamada allí. Por favor, recapacite y hable con nosotros. —Y con un toque en el hombro de su compañero le vuelve hacia la salida, no vaya a ser que acabe quemando de verdad al párroco.

Se dirigen a la puerta de la catedral. Moreno, muy enfadado; Jorge, preocupado por su amigo y deseando preguntarle qué coño ha pasado ahí, en esa cabeza suya.

El religioso los ve marcharse y se va en dirección contraria, pero cuando ha dado unos pasos, se para en seco y, sin darse la vuelta, grita:

—¡Esperen! —Se vuelve lentamente, haciendo la señal de la cruz, duda unos instantes y repite el gesto tres veces antes de continuar—. Me temo que lo que voy a hacer me costará una represalia y probablemente el puesto, pero es mi deber hacerlo. Apelo a la discreción de ambos. Hace tiempo le hablé a María de algo… Acompáñenme, por favor.

Los dirige al lateral izquierdo de la catedral. Se para a la altura de una de las capillas y les indica que entren. Una vez en la capilla, descorre unas gruesas cortinas que cuelgan detrás de la verja y acciona un pequeño mecanismo mientras les explica que se trata de una pieza tan sumamente importante que la mayor parte del tiempo es custodiada en aquel escondite.

Nadie hubiera imaginado que el enorme Cristo crucificado que se halla en la capilla pudiera moverse. Es la entrada secreta a una galería subterránea por la que penetran. En el interior, el deán acciona nuevamente el dispositivo para cerrar la puerta.

Moreno y Jorge están asombrados ante la fabulosa ingeniería no solo en la puerta de entrada, sino también en el interior.

—Como sabrán, este lugar era objeto de culto ya en la época romana. Después, en época visigoda, se erigió la catedral y luego se convirtió en mezquita, hasta que volvió a ser iglesia cristiana. En esos

tiempos era imprescindible disponer de algún sitio por donde escapar o esconderse. Hay muchos otros edificios que poseen estos laberintos subterráneos.

—¿Adónde conduce? —pregunta Jorge.

—En su momento, la salida se encontraba en la ladera de un pequeño montículo, pero ahora lleva a un edificio oficial colindante. Se construyó una biblioteca. Lo habrán visto en las películas: una puerta llena de libros. Si tienen ocasión, vayan a verla, quedarán impresionados.

Ya están impresionados ahora. Y sí, en cuanto tenga ocasión, Moreno visitará el edificio e intentará encontrar la puerta. Jorge está pensando lo mismo.

—Por otro lado —continúa el deán—, también permitía a sus guardianes poder llevar el grial al exterior y ponerlo a salvo en caso necesario.

Tras esta explicación, el deán calla y continúa caminando por uno de los pasillos de aquel dédalo. Tuerce dos veces: izquierda, derecha, y llegan a un punto en el que el deán se detiene, acciona nuevamente un dispositivo y una pequeña piedra se mueve dejando paso a un cubículo.

En el interior hay un pequeño cofre de plata tallado con el escudo de la casa de Osuna y, dentro de él, una cruz y unos documentos.

41. El portugués

Después de cinco horas, el Caballero de Arévalo prácticamente ha perdido la esperanza de convencer al portugués, que les apunta con una pistola a él y a Berta.

A pesar de que ha sido su amigo, no está seguro de que eso evite que les dispare. Está asustado, tanto o más que ellos, y quienquiera que fuera la persona con la que acaba de hablar por teléfono le aterroriza lo bastante como para conseguir que los tenga retenidos.

Berta, sin embargo, sigue hablándole sin parar. Es lista, Berta. Eso, y que lo ha visto en más de una ocasión. Preguntar al detenido una y otra y otra vez, hasta vencer su voluntad. Asustarle.

—¿Crees que vas a librarte? No quieres decirnos su nombre, vale, pero sabemos que es alguien muy importante. Todo mi departamento le está buscando; hemos avanzado mucho en la investigación, como habrás comprobado por el hecho de haber llegado hasta ti. Él lo sabe y no dejará ningún testigo, puedes estar seguro. Le has llamado hace unas cuantas horas. Cada vez tenemos menos tiempo y cuando llegue nos matará a los tres.

El portugués entiende poco el español, pero esa última frase sí la entiende y, como la secretaria la ha pronunciado una y otra vez, le ha dado forma de mil maneras, pero todas le llevan al mismo sitio. Que va a morir. Y en esta última ocasión, Berta cree ver en sus ojos un atisbo de vacilación, o al menos eso le ha parecido.

42. Un teléfono

Después de dejar a buen recaudo el cofre en las dependencias de la EMAD, van a sus casas a descansar. Moreno cena algo ligero y se relaja en el sofá. A las cinco de la mañana, sus párpados agotados se pliegan como las alas de un gorrión, llevándole al mundo que tanto teme, en el que las pesadillas se apoderan de su conciencia arrastrándolo nuevamente a esa abertura terrorífica que nunca desea traspasar.

Se encuentra nuevamente en el hospital, observándose, como siempre, desde diferentes ángulos, pero esta vez hay una variación cuando escucha el sonido de un móvil. Extrañado en su propio sueño, mira en varias direcciones para encontrar el aparato, que vuelve a sonar dos veces más; a la tercera, se halla de regreso en el sofá de su apartamento.

No maldice su teléfono, pero la fatiga es tan poderosa que pasa del agradecimiento por despertarle al deseo de aplastarlo contra la pared, ahogarlo en el váter o golpearlo con un martillo. Da media vuelta en la cama para seguir durmiendo sin prestar atención al móvil, pero finalmente no puede. ¿Y si es algo importante? Tiene que ver de qué se trata. Coge el móvil de mala gana, lo mira aún adormecido y tiene que volver a fijarse detenidamente porque no puede creer lo que tiene ante sus ojos.

Es un mensaje emitido desde el teléfono de María.

Llama a Jorge sin perder un minuto.

—Levanta a ese informático tan listo y llévale a la oficina.

Un soñoliento Jorge contesta:

—¿No puedes esperar tres horitas, solo tres?

—Negativo. Ya te lo explicaré más tarde.

Veinte minutos después llegan a la oficina, donde un hombrecillo con gafitas los está esperando. Sin protestar por la hora, observa el teléfono que le entrega Alberto, que permanece, al igual que Jorge, asombrado por esa notificación.

El mensaje no dice nada, está vacío, pero les da información del lugar donde se encuentra el móvil, algo que llevan esperando semanas sin ningún éxito. En contrapartida con el asombro de los dos agentes, el informático no se sobresalta; con toda naturalidad inspecciona el mensaje y con tranquilidad dice:

—Vale, parece que su amiga disponía en su móvil de un *software* que se llama «Contactos de confianza». Es una aplicación bastante novedosa de Google; permite a un usuario mandar alertas programadas en caso de que su *smartphone* no tenga batería. Estas notificaciones se envían desde la nube de Google y, como les digo, lo hacen aunque el aparato no tenga energía. Normalmente se instala esa opción deliberadamente. Así que creo que ella apagó el móvil para que nadie más lo encontrara y programó el envío de la notificación para que le llegara a usted justo cuando ella quiso.

—Bien —dice asombrado—. ¿Es posible encontrar el dichoso aparato?

—Claro, con esta notificación que le envía a usted, confío en que tardaremos poco en encontrarlo. Supongo que querrá que me ponga a ello ahora mismo.

—¿Usted qué cree?

El hombrecillo no contesta, gira su silla y empieza a teclear en su ordenador.

43. Guimarães

—¿Guimarães?, ¿dónde diablos está eso? —pregunta Alberto unas horas después de haber llegado a la oficina.

—Es una ciudad del norte de Portugal —dice Teresa cabizbaja.

—Pero ¿qué coño…?

No puede ser tan estúpida. Ha dejado que una secretaria acudiera a una cita con un hombre al que ha conocido por internet. Este hombre, a su vez, la llevaría a ver a otro hombre, un portugués. Y todo esto sin darles cuenta a ninguno de sus compañeros; una agente experimentada ha cometido una imprudencia de tal magnitud.

Increíble.

Teresa permanece callada sin atreverse a mirarle. Sabe que tiene razón: tamaña torpeza no tiene perdón, a pesar de todo lo que le dijera Berta de su confidente y amigo. Ahora ya no tiene remedio. Tras unos instantes, levanta la cabeza y le mira a los ojos con firmeza. Moreno le sostiene la mirada en silencio, cada vez más irritado.

—Tengo que ir, no me coge el teléfono desde hace dos horas y le dejé bien claro que estuviera permanentemente en contacto conmigo. Después, puedes hacer lo que quieras: abrirme un expediente, sancionarme, mandarme a casa sin sueldo un mes o un año, lo que quieras, pero ahora tengo que ir.

Su compañera tiene razón, por más enfurecido que esté.

—Iré contigo —dice más calmado, mientras abre la puerta y llama a Jorge.

Este no tarda ni medio segundo en aparecer. Ha oído los gritos de su amigo y está ávido por saber de qué se trata. Dos minutos después, está al corriente de todo y se hará cargo del departamento mientras Alberto y Teresa van a Portugal. Moreno confía en él y sabe que capeará muy bien a Rodríguez si fuera necesario.

No pueden esperar permisos para ir al país vecino de manera oficial, así que irán como dos personas normales.

—Teresa, déjanos un momento, por favor —le pide Moreno.

Ella sale extrañada, pero cualquiera cuestiona al inspector, con el cabreo que tiene.

—No podemos mandar a nadie. Ya sabes por qué. Es probable que nuestro hombre se entere antes de que podamos enviarlos y Berta y ese caballero de no sé qué estarán muertos sin remedio. ¿Se te ocurre algo?

Jorge niega con la cabeza y dice:

—Rezar. Esa chica no parece tonta. Yo diría que todo lo contrario, encontrará la forma de volver sana y salva.

—Espero que tengas razón.

El inspector no está nada convencido, pero no le queda otra. Berta tendrá que apañárselas mientras llegan.

Moreno sale del despacho para reunirse con Teresa y viajar a Portugal. El teléfono de ella suena. Lo saca del bolsillo delantero del pantalón y se queda boquiabierta cuando ve la pantalla. Es Berta.

—Berta, ¿dónde diantres te has metido? Llevo horas llamándote.

Berta levanta la voz al otro lado lo suficiente para que Moreno pueda escucharla. Tras unos instantes, Teresa continúa:

—Sí, de acuerdo. ¿Vendrá?

Alberto casi le arranca el teléfono a Teresa.

—Berta, soy Moreno. Escúchame con mucha atención. Quiero que salgáis de ahí los tres. Baja a la calle y llama a un taxi; no utilices ninguna plataforma de internet ni nada por el estilo, búscalo en la calle. Cuando terminemos de hablar, quiero que apaguéis los móviles y los tiréis en una papelera. Una vez en el taxi, indica al taxista que corte toda comunicación por radio y pídele su móvil para llamarme. Cuando lo tengas, me llamas a este mismo teléfono y te daré más instrucciones. Y ahora salid de ahí, ¡ya!

Diez minutos después, el teléfono de Teresa vuelve a sonar. Berta.

—Bien —dice Moreno—, dile a tu amigo portugués que le indique al taxista que os lleve a un sitio de alquiler de coches. No vayáis al aeropuerto ni a ningún otro establecimiento que esté demasiado cerca de donde estáis. Buscad algo intermedio, alquila un coche…

Mira a Teresa, que le hace señas.

—¿Que le has dado qué?

—Una identificación falsa…, pensé que quizás podría necesitarla.

—¡Joder, Teresa! Bien, utiliza esa identidad para coger el coche.

Ve tú sola, deja a tus acompañantes cerca y después de recogerlos sal pitando hacia aquí. ¿Cuánto tiempo crees que podrías tardar? Cuatro horas…, vale.

—Dile que la esperamos en el sitio que tanto le gusta —dice Teresa.

—¿Lo has oído? Bien, pues te esperamos allí. A partir de ahora no tendremos más comunicación. ¡Ah! Berta, pon el manos libres. —Se oye un clic y Alberto continúa—: *Senhor, eu sou Alberto Moreno, da polícia espanhola. Você terá que ficar escondido pelo menos até hoje à noite, ligue para sua família e investir alguma coisa, deixe o táxi em um estacionamento e puxe o telefone. Eu sinto o desconforto, mas eu prometo que só será até hoje à noite e que nem você nem sua família correrão o menor perigo* —dice en un perfecto portugués, ante el asombro de Teresa y Jorge.

* * *

La casa se encuentra en una plaza prácticamente desierta de aquel pequeño pueblo de Portugal. Los dos hombres, vestidos con ropa turística, caminan por debajo del soportal para no ser vistos.

Encuentran el número del edificio y suben al piso. Todo está en silencio. Tocan a la puerta tres veces y se parapetan a un lado unos segundos. Después la abren. Pistolas en mano, recorren con cuidado el piso para constatar que no hay nadie.

Cuelga el teléfono y soltando un sonoro «hijo de puta» suspira profundamente. Así que el portugués no le tiene tanto miedo como piensa, o quizás sí y llegó a la conclusión, cierta por otro lado, de que él también sería eliminado. Tal vez los dos personajes le han convencido de que así sería. No es preciso ser muy listo para pensar que se juega demasiado y que no le va a ser posible dejar flecos sueltos.

¿Cómo lo han encontrado? Muy pocos conocen al portugués. Es muy escurridizo y siempre trabaja con identidades falsas.

¡Joder!

Si Moreno les ha dicho lo que tienen que hacer, va a ser difícil encontrarlos. Por otro lado, no pueden estar muy lejos: la última conversación con el portugués se produjo apenas veinte minutos antes de que llegaran sus hombres. No le queda otra alternativa que emplear

todo el poder de que dispone para intentar frenar a Moreno y su equipo, y para ello tendrá que contar con los que siempre le hacen el trabajo sucio.

Antes de decidir escapar, el portugués le había descrito a un hombre y una mujer y seguro que ahora mismo los tres viajan a Madrid por carretera. Tiene que impedir que lleguen. Como sea.

44.1. Te pillé

Ha tardado más de lo habitual, pero allí está lo que busca. Varios nombres vinculados con las empresas. Solo uno le resulta familiar. El jefazo de la EMAD, ha oído su nombre por ahí, en algún sitio. Su amigo trabaja en la EMAD y cree que la chica muerta también, o al menos lo hizo durante un tiempo. ¿Casualidad? Ni de coña. No tiene que seguir buscando, es su hombre.

Coge el teléfono que Jose le ha dado con un número grabado. Es el de Moreno. Solo está autorizado a hablar con él. Parece algo serio, así que mejor seguir las instrucciones. Moreno contesta enseguida y a juzgar por su actitud no parece muy extrañado al oír el nombre.

—Okey —dice—, tráigame lo que tenga.

44.2. 1499

La sala de reuniones bulle entre comentarios de todos los participantes en la investigación como en un gallinero. Hablan unos con otros de todo lo acontecido en los últimos días. En la larga mesa, documentos dispuestos en hilera; un cofre apartado. Una cruz, pequeña y deslucida, que ya no porta ninguno de los tesoros que tuvo antaño. Con una taza de café en la mano y tras unos minutos de charla esperan expectantes a que Alberto tome la palabra. Por fin lo hace.

—Bien, supongo que todos estáis al tanto de lo acontecido ayer en la catedral de Valencia. La documentación está ya en manos del CNIO y esperamos que puedan encontrar algo más que en las otras.

—Sí —continúa Jorge—, todavía no han tenido tiempo de avanzar mucho en ese aspecto, pero todo lo que hay parece estar relacionado con una investigación llevada a cabo en 1499 sobre una enfermedad que a todas luces parece ser el cáncer.

—Lo que María escondió, a simple vista —interviene Alberto—, y desde luego sin tener la certeza, tiene que ver con lo mismo. De lo que podemos estar seguros es de que todo lo que tenemos encima de la mesa ha sido la causa de las muertes que estamos investigando. María lo escondió por algún motivo e intentó mandarme un mensaje.

—¿Y qué tiene que ver la cruz en todo esto? —pregunta Jose—. Parece una pieza sin valor.

—Eso parece —contesta Jorge—. He tenido tiempo de buscar alguna imagen de la original. Anoche no podía dormir, así que me dediqué a indagar por internet y podría casi asegurar que se trata de esta cruz —dice mostrando una imagen.

—Vaya, en sus tiempos era otra cosa.

—Es muy habitual —continúa Teresa— que las piedras preciosas desaparezcan. Si os habéis fijado cuando visitáis iglesias u otros monumentos, hay muchas piezas que se han perdido; bueno, quizás la palabra *perdido* no es la más acertada.

—Esas piedras alcanzan un valor incalculable. ¿Crees que podría

estar relacionado con eso? —pregunta Jose mirando a Alberto.

—No. Estoy seguro de que la cruz juega otro papel. María la guardó por otra causa, pero aún no logro saber cuál es.

—Vamos, amigo —dice Jorge conciliador. Sabe que Moreno sigue pensando que ha decepcionado a María—. Ella estaba segura de que llegarías hasta el fondo y que Rodríguez te pondría a la cabeza de la investigación. Hemos avanzado muchísimo y estoy convencido de que acabarás encontrando el motivo y al culpable.

—Hablando de eso —dice Alberto, olvidando su pesadumbre—, creo que ha llegado la hora de que os digamos quién es nuestro principal sospechoso.

—Creemos —continúa Jorge solemne— que el causante de estos asesinatos es el general Suárez.

Silencio.

—Ya sé que es increíble, pero tenemos razones para creer que fue él, o al menos que las órdenes las dio él.

—Pero —dice Teresa aún conmocionada—, si estáis en lo cierto, no habrá manera de poder culparle, ¡por Dios!, ninguna manera. Además —dice más calmada—, el tercer apellido que aparece en las investigaciones de la universidad no es el de Suárez, sino el de una familia muy influyente y poderosa que no tiene nada que ver con él.

Alberto la mira. Teresa tiene razón.

—¿Rodríguez lo sabe? —pregunta nuevamente ella, aún sin recuperarse de la sorpresa que le ha producido lo que acaba de oír.

—Bueno, no exactamente…

—En realidad, no —corta Jorge mirándole—: sabe que hay algún alto cargo implicado, pero nunca que pudiera ser Suárez.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —es lo único que acierta a decir Jose, con ambas manos en la cabeza y levantándose bruscamente del asiento.

El inspector espera a que se calme y continúa:

—Tu amigo ha encontrado indicios en las cuentas de Ramón que le implican en compras de objetos. No puede asegurar que sea una actividad ilegal, pero hay sumas importantes abonadas de manera no demasiado clara a través de empresas difíciles de catalogar. Dice que trabajan en la «orilla». Utilizó esta palabra para explicar que operan en una delgada línea que las separa de actividades criminales. En este caso, cree que si todas las piezas tuvieran un origen lícito, no sería

necesario todo este embrollo de empresas.

—¿Ese sería su móvil? ¿Mataría por traficar con piezas de arte? —dice Jose.

—Podría serlo si hablamos de piezas como el *Decamerón* de la foto encontrada en casa de Ramón, pero después de ver estos documentos…, hay algo más y está aquí —dice señalando la mesa.

—¿Y qué hacemos ahora? —interviene Teresa.

—Esperar a que el CNIO encuentre algo diferente en los documentos que hemos traído de Valencia. Hemos blindado el edificio: nadie saldrá ni entrará de allí hasta que nos digan algo. Además, los informáticos han encontrado el móvil y nos han asegurado que pronto podrán decirnos qué llamadas se realizaron desde él. Y está la pistola. ¿Cómo va ese asunto?

—Berta llegará en un par de horas y trae al hombre que casi con toda seguridad vendió o intermedió en la venta del arma. Pero no dirá nada hasta que le aseguremos protección.

—Si el testigo le señala, solo corroborará que le vendió una pistola de esas características, pero no que fuera con ella con la que mataron a nuestros compañeros. Balística no ha sido muy concluyente con las balas: estaban muy deterioradas —dice Jose.

—Lo sé —continúa Alberto—, pero con su testimonio y las llamadas del móvil de María, si es que las hay, podemos conseguir una orden de registro en su casa.

Moreno ya no tiene más que decir. Termina la reunión. Su cabeza, dando vueltas otra vez a una sola cosa.

El tercer apellido.

45. El general

El confidente del general sale del despacho dejándole confuso. Moreno ha encontrado su pista. Era de esperar.

Cuando supo que Ramón había muerto, intentó persuadir a Rodríguez de que no le pusiera al mando, pero no pudo insistir mucho. Si lo hacía, la coronel sospecharía y se encontraría en una situación delicada.

Sabía que la chica no andaba metida en los asuntos de su compañero; de hecho, le constaba que estaba a punto de denunciarle cuando los mataron. Ramón se lo había dicho cuando le ofreció una pieza tan extraordinaria como el *Decamerón*. Dijo que sería fácil conseguirlo, pero que tenía problemas con su compañera. A ella no podían tentarla con dinero. Una pieza así podía solucionarles la vida a los dos para siempre.

La noche de los asesinatos le llamó para decirle que había encontrado una solución para lo de su compañera y que esa noche se libraría de ella. Nunca pensó que esa solución pasara por matarla. Ramón no era un asesino, ¿o sí? Lo cierto es que, aunque no tiene la pieza, de algún modo siente alivio al conocer la noticia. Y ahora es el sospechoso principal de Moreno. ¿Qué puede hacer? ¿Llamarle y decirle que había comprado piezas robadas?

Lo que hace es reprochable, desde luego. Perderá sus galones y, con suerte, para evitar un escándalo mayor, le enviarán a la reserva.

Con suerte.

Pero de ahí a creer que ha matado a tantas personas hay un abismo. Podría hablar con el inspector y decirle que está equivocado, pero eso solo empeoraría las cosas. Ya sabemos eso de que el que se excusa se acusa. Tiene que esperar. No pueden hacer nada sin pruebas concluyentes y obviamente Moreno no las tiene.

Y si no puede acusarle de asesinato, tampoco puede imputarle ningún otro cargo. Además, están sus compradores: millonarios, empresarios del más alto nivel, gente mundialmente influyente. Gente

que puede salvarle el pellejo para salvaguardarse, aunque en el fondo les importe un pito todo. Nadie puede tocarlos, nadie tendrá las narices de hacerlo.

Sí, lo mejor que puede hacer es no hacer nada.

46. Los tres mosqueteros

La entrada a Madrid por la carretera de Extremadura está cortada por un control. «Qué fastidio —piensa Berta—. ¿Y ahora qué?» El portugués masculla algo nervioso. Cristóbal traduce:

—Dice que esto es por él, me temo que quiere irse.

—Oiga, tranquilícese. Conocemos otras formas de entrar en Madrid, ¿verdad, Cristóbal?

—¡Claro! —dice con la esperanza de que no suene muy forzado, porque no tiene ni idea, solo ha estado en Madrid en un par de ocasiones.

—Gira a la derecha —dice Teresa. A Cristóbal apenas le queda tiempo de hacerlo. Gira bruscamente y las ruedas hacen ese ruido de las películas. Berta está tan excitada que no tiene miedo. Ni en sus mejores sueños se ha visto en una situación así. Si supiera que hay un enorme operativo buscándola y que tienen orden de matarlos a los tres, no estaría tan contenta. Pero no lo sabe, ¿o sí?

Salen de la A-5 por un lateral en dirección a un pueblo llamado Villaviciosa de Odón. Su mente trabaja a gran velocidad, sopesa la posibilidad de dejar el coche allí y coger un taxi, pero no está segura de poder controlar al portugués.

Mejor no darle la oportunidad.

Siendo madrileña, debería saber por dónde ir, pero su vida ha sido una auténtica mierda: la televisión y después internet han sido sus únicos compañeros de juergas en su infancia y adolescencia.

Pero una cosa es que Berta no haya desarrollado la inteligencia emocional y no disponga de habilidades sociales para relacionarse satisfactoriamente con los demás, y otra muy distinta es que no tenga los suficientes recursos. No, como ha dicho Rivera, Berta no es tonta en absoluto. Así que dice:

—Entra en el pueblo.

Cristóbal la mira y sin decir nada obedece sus instrucciones.

Es un pueblo pequeño, pero en todos los pueblos, por pequeños

que sean, hay una tienda de telefonía y siempre es más fácil dar con ella. La encuentran enseguida en la calle principal. Berta baja sola y adquiere un teléfono prepago con la identidad falsa que le ha dado Teresa. La llama, mantiene una conversación de apenas medio minuto y después descarga un GPS. Pone la nueva dirección que le ha dado la agente e indica en el buscador que evite vías principales para llegar al centro de Madrid.

Quienquiera que sea el que los está buscando, no puede tener controles en todas partes.

Los conductores eléctricos del cerebro de Moreno siguen intentando llamar la atención del inspector, señalando esta vez dos apellidos. El de la tercera familia involucrada en la investigación de la universidad y… el de María. Por qué se ha colado este último en el cerebro del inspector todavía es una incógnita. Tiene que haber un motivo, claro, pero hasta ahora no ha sido capaz de dar con él, así que solo le queda una opción: intentar recordar desde cuándo le está avisando y acotar lo que pasó en ese tiempo.

Cuando empezó la investigación, no. ¿La primera vez que fue al monasterio? No.

Después habló con Ortega. Munaín. Sandra. No, no, no.

Sandra, no consigue quitársela de la cabeza, ocupa la otra parte que no ocupa Emma y sus susurros. Tiene que mandar a la mierda las pastillas si quiere que cesen. Olvídate de ellas, Moreno, y piensa, joder.

La casa del general.

Fue allí a hablar con él y alguien mencionó el apellido de María. Sí, ¿y qué? Es normal teniendo en cuenta que acababan de encontrarla muerta. Ya, pero es ahí justamente, Moreno. Piensa.

Adánez.

En el departamento casi todo el mundo es conocido por su apellido, aunque tengas una relación estrecha. Digamos que uno empieza a dirigirse a sus compañeros de esa forma y luego se queda para siempre.

Moreno, Rivera, Martínez, Anaya y… María.

María era María para todo el mundo, incluso para la coronel. Y ella la había nombrado por su apellido en casa del general, poniendo al hacerlo distancia entre las dos.

Puede que parezca una tontería, pero para Moreno,

acostumbrado, como hemos dicho en otras ocasiones, a hacer caso de sus intuiciones, no lo es. No lo es en absoluto.

47. Antepasados

El doctor Ramírez, miembro de la Sociedad Europea de Oncología Médica, está al frente del proyecto que analiza la documentación junto con el CNIO. Los ha reunido allí para contarles lo que han averiguado.

—Ya saben que se trata de una investigación relacionada con el cáncer. Como ya les dije en la otra ocasión, nos sorprendió enormemente lo mucho que avanzaron, teniendo en cuenta la época de la que hablamos. En la última documentación que nos han traído hay variaciones importantes aportadas por el doctor Salazar. El doctor suma otros estudios que realizó a partir de la investigación de su antepasado y que nos llevan a pensar que hizo ensayos con algún paciente desahuciado en los que obtuvo resultados positivos.

—¿Positivos? ¿Qué quiere decir exactamente?

—Que los pacientes lograron curarse.

Todo el mundo permanece en silencio, mirándose asombrados, pero sin articular palabra, hasta que Alberto se repone.

—¿Quiere decir que el doctor Salazar halló la cura del cáncer?

—Bueno, no exactamente… Al menos todavía no podemos afirmar tal cosa, pero lo que sí puedo decirle es que el doctor había documentado tres casos diferentes y en los tres hubo curación total, según él. Sabemos cómo lo hizo —prosigue—: sus antepasados le habían dado cien vueltas a un medicamento extraído de una planta. Esta —dijo mostrándoles un dibujo—, sin éxito. Muchos años después, utilizando esa información, el doctor Salazar inoculó un virus a la planta.

—¿Un virus?

—Sí, es algo que se hace con cierta frecuencia, aunque ahora está en desuso porque disponemos de métodos más avanzados. Aún no sabemos de qué virus se trata (hay mucho que cotejar en sus apuntes), pero de lo que estamos casi seguros es de que la planta está extinguida. Nos hemos puesto en contacto con botánicos de prestigio y todos ellos están de acuerdo en que esta planta es una de las especies

extinguidas en los últimos años.

—¿Y en la universidad? Puede que el doctor las tuviera allí —apunta Jorge.

—Ya hemos mandado expertos: no hay ni rastro de ella, ni en el jardín ni en los laboratorios. Una gran pérdida, desde luego, si tenemos en cuenta los estudios del doctor.

—¿Tiene los nombres de los pacientes?

—Sí, creo que lo he visto por… Sí, aquí —dice entregándole una hoja.

Alberto hace un gesto a Jose y este se levanta raudo, sale al pasillo y marca un número. Dos minutos después tienen la dirección del único paciente que continúa vivo.

—Tráelo —dice Alberto—, le interrogaremos aquí. Quizás haya preguntas para las que necesitemos asesoramiento.

Alberto y su equipo bajan a tomar algo a la cafetería mientras esperan a que Jose traiga al hombre. Si corrobora aquella historia, ya tienen el móvil.

Y eso, como ya sabe, no encaja con Suárez.

—¿Por qué iba un médico a ocultar una información tan preciada? —se pregunta Jorge en voz alta.

—Es probable que no lo hiciera —contesta Alberto.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que se lo dijera a la persona equivocada. ¿Recordáis el tercer apellido? Me quedé noqueado cuando Teresa lo mencionó. Yo esperaba el de Suárez y sabía que ese apellido era la clave. Pero algo no me cuadraba, tenía la sensación de que estaba allí casi desde el principio.

Moreno calla lo de su intuición con el apellido de María en boca de Rodríguez; eso no es una conclusión profesional, aunque para él sí lo sea.

—Así que —continúa— me puse a ello. Ha sido arduo averiguarlo: estas cosas se tapan en una institución como el ejército.

Sus compañeros le miran. Moreno hace una pausa.

—Es el apellido del padrastro de la mujer de Rodríguez.

—¿La mujer de Rodríguez? —pregunta Teresa.

—Exacto.

—Pero Rodríguez…, ¿una mujer? No lo sabía —dice Jorge.

—Es el ejército, querido amigo. Nadie lo sabe. Contrajo

matrimonio después de que le otorgaran el grado de coronel, en secreto, claro. Ya sabéis cómo es esto. Puede que el ejército se haya abierto a determinadas cosas, pero de ahí a ocupar un puesto importante… Ya es bastante difícil para una mujer, como para que encima sea lesbiana.

—¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

—La familia de su mujer es la principal accionista de una farmacéutica con proyección internacional. Comercializa la mayoría de los tratamientos de quimioterapia utilizados actualmente en casi todo el mundo. Sacad vuestras conclusiones.

—¡Joder! —dice Jorge—, ¿quieres decir que Rodríguez es ahora nuestra sospechosa?

—No. Quiero decir que Rodríguez es nuestra asesina.

Moreno le ha dado cien vueltas para llegar a esa conclusión y estar tan seguro. Obviamente necesitan al testigo que trae Berta y las facturas telefónicas. O sea, necesitan indicios concluyentes para que el juez les autorice un registro.

No puede decirle al juez: «Mire, es que tengo intuiciones basadas en un entrenamiento especial que realicé en el NCIS y que voy a continuar ahora aquí. ¿Cuándo? No sé, pronto».

Moreno recuerda la noche de la recepción. Fue ahí donde en su mente se coló el asesino sin que él se diera cuenta.

Esa misma noche acude a casa de la embajadora francesa. Como para no ir: con el cabreo que tiene, capaz es de llamar a todo el mundo para contarles que ella no le había invitado y el inspector no se puede permitir el lujo de que Aguado se ponga a husmear, si es que no lo está haciendo ya. Porque la certeza, lo que se dice la certeza de haberle convencido, no la tiene.

Camille le recibe con la indumentaria apropiada para lo que van a hacer. A hablar no ha ido Moreno. Así que, copa de vino en mano, ella le abre la puerta con una bata de seda abierta. En su interior, el cuerpo de la embajadora con lencería negra, incluyendo liguero. Hay cosas que no cambian. «Gracias, Dios mío», piensa Moreno.

Ya sabemos que en asuntos amorosos Moreno muy valiente no es. Y hay que serlo para rechazar a una mujer como Camille y dejar que Sandra ocupe un pequeño espacio de su vida, así que Moreno elimina cualquier indicio de rastro de la sevillana de su mente.

La noche es movidita. Menos mal que ha empezado a entrenar,

porque si no, le deja *nocaut* en el primer *round*.

Cuando ella se abalanza nuevamente hacia él, Moreno se excusa; ya ha tenido suficiente. Esta mujer es insaciable.

—¿Tienes hambre? —De la otra, debería haber dicho, pero mejor ni lo menciona—. Yo sí. Pidamos algo de comer. ¿Japonés?

Ella claudica a regañadientes.

—De acuerdo. Japonés está bien. ¿Quieres una copa?

—Coca-Cola.

—¿Coca-Cola? Venga ya, inspector.

—Tengo que entrenar mañana.

Moreno pide la comida, que tarda cinco minutos en llegar.

—¿Conoces a esas mujeres que hablaban con Rodríguez? —pregunta a Camille.

—¿Quién, las Fernsby? Sí, las conozco, ¿por qué?

—Simple curiosidad.

—Son hermanas. Su familia es una de las más ricas del mundo. Tienen múltiples negocios relacionados con tecnología farmacéutica, creo. ¡Esto está buenísimo! ¿Dónde lo has comprado?

—Hay un japonés justo aquí abajo.

—¿De verdad? No lo he visto nunca.

«Ya, a saber cómo llegas por las noches.»

Moreno sabe quién es la familia Fernsby, pero no dice nada, solo le da vueltas al gesto de Rodríguez. Un gesto que solo haría una persona con su pareja. Pero a Moreno se le cuelan muchas cosas en la cabeza y tiene que procesar cuál sí, cuál no, y ya sabemos que no está en su mejor momento.

Después de degustar un exquisito *mochi* y un *sashimi*, que a Moreno le hace falta proteína después de tanto ejercicio, el inspector decide irse.

Camille no le pone ningún impedimento, no es de esas mujeres que quieren que te quedes. Ya sabemos qué es lo que quiere. Y volverá a reclamarlo. Pronto.

Fernsby. El tercer apellido, un apellido inglés muy conocido.

Y cuando lo leyó en los documentos por primera vez, la cabeza del inspector hizo clic.

48. El paciente

De vuelta a las dependencias del CSIC, Jose llega con el paciente del doctor Salazar, que se sienta frente a ellos. Tenía veinte años cuando el doctor le trató y desde entonces han transcurrido otros veinte. Ha cumplido, por lo tanto, los cuarenta con una buenísima salud.

—El cáncer que tenía era muy agresivo —dice el hombre—. Me dieron cinco meses de vida. Mi padre conocía los experimentos del doctor Salazar, porque trabajaba en la universidad como jardinero. El doctor le pidió que plantara unas semillas y mi padre consiguió que germinaran en el jardín. Estaban por todas partes.

»Debido a mi estado de salud, y teniendo en cuenta que estaba desahuciado, no teníamos nada que perder y mi padre le pidió al doctor que me tratara. El doctor me inoculó un medicamento extraído de esa planta. Me curé. Es lo único que puedo decirles.

»Salazar nos pidió a mi padre y a mí que lo mantuviéramos en secreto hasta que él mismo lo difundiera. Después murió. No sabría decirles por qué, pero cuando mi padre se enteró de su muerte me pidió que no dijera nada bajo ningún concepto. Mencionó algo sobre que las plantas habían desaparecido cuando llegó al trabajo un día por la mañana, después de la muerte del doctor. No había ni rastro de ellas.

* * *

Teresa le había dado nuevas instrucciones a Berta sobre adónde dirigirse. Diez minutos más tarde, la secretaria llega al CSIC con su preciado testigo.

En un perfecto portugués, Alberto se dirige a él. Solo tiene una pregunta: el nombre de la persona que le ha comprado la pistola.

49. El registro

El juez se resiste a firmar la orden de registro en la casa de Rodríguez. Tienen el testimonio del testigo portugués, que la señala como la persona que le compró un arma igual a la que se utilizó para perpetrar los asesinatos. La factura telefónica revela que el número que aparecía como llamada oculta el mismo día de su asesinato en el teléfono de María, encontrado en casa de Sandra, pertenece a la familia de Rodríguez. Y, además, un móvil que parece claro. Pero Valverde se muestra reacio.

—Necesitamos algo más —dice, sin atreverse a mirarle.

—¿Más? —casi grita Moreno—. Señoría, por mucho menos hemos entrado en domicilios y realizado detenciones. Ahora solo le pido que me ayude a conseguir la orden de registro.

—Inspector, la pistola no la incrimina. Que tenga una igual, cosa que no sabemos, no significa que fuera con la que se perpetraron los asesinatos y, aunque lo fuera, ¿cree que es tan tonta para guardarla en su casa?

—¿Y qué me dice de la llamada? Se realizó desde un teléfono a nombre de un miembro de la familia.

—Un miembro, usted lo ha dicho, no está a su nombre.

—¡Venga ya, Valverde, no me joda! —dice, arrepintiéndose inmediatamente. Así no se le habla a un juez, Moreno. Valverde, sin embargo, no le afea el comportamiento, le entiende perfectamente—. Tenemos un móvil, el negocio familiar… —añade.

—¿Cree que haría algo así por dinero?

—¡Algo así! ¿Sabe de cuánto estamos hablando? Su familia factura un billón de euros, con b —dice dibujando la letra en el aire—, al año en tratamientos de quimioterapia. ¡Joder, señoría! Necesito esa orden —dice más calmado.

—Si no encontramos la manera de incriminarla fehacientemente, estamos muertos. Lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé, señoría, y si no me da esa orden dejará que la asesina de

nuestros compañeros escape.

Valverde firma la orden a regañadientes. Rodríguez tiene tres casas en España: una en Madrid, otra en el campo y la última en la playa. Hay que coordinarse para entrar en las tres a la vez antes de que pueda enterarse de que existe esa orden, si no lo sabe ya.

Moreno elige la de la playa, a la que viajará con Jorge. Envía a Teresa y a Jose con un equipo a la de Madrid y otro se encarga de la del campo.

Viajan en helicóptero y a las cinco de la tarde de ese mismo día, los tres equipos entran en las casas.

En la playa, una mujer de avanzada edad les abre la puerta. Siente lástima por ella. Los ancianos tienen una mirada diferente del resto de las personas: hay en ellas un regreso tozudo a la niñez; si uno llega a la senectud, muere siendo un niño.

Pero así es su trabajo.

Después de tranquilizarla y permitirle que haga las llamadas que considere oportunas, inician la búsqueda. Después de varias horas, Madrid les informa de que allí no hay nada y que se disponen a retirarse. En el campo tampoco se encuentra nada. Pero ¿y ellos? Moreno se niega a irse.

—Alberto, debemos irnos —dice Jorge—. Aquí no hay nada. Rodríguez no tardará en llegar con un ejército de abogados. Llevamos aquí cuatro horas.

Moreno no contesta, se vuelve y da la espalda a su amigo. Observa el paisaje que le ofrece el ventanal. La casa cuelga casi literalmente del acantilado, tan alto que siente que puede tocar las nubes grises que se acercan a la casa. Ve a Emma jugando allí arriba, encima de ellas, saltando y bailando. Se acerca a él, le susurra algo y le arrastra en su juego y por unos instantes, no sabe cuántos, nuestro inspector es feliz. Jorge oye el silencio de su amigo. No es nada que no haya visto antes, así que espera a que regrese de dondequiera que esté.

Debajo, el mar golpea con furia el abismo.

Moreno está solo de nuevo y, sin entender cómo, sabe que la pistola está allí. Pasea su mano por la pared de lado a lado, acariciándola, sin notar ninguna imperfección. Esta casa está diseñada y ejecutada por un genio. Todo encaja a la perfección, incluida la escalera volada de madera, ubicada en un extremo del amplísimo

salón. Se fija en ella: los peldaños son tan estrechos que le da la impresión de que no aguantarían el peso más frágil. Sube por ellos al segundo piso; repite con la mano la misma comprobación en la pared. Nada. No hay una rendija, grieta o abertura; es lisa, perfecta, como la del piso de abajo. Vuelve a bajar poseído por un no sé qué. Menos mal que su compañero le conoce y sabe que debe dejarle. La anciana le mira, pero tampoco dice nada. Parece que comprende.

Como si el mundo en el que se encuentra ahora el inspector estuviera más cerca de ella.

Pero volvamos a Moreno. Ya ha subido tres veces y ahora se encuentra arriba, dispuesto a bajar por tercera vez; pone un pie en el primer escalón y se para. «¿Qué coño hace?», se pregunta Jorge. Nada, solo que desde arriba se aprecian mucho mejor las bellas proporciones diáfanas del salón. Es tan espacioso que la gran chimenea de hierro forjado que preside el centro de la estancia no le quita un ápice de grandiosidad. Tiene forma de cono y una gran boca que parece sonreír. La leña ha dejado de arder ya hace bastante. El inspector sigue descendiendo por la bella escalera y, de nuevo abajo, como si estuviera poseído, se vuelve para mirarla desde otra perspectiva. Está torcida. Levemente, pero sí. Y desde allí Moreno ve la ligerísima diferencia en uno de los peldaños.

50. Una detención

Detener a Rodríguez a partir de ahí es coser y cantar. Ella ya los espera.

Rendida, como una buena militar cuando sabe que todo está ya perdido. Su detención por los asesinatos de María, Ramón, Ortega, Valdés, Enrique Viñariz y el propio doctor Salazar hacía más de cinco años y por ocultar una información de alto interés nacional es una conmoción en el ejército y en el país, a cuyos ciudadanos, nuevamente, se oculta información catalogada como secreta. Meses después, tras el juicio, Moreno decide visitarla. Ahora que está todo perdido, quizás no le importe despejarle algunas incógnitas. Sus medallas y honores le han sido retirados y en la comunidad militar pierde no solo su prestigio, sino cualquier éxito que hubiera podido acumular. No fueron pocos. Hay que reconocer que era una buena profesional antes de que decidiera tirarlo todo por la borda.

Acude a la prisión militar de Alcalá de Henares, donde Rodríguez ha sido confinada.

Cuando le anunciaron su visita, supo el motivo. No está segura de querer contar más de lo que ya saben, pero, a decir verdad, ¿qué más da? Lo ha perdido todo, ni siquiera su familia viene a visitarla. Ni su mujer, a la que ha querido proteger. La empresa es lo más importante, tiene que desligarse de ella, aunque desde el primer momento lo hubiera sabido todo. Fue ella quien le pidió que hiciera algo.

Aunque la delatara, ¿de qué serviría? Ha sido ella quien ha ejecutado los asesinatos. La familia de su mujer, mejor dicho, exmujer, pues ha pedido el divorcio apenas una semana después de su detención, es una de las más ricas del mundo. «Y el mundo está muy bien con cáncer, ¿verdad, querida? Lo hemos convertido en una enfermedad crónica», le había dicho un día. Rodríguez se quedó muda ante esta aseveración, pero solo un ratito, hasta que pensó en cómo vivía ahora. Pues sí, el mundo está muy bien con cáncer si a ella le dispensa pingües beneficios.

Decepcionada por esos pensamientos, decide que le contará al inspector todo lo que quiera saber. O casi todo.

—Imagino a qué ha venido —dice sin mucho interés cuando se sienta enfrente del inspector.

—Me alegro, coronel —contesta utilizando un título que le ha sido arrebatado.

Agradecida por el tratamiento, Rodríguez se acomoda en la silla y, después de beber un sorbo de agua de la botella que descansa en la mesa, comienza su relato.

—Hace cinco años, el doctor Salazar vino a verme. Hacía un tiempo que había encontrado una documentación en la que sus antepasados y los de mi mujer…, mi exmujer —rectifica—, investigaban una cura para una enfermedad que, como usted ya sabe, se trata del cáncer. Encontró cosas muy interesantes y, debido a que él seguía trabajando en esa universidad, decidió seguirlas. Habida cuenta de que tenían varios ejemplares de la planta y disponía de semillas, se hizo con un buen número de ellas, tanto en su casa como en la propia universidad. Trabajó de manera silenciosa, temeroso de que la universidad no quisiera ser partícipe de aquello; al fin y al cabo se trataba de algo acontecido en 1499 y, obviamente, *a priori* no parecía tener mucha credibilidad. Además, las pruebas que hizo con varios voluntarios enfermos de su entorno no hubieran sido bien vistas por la universidad. Cuando constató que funcionaba, vino a verme.

»Conocía a la familia de mi mujer, habíamos coincidido en algunos acontecimientos médicos a los que yo no solía asistir, pero en el mundo de mi mujer ya no se ocultan estas cosas y no pude evitar ir a alguno. Sabía quién era yo. Por eso pensó que, debido a mi puesto y al hecho de que mi mujer pertenecía a una de las familias de esa investigación, le ayudaría y no tendría que pasar por tanta burocracia. Para entonces, la familia de mi mujer ganaba miles de millones comercializando en todo el mundo tratamientos de quimioterapia, eficaces, no cabe duda, pero no curativos. Imagino que esos estudios del antepasado de mi mujer se habrán utilizado por parte de la familia para llegar a los tratamientos de ahora. Para las grandes farmacéuticas, tener clientes crónicos es algo muy lucrativo. Mucho más que curarlos, ¿no cree?

Moreno evita poner la cara de asco que nace dentro de él para evitar que Rodríguez se sienta incómoda e interrumpa el relato.

—A Salazar le pareció importante contar conmigo. Evidentemente, como médico nunca pensó que prevalecería el interés económico sobre el hecho de poder curar una enfermedad tan espantosa como el cáncer. Soy una mujer ambiciosa y no estaba dispuesta a perder no solo mi estatus, sino también la posición económica que nos ofrecía esta empresa. —Hace una pausa—. Ya sabe qué pasó después: recuperé toda la documentación del doctor, o eso creía yo, porque es evidente que no fue así. A pesar de mi cercanía con María, ignoraba que este hombre era hijo de la señora Osuna de Toledo. Casi nadie lo sabía, es obvio que supieron ocultarlo muy bien. Indagué en el entorno del doctor y llegué a la conclusión de que no le había contado nada a nadie, excepto a mí. Pero aún quedaba la familia Sanlúcar. Desconocía si ellos tenían algo relacionado con esa investigación y después de rastrearlos llegué a la conclusión de que, si la tenían, no sabrían interpretarla, así que lo di por zanjado. Ordené la destrucción de todos los ejemplares de la planta en la universidad. Hicimos lo mismo en la casa de Salazar.

Después de aquello, nadie imaginó que el doctor había sido asesinado por algo relacionado con su investigación. Nos encargamos de que pareciera que las personas que entraron en su casa y lo revolvieron todo fueron los causantes de su muerte y así fue durante estos cinco años, hasta que…

—Continúe, por favor —dice Alberto impaciente.

—Hasta que me llegó información de que Munaín estaba buscando unos diarios y una cruz pertenecientes a la familia Sanlúcar. Todo lo relacionado con esa familia me ponía sobre aviso y así pude saber que era María quien buscaba esos objetos y por qué.

—¿Cómo lo supo?

—¿Conoce a Munaín? Creo que eso responde a su pregunta. Además, soy…, era una de las mayores responsables del servicio de inteligencia del Ejército español. Moreno, haga sus propias conjeturas. Tuve acceso al ordenador de Munaín y de ahí al de María, al de Ramón, a sus teléfonos…

—¿Por qué intentó incriminar a Munaín?

—Fue un aviso. Si le conoce, sabrá que es un cobarde. Permanecería callado si pensaba que podíamos inculparle del asesinato de María.

—Nos subestimó, coronel. ¿Pensó que éramos idiotas?

—Para serle sincera, tuve serias dudas en ponerle al mando, ya sabe que Suárez estaba en contra. Pero, por un lado, desviaba cualquier duda sobre mí si lo hacía y, por otro, usted atravesaba un mal momento. Pensé que… Es obvio que me equivoqué.

—Eso y que no está en sus mejores condiciones, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere.

—Sí lo sabe, coronel. Está usted enferma y actúa de manera poco profesional. —Rodríguez no contesta—. ¿Por qué en el monasterio?

—Lo ignoro. María eligió el lugar.

—¿No sospechó de que quisiera verla allí?

—Claro que lo hice, pero no tenía alternativa. Me dijo que me entregaría la cruz y los documentos en el monasterio; fue una condición *sine qua non*. Después dijo que, ya que iba a matarla, lo hiciera en otra sala para no dañar el cuadro. «*El martirio de san Lorenzo* es el cuadro más valioso de este lugar», concluyó. Supuse que me engañaba y así era: quería que yo sospechara y no se lo permitiera. Lo tenía todo pensado para obligarme a decidir: blancas o negras, y a la vista está que puse la ficha en el color equivocado.

—Ordenó usted también el asesinato de Ortega, ¿no es así?

—No me dejó otra opción. Quise recuperar los ordenadores, pero no me lo permitió. Dijo que si encontraba algo me lo haría saber, pero que los ordenadores no salían de su departamento. ¿Le suena de algo? Creo que a usted le dijo lo mismo. Podría haberle obligado, pero él ya tenía serias sospechas y no quise acrecentarlas.

—No mencionó nunca que ustedes se los hubieran requerido.

—Ortega era leal.

—Tiene razón, era muy leal. Pero equivocó su lealtad, debió decirme su nombre y no lo hizo. Al menos no quiso entregarle los ordenadores. Y cuando encontró el documento, cometió el error de llamarme desde un teléfono equivocado.

—Sí, pero solo era cuestión de tiempo. Tenía prevista su muerte desde el momento en que se negó a entregárnoslos; no podía permitir que lo averiguara y le llamara a usted. Fue cuestión de suerte. —Sonríe amargamente.

—Desde luego, coronel, suerte para usted. Aunque creo que en este momento está pensando si todo esto ha valido la pena: las muertes de María, Ramón, Ortega, Luis Valdés, Viñariz y el doctor Salazar. Lo que me pregunto es por qué destruyó toda posibilidad de

recuperar las plantas.

—No quería que fueran una amenaza para los intereses de mi familia.

—Pudo dejar alguna, por si se arrepentía, por si alguien de su familia pudiera necesitarlas.

—Puede que tenga razón, Moreno, pero ya sabe: muerto el perro…

Moreno no contesta, mira con aspereza a Rodríguez y siente tanta rabia que sus impulsos más primarios le obligan a levantarse de la mesa. No sabe si va a poder contenerse.

—¿Por qué no se deshizo de la pistola?

—Me costó más de un millón de euros —dice cabizbaja—, pero supongo que nunca pensé que podrían detenerme. Impunidad. Ya sabe: cuando se llega a este estatus, una cree que puede hacer cualquier cosa. Lo ha visto con la familia del rey.

—El yerno del rey está en la cárcel, coronel.

—No me refería al yerno.

—No lo recordaba, ¿verdad?

Ella le mira sin contestar.

Ya sabemos que Moreno un santo no es y a veces disfruta de según qué situaciones. Como esta. Así que sonríe con esa sonrisa suya de ¡jódete, cabrona! y dice:

—No recordaba dónde había puesto la pistola.

Rodríguez baja la cabeza. Moreno no siente pena por ella. Pero mejor será que no se recree, aún tiene cosas que preguntar.

—¿Y Ramón? ¿Por qué le mató?

—Ramón era su compañero. Ella confiaba en él y siempre estaban juntos. No podía dejarle con vida. Estaba al tanto de mi reunión con María en El Escorial. Ninguno de los dos llegó a imaginar mis intenciones. Ella sabía que la documentación era muy importante, pero no hasta ese punto. No pensó que iba a matarla. Hasta que estuvo frente a mí.

—Ya, y por eso la citó frente al cuadro cuando previamente había guardado la documentación en la catedral de Valencia. Venga, coronel, María no era tonta.

—Lo sé. Pero deja usted de lado la precaución inherente que nos identifica. Siempre nos adelantamos, eso hace que tengamos éxito en nuestro trabajo. Simplemente tomó sus precauciones, pero no imaginó

lo que iba a hacer yo. Y yo no imaginé lo que iba a hacer ella. Así somos, Moreno. Nos adelantamos.

Hay algo en ese relato que no convence a Moreno.

—Ramón lo sabía, ¿verdad?

—¿Qué puede importar ya?

—Me importa a mí, coronel. Ramón ha sido despedido con honores. Si fue cómplice, quiero que se los retiren.

—Está muerto.

—Sí, y María. A mí me importa ella, mi equipo, el ejército, coronel. Usted es una mujer de honor, o al menos lo era antes de dejarse llevar por la codicia. Haga algo bien.

Rodríguez le mira.

Las personas somos como somos, pero la institución, no. Y ella amaba al ejército, al que, como muy bien dice Moreno, ha traicionado. ¿Va a dejar que un cómplice de asesinato salga impune, aunque esté muerto?

—Ramón había visto el *Decamerón* en casa de la chica —dice tras una pausa—. María se lo había mostrado, fascinada. Cometió el error de proponerle a María su venta y, obviamente, ella se negó.

—Parece que Ramón conocía muy poco a María. Su honestidad rayaba lo obsesivo.

—¿Sabe cuánto le ofrecieron por él? No, no puede imaginarlo —dice por respuesta—. Le adquirí algunas piezas —continúa—. Él siempre pensó que era una intermediaria, nunca supo que eran para mi familia. Es obvio que no tenía ni idea de que estaba casada ni con quién. Contaba conmigo cuando tenía algo interesante y me ofreció el *Decamerón*. Me habló de él mucho antes de que me enterara de que María estaba buscando los documentos y la cruz. —Hace una larga pausa—. Nunca pensó que la traicionaría —dice por fin—. A favor de Ramón le diré que tuve que subir muchísimo la oferta que ya tenía por el libro y él la aceptó.

—¿Adónde quiere llegar, Rodríguez?

—Ya le he dicho que ella confiaba en Ramón y yo le necesitaba para llegar a ella y evitar que le llamara, inspector. No se sienta culpable: ella no pasaba por un buen momento, tenía sus facultades mermadas y usted también, por eso no le pidió ayuda.

Moreno cree que Rodríguez es una hija de puta, pero no le va a mostrar la rabia que siente. Aprieta los puños, no demasiado, no lo

vaya a ver la coronel. No ser vulnerable. No a ojos de los demás.

—Ramón era un buen tipo —continúa Rodríguez—. La intuición de María no falló en eso. Hasta ese momento.

—¡Era un maldito hijo de puta!

—Ramón no era precisamente un lumbreras, no sea duro con él.

Moreno la mira con acritud, casi con odio.

—¿Cuánto cuesta una vida, coronel? Póngale precio.

—Todo el mundo tiene un precio. Solo hay que saber cuál es.

—No, coronel, todos no. María no lo tuvo.

—Ya, siempre hay excepciones. Una lástima.

—Aunque Ramón no hubiera aceptado, usted no habría dejado que viviera. Demasiado riesgo, ¿verdad, Rodríguez? —dice dejando de utilizar el cargo.

—Cierto. Ramón intentó convencerla de que aceptara la oferta. Allí mismo, en la sala, delante de mí. Patético, ¿verdad? Y fue entonces cuando ella intentó convencerle. Le dijo que esto no tenía nada que ver con el *Decamerón*, pero Ramón estaba ciego. Ciego de dinero. No podía demorarlo más: si lo hacía, corría el riesgo de que Ramón la escuchara. Ella no me iba a decir dónde estaban los documentos; yo también la conocía. El guarda jurado se impacientaba. Ramón dudaba. Tuve que hacerlo en ese momento.

«Ramón no la ayudó», le parece a Moreno escuchar al forense.

La mira con acritud y desprecio, como solo una mirada puede hacer.

—Adiós, Rodríguez, espero que se pudra en este sitio.

Epílogo

Hace más de un mes que no la ve, ocupado en ultimar la acusación a Rodríguez para que ningún cabo quede suelto y sus abogados no puedan utilizar esas argucias a las que suelen recurrir para librar al reo. En este caso, todo apunta a que eso no va a ser posible. Tienen el arma homicida, el móvil con las llamadas… Pero vete tú a saber, «tengas juicios y los ganes», decía la madre de Moreno.

Es una excusa para apartarla de él, claro. Aunque lo consigue físicamente, no es así en sus pensamientos, en los que Sandra ocupa una parte importante de su tiempo. Por algo será.

Mientras piensa en ella, la pantalla de su móvil refleja la llamada de la chica. Sopesa no cogerlo. Por cobardía y porque tiene un lío de narices en su cabeza. Pero no puede retrasar más su decisión, así que lo coge y ahora la espera para cenar en el restaurante Palacio de Godoy, el mismo lugar en el que la había conocido, en el pequeño pueblo de Villaviciosa de Odón, donde está pensando seriamente en instalarse. Por lo que ha visto el inspector, no parece que eso vaya a ser fácil. Pero si vende su pequeñísimo piso del centro y con unos ahorrillos que tiene, a lo mejor le llega. Ya veremos.

Le invade una sensación de frustración por no haber llegado a tiempo de salvar a María, pero al mismo tiempo se siente feliz por haber logrado atrapar a su asesina.

¿Cómo puede alguien hacer lo que hizo Rodríguez?

Arrebatar a la humanidad la posibilidad de conseguir una cura para una enfermedad que se lleva la vida de millones de personas en el mundo. Por dinero, el maldito dinero. Es muy manido, sí, pero real, tan real como el palo que le van a dar en ese restaurante. En fin, un día es un día.

Mientras deja la carta a un lado, resignado, la ve entrar. Está más radiante, si cabe, que la última vez. Su melena, más larga y luminosa, se mueve graciosamente a uno y otro lado con cada uno de sus movimientos. Vestida de blanco impoluto, puro, como la flor blanca

más bella que ha visto jamás…

De repente, la imagen de Roky pasa como un rayo por su mente.

¡Maldita sea, cómo ha podido ser tan estúpido, joder!

Se levanta bruscamente, avanza hacia ella, la coge de la mano, la gira hacia la puerta y dice:

—¡Vamos!

—Pero… ¿adónde? —protesta tímidamente Sandra.

—Te lo contaré cuando lleguemos al coche. Ahora date prisa.

Van a toda velocidad hacia el coche, pasando por delante del chef, que le mira atónito y dice: «Oiga, ¿adónde va?, ¿van a volver?». Pues están bien los hosteleros, como para que se les escapen los clientes. Moreno no contesta, ocupada su mente solo en una cosa. Llegan al coche y Sandra, otra vez, que adónde van.

—A tu casa —contesta Moreno.

—¿A mi casa? ¿Para qué?

—Confía en mí, tengo que ir, pero no estoy seguro… La verdad, no sé.

Ella calla. Ya se está acostumbrando a las rarezas de Moreno. Llegan al palacete. Sandra abre la puerta. Alberto se dirige al centro del *hall*.

Sandra pone sus manos en la boca en ese gesto de sorpresa, porque acaba de comprender. Un jarrón con un hermoso ramo de flores blancas se alza majestuoso sobre la mesa. Las flores blancas de los dibujos que María había guardado con tanto celo. Las flores que Roky traía adheridas a su pelo aquel día.

Olga, la empleada, oye voces y se les acerca. Pregunta «qué sucede, señorita» y por respuesta Moreno le pregunta quién ha puesto allí esas flores. Ella mira a Sandra, que con un gesto le indica que conteste.

—Felipe, el jardinero, las trae todas las mañanas.

—¿De dónde las coge?

—Del jardín, señor.

—¿Dónde está ahora Felipe? —dice excitado.

—Tenía que podar las arizónicas del lado oeste. Estará allí.

Ambos salen a toda prisa en busca del jardinero. Cuando dan con él en el enorme jardín, Sandra le indica que baje del andamio que utiliza para cortarlas.

—Felipe —dice Sandra—, el inspector necesita hacerle unas

preguntas.

El hombre asiente, un tanto extrañado.

—Buenas tardes, Felipe. ¿Podría decirme de dónde ha sacado las flores blancas que ha depositado en el jarrón de la entrada?

—¡Ah!, sí…, esas —dice—. La señorita María me pidió que las pusiera todas las mañanas. Me dijo que eran unas flores que le gustaban mucho a su madre y que hacía mucho mucho tiempo que no las encontraba, y tiene que ser verdad, porque yo nunca las había visto. Después de lo que le ha pasado a la señorita María, pensé que sería un bonito homenaje para ella. Son muy resistentes, aguantan bastantes días sin marchitarse.

—Sí —dice Alberto impaciente—, pero ¿de dónde las ha sacado?

—Por allí —contesta señalando la parte más lejana y sombría del jardín—. Hay muchas. La señorita María me dio unas semillas y me pidió que, por favor, fuera como fuera tenía que conseguir que germinasen, por lo de su madre, ¿sabe? Ella quería tenerlas como cuando era pequeña. Le prometí que haría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo y no sabe usted lo que me costó. No fue fácil. Durante varios meses estuve intentándolo. Ella no quería utilizar todas las semillas que tenía la cruz esa.

—¿La cruz?, ¿qué cruz? —pregunta Sandra.

—La cruz de su familia, señorita. Ella la trajo y me preguntó si yo pensaba que eran semillas. Le dije que sí, claro. En cuanto las vi, supe que lo eran. Ella me dijo que aquella cruz guardaba un gran tesoro y que ese tesoro eran esas semillas. «Más que una piedra preciosa —dijo —. Si lo consigues, será nuestro secreto, y cuando las plantas hayan crecido, prométeme que no dejarás que mueran y que pondrás todos los días sus flores blancas en el jarrón del *hall*», y yo se lo prometí a la señorita. Por eso las repongo cada vez que se marchitan.

Moreno le mira con gratitud.

El campo de flores blancas se abre ante los ojos del inspector. El suelo, plagado de semillas similares a piedrecitas. Las mismas con las que el antepasado de Sandra había sustituido las piedras de gran valor de la cruz.

Las mismas que una hora después trasladan al CNIO.

«El tesoro más valioso.»

Tanto, que María había perdido la vida por protegerlo.

«Esta vez ganan los buenos», oye Moreno decir a sus susurros.

Agradecimientos

A Luis que ha creído en esta novela desde el principio y me ha apoyado en cada paso, sufriendo mis dudas y los continuos cambios, idas y venidas de los personajes que a veces me hacen estar más allí que aquí. Gracias por leerme una y otra vez, por tu paciencia y por cuidarme como lo haces. Te quiero.

A mis hijos, siempre tan presentes en mi vida para todo y por todo. Gracias por ser mi inspiración. Os amo.

A Catalina, mi madre, por tanto. Solo espero que sus frases, las que he plasmado en este libro, sirvan de recuerdo y homenaje a ella. Te sigo respirando mamá.

A mi hermano Jose y a Paula, su mujer, por leer mi novela y creer en ella con tanto entusiasmo. Y por tantas cosas. Os quiero muchísimo.

Al coro Ekhia porque habiendo estado tan presente en mi adolescencia y juventud, me había olvidado de la música. Con ellos he vuelto a canturrear. Todo el tiempo. Quizás más de la cuenta 😃 Gracias.

A Juan Carlos Chirinos, gran escritor (os lo recomiendo) por poner su sabiduría al servicio de mi novela con sus valiosas e impagables recomendaciones. Y contestar a mis whatsapp siempre. Gracias Juan Carlos.

Y por último al equipo de Click Ediciones por editar este libro y darme la oportunidad de llegar a más lectores. Gracias Ade.

Biografía

Carmen Navarrete Latorre nació en Madrid en 1962.

Desde muy pequeña ha disfrutado de la lectura, primero con tebeos y cómics y, más adelante, con novela. A los dieciséis años tuvo la suerte de dar con una profesora de Literatura que le transmitió el amor por novelas más clásicas, sin dejar de lado su gran pasión por la lectura y, desde hace un tiempo, la escritura de novela negra.

En la actualidad vive en Brunete, aunque ha pasado muchos más años en Villaviciosa de Odón, a la que sigue tan vinculada que en su primera novela, *Lo que esconden las flores*, el pueblo está muy presente. La autora ya está inmersa en su segunda novela, con los mismos protagonistas involucrados en otra investigación.

Ha realizado diferentes trabajos en los últimos años ayudando en una pequeña empresa familiar; paralelamente, dedica su tiempo a escribir.

Junto a otras compañeras publicó un libro de relatos; en 2009 ganó el certamen de relato corto del Día Internacional de la Mujer en Villaviciosa de Odón.

Desde hace un año forma parte del coro Ekhia junto a otras maravillosas personas que le transmiten paz y entusiasmo por la música. El coro ha actuado en el teatro EDP de la Gran Vía y volverá a hacerlo en diciembre de 2024.

De gustos sencillos, adora los animales, viajar, la música, el teatro (formó parte del grupo municipal en Villaviciosa de Odón), pasear y quedar con familiares y amigos para charlar mientras toman un café o un aperitivo.

Lo que esconden las flores
Carmen Navarrete

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Carmen Navarrete, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29133-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Lágrimas de ceniza
Rubén Aído Cherbuy

Los girasoles indolentes
Max Ibarrola

Crimen tras la muerte
J. C. Santiago

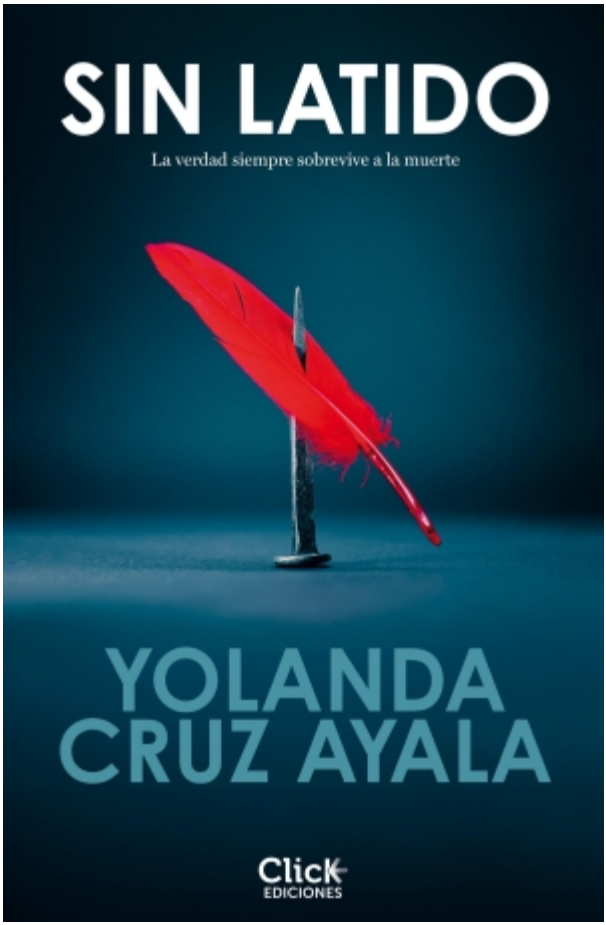
El Ángel Blanco
Gemma Minguillón

Bajo la luna
Iván Alvarado Santiago

La mano del muerto
Alfredo González Moreno

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


SIN LATIDO
La verdad siempre sobrevive a la muerte
YOLANDA
CRUZ AYALA
Click
EDICIONES

Sin latido

Cruz Ayala, Yolanda
9788408289241
488 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Esta novela policial te sumergirá en los recovecos más sombríos de la mente humana.

Una joven es **encontrada sin vid**a en la ciudad costera de La Línea de la Concepción. ¿Suicidio, homicidio o accidente?

Olivia, una brillante psicóloga atormentada por fantasmas del pasado, tiene en su poder las **claves para descubrir qué ha sucedido**. Emprende su propia búsqueda y, al descubrir que personas muy cercanas pueden estar involucradas, pone **su vida en riesgo**. La Policía inicia la investigación al mismo tiempo, pero la historia se complica cuando las vidas de Olivia y el inspector al mando se cruzan.

Una **bruma de sucesos turbios** envolverá a los personajes en una trama que avanzará sigilosamente hacia una resolución intensa. Esta obra de suspense te sumergirá en los **recovecos más sombríos de la mente humana** y demostrará que la verdad siempre sobrevive a la muerte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Verónica Vázquez
LA SOMBRA DE MARCOS
Click
EDICIONES

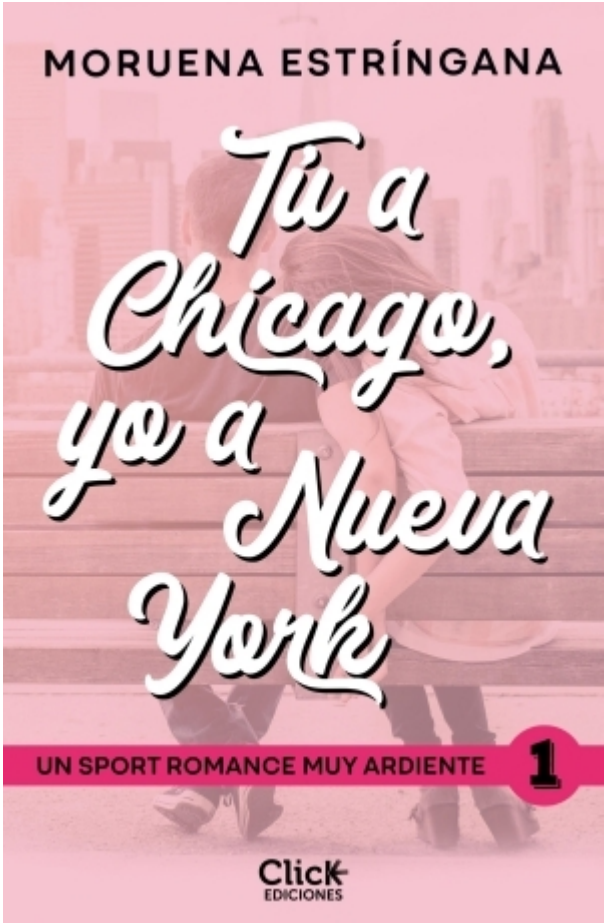
La sombra de Marcos

Vázquez, Verónica
9788408221999
106 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un asesino en serie actúa en Alicante dejando un rastro de mujeres muertas y provocando el terror. Detrás de ese asesino despiadado se esconde un hombre llamado Marcos, con una debilidad y una obsesión con nombre de mujer, Beatriz. Marcos no parará su reinado de terror grabando con su famosa navaja verde la letra "B" en sus víctimas. Ayudado por su compañero de celda, antaño un gran cirujano plástico y apodado "doctor muerte de Sevilla", trazarán un perturbador plan para que Marcos consiga su objetivo, llevándose por delante a quien se ponga por el camino de la forma más estremecedora y cruel.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MORUENA ESTRÍNGANA
Tú a Chicago, yo a Nueva York
UN SPORT ROMANCE MUY ARDIENTE
1
Click
EDICIONES

Tú a Chicago y yo a Nueva York

Estríngana, Moruena
9788408293972
250 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un reencuentro desata una romance tan inesperado como apasionado. Dos hermanas, dos caminos, un destino.

Elara y Everly son mellizas, pero su vida juntas se limita a las vacaciones de verano. Desde pequeñas, sus padres decidieron separarlas, con cada una viviendo con un progenitor distinto, y encontrándose solo en festividades y durante el verano. Acordaron que, al empezar la universidad, ambas lo harían en la ciudad del otro, intercambiando así sus mundos.

Ahora, el momento ha llegado. Elara está deseando empezar la universidad y estar lejos de su madre. Con quien no ha tenido una vida fácil. Everly, en cambio, ha optado por tomarse un año sabático, queriendo elegir con calma su futuro académico en un retiro.

Elara descubre que empezar la universidad en la casa de su padre va a ser más complicado de lo que imaginaba porque esta espera que ahora adopte el papel de su hermana a su lado. Sobre todo, en las fiestas de empresa o eventos. Elara no ha nacido para eso, no está preparada para codearse con la Jet Set de New York y cuando creía que las cosas no podían empeorar más, se cruza en su camino Joss, el antiguo novio de su hermana por quien sintió un auténtico flechazo hace años.

Aunque Elara piensa que sus caminos están destinados a no cruzarse, el destino tiene sus propios planes. Entre ellos, la atracción es inevitable y, a pesar de los secretos y el cambio de Joss, la chispa entre ambos promete encender una historia apasionante, queriendo o

no.

Pero Joss tiene una única meta en su vida, acabar en la liga profesional de Hockey, y por ella, hará lo que sea…Poco queda en él del chico que conoció Elara, ahora la oscuridad es lo único que gobierna en su mirada porque desde hace tiempo, solo le importa el mismo.

Moruena Estríngana nos sumerge en la fascinante historia de dos mellizas separadas por las decisiones de sus padres, pero unidas por un lazo inquebrantable. Una historia con un toque oscuro y escenas ardientes que te harán suspirar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Morena
Estríngana
Huyendo de ti
Los Bianchi 2
Click
EDICIONES

Huyendo de ti. Los Bianchi 2

Estríngana, Moruena
9788408277033
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Guapos, ricos, seductores… Los Bianchi ya están aquí.

En su lecho de muerte un hombre recoge en su testamento a sus tres hijos, imponiendo al único legítimo que acepte a sus hermanos y convivan durante el tiempo en el que estén en la universidad.

A pesar de que acaban de conocerse Giovanni, Massimo y Dante cumplirán la última voluntad de su padre compartiendo experiencias, descubriendo el mundo, la amistad y el amor.

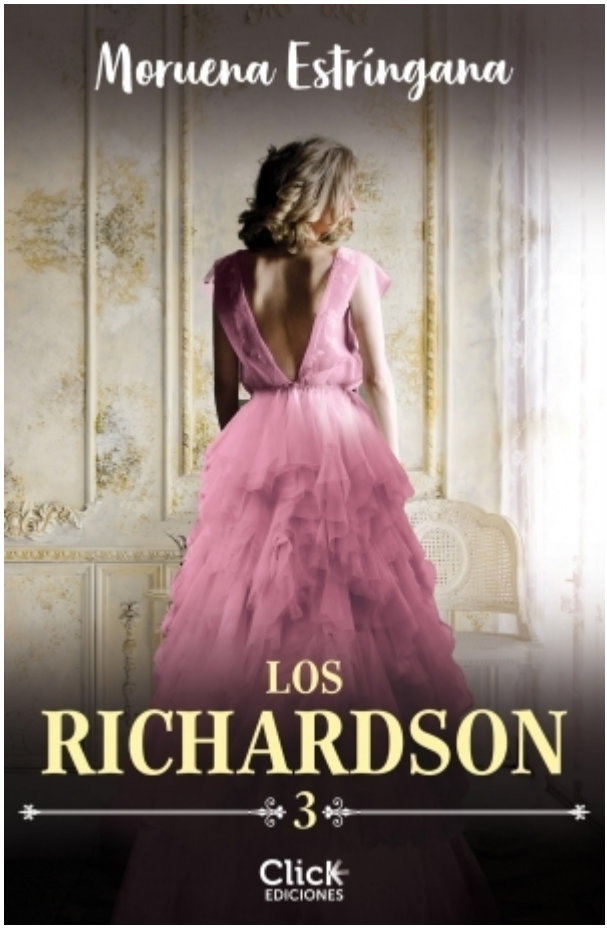
Massimo creía que podía escapar de todo lo que ha dejado atrás en Italia, pero no, el pasado siempre vuelve, te guste o no. Pese a que él no busca dejar entrar a nadie en su vida llegará alguien que llene su mundo gris de color y le haga desear algo que no está destinado a ser para él.

Candy, por su parte, llega a la universidad con el corazón partido por un reciente desengaño amoroso, pero quiere recuperar a la chica alegre y feliz que veía el mundo de color rosa que era antes.

Cuando ambos se cruzan Candy rompe todos sus esquemas, haciéndole soñar con un mundo al que renunció hace años, porque cada vez que él la besa se olvida de todas las razones por las que dejarse llevar por ella es un error.

Moruena Estríngana, la autora con más novelas new adult publicades en España regresa con una nueva trilogía, ardiente y adictiva que te sorprenderá y enamorará a partes iguales.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Moruena Estríngana
LOS
RICHARDSON
3
Click
EDICIONES

Los Richardson 3

Estríngana, Moruena
9788408291343
220 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En una sociedad de convenciones y apariencias, su mayor desafío será desvelar la verdad detrás de sus máscaras.

En el vibrante Londres victoriano, donde las apariencias son todo, comienza La Temporada con su característico esplendor. En este escenario de lujo y elegancia, Lord Richardson, un duque que se presenta como un aburrido aristócrata durante el día, se transforma al caer la noche en un enigmático justiciero conocido como "El Enmascarado". Con la llegada de la temporada de bailes, Lord Richardson promete a su madre encontrar esposa, una tapadera perfecta para desviar las sospechas sobre su identidad secreta.

Sin embargo, el duque, no esperaba el regreso de Mildred, una mujer que años atrás había trastornado su vida por completo, dejándole claro en más de una ocasión que no lo soportaba. El destino juega sus cartas y Mildred termina en la guarida de "El Enmascarado".

Dos corazones heridos, ocultos tras diferentes máscaras, se encuentran entre bailes, apuestas, noches de infarto y una pasión imposible ocultar cuando se miran. Ambos guardan secretos que están a punto de explotar.

Mientras "El Enmascarado" huye de la justicia, también se enfrenta a decisiones cruciales, atrapado entre su deber y su corazón.

Moruena Estríngana cierra esta trilogía de regencia con un apasionante relato sobre el amor verdadero y la valentía de

afrontarlo en una sociedad donde las máscaras y los secretos dominan todo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)